

A photograph of a man with dark hair and a beard, wearing a red blazer over a white shirt, posing with one hand on his head. The background is a plain, light-colored wall.

Tentación en
NAVIDAD

UN REGALO INESPERADO

PENELOPE DUNN

Tentación en Navidad

Un regalo inesperado

PENELOPE DUNN

*Sin vosotras nada de mi trabajo e imaginación sería posible.
Gracias por dedicar vuestro valioso tiempo a leer cada una de mis líneas y compartirlo con
más gente.
Gracias a cada una de ustedes, mis fieles amigas.*



Copyright: Publicado en Amazon

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido por otro medio sin los permisos del autor. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material de ninguna forma. No puede enviar este libro en ningún formato.

CONTENIDO DE LA NOVELA

Prólogo

ASTRID

Capítulo uno: ASTRID

Capítulo dos: SIMÓN

Capítulo tres: ASTRID

Capítulo cuatro: SIMÓN

Capítulo cinco: ASTRID

Capítulo seis: SIMÓN

Capítulo siete: ASTRID

Capítulo ocho: SIMÓN

Capítulo nueve: ASTRID

Capítulo diez: SIMÓN

Capítulo once: ASTRID

Capítulo doce: SIMÓN

Capítulo trece: ASTRID

Capítulo catorce: SIMÓN

Capítulo quince: ASTRID

Capítulo dieciséis: SIMÓN

Capítulo diecisiete: ASTRID

Capítulo dieciocho: SIMÓN

Capítulo diecinueve: ASTRID

Capítulo veinte: SIMÓN

Capítulo veintiuno: ASTRID

Capítulo veintidós: SIMÓN

Capítulo veintitrés: ASTRID

Capítulo veinticuatro: SIMÓN
Capítulo veinticinco: ASTRID
Capítulo veintiséis: SIMÓN
Capítulo veintisiete: ASTRID
Capítulo veintiocho: SIMÓN
Capítulo veintinueve: ASTRID
Capítulo treinta: SIMÓN
Capítulo treinta y uno: ASTRID
Capítulo treinta y dos: SIMÓN
Capítulo treinta y tres: ASTRID
Capítulo treinta y cuatro: SIMÓN
Capítulo treinta y cinco: ASTRID
Capítulo treinta y seis: SIMÓN
Capítulo treinta y siete: ASTRID
Capítulo treinta y ocho: SIMÓN
Capítulo treinta y nueve: ASTRID

Prólogo

ASTRID

Un año antes...

Estaba en la casa de Mauricio, que la había comprado recientemente. Ese lugar debía ser modificado cuanto antes por una chica. Noté la escultura que daba la bienvenida al dormitorio de huéspedes de mi hermano. Era una escultura terrible, y me hizo darme cuenta de lo que sucedía mientras los primeros rayos del sol golpearon mi cara. Giré para ver a los lados y sentí algo de sospecha, que se fue incrementando poco a poco.

Me levanté lentamente. Cuando puse los pies en el piso, me quejé en silencio. Pude recordar todo lo que había pasado horas antes.

Aunque no había nada más que algunas marcas en la sábana a mi lado, me di cuenta de que Simón había dormido conmigo. Recordé las frases seductoras que me había dicho, y que luego había decidido dormir otra noche y así recibir el Año Nuevo en casa de Mauricio.

Simón había querido volver a El Rosal un día antes. Planeaba recibir el año en la fiesta del centro de la ciudad. Supuse que regresaría a esa ciudad superpoblada, por lo que fui a casa de mi hermano, con la intención de liberar mi tensión tras mis largas jornadas de trabajo antes de la Navidad. Fue un error.

Sabía que Mauricio tendría licor como para abastecer a una ciudad. Cuando llegué allí, Simón me sirvió un whisky. Siempre por esas fechas, en el hotel estábamos desbordados de trabajo. Así que ahora solo quería pasar una noche calmada y beber algunos tragos con mis amigos.

"No esperaba verte aquí. ¿No se suponía que regresarías a El Rosal?", le pregunté.

"Astrid, sabes que no hay forma de que me niegue a estar en una fiesta como esta", dijo Simón con tono de broma.

El deseo comenzó a fluir. Aunque nunca habíamos concretado nada, la tensión sexual entre nosotros se había incrementado con el paso de los años. Él tenía cuatro años más que yo, lo que parecía algo importante cuando éramos unos chicos, pero cuando crecimos le resté importancia.

Fuimos al porche y comenzamos a oír las historias de mi hermano, todas muy divertidas. Me mantuve a su lado el resto de la fiesta. Continué bebiendo y me acerqué más a él, sintiéndome cada vez más relajada. Tomé su brazo o escuché sus historias también, sin parar de reír.

La lujuria que sentía ya estaba torturándome, pero sabía que Mauricio y Simón tenían una amistad de vieja data. Con cada fiesta, las imágenes de ese pasado tan feliz aparecían en sus historias. Mauricio paró de narrar una de sus anécdotas y Simón puso su mano en mi espalda. Tal vez era un simple gesto, ¿o no? Volvimos a la sala de estar y puse mis dedos en su pierna mientras volvía a escuchar sus experiencias juveniles. Me di cuenta de que quería lo mismo que yo. Lo deseaba. Tomé aire, con la idea de bajar el ritmo de mi ansiedad.

Íbamos rumbo al comedor, un lugar en el que no había nadie.

"¿Te sientes bien, Astrid?", me preguntó.

El deseo estaba flotando en el ambiente. El resto de los invitados permanecían en el porche. Eso nos dejaba a solas. Y me permitía comprobar cómo ambos nos deseábamos. Pasé mis ojos por la cara de Simón, y me di cuenta de que pensaba lo mismo.

Sin embargo, era el mejor amigo de mi hermano. Se trataba de alguien especial para él.

Retrocedí, pero sentí que estaba justo a mi lado, apenas a unos milímetros de un hombre que deseaba pero que siempre había considerado como parte de mi familia. "Tal vez no deberíamos hacer esto", dije, y di otro paso atrás.

"¿Qué pensabas que haríamos?", me preguntó, susurrando.

Dio un paso y tomó mis caderas para acercarme a él. El movimiento fue fuerte, aunque me sentí cómoda. De hecho, aumentó el fuego en mi cuerpo y gemí sin poder evitarlo. Entonces eso bastó para que continuara. Estaba claro que no era parte de mi familia. Y también que ya éramos adultos.

Me condujo hasta una pared y quedé entre su cuerpo y ella. Llevó sus labios a mi boca y luego hundió su lengua en el interior. Volvía a gemir mientras su aroma masculino inundaba mi nariz. Era el hombre al que había deseado hacía años. Ahora estaba apoderándose de mi cuerpo.

Tomé su pecho y dejé que su lengua flotara en mi boca. "Deberías...", dije, pero volvió a besarme, ahora con más fuerza. Sabía que debíamos parar, pues cualquier persona podría encontrarnos. Estábamos corriendo peligro, aunque la sensación de placer era maravillosa.

"Podrían descubrirnos", le advertí cuando pude retirar su boca.

Sus dedos llegaron a mis senos. "Que se vayan al carajo", dijo con fuerza. Bajó su boca hasta alcanzar mi sien. Cada beso que me dio erizó mi piel.

Me encantó saber que lo excitaba tanto. Y también me excitó, aunque sabía que era incorrecto estar con él. "Cielos", dije en voz baja. Arqueé mi espalda para ayudarlo a moverse. Era la primera vez que un hombre me trataba con tanta gentileza y rudeza al mismo tiempo. Simón era cuidadoso, pero también me mostraba su hambre. Un hambre que no podía guardar más.

Subió mi blusa y apretó delicadamente mi vientre con algunos de sus dedos. "No sabes cuánto tiempo he querido poseerte", contó en voz baja.

"Demuéstramelo. Hazme tuya", le pedí en un murmullo.

Sonrió y subió mi cuerpo. Fuimos al dormitorio de huéspedes y cerré mis ojos.

Cuando desperté, vi la puerta de ese dormitorio cerrada. Una pregunta surgió en mi mente: ¿qué vería cuando abriera esa puerta?

Exhalé con fuerza, abrí mis ojos y fui por mis cosas. Me impresionó lo mucho que me costó encontrarlas tras la noche de placer que había tenido. ¿Qué diría Mauricio? Sentí una terrible incertidumbre. Una sensación que se mantuvo en mí. Sabía que no quería que Simón saliera conmigo. Era su hermana menor y me protegía. De todas maneras, ya tenía claro que debía enfrentar la situación tras lo que habíamos hecho en uno de sus dormitorios.

Recordé que Simón había tomado mi ropa interior de encaje con su boca. Al encontrarla, sentí otra ola de deseo. Él parecía un jovencito desesperado por estar con su primera chica. Quería hacer todo con suma rudeza. Puse la ropa interior empapada, o lo que quedaba de ella, en mi

bolso, y abrí la puerta.

Escuché sonidos que venían de afuera y supuse que se trataba de Simón. Caminé sigilosamente hasta llegar a la sala de estar. No había nadie en el pasillo. Todos los invitados dormían en los sofás o las alfombras. Se notaba que habían disfrutado la noche. Caminé hasta la entrada en silencio.

Mauricio notó que tenía mis zapatos en mi mano. "¡Por fin despiertas!", dijo.

"¿Ya es mediodía?", le pregunté. El tono de mi voz era más raro de lo habitual.

Un recuerdo llegó a mi mente, pero no quería contarle nada sobre él a Mauricio. Contuve el aliento y percibí un sabor en mi boca.

"¿Quieres vomitar? Acércate al césped".

"¿De qué hablas?", le pregunté.

Me ofreció una rosquilla de la caja que tenía a su lado. Las había comprado en mi tienda favorita. "De tu cara. Luces como si estuvieras a punto de vomitar. Deberías comer una rosquilla", me sugirió Mauricio.

"¿Y Simón?", le pregunté, como si no me importara la respuesta.

"Se fue. Salió muy temprano. ¡Qué buena fiesta tuvimos! Perdí el rastro de Simón a medianoche, pero hoy a las cinco de la mañana se marchó con prisa. Mencionó que su avión partiría temprano", me respondió.

Simón ya era un abogado importante en El Rosal. No tendría sentido iniciar algo con él. Sin embargo, esperaba que al menos se despidiera de mí. Entonces asentí y giré. No quería que mi hermano notara lo frustrada que me sentía.

Puso la caja en mis rodillas y se levantó para sentarse en el columpio. "Toma la que quieras", insistió Mauricio.

Tal vez su actitud era la apropiada. Nuestras familias estaban en desacuerdo con una posible relación entre nosotros. Además, no habría forma de que pudiéramos estar juntos con tantos kilómetros entre nosotros. Suspiré y me senté al lado de mi hermano en el columpio. Comencé a moverme, mientras me obligaba a hablar y simular que no había ocurrido nada entre Simón y yo. Se había marchado sin decir nada, así que haría lo mismo que él.

Como Mauricio no me preguntó al respecto ni quería saber nada, supuse que nadie más se enteraría.

Ser suya había sido mejor de lo que había pensado miles de veces en mis fantasías. Al recordar que había podido acostarme con un hombre con el que había querido tener relaciones por tantos años, me sentí afortunada.

Pronto todo cambiaría en nuestra ciudad. La celebración de San Valentín se acercaba. Ivana estaba soltera, como yo. Por esa razón planificamos una noche solo para nosotros. Lo habíamos hecho miles de veces. Preparé panecillos, compré dos botellas de vino y busqué una película sobre romance y enredos para que la viéramos.

La pasamos bien, una vez más. Charlamos y reímos al recordar los idiotas que nos habían convencido de salir con ellos. Ella esperaba que en poco tiempo un personaje como el de los cuentos de hadas la sacara de ese desastre. Por mi parte, la única experiencia sexual que había tenido en un año de feliz soltería había sido con Simón. Ya consideraba a Ivana como una hermana gemela. Habíamos estado juntas desde la secundaria. La incorporé a la cadena hotelera en el momento en el que el negocio siguió creciendo en todo el país y el extranjero. Nos habíamos vuelto inseparables.

Decidimos dormir en el sofá. Sin embargo, una extraña y poderosa necesidad de vomitar hizo que me levantara temprano. Fui al inodoro y abrí mi boca. Ivana llegó después. Estiró sus brazos y bostezó.

Le costaba hablar tras tantas carcajadas. "¿Estás enferma?", me preguntó en voz baja.

Sentía unas fuertes náuseas. "Eso parece. Tal vez el vino me afectó", dije en voz baja.

Encogió sus hombros, bajó el inodoro y buscó un pañuelo para dármele. "¿De qué hablas? ¡Apenas bebimos unos tragos!", recordó Ivana.

Me levanté y puse mi espalda sobre la puerta del baño. "Entonces fueron los panecillos", dije, buscando alguna respuesta.

"O un hombre te embrazó", planteó Ivana luego de resoplar.

Reí con fuerza. Supuse que eso no podía pasar. Hacía meses que no tenía sexo con nadie. Sin embargo, Simón volvió a mis recuerdos. Giré para ver a Ivana y me di cuenta de que la misma idea aparecía en sus pensamientos. Solo ella sabía que había tenido sexo con Simón. Entonces nos dimos cuenta de lo que ocurría.

Fuimos a una farmacia cercana para comprar algunas pruebas de embarazo, golosinas y gaseosas. Pero las pruebas me parecían innecesarias. Ambas ya teníamos claro que un bebé crecía en mi vientre. Al realizarme la última prueba, solo confirmé mis sospechas. Y decidí de inmediato que lo tendría.

Saber que tendría un hijo me emocionó y me impactó al mismo tiempo. Tener un hijo siempre estuvo entre mis deseos. Decidí que no le contaría a nadie en mi familia sobre el padre. Le pedí a Ivana que no le dijera nada a nadie, y aceptó.

¿Pero y Simón? Ya había regresado a su ciudad. Seguro estaba pasándola muy bien con otras chicas. Aunque me había escrito a mi celular, en ningún momento planteaba que quería quedarse conmigo e iniciar una relación estable. Y si bien aseguró que esperaba regresar a La Soledad para Navidad y Año Nuevo, yo sabía que solía hacerlo para compartir con mi hermano. No por mí.

No destruiría la maravillosa vida que tenía en El Rosal. Decidí que no sería un impedimento para que Simón continuara forjando el camino de éxito en su carrera. Me aseguré de que no le contaría sobre lo que pasaba. Sería madre soltera.

Aunque Mauricio se molestó porque "un idiota embarazó a su amada hermana menor y huyó", el nacimiento del niño lo alegró enormemente. También tuve que decirle finalmente a mamá lo que sucedía. La novedad no le gustó en absoluto. Se molestó porque no me había casado y porque no contaría con el padre para criar al bebé.

Al nacer, todos olvidaron sus preocupaciones por el padre de Sam. Sus sonrisas alegres derretían los corazones de toda mi familia. La primavera llegó poco después. Mi hijo ya estaba en el centro de mi mundo. Era sano y feliz. Decidí llamarlo Samuel. Todo el mundo le llamaba Sam. El nombre era un homenaje a mi hermano fallecido, Samuel. Todos los meses previos fueron complicados. Mamá seguía preocupada porque el padre del bebé no estaba. Además, pasé horas en trabajo de parto, pero el nacimiento me hizo olvidar todo eso.

La llegada de mi bebé sirvió como un bálsamo para aliviar el luto que habíamos vivido por el fallecimiento inesperado de mi hermano en un accidente en la carretera. Sam no paraba de sonreír en ningún momento. Había felicidad en los rostros de mis familiares.

No había sido siempre así. Papá tuvo que tomar horas extra para olvidar, y mamá lucía molesta cada vez que me veía. Además, sus frases punzantes me hacían sentir presionada. Quería que duplicara mis éxitos. Mauricio se vio obligado a trabajar y madurar. La partida de nuestro hermano Samuel fue dolorosa para todos.

A pesar de ello, mi familia me ayudó con Samuel. Cada uno de ellos se turnó para cuidar al bebé mientras yo me encargaba de las operaciones de los hoteles y los gimnasios de los exteriores. Ser una madre a mi edad no era precisamente lo que había planificado, pero me sentía feliz por el rumbo que había tomado mi vida. Tras tomar un receso para cuidar a mi pequeño, pude volver al hotel antes de Navidad. Me necesitaban allí.

De hecho, organizamos un área en una oficina para que estuviera allí, aunque yo me refería jocosamente al espacio y decía que lo llevaba allí para que desde ya aprendiera sobre el negocio.

Sentía que había calma finalmente. Estaba estabilizándome y adaptándome a mi nueva vida.

Entonces no sabía lo que ocurriría después. Y tampoco sabía que tarde o temprano la verdad saldría a la luz...

Capítulo uno: ASTRID

El siguiente diciembre...

Fui a la junta tras pedirle a papá que cuidara a Sam. Vi la decoración navideña que había puesto el personal y pensé en pedirle al jefe de servicios internos que buscara decoraciones extra, porque me parecía un poco deficiente.

Sabía que mamá estaba en el gimnasio. La saludaría y luego le pediría al jefe que se encargara del asunto. Fui al spa para buscar otras cintas de colores.

Toqué la campana del gimnasio para que supiera que ya estaba allí. "¡Hola, mamá!", dije para saludar.

"¡Hola, mi amor! ¿Cómo estás?", preguntó.

Como el parto me había dejado unos kilos adicionales, mi cuerpo lucía muy parecido al suyo. Ella tenía cincuenta y cinco años, pero su semblante de chica joven hacía que muchos pensarán que era mi hermana. Además, era delgada y tenía el mismo tono miel de mis ojos.

Había un área de masajes en el gimnasio y yo podía atender a quienes llegaran, pues era terapeuta de masajes. "Todo bien. ¿Cuántos clientes hay?", le pregunté, y tomé la agenda. Aunque sabía que la prioridad para mamá era la familia y luego el trabajo, sabía que debía agrupar a los clientes en mi lista.

Mi madre consentía mucho a Sam, pues se trataba de su primer nieto. "Unos seis o siete. Justo ahora Ivana atiende a uno de ellos. ¿Y mi nieto?", me preguntó, con una luz en sus ojos.

"Perfecto. Cuando lo vio, papá se alegró mucho. Entonces, ¿puedes organizar eso?", le pregunté. Puse mi agenda frente a ella. "Debo volver al hotel para resolver algunos asuntos", dijo.

Se notaba el deseo que tenía de ver a su primer nieto. "Oh, sí. Imagino la cara de felicidad de tu padre. Le pediré que me envíe fotografías de Sam", dijo mamá. Sonrió con alegría y tomó su celular.

Asentí y luego sonreí también. Giré para tomar el pasillo y regresar al hotel.

Le encantaba cuidar a Sam y acunarlo entre sus brazos. Me gustaba ver las caras alegres de ella y mi padre por su nieto, aunque en ocasiones esperaba que mamá se enfocara en el trabajo mientras estábamos en el hotel. Su trato había mejorado desde que le había dado la noticia de mi embarazo.

"¡Cielo!", dijo. "Llegó un cliente que quiere verte".

"¿De quién se trata?", pregunté.

"Pues...", comenzó a decir mamá. Leyó unos apuntes y se detuvo en una página. "De Enrique Méndez".

Reiteré el nombre en mi mente para intentar recordar si ya lo había atendido. "¿Enrique Méndez?", le pregunté.

"Sí. Tal vez es la primera vez que viene", respondió mamá, encogiendo sus hombros.

"Entiendo. ¿Y pidió que yo lo atendiera?", le pregunté.

"Así es. Dice que pidió que Astrid Gómez lo atendiera", dijo, y sonrió.

"De acuerdo. Volveré pronto para atenderlo, pero debo hablar con Mauricio antes".

"Perfecto, hija. ¡Cielos!", exclamó al ver la pantalla de su celular. "Tu papá me envió una foto de Sam. ¡Está haciendo burbujas de saliva!", me contó con alegría. Giró el celular y vi las gotas de saliva en la boca de mi hijo. Sentí una leve alegría, pero quise ir a ver a mi hijo y presenciar ese momento. No obstante, sabía que debía trabajar. Además, a papá le encantaba cuidarlo.

"En un momento estaré aquí", le dije a mamá y sonreí. Regresé con prisa al hotel. Sabía que ya tenía una cita pendiente.

Mauricio lucía decepcionado. "¿Por qué no traes una falda verde?", me preguntó mientras subía sus manos.

Quería que todos se contagiaran con la alegría decembrina, pero yo no. "Tengo la blusa roja que me sugeriste que me pusiera", le dije, apuntando a mi ropa. Mi hermano había pedido a todos en el hotel que usáramos ropa con colores navideños, si bien restaba un par de semanas para las celebraciones.

Tomó un sombrero que estaba en un cubo navideño en una mesa. Eran de Papá Noel. "De todos modos te falta esto", me recordó.

Tenía uno, pero intencionalmente lo había dejado en mi casa. Él sí lucía uno con alegría, pero me parecía que solo quería que me sintiera avergonzada. "¿En serio me pides que use uno de esos sombreros?", le pregunté.

"¿Cómo podría dar un masaje si tengo un sombrero navideño en mi cabeza? Cada cliente solo se reiría de mí. Sería terrible, Mauricio", le planteé.

Recordé que todos los hermanos mayores suelen ser testarudos. "Tenemos un trato. Decoré la entrada como me lo pediste. Ahora debes mostrar compromiso. Quiero que vistas todo tu traje navideño", insistió.

Tomé el sombrero y lo puse en mi cabeza. Su cara se llenó de orgullo inmediatamente. "De acuerdo. De todos modos, quiero comentarte algunas cosas sobre esa decoración", le informé.

"La entrada luce estupenda", dijo, y luego abrí mi boca.

"Así es, pero me gustaría agregar algunas cosas", respondí.

"¿Un trineo?", preguntó con sarcasmo.

"De hecho, quería añadir algunas cintas navideñas, pero si tienes dinero para traer renos y un trineo, ¡me encantaría que los instalaras!", le dije, y sonreí.

Él me ayudaba también y yo hacía lo mismo. Como pasamos buena parte de nuestras infancias allí, ya conocíamos bien el negocio. Al añadir el gimnasio, el éxito de la cadena fue mayor. Mauricio y yo asumimos más trabajo mientras papá envejecía. Mi hermano atendía a los proveedores y se encargaba del mantenimiento de los hoteles. Yo, en tanto, atendía a los clientes que iban por masajes, los gimnasios y el área de spa.

Todos entendimos que era importante contar con alguien que pudiera liderar. Papá y mamá entendieron que yo debía hacerme cargo. Abandoné la universidad por un semestre. Y aunque me

costó hacerlo, entendí que lo hacía por los hoteles. Mauricio culminó sus estudios universitarios, decidió regresar y ayudar a papá. Sin embargo, le gustaba más hacer que decidir.

Pronto abrimos otro hotel, y así pudimos expandirnos, como habíamos estado planificando. Mi semestre se convirtió en dos años. Las ideas que tenía en mente se convirtieron en realidad y dieron excelentes dividendos. El conocimiento que ya había obtenido en la universidad me sirvió para iniciar un ciclo de éxitos en la empresa.

Muchos pensarían que ya lideraba una empresa exitosa y no necesitaba graduarme, pero quería completar una meta que había dejado a medio camino hacía tiempo. Una vez que le pedí a Ivana que trabajara con nosotros como masajista y se encargara de los masajes de parejas o los clientes más antiguos, regresé a la universidad. Graduarme era una meta importante para mí. Más de lo que podría representar para muchas personas.

Estar con Mauricio en el trabajo me hacía feliz, porque su energía me hacía moverme como nadie podía. Con todos los avances e innovaciones que había llevado a cabo, algunas de las cuales eran sencillas, estábamos teniendo un éxito que no habríamos imaginado jamás. Eso me permitía compartir distendidamente con él y competir sanamente para ver quién lograba hacer algo en menos tiempo.

Con mi hermano a mi lado, saludé a algunos huéspedes que llegaban a nuestro hotel. Su ánimo y su interés en Navidad también me alegraban, si bien no me parecía idóneo vestirme como Papá Noel. De todos modos me puse el sombrero y fui a la entrada del hotel.

Una brisa alcanzó nuestros cuerpos. "Noto que el invierno es cada vez más fuerte", dijo él.

"Así es. Ojalá haya nieve", dije, con mi corazón lleno de romance.

"Supongo que es solo un sueño. ¿Cómo podría caer nieve en La Soledad?", dijo con tono jocoso.

Ciertamente era mi sueño. Lo había tenido desde pequeña. Quería lanzar bolas de nieve al despertar cualquier día de diciembre, pero sabía que en mi ciudad solo nevaba poco. De hecho, apenas caían algunos copos, aunque el sueño se mantenía.

"Aún guardo la esperanza", dije, encogiendo mis hombros. Luego decidí que le hablaría del asunto de la decoración. "Ahora, ¿puedes ver el espacio que hay entre el pino y los árboles más pequeños?", le pregunté. Con mi dedo le indiqué el agujero. Asintió y me vio con seriedad. "Creo que uno de los empleados podría agregar algunas cintas o un lazo rojo grande para cubrir esos bordes".

Aunque él nunca lo había reconocido, era consciente de que nuestros padres me habían encomendado la labor de dirigir la cadena. "Entiendo. ¿Es todo?", me preguntó. Me hablaba con más seriedad. Recordé que era mi hermano mayor, lo que lo convencía de hacerme pasar malos ratos con sus bromas. Sin embargo, en temas del hotel, se limitaba a respetar mis decisiones.

"Es todo. Quiero que arreglen esto cuanto antes. Recuerda que estamos preparando una gran fiesta para el cierre del año", respondí.

"Lo sé. Le pediré a los empleados de mantenimiento que hagan lo que estás diciendo", aseguró.

"Muy bien. Ahora debo volver al spa. Cuando termine allí, regresaré", dije. Se mantuvo a mi lado y decidí pedirle ayuda.

Luego comenzamos a caminar. "Hay un inconveniente con un cliente que hizo una reserva", le comenté.

"Cuéntame", pidió.

"El asunto es que tomamos una reserva de un grupo mayor de personas. Pude notar hacer un momento que alguien reservó hace tiempo. Eso significa que no tengo espacio para atender a este cliente. Ya ha venido en otras ocasiones, por lo que...".

Atender las solicitudes de nuestros clientes más antiguos era una de las premisas que había indicado cuando asumí el liderazgo de la empresa. "Debemos atender sus requerimientos", dijo, completando mi frase.

La idea de cancelar una reservación hecha que un cliente había hecho con meses de antelación no estaba en nuestros planes. Me parecía estupendo desarrollar innovaciones en la empresa, pero entendía que los clientes regulares eran una fuente esencial de ingresos. Debíamos atenderlos perfectamente.

Quería recabar toda la información necesaria y así solventar el problema. "¿En cuánto tiempo llegará nuestro cliente soltero?", le pregunté.

"Pronto. Estará aquí el viernes", dijo Mauricio con algo de nerviosismo.

"En ese caso, pídele a Pablo que limpie la habitación superior. Solo tiene que pintarla y buscar sábanas adicionales. Que haga todo lo necesario para que nuestro huésped se sienta cómodo. Cuando termine, echa un vistazo para cerciorarte de que todo está bien como para que una persona pase una noche en ese espacio", le dije mientras caminaba. Era hora de volver al spa.

"De acuerdo. Es lo misma idea que tuve, pero el problema es que esa una habitación de lujo. El cliente hizo una reserva para un dormitorio estándar", me contó, y supuse que quería agregar una capa extra de complicaciones.

"Lo único que debes hacer es agregar ese dato en los apuntes para que el huésped esté al tanto. No me gustaría que cada persona crea que podrá venir y quedarse en una suite de lujo aunque haya reservado un dormitorio regular", le dije. "¿Qué prefieres? ¿Qué el cliente se hospede en una habitación mejor o que no venga?", le pregunté, aunque suponía su respuesta. Me vio y sonrió.

"Estupendo. Ya anotaré esa información", dijo Mauricio. Llegamos a la puerta del spa y él asintió. "Nos vemos luego".

Noté que mamá estaba ansiosa. Aunque era muy hábil para muchos asuntos, las computadoras no estaban en la lista. "¡Por fin llegas! De nuevo este aparato se colgó", me contó.

Sonreí y ella parpadeó al ver el monitor. "Solo dime qué sucede", le pedí.

Pulsó con mucha fuerza el teclado. "Quiero ver unas fotos de Sam que tu padre me envió a mi correo electrónico", me respondió.

Quería actualizar la página y buscar una solución. "Intentaré ayudarte", le dije. Le pedí que se levantara y me senté.

"Tal vez tenga que buscar la contraseña del internet que ese señor puso en mi escritorio al instalar la red", dijo camino a su oficina. Iba a decirle que eso no sería necesario, pero no tuve tiempo.

Escuché la campana de la entrada del spa y supe que mi cliente estaba llegando.

Seguí revisando el aparato mientras le daba la bienvenida a mi cliente, aunque no veía su cara. Parpadeé mientras me preguntaba algo en mi mente: ¿por qué mamá había entrado en la configuración de la computadora?

"Le damos la bienvenida a Centro de Masajes y Gimnasio La Soledad. Me gustaría que tomara asiento. En breves instantes voy a atenderlo", le comenté en modo automático. Había dicho esas palabras tantas veces que salían de mi boca sin que yo pensara.

Se acercó al escritorio y su figura dibujó una sombra sobre la computadora. "Voy a esperar acá", dijo mi huésped, y reconocí la voz.

"¡Simón! ¿Qué haces por aquí?", le preguntó mi madre con sobresalto al volver.

Subí mi cara y vi que su mirada azul celestial se posaba sobre mi cara. Pude liberar algo del aire que había estado conteniendo. Recordé cómo mi vida había cambiado por el sujeto que se encontraba frente a mí. Sentí miles de emociones al mismo tiempo. Lucía un traje que había sido diseñado para él. Ningún hombre en La Soledad se veía como él. Su atuendo dejaba claro que era un hombre exitoso de otro lugar mucho más poblado, y que estaba en nuestro hotel solo para saludar. Su atractivo aparentemente se había incrementado.

"Señora Gómez, es un gusto verla nuevamente", dijo al ver a mamá. Luego la abrazó cálidamente y me miró. "Vine por un masaje, Astrid", dijo.

La idea de tocar algunas partes de su rica anatomía me hizo sudar de inmediato. No pude pensar nada mientras mi corazón latía a mil kilómetros por hora. Masajear su cuerpo me resultaría imposible.

"Es una lástima, pero mi hija ya tiene a alguien en su agenda", respondió mamá, y sentí que estaba salvando mi vida.

Sonreí mientras le agradecía al cielo que alguien hubiera solicitado que yo le diera un mensaje. "Así es. Alguien ya reservó mis servicios. Te pido disculpas", dije.

Tomé aire por unos segundos para obligarme a calmarme. Sentía que lo que pasaba era un sueño, pero pronto entendía que era la más cruda realidad. "Entiendo. Fui yo quien pidió esa cita. La hice a nombre de Enrique Méndez", dijo Simón. Estiró su brazo para tomar mi mano y mi mente nadó entre los recuerdos de sus manos en mi piel.

La alegría en su cara empapó mi ropa interior. "Me anoté con un nombre falso. Quería darle una sorpresa a tu hermano. Y a tí", me contó.

Al verlo, supe que lo había logrado. Realmente me había sorprendido muchísimo.

Capítulo dos: SIMÓN

Saber que había sido yo quien había pedido sus servicios la había sonrojado. ¿Darle esa sorpresa a Astrid había sido una mala idea? Nunca me había preguntado eso en mes y medio, pero en ese momento lo hice. Había un intenso tono rojo en sus mejillas. Se semejaba al rojo de su blusa.

La tenía frente a mí y evidentemente se había convertido en toda una mujer. Una cuya belleza embriagaba mis sentidos. Noté que su actitud era muy distinta a la que me había mostrado antes de que tuviéramos sexo. Y me encantaba ese cambio. Lucía más firme, más confiada en sí misma. La había visto siempre como la pequeña hermana de mi mejor amigo, como una chiquilla inocente, pero eso se había acabado cuando nos convertimos en adultos.

"¿Por qué no usaste tu verdadero nombre?", me preguntó al cabo de unos segundos, si bien ya sabía mi respuesta.

Encogí mis hombros. "Como te mencioné, esperaba darte una gran sorpresa", le recordé.

Evité contarle que mis maletas seguían en el auto y que incluso nadie de mi familia sabía que ya estaba en la ciudad. No quería mostrarle lo ansioso que me sentía. Por eso decidí que no le diría que había llegado desde el aeropuerto y encontrarme con ella antes que con el resto de mi familia.

Una tibia sonrisa se asomó en su rostro. "Pues... vaya que me sorprendiste", respondió.

Su madre no dejaba de sonreír mientras oía con atención. Comenzó a tomar apuntes y luego le dijo a Astrid que podría hacerlo sola. Aunque no me dijo nada más, sentí que mi cuerpo por fin se relajaba. Suspiré con fuerza mientras Astrid conversaba con su madre. Quería explicarle cómo resolver un asunto, o eso creí.

Mauricio siempre me decía que estábamos condenados a ser amigos, pues habíamos pasado mucho tiempo juntos durante nuestra infancia. Además, sentía que ella y su esposo eran unos padres adoptivos. Eran grandes amigos de mi padre.

Cuando ingresé en la universidad, nuestros padres tomaron distancia. Algo que no lograba entender había causado un problema entre ellos. Mauricio me comentó que tampoco tenía claro lo que había sucedido. Cuando le dije a mamá que quería que me contara, apenas respondió que Mauricio no era el culpable. Y que Astrid tampoco lo era. Tal vez ellos sabían lo que había sucedido, pero ninguno de los dos me lo contó. Y ahora, a pesar de lo que había sucedido, la señora Gómez seguía tratándome con la gentileza habitual.

Astrid me pidió con su mano que caminara detrás de ella. "Bien. Creo que debemos comenzar con la sesión", dijo en voz baja.

Toqué el sombrero que tenía en su cabeza. "Parece que la Navidad te gusta mucho", le dije.

Sus mejillas volvieron a vestirse de rojo. "¡Por todos los cielos! No recordaba este sombrero", dijo, y se lo quitó.

Me pregunté si había un tono adicional en sus ojos que yo no había notado aún. "Te luce bien", le dije. Sus ojos se llenaron de brillo al escucharme.

"Por favor. Será mejor que nos demos prisa", dijo Astrid entre titubeos. Al parecer mi halago la había puesto nerviosa. Caminó sin decir nada más, y yo secundé sus pasos.

Donde antes había un vestíbulo y una recepción acartonada y con pocas luces ahora había un área moderna, con muchas luces y comodidades. Sentía que había llegado a una ciudad grande en lugar de estar en La Soledad, un sitio al que su nombre le hacía mucha justicia. Noté que también había un área remodelada. Estaban haciendo mejoras en el gimnasio y el spa. De hecho, la entrada del hotel se notaba mucho mejor que antes.

Esperaba escuchar su voz otra vez. "¿Qué tal van las cosas por aquí?", le pregunté.

Noté la satisfacción en su cara cuando giró para verme. "Honestamente, todo va perfecto", dijo.

Tenía muy claro que se había esmerado durante años para que la empresa que sus padres habían abierto fuese lucrativa y respetada. "Supongo que eres una de las responsables de ese éxito", dije después.

Su dedicación me resultaba impresionante. Yo no me sentía tan comprometido con la compañía que mis padres habían dirigido. Si bien mis abuelos habían abierto esa librería hacía varias décadas, el éxito que había tenido en El Rosal me impedía establecerme y dirigir un pequeño negocio en La Soledad.

Avanzamos lentamente al spa. Había cada vez menos iluminación. Una suave música nos recibió y comprendí que todo esto era obra de ella. Astrid sí había dejado todo a un lado al ver que el hotel estaba teniendo problemas. Nunca pude olvidar que mamá en varias ocasiones le dijo a papá que la idea de retirarla de la universidad le parecía terrible. Astrid era muy inteligente, por lo que rápidamente se convirtió en la mejor estudiante de su universidad. Eso no le impidió abandonarla y hacerse cargo de la empresa.

Aunque ella siempre se mostraba tímida conmigo, ahora lucía muy apenada, y empecé a preguntarme si había estado bien pedir esa cita. "Luces muy linda. Es un gusto hablar contigo otra vez", dije. Vi su rostro detenidamente. Quería encontrar algún rastro de ese lazo que creí que había surgido entre nosotros cuando había estado en La Soledad por última vez. Noté que su reacción era distinta a la de antes, aunque no entendía por qué.

Su mirada se enfocaba en las paredes de la habitación. "Quítate la ropa de la parte superior de tu cuerpo. En la parte inferior solo debes dejar tus calzoncillos", dijo con tono profesional.

Esperaba seguir la corriente de su tono profesional. "Usted manda", le dije con tono de broma.

Se había transformado en una mujer muy sensual. Su trasero lo demostraba. Y también me demostraba que la había extrañado más de lo que había creído inicialmente. Contemplé el resto de su cuerpo mientras se acercaba a la puerta. Me di cuenta de que sería difícil sacarla de mi mente. Me detuve en sus hombros y luego vi sus largos rizos. Su cabello había crecido bastante. Cuando bajé pude ver que había otros rasgos en su figura. Una figura que había pasado por mi mente miles de veces por mucho tiempo, especialmente después de ese rico sexo que habíamos tenido. Había una fuerte curva en sus caderas. Pensé en tomar su culo y empecé a sudar.

Mi pene rogaba salir cuanto antes. Giró para verme una vez más y luego abandonó la habitación. Noté que mi erección crecía. Vaya que Astrid era jodidamente atractiva. Aunque el sombrero navideño siguiera sobre su cabeza, ya quería tomarla y ponerla bajo mi cuerpo en esa cama para masajes. Lo que supe después fue que mi tronco estaba cada vez más grueso.

No había estado en el spa, y me sentí incomprensiblemente feliz por ella. Sabía que era la

responsable de todos esos cambios. Me quité la ropa, como ella había indicado, y puse cada prenda en una silla blanca. Me sentía muy asombrado por los arreglos modernos que habían hecho en el lugar.

Había una pequeña cascada artificial en el fondo. La vi, pero noté que abrían la puerta. Era ella. La sorpresa se notó en su cara. Su cara bajó para ver mi erección. Exhaló y por instinto humedeció su boca. También por impulso cubrí mis partes. Sentí vergüenza de que solo mi ropa interior me cubriera.

"Disculpa. Creí que ya...", dijo. Subió su mano para cubrir sus ojos. Al parecer no podía dejar de verme. "Si lo deseas, puedo...", comenzó a decir, y buscó dar un paso y solventar el asunto, que obviamente la incomodaba bastante.

"Tranquila, Astrid. Me acostaré aquí", le dije. Entonces fui a la cama. Cerró la puerta y sus dedos tersos alcanzaron mi columna. Cerré mis ojos suavemente y suspiré. El suspiro fue largo, y me sirvió para sacar de mi cuerpo unos gramos de ese deseo que yacía en mi cuerpo: la necesidad de sentir sus manos sobre mi cuerpo.

Cubrió mis caderas con una tela fina. "Simón realmente lo lamento. Lo lamento mucho", dijo en voz baja.

Volteé para verla y luego puse mi cabeza en una almohada. "Ya no pienses en eso", le pedí.

Sus movimientos eran tan suaves y ágiles que sentí que estaba cerca de una diosa. Alcanzó mis hombros sin decir ni una palabra. Sentí que sus dedos llenaban mi cuerpo de paz. Parecía una maestra del masaje.

Había erotismo en el ambiente, aunque no habíamos llegado a la parte sexual. Gemí sin poder evitarlo mientras masajéo mi sien. Se mantuvo a mi lado y percibí el olor de su perfume de flores. Luego tocó mis omóplatos con sus codos. Entonces su cuerpo estuvo completamente inclinado sobre el mío.

Ahora estaba a solo unos pasos, pero sentía que estaba lejos de mí, mientras el deseo subía en mi cuerpo. Por eso quería girar, tomar sus caderas y confesarle que la había echado de menos. Muchísimo. Debía contarle la cantidad infinita de ocasiones en las que había evocado nuestro encuentro sexual. Cuántas veces había tenido citas desde entonces, solo para imaginar que otra chica era igual a ella. Pero al tenerla frente a mí, me di cuenta de que nadie podría sustituirla. Era irremplazable. La verdad era que me había hecho mucha falta y no podía reconocerlo.

Quería sentir que ese lazo que nos había unido estaba ahí, aunque tuviera que usar una pregunta para descubrirlo. "¿Cómo van tus cosas?", le pregunté, aunque mis palabras sonaron terribles.

"Todo excelente. Gracias por preguntar", dijo con prisa. Sentí que estaba muy apurada. "Ahora quiero que exhales por un momento", dijo en voz baja. Acató su orden. Al hacerlo, sus antebrazos alcanzaron los músculos de mi espalda que me dolían, Volví a gemir sin poder evitarlo.

"Todo lo que has hecho aquí me encanta. Te felicito. Solo una persona como tú podría hacerlo", dije, y de inmediato me arrepentí. Era una lástima decir esas cosas y no poder ver la alegría en su rostro.

"Una vez más, te lo agradezco", dijo con tono firme, y sentí que no era precisamente alegría lo que había en su cara.

Sabía que su cuerpo estaba allí, y podía tocarlo. Lo que habíamos hecho el año anterior seguía en mi mente. Ahora lo que menos deseaba era que una pregunta poco delicada arruinara mis fantasías más profundas. "¿Y qué novedades hay por aquí? ¿Ha pasado algo en el último año que quieras contarme?", le pregunté. El tono de súplica de mis preguntas indicaba lo ansioso que me sentía por acercarme a ella.

"Simón, por favor enfócate en tus exhalaciones. Deja que la música calme tus músculos".

Dejé de hablar para pensar en ella. Los movimientos que hizo después me hicieron sentir que estaba renovando mi cuerpo. Sabía que aunque no lo exigía, tampoco estaba sugiriéndolo. Una vez más acaté su orden. Decidí enfocarme en mis exhalaciones... y sus dedos.

Poco después tocó mis brazos, y no pude evitar que mi corazón se acelerara y bombeara con fuerza a mi pene, cada vez más erecto. Su habilidad para dar masajes era evidente, pero eso no impedía que me asombrara lo impecable de su ejecución.

"Puedo masajear tu pecho si lo deseas", dijo Astrid.

Claro que lo deseaba. Ansiaba que tocara mi abdomen. Sin embargo, tenía una erección tan grande que no podría contenerme si lo hacía. Incluso sentía dolor en mis bolas.

Esperaba evitar que notara cuánto la deseaba. "No es necesario. Gracias", dije, con tono relativamente tranquilo.

"Genial. Ya puedes vestirte de nuevo", dijo con ternura, una que no había aparecido durante la sesión.

Me puse de pie y estiré mis brazos. "Vaya. No sabes cuánto te lo agradezco. Me gustó mucho", dije, y exhalé.

"Nos veremos en la recepción cuando estés listo", dijo Astrid con tanta prisa que apenas pude darme cuenta de que estaba solo otra vez. Esperé unos segundos y tomé mi ropa. Ya quería estar cerca de ella de nuevo.

Capítulo tres: ASTRID

Entré al mostrador de nuestra recepcionista en el spa. "Vaya, cariño. Ya regresaste. Iba con prisa al hotel", me contó mamá.

Sentí que en cualquier momento perdería la razón. "No te preocupes. Ya terminé por acá", dije con rapidez.

Mamá fue al hotel y toqué mi cara con ambas manos. Luego exhalé con fuerza. Recordé la cara de Simón. Era obvio que se veía mucho más atractivo que antes. Sus músculos habían crecido y su figura lucía muy esbelta. Los gemidos que escaparon de su boca levantaron el deseo en mi vientre.

Al estar un rato con él sentí una poderosa necesidad de volver a tenerlo dentro de mí. No había estado con otro hombre después de estar con él. Tras las horas que estuve en trabajo de parto incluso la idea de tener una cita había abandonado mi mente. Ya no sentía deseo sexual. Estaba enfocada en el hotel y mi hijo. Pero Simón era terriblemente atractivo...

¿Cómo era posible que una imagen me calentara y me causara tanto nerviosismo simultáneamente? El pensamiento me emocionaba y al mismo tiempo me inquietaba. ¿Sería posible que mi cuerpo se moviera como antes, después del embarazo que había tenido? ¿Podría soportar un órgano tan grande como el de Simón? Mi piel se erizó mientras quitaba las manos de mi rostro.

Noté que alguien caminaba. Cuando subí mi cara, vi a Simón. Caminaba de nuevo con ese aire de hombre exitoso de una gran ciudad. Cada prenda de su atuendo me hacía sentir que estaba frente a una estrella de las películas. De hecho, esa manera tan segura de caminar reforzaba esa idea en mi mente. Ningún hombre de La Soledad caminaba de ese modo. Entendí que El Rosal lo había cambiado. Para bien.

"¿Cómo te sientes?", le pregunté. Usé, o al menos lo intenté, usar el mismo tono de voz casual y relajado que utilizaba con el resto de clientes.

Masajeó sus hombros mientras yo deseaba que fuese mi cuerpo el que tocara con esos dedos tan poderosos. "Espectacular. Aún no puedo creer lo buena que eres", dijo.

"¡Me alegra que te sientas así! Si mal no recuerdo, ya cancelaste el monto del masaje", dije, y revisé los apuntes. Sabía lo que me contestaría, y esperaba que luego de decirme su respuesta saliera del hotel.

La luz del sol se reflejaba en cada hebra de su cabellera dorada y acentuaba su belleza. "Así es. Si hay algún problema, puedes buscarme en El Rosal", dijo con una sonrisa, una que pude ver al subir mi cara. Cielos. ¿Por qué era tan hermoso?

"Lo sé", dije. Asentí y sonreí suavemente.

"¿Qué me cuentas?", me preguntó. Puso su codo en el mostrador y lo entendí. No saldría del hotel tan fácilmente. Decidí suspirar y ver detenidamente una vez más su mirada, tal como lo había hecho desde que nos conocimos.

Toda la vida me había parecido que el tono de sus ojos era radiante, pero ahora esa mirada golpeaba frontalmente mis pensamientos.

Noté que la molestia aparecía fugazmente por su cara. Conocía perfectamente esa expresión, pues

la mostraba cuando no lograba ponerse de acuerdo con Mauricio. La mejor parte era cuando se tranquilizaba otra vez. Su mandíbula se calmaba mientras su sonrisa volvía a aparecer.

Se trataba del mejor amigo de mi hermano, lo que me hizo creer que era imposible que no surgiera un amor dentro de mí por él, aunque las emociones que realmente habían crecido en mi corazón iban más allá de un idilio o un capricho juvenil. Y ahora aparecía una luz más poderosa en sus ojos, aunque no entendía a qué se debía. Pensé que el paso de los años me impedía entenderlo como lo había hecho mientras éramos unos jovencitos.

Había decidido incluirme en su grupo de amigos. Me encantaba su constante gentileza y sus bromas, aunque eso no impedía que me sintiera confundida. Siempre le pedí a Mauricio que tomara mi lugar en esas salidas, y él siempre aseguró que yo era una aburrida.

Mi hermano mayor me superaba en carisma, habilidades sociales y talento para los deportes. Aunque siempre quise salir con Mauricio, las cosas con él nunca salieron bien cuando se trataba de la calle. Cuando no me lesionaba un pie en una pista de patinaje o me quedaba atascada en la puerta de un cine porque los agentes de seguridad descubrían que queríamos colarnos para ver una película para adultos.

Solo me llevaba a todos lados porque era su hermana menor, aunque arruiné cada salida. Al acostarme con Simón, sentí que revivía mis desastrosas entradas juveniles al mundo de mi hermano menor. Solo había tenido sexo con Simón una vez, pero bastó para engendrar un bebé.

Sostuvo su mirada sobre la mía. "Todo va estupendo", respondí, y esperé que reaccionara. Entonces hizo silencio y asintió.

"Hace tantos meses que no hablamos", dijo.

Supe que quería plantear el asunto, pero yo no quería que lo hiciera. Entendí que su enunciado implicaba más de lo que decía. No se trataba de un compañero de la secundaria que se topaba conmigo en la entrada de una tienda. Se refería a lo que habíamos hecho. La noche de Año Nuevo.

Tomé aire y comprendí que estaba a solo instantes de iniciar esa charla que quería evitar, como había hecho por tanto tiempo. "Lo sé. Es increíble", dije.

Ahora debía evitar que descubriera que no había salido de mi mente y que su partida inesperada a primera hora de la mañana tras dejarme embarazada había sofocado mi corazón. Mis pensamientos se habían enfocado en el hotel, los arreglos de las fechas navideñas y la crianza de mi hijo. Por esa razón, había olvidado, o mejor dicho, dejado de pensar, en el viaje anual que Simón hacía a La Soledad cada año. Era su costumbre viajar a la ciudad para las fiestas.

"¿Te gustaría cenar conmigo?", me preguntó, sonando como si acabara de ocurrírsele.

Quería fingir que tenía genuinas dudas, aunque la verdad era que mi cuerpo ya estaba agitado. "¿Cenar? ¿Solo tú y yo?", le pregunté.

"Exacto. Creo que podríamos ponernos al día. Además, necesitas descansar un poco del hotel. Espero que te concentres solo en mí. ¿Te parece bien si cenamos juntos más tarde?", me preguntó, y se oyó tan tranquilo que sentí que la decisión era mutua.

Traté de buscar en mi mente el resto de mis asuntos pendientes. "Vaya. ¿Más tarde? Tendrías que sugerir una hora exacta. Debo buscar a Sam cuando terminé aquí", le dije, recordando lo que

debía hacer.

"¿Sam?", me preguntó.

Aunque esperaba ocultar el asunto tanto tiempo como fuese necesario, me di cuenta de que ya era hora de que supiera al menos una parte de la verdad. Lucía relajado, y su pregunta bastó para detener mi deseo. Había hablado sin darme cuenta de que ya estaba contándole sobre Sam. El niño del que era padre.

"Sam, mi hijo. Tengo un hijo y se llama Sam", dije, y me percaté de que nunca había hablado de mi hijo con tanta confusión en mi mente.

Hizo silencio y noté el impacto de la noticia en su cara. Después me mostró un semblante que me resultó indescifrable. ¿Estaba triste? ¿Decepcionado? Traté de entenderlo mientras mi cerebro se llenaba de dolor.

"¿Tienes un hijo?", preguntó. La interrogante quedó en el aire mientras me daba cuenta de que no creía lo que le decía.

"Así es. Ahora soy la mamá de un niño que, por cierto, es encantador", respondí con tono feliz. Entendí que mi alegría lo contagiaba. Sonrió suavemente y comenzó a asentir.

"Es lógico. Tiene una madre preciosa", dijo después de un rato. En su cara volvió a aparecer su seguridad y su imponente calma. Sin embargo, tenía claro que en su interior estaba en shock. "¿Cuándo nació?", me preguntó después.

"Hace un par de meses", contesté, aunque no le dije que en solo días cumpliría tres.

Me sentí aliviada al ver que me veía con alegría. Eso me permitía darme cuenta de que no quería preguntarme otros datos ni estaba haciendo cálculos mentales en un intento por descubrir si era el padre de la criatura.

"¡Qué bueno que sigues aquí!", dijo mamá al llegar un segundo después. "Le comenté a Mauricio que viniste al spa. Afortunadamente me equivoqué al creer que habías salido del hotel", dijo después, con un entusiasmo inusual para ella.

Me preguntaba cómo podía tratarlo con tanta amabilidad, aunque odiaba a sus padres. Recordé que no me sentí afectada en ningún momento por el problema que habían tenido. Además, la amistad de Mauricio y Simón era cada vez más sólida. Y sus padres también me trataban con mucha gentileza cuando se topaban conmigo en alguna calle.

"Iré a saludarlo en un rato", respondió Simón.

"Me alegra que hayas venido. ¿Tomaste el par de semanas que sueles usar para descansar?", le preguntó mamá.

Sabía que empezaría a contarle a mamá lo mismo que le decía cada vez que venía a La Soledad. "Así es. Como sabe, es mi costumbre descansar unos días en La Soledad. Llegué antes de la fecha habitual, aunque espero regresar a casa tras la Navidad. Debo resolver algunas cosas. Si extendiendo mi visita, estaría en aprietos", dijo Simón, y sonrió.

"Qué bueno. Espero que pases por acá antes de marcharte, cariño. No tienes idea de lo contento que se pondrá Álvaro al verte", dijo mamá, recordando a mi padre, con una gran sonrisa.

"Mamá, ¿puedes cuidar a Sam más tarde?", le pregunté.

Tenía el hábito usar algún argumento, válido o no, para irse antes del hotel y cuidar a Sam o hacer alguna otra cosa en casa. "Por supuesto. Y mañana también", respondió. Asintió y vio el reloj.

"Estupendo. Luego voy a llamarte", le contesté. Bajé la mirada y cuando la subí ya no estaba en el spa.

"Creo que está contenta por su nieto", dijo Simón con una sonrisa.

"Muchísimo. Solo habla de mi hijo", dije, y luego reí. Asentí y recordé cómo ella y papá consentían al pequeño.

También recordé que sin ellos no habría podido criar a Sam. Me sentí un poco emocionada repentinamente. Posiblemente se debía a la cercanía de Simón o la agitación de mis sentidos.

Sonrió mientras yo también sonreía, pero fingidamente. No quería mostrar el shock que sacudía mi interior. "No podría hacer algo así, al menos por ahora, aunque mamá suele decirme que muere por ser abuela. Siempre que hablamos, finalizamos nuestra charla hablando sobre bebés", dijo.

"¿Entonces nos vemos más tarde?", me preguntó después.

"Seguro. Como escuchaste, mamá cuidará a mi hijo. Estaré disponible esta noche", confirmé.

"¿Paso por acá a buscarte?", me preguntó.

Sentí que estaba consintiéndome en exceso. Que se comportara de forma tan abrumadoramente gentil me parecía mal. Hacía años que nos conocíamos. Gestos como ese estaban demás. "Sabes que no es necesario. Podremos vernos en el restaurante", respondí.

"Pero me gustaría llevarte", insistió, con seriedad. Tomé aire mientras asimilaba lo que estaba ocurriendo, aunque antes había creído que jamás sucedería: tendríamos una cita... o eso creía yo.

"¿Tendremos una cita?", le pregunté sin poder contenerme.

Simón rió con alegría y me di cuenta de que mi cuerpo estaba cada vez más rígido.

"Así es. Me gustaría tener una cita contigo. Ahora dime si paso a buscarte... a tu casa", dijo. Sus cejas subieron mientras esperaba mi respuesta.

Solía verme en la casa de mis padres. Nunca había puesto un pie en mi nueva casa. "No es necesario", reiteré, aunque ahora lo hacía porque no quería que descubriera mi hogar.

"¿Te mudaste a otra casa?", preguntó, y me di cuenta de que también estaba pensando en ello.

"Así es. Vivo allí con mi hijo", dije, y me emocioné al recordar a mi pequeño.

"Claro, entiendo", dijo antes de sonreír.

"Voy a enviarte los datos", dije con prisa.

Todo me parecía supremamente confuso, aunque al mismo tiempo sentía que estaba iniciando algo emocionante, como si estuviera a punto de ir a la primera cita con mi futuro primer novio. Aunque nos conocíamos bien, estaba sintiendo que la charla se había tornado tensa. La verdad era que lo que no decíamos le aportaba una incomodidad mayúscula a nuestra conversación.

Se acercó para despedirse de mí. "Iré por ti a las siete en punto", dijo después.

Gemí mientras apretaba mi cintura y mi nariz se impregnaba con su olor a hombre. Me abrazaba suavemente y cerré mis ojos lentamente. El calor de su cuerpo me llenó. Sentí el roce de su mejilla sobre la mía y noté el aroma poderoso de su loción de afeitar.

Luego besó mi mejilla y sentí miedo de desmayarme. "Me hiciste mucha falta", reveló en voz baja frente a mi cara.

"Nos vemos más tarde", dije mientras retrocedía. No quería que su cercanía me hiciera colapsar.

Las siguientes horas me sentí como una adolescente. Estaba preparándome para cenar con él, aunque no sabía qué le preguntaría ni qué comentarios le haría respecto a mi nueva vida. Sabía que Simón estaba muy bien en su ciudad. Revelarle todo sobre nuestro hijo estropearía todo. Le pedí a Dios ayuda para mantener a salvo el secreto durante los días en los que Simón estaría en La Soledad. Una verdad que produciría grandes cambios en nuestras vidas. Nada volvería a ser igual...

Capítulo cuatro: SIMÓN

Recordé los años que había pasado entre ese hotel y la empresa de mis padres. Era feliz. Aunque habían hecho notables cambios en el spa, la sensación seguía siendo mágica. Estaba caminando por los pasillos en los que corría cuando era apenas un chiquillo.

El aroma de los pasillos evocaba miles de imágenes del pasado en mi mente. Luego del problema entre nuestros padres, todo cambió. Había pasado tantas tardes con Mauricio que empecé a verlo en ese momento como un hermano. Siempre estábamos juntos durante las vacaciones y los fines de semana largos. Además, nuestros padres tenían el hábito de vacacionar juntos también. El hotel era una especie de segunda casa para mí.

Hablé con Astrid y mi corazón se desbocó. Aceptó salir conmigo a cenar. Pedirle compartir una cena conmigo había estado en mis planes hacía mucho tiempo. Sin embargo, la tensión estaba allí. Seguro se sentía irritada por mi abrupta despedida o por el hecho de que no la había llamado. La entendía. La verdad era que yo esperaba que ella me llamara cuando se sintiera cómoda.

Pero solo me escribió un mensaje escueto, lo que me llevó a pensar que prefería mantener la situación en secreto. Imaginé miles de modos de plantearle el tema a Astrid mientras cenábamos, pero Mauricio llegó para saludarme.

Su abrazo fue poderoso. "¡Creí que llegarías mañana temprano!", dijo con fuerza.

Conocía bien a Mauricio y sabía muy bien que no era capaz de recordar las fechas que le daba ni recordar algo que quería decirme. Informarle sobre los horarios de mis vuelos era inútil, pues rápidamente todo salía de su mente. "Veo que tienes mala memoria para las fechas", le dije con tono quejoso.

"Mientras no tenga que te busque en el aeropuerto, no hay problema", dijo, y rió. Sabía que se refería al día en el que me había dejado en el aeropuerto porque había olvidado recogerme cuando llegué a La Soledad.

Volvió a abrazarme. "¡Prefiero no recordar ese momento!", dije entre risas.

"Tomemos un trago", dijo, y comenzó a caminar hacia el bar.

"Pablo, un gusto verte. Mi amigo y yo tomaremos una cerveza. Luego hablaré contigo. Quiero que hagas algunos cambios en una habitación", le informó a un señor con unas cuantas arrugas en su cara. Luego siguió caminando con prisa. Pablo asintió y Mauricio me vio fijamente.

"¿Y el viaje?", me preguntó.

Entendí que todo había cambiado en el último año, incluyendo a Mauricio. Se había convertido en todo un empresario. Hacía años, en la secundaria, solía bromear y comportarse de forma muy inmadura. Incluso muchos creían que jamás crecería. Ahora lideraba un negocio exitoso junto a sus padres y su hermana.

Dimos otros pasos y finalmente llegamos a un par de puertas de madera. Entramos y el ambiente calmado y silencioso me encantó. "Estupendo. Nada de demoras ni turbulencia", dije después.

Aunque el hotel me había parecido maravilloso toda la vida, me parecía que las modificaciones subían el nivel de su belleza. "Guao. Este lugar luce fenomenal. ¿Hace cuánto lo abrieron?", le

pregunté. Abrí mi boca y mi mirada pasó por todos los ornamentos. Unos vitrales decoraban las ventanas. Habían recuperado las lámparas superiores y la madera de la barra y las sillas me hacían sentir que estaba en una cabaña.

Peinó su corta cabellera negra con sus manos y me contó brevemente las fechas de las restauraciones, así como las innovaciones que planificaban incorporar. "Así es. Es muy lindo", dijo, con evidente satisfacción.

Me sirvió una cerveza mientras me hablaba de los planes para el futuro. Yo era el único miembro de mi familia que formaba parte de una empresa que se consideraba importante. Todos tenían la percepción de que yo era una especie de dios en cuanto a los negocios. Mauricio, en cambio, me veía como un hermano. Tomamos asiento cerca de una chimenea. Era reciente, y también me impactó mucho.

Esos planes eran muy ambiciosos, aunque Mauricio aseguraba que eran necesarios. Como Astrid había iniciado una campaña publicitaria en medios regionales y nacionales, el interés por el hotel había crecido. Ahora los clientes reservaban habitaciones muchos meses antes. Incluso se habían visto obligados a derivar a algunos huéspedes a hoteles cercanos a cambio de un monto aceptable.

Algunas personas pensaban que una idea que algún familiar les había planteado era un trampolín seguro al éxito. Eso me llevaba a asentir y oír en silencio, aunque en el interior estaba en shock. "¡Vaya!", respondí, al terminar de escuchar su explicación. Y no lo decía por una simple gentileza, tal como había hecho cuando oía las contadas propuestas de negocios que surgían en La Soledad.

Con Mauricio era diferente. Él había logrado dirigir una empresa rentable y con planes sostenibles para expandirse. Una ayuda económica podría ser necesaria eventualmente. Si aceptaba recibirla, yo podría encontrar ese dinero y dárselo sin problemas.

Me mostró una sonrisa, y sentí que un puñal de remordimiento me atravesaba. "En realidad todo se lo debemos a Astrid. Aunque suelo hacerle bromas, es muy inteligente para los negocios. Cada cosa que ves aquí estuvo antes en su mente. Su concepción ha sido fenomenal", dijo.

Había mucha confianza entre nosotros, pero eso cambió cuando mi percepción de Astrid comenzó a ser distinta. Él y yo nos contábamos todo, y aunque en los últimos años habíamos tenido menos contacto, lo que nos impedía hablar con frecuencia era el trabajo o el tiempo, no la falta de confianza.

Pero no podía decirle nada, absolutamente nada, de lo que sentía por ella. Sentía que no podía revelarle ni siquiera una parte de lo que me sucedía con ella. Tampoco podía confesarle lo que habíamos hecho. El brillo de sus ojos al mencionarla hizo que mi pecho se hundiera.

"Hablé con ella hace unos minutos. ¿Está cómoda con todo esto?", le pregunté.

Tomó el resto de su bebida y dejó la botella frente a él. "Por supuesto. Puede controlar cada aspecto del negocio. La verdad es que sin ella habríamos naufragado hace tiempo", dijo, encogiéndole los hombros,

No había querido mencionarle algo al principio, pero ahora quería comprender por qué había evitado contarme la verdad. "No me había enterado de que ya era madre. Nunca me dijiste nada", dije con una torpeza inesperada.

Sabía que estaba tratando de recordar cuándo me había dicho sobre el bebé, hasta que unos

segundos hizo silencio. "Te conté", dijo Mauricio tras su pausa, mientras fruncía su ceño.

"Claro que no", le recordé.

El brillo volvió a su mirada. Ahora era más intenso. Entendí cuánto lo amaba, algo que me enorgullecía, pues me hacía entender que era otro cambio significativo en su vida. "¡Y es increíble que no lo haya hecho! Ese bebé tan hermoso pasa mucho tiempo conmigo. Es como un hijo para mí", dijo.

Moví mi cara a los lados. Siempre había percibido a Astrid como una chica pura y dulce. Solo había visto ese lado salvaje y sexual de su personalidad una vez. "Me alegra escucharlo. Espero conocerlo pronto. ¿Cómo es que la chiquilla Astrid ahora es la madre de un niño tan lindo?", le pregunté.

"Lo sé. Lamentablemente, el papá es un gran pendejo. No se ha hecho cargo del bebé. De todos modos, no ha hecho falta", dijo.

Nos levantamos porque debía retomar el trabajo y fuimos a la entrada. Las imágenes del cuerpo desnudo de Astrid cuando estuvimos juntos pasaban por mi mente. Solo abrieron espacio a las revelaciones de Mauricio unos minutos después.

Sabía que Astrid era muy cautelosa con sus decisiones y su vida. Evidentemente eso la convencía de no contarme sobre el niño. Y seguramente tenía motivos adicionales. Solo sabía que el padre del niño no formaba parte de su vida. ¿Por qué?

Le dije a Mauricio que conversaríamos el día siguiente. Me excusé diciendo que esa noche no podría verlo pues quería compartir con mis familiares en La Soledad, aunque realmente iba a cenar con Astrid.

La idea de cenar con ella me hacía sentir feliz en lugar de despertar culpa en mi corazón. Regresé a la calle y sonreí mientras recordaba que más tarde la vería. Como quería manejar por las vías de La Soledad, había rentado una camioneta grande y con vidrios oscuros. Comencé a conducir y noté que muchas cosas seguían tal como las había dejado.

Algunas personas caminaban, con suma calma, a diferencia de los transeúntes de El Rosal, que siempre estaban apurados. La pequeña tintorería de la izquierda invitaba con su discreto cartel a sus clientes a pasar. Lo mismo sucedía con la floristería.

Allí todos iban demorados y debías apartarte de su camino para evitar que te chocaran. Dar una caminata era imposible. La imagen que veía en La Soledad mientras el semáforo estaba en rojo me pareció encantadora: cada persona sonreía mientras pausaba para oler una flor en la calle.

"¡Avanza!", me pidió una chica en el auto detrás de mí. Cuando reaccioné, noté que el semáforo estaba ya con la luz verde.

En El Rosal muchos me habían maldecido solo por no apurarme a mover el auto. Cuando vi el espejo retrovisor, la chica asintió y sonrió. Levanté mi mano para saludarla. Ella aguardó que yo continuara mi camino. Sus gestos me hicieron reír con fuerza.

Las calles en las que pasé mi infancia refrescaron mi mente. Pude llegar en unos minutos al hogar de mi niñez y mi pecho se infló de alegría. Como de costumbre, mamá había puesto algunos globos en el buzón. Lo hacía cada vez que yo regresaba a pasar mis vacaciones.

Mariana, mi hermana menor, me recibió. Estaba en su receso universitario. Corría hacia mí y no me dio tiempo de girar. Se abalanzó sobre mí y la tomé en el momento en el que sus brazos tomaron mi cuello. Sentí que éramos niños de nuevo. Como era mucho mayor que ella, la consideraba una pequeña doncella que debía mantener a salvo. Me veía como un protector, una imagen que siempre había estado dispuesto a honrar. "¡Ya llegó!", dijo papá con fuerza. Apagué la camioneta y busqué mis cosas en el maletero.

Mamá estaba al lado de mi padre. "¡Mariana, estás descalza!", gritó.

"¡No pasa nada! ¡Simón está sosteniéndome!", exclamó. Su voz llegó con rapidez a mis orejas.

Mamá me abrazó. Caminé un poco y papá también lo hizo antes de que pudiera entrar.

Mamá Estaba a punto de llorar. "¡Guao! ¡Luces muy lindo! ¡Y estás cada vez más alto!", aseveró.

"Mamá, no lo hagas. Recuerda que estaré aquí un par de semanas", dije.

"¡Sí! Además, pronto estaré en El Rosal", recordó. Siempre lo había dicho y había cumplido. Al honrar su compromiso, pude llevarla a cenar, mostrarle los parques de la ciudad y acompañarla a los centros comerciales.

Pasamos para llegar al comedor. El olor a comida casera me hizo sentir hipnotizado. "¿Y el viaje?", me preguntó papá después. Le respondí como lo había hecho con Mauricio.

Aunque me encantaba estar El Rosal, poder regresar a mi antigua casa en La Soledad durante el periodo navideño me encantaba. Mamá quiso saber sobre mi trabajo, el mismo que había tenido tras salir de la universidad.

Cerré mis ojos mientras inhalaba para sentir el aroma. Ya tenía apetito. "¿Qué aroma tan delicioso es ese?", le pregunté a mamá.

Su cara se ruborizó. "¡El de tu comida favorita!", dijo.

Halé suavemente algunos de los cabellos de Mariana y enlacé unos en mi dedo. "Eres privilegiado. Cuando regresé, no prepararon mi plato favorito", dijo Mariana, con una sonrisa que demostraba que no quería hacer sentir mal a mamá.

Comimos la parrillada que había preparado mamá, y la acompañamos con un aderezo blanco, una ensalada verde y vino tinto. Nos abrazamos de nuevo y me pareció que el tiempo se había detenido. Éramos unos chicos otra vez, rodeados por nuestros padres. Cada rincón de La Soledad me recordaba mi pasado, pero llegar al hogar de mis padres era una de las mejores experiencias de mi vida.

Estaba contento por compartir con mis padres y Mariana, aunque la cena con Astrid volvía a mi mente. Aunque quise comer más, me contuve. Esperaba guardar algo de espacio en mi vientre para la cena.

Capítulo cinco: ASTRID

Al imaginar que Simón pudiera sugerir que hiciéramos algo, creí que perdería la razón. Conocía su modo salvaje de hacer el amor, su seguridad y su rudeza. Ahora me costaba entender cómo había podido estar una noche con él. Sin embargo, seguía convencida de que esa fue la experiencia sexual más increíble que había tenido en mi vida. El recuerdo de esa vivencia aceleró los latidos de mi corazón. Entonces tragué grueso para ahogar el llanto que estaba a punto de salir mientras veía la ropa frente a mí. Ningún vestido entraba en mi cuerpo. Además, esperaba que Simón no se percatara de lo mucho que había cambiado mi figura. Después de estar con él, ningún hombre había visto mi cuerpo desnudo. Me sentía muy diferente a la chica que él había visto.

Pero eso era irrelevante. Solo había pasado una vez y no volvería a ocurrir. Sabía que me haría algunas preguntas. La verdad era que yo también quería preguntarle algunas cosas. Usaría esa cena para recordar viejos tiempos y charlar un rato. Después retomaríamos nuestras rutinas y todo seguiría igual.

Me dije que debía cenar con él, y nada más. Era el único motivo que valía para usar un vestido elegante en un año. Tomé un vestido negro que me pareció elegante y decente. Al verme en el espejo entendí que solo habría un encuentro entre viejos amigos. Eso me facilitaría ocultar la verdad sobre nuestro hijo. Esperaba evitar que se sintiera decepcionado de mí o que quisiera dejar su vida en El Rosal por lo que yo había hecho.

Como el vestido tenía un escote corto, podía mostrar las ventajas de estar amamantando a mi hijo. Solía hacerlo cada día, así como darle un biberón antes de dormir. Volví a verme, ahora con mayor detenimiento, y me sentí contenta. Mis curvas resaltaban y mis nalgas sobresalían en la tela.

Me reclamé mentalmente por no consentirme de ese modo con más frecuencia. Realmente lucía muy atractiva. Cuando terminé de maquillarme, me pareció que me había convertido en una diosa. Usé tacones largos, lo que hacía que mis piernas se vieran más largas. Dejé mi cabellera sobre mi espalda luego de aplicar productos para alisarlo.

También me reclamé por el tiempo que había estado sin Samuel. Había organizado perfectamente mi jornada laboral, pero Sam solo ocupaba mis fines de semana. Era algo que me encantaba hacer. Y a mis padres también. Solían discutir con Mauricio para quedarse con él si yo debía ir al hotel o al spa. No era necesario contratar una niñera.

Escuché el ruido de un auto afuera y dejé de pensar. Como vivía hacía unos meses en una calle cerrada, apenas algunos autos se acercaban a ella. Estaba en un suburbio. Simón estaba llegando. Apagó el motor y busqué mi bolso pequeño. Fui a la entrada y abrí la puerta. Lo vi de pies a cabeza. Tenía la misma ropa que había usado para ir al hotel: un pantalón oscuro acompañado con una camisa blanca y una corbata. Su chaqueta se había "ausentado".

"Guao", dijo.

Mordió suavemente su labio inferior. Su mirada pasó por cada tramo de mi piel. Paró por unos segundos en mis senos y luego bajó para ver el resto. Luego se fijó de nuevo en mi cara. El azul de sus ojos lucía más intenso.

Me parecía que le pertenecía. Cada cosa que había hecho para demostrarme a mí misma que no pasaría nada me pareció inútil en ese momento. Esperé que me dijera que nos fuésemos, pues si

me pedía pasar, lo dejaría hacerlo sin pensarlo. Haría cualquier cosa que se le ocurriera.

"Debemos salir de aquí", sugirió después, y la frustración se desbordó en mi mente.

Cerré la puerta y comprobé que estuviera completamente asegurada. "De acuerdo. Oye, luces muy lindo", dije con una sonrisa.

Bajó su cara y me pregunté si sentía vergüenza. Tal vez creía que su traje no estaba a la altura de la cena. Me pareció extraño. Sabía que cada traje que usaba había sido confeccionado por su diseñador favorito. "Agradezco ese cumplido, pero quien realmente está hermosa eres tú", dijo, y sonrió con tanta amplitud que su sinceridad se hizo evidente.

Gentilmente abrió la puerta del copiloto para que entrara. Sentí que cada movimiento había sido ensayado previamente. Vi detenidamente su brazo cuando encendió el auto. El sonido del motor hizo que él sonriera.

Fuimos por la carretera principal mientras imaginaba adónde me llevaría. Pronto lo descubrí. Llegamos a Tía del Sol, un lugar con comida típica de mi ciudad y precios exagerados. Aunque servían raciones diminutas y combinaban el menú de modo extraño, evité decirle a Simón las historias que me habían contado mis amigos sobre el sitio. Me di cuenta de que Simón no tenía que esforzarse para ser atractivo. Sin embargo, cuando algo despertaba su interés, cualquier cosa, aparecía esa expresión de genuina alegría infantil en su cara. Me parecía asombroso que no hubiera perdido esa virtud.

"Supe de este nuevo restaurante. ¿Ya lo conoces?", me preguntó cuando apagó el auto. Negué con mi cara y él me ayudó a bajar. Luego cerró la puerta.

"¡Bienvenidos! ¿Cuántas personas comerán?", nos preguntó una chica con aspecto muy juvenil al recibirnos.

Simón llegó un segundo después. "Este chico y yo", dije, con una sonrisa.

Había más lujo que en cualquier otro restaurante de mi ciudad, donde lo habitual eran los manteles de colores y flores falsas. "Estupendo. Acompañenme", dijo. Me mostró una gran sonrisa y nos entregó un par de cartas con la comida del restaurante. Caminamos por un pasillo lleno de imágenes del lugar.

Vimos una mesa y me di cuenta de que estaría muy cerca de él. "¿Qué les parece esta mesa?", nos preguntó la chica.

Se acercó a mi espalda y tocó suavemente mi cintura como si no quisiera hacerlo. Me mantuve allí, en silencio, ansiosa porque sus manos avanzaran por mi piel. "Maravillosa", dijo.

Empecé a leer los platos disponibles en el menú. "En unos segundos llegará su camarero", dijo la chica. Me acomodé en mi silla y ella regresó a la recepción.

Revisé la carta como una empresaria. ¿Cómo podían ofrecer platos tan costosos? En el hotel las servíamos a la mitad de ese costo. Tal vez se debía a que las personas estaban dispuestas a pagar una suma alta para sentirme como gente privilegiada o que simplemente querían relajarse con ese ambiente.

Tomé aire y dejé que el aroma de las rosas llegara a mis pulmones. "Estas rosas naturales me gustan", comenté en voz baja.

"A mí también me gustan. Oye, quería decirte que los cambios en el spa y el hotel me encantaron. ¡Te felicito!", exclamó Simón mientras sonreía y me regalaba la luz resplandeciente de su mirada. Se sentía contento por mi trabajo, aunque yo sabía que esa felicidad podría convertirse en una emoción terrible si le contara acerca del hijo que había tenido.

Un chico cuando llegó a nuestra mesa. Noté que tenía unos veinte años o un poco más. Su cabellera tenía un tono azabache y su figura era delgada. Sonreía, pero se notaba su nerviosismo. "¡Buenas noches! Voy a atenderlos durante su cena. Soy Pedro y es un gusto ser su camarero", dijo.

"Buenas noches, Pedro", dijo Simón, tratando de relajarlo. Pedro asintió y comenzó a hablar sobre los platos especiales luego de sonreír discretamente.

"Trae por favor el mejor vino que tengas. Luego te diremos lo que deseamos comer", dijo Simón con firmeza, lo que me hizo que surgieran preguntas en mi mente respecto a su trabajo.

Sabía que era un sujeto importante. Mauricio y un par de amigos que lo conocían me habían contado algunas cosas. Además, los trajes que usaba y los comentarios que hacía me dejaban claro que ningún habitante de La Soledad había pisado los lugares a los que él iba. ¿De qué otro modo rentaría una camioneta para transitar por mi ciudad? Todos nos conocíamos. Cualquier persona podría darte un aventón o prestarte su auto para que no tuvieras que pagar una gran suma para alquilar un auto.

Simón, sin embargo, no solo amaba los autos: también elegía siempre el que fuese más lujoso. Entendí que me había incorporado a su vida soñada. Al verlo frente a mí, supe que debía mantener esa ilusión en mi realidad. Debía evitar iniciar una relación con él. Y aún más: debía mantener mi secreto sobre Sam. Era lo más apropiado para ambos. Tenía que dejar mis deseos a un lado.

"¿Ya decidiste qué pedirás?", me preguntó, y dejé de pensar.

Me costaba hablar y sentí pánico al pensar que podía saber lo que estaba pensando. "Pues...", dije.

"Me gustaría algo de sushi y una ensalada griega. ¿Qué comerás tú?", me preguntó, y su pregunta me dejó claro que hablaba de la cena.

No podía lidiar con la idea de los costos del menú. "Vaya. Creo que esta comida es la más costosa de la ciudad", comenté en voz baja.

Levantó su cara para verme y sus ojos azules escudriñaron en los míos, y entendí que estaba a punto de descubrir el miedo y la vergüenza que pesaban en mi alma. "No pienses en el precio", dijo Simón.

Simón detuvo su mirada en mi cara y sentí que estaba adentrándose en mi alma. Solo él podía hacerlo. Sabía todo lo que había acontecido en mi vida. Además, con frecuencia me invitaba a tomar riesgos y experimentar cosas diferentes para mí. Su experiencia y madurez estaban por encima de las de cualquier hombre que hubiera conocido. Y cada vez que compartíamos un rato, su presencia levantaba mi ánimo y me convencía de que era un privilegio estar con él, aunque fuesen solo unos minutos.

Pedro volvió y sirvió un trago en mi copa y luego llenó ambas hasta la mitad. "Este es el vino que pidieron. Es el mejor", dijo.

"¿Ya saben lo que ordenarán?", me preguntó después.

Cerró la carta. Luego se la cedió al chico. "Ambos pediremos sushi y ensalada griega", dijo Simón.

"Estupenda elección", dijo con una sonrisa. Le cedí mi carta y se fue con prisa por el pasillo.

Me sentía conmovida. "¿Por qué lo hiciste?", le pregunté.

"Porque no sabías qué pedir", dijo con un dejo de indiferencia. Luego tocó mi mano. "Oye, lamento que nunca hayamos podido hablar después de... esa noche".

Estaba allí, viéndolo, y dejando que su mirada me indicara que todo estaba bien, que era correcto hablar. Pero me había congelado con su frase. Al parecer estaba siendo sincero sobre el tema que iba a plantearme. Pero aún no me sentía preparada para responderle. Tampoco imaginé que se disculparía para que el asunto saliera a la luz. Aunque esperaba contestarle educadamente o tocar sus dedos con algo de fuerza, no podía hacerlo. No reaccionaba. S

"Te marchaste antes de que saliera el sol y no me dijiste nada", dije.

Pude hacerlo. Le recordé lo que había pasado y me pareció que había lanzado un misil en su pecho. Ahora esperaba comprobar que realmente lo había hecho. Cuando observé el semblante de Simón, entendí que sí. Que había hablado para decir lo que sentía. Su expresión pasó por la atención, después por la incertidumbre y luego por la ira, o al menos eso creía.

Se acercó un poco para sonar más enfático. "Estaba demorado para tomar mi avión, aunque pasé por la tienda de rosquillas y compré tus favoritas", dijo en voz baja.

"¿Qué fue lo que hiciste?", pregunté, y luego suspiré.

Su revelación me llevó a esa mañana. Recuerdo que caminé en silencio en casa de Mauricio. Él estaba afuera. Comió una rosquilla y me invitó a columpiarme. Yo comí una sin tener idea de que Simón me las había obsequiado.

Peinó sus cabellos con su mano. "Fui por tus rosquillas. Sabían cuáles eran tus favoritas. Entiendo que no fue lo más romántico que pude hacer. Esperé que llamas, pero como no lo hiciste, creí que no querías hablar conmigo", me explicó. "Incluso pensé en dejarte una nota antes de salir pero, como te dije, estaba demorado. Además, alguno de los invitados podía haberla leído", dijo.

Me di cuenta de que me había equivocado terriblemente al creer que me había ignorado por completo. Me sentí tan débil al escuchar su historia y comprobar su genuina preocupación. Era obvio que nunca había tenido malas intenciones. De hecho, siempre había sido todo un genio para hacer las cosas que se proponía. Si se unía al equipo de ajedrez o el de fútbol, pronto se convertía en líder o campeón. Aunque todas las compañeras de clase lo adoraban, evitó tomar esa ventaja. Siguió mostrando su humildad y mantuvo sus pies sobre la tierra.

Moví mi cara a mis lados cuando armé mi rompecabezas mental. "La verdad es que no tenía idea de que tú habías enviado las rosquillas", dije.

"Luego traté de hablar contigo. Lo hice en dos ocasiones", me recordó.

Cuando supe que esperaba un niño, preferí guardar silencio para que no se enterara. Posteriormente conservar ese secreto fue sencillo. "Sí, pero no me sentía cómoda entonces", dije. Quería usar pocas palabras para hablar del laberinto que había atravesado en mi pasado. Y a pesar de ello, no sabía si eventualmente tendría la posibilidad de entrar en su presente. O su

futuro.

Acabamos nuestras cenas y comprendí la razón por la cual Tía del Sol pedía tanto dinero por un plato. Tanto los platos como la atención me parecieron estupendos.

Pedro retiraba nuestros cubiertos y los platos. "Qué cena tan agradable", comenté mientras veía a Simón.

"Puedo traerles un par de chocolates calientes, si gustan llevarlos. A esta hora, el río luce espectacular", dijo Pedro, viendo solo a Simón una vez más.

"Dime qué te parece. ¿Quisieras caminar un rato?", me preguntó Simón.

Quería pasar otro rato a su lado. "Seguro", dije con prisa.

"Puedes traerlos. Por favor, trae la cuenta también", le pidió Simón. Pedro volvió a la zona de la cocina.

"Aún evita verme", le comenté a Simón mientras el chico se iba.

"Porque te ves muy linda", dijo Simón. Su frase fue clara y no dejaba espacio para la confusión. Él sabía lo que quería expresar, y yo hice un esfuerzo para comprenderlo, pero no pude. Fruncí mi ceño y vi al costado.

"Lo que quiero decir es que eres tan hermoso que lo pones nervioso", dijo, y comencé a temblar.

Capítulo seis: SIMÓN

Fuimos a la entrada de Tía del Sol y quise saber qué hora era. Sabía que dentro de poco tiempo me llamaría alguien. Uno de nuestros socios en la firma comentó que quería plantearme la compra de otro importante bufete. La idea se mantenía en mi mente.

Astrid regresaba del sanitario y me regalaba una sonrisa. "Me encantó este restaurante. Agradezco que me hayas traído", dijo.

Su figura era muy atractiva. Ya no era una chica delgada, pero ahora cada una de sus curvas me parecía sexy. Había retocado su cara, pero no me parecía necesario. Aplicó algo de brillo en su boca y sonreía una vez más. La tentación de besar esos labios era irresistible.

"Haré lo que sea para que te sientas cómoda", dije, y me di cuenta de que estaba hablando sin pensar.

Sentía la necesidad de consentirla, llevarla a lugares en los que nunca había estado. Ciertamente, haría lo que fuese por ella. Deseaba hacerlo. Por eso la había llevado a ese restaurante. Estaba claro que no iría por su cuenta.

La única mujer con la que me había sentido bien era Astrid. Realmente había ido a muchos sitios como ese. Además, muchas chicas se abalanzaban sobre mí, aunque apenas me conocía. Había sido así en La Soledad y también en El Rosal. Era común hablar con esas chicas, aunque la idea de sentirme conectado con ellas no lo era tanto.

Y ahora, al verla, sentí que tal vez no era el único que experimentaba esas emociones. Estaba seguro que ella también las sentía. Lo comprobé al ver la mirada intensa que me brindaba.

"Me gustaría ir al centro de la ciudad en lugar de ir al río. Las decoraciones navideñas de las casas me gustan mucho", dijo.

Entrelacé mi mano con la suya y sentí que podría dejarla allí por el resto de mi vida. "Haremos lo que te parezca mejor", contesté.

Noté que tragaba grueso y asentí con calma. Aunque no sabía por qué se sentía preocupada, esperaba que se sintiera tranquila pronto. Dejó su mano entre la mía y me sentí dichoso. Pronto sus músculos se calmaron. Incluso guió mi camino para que llegáramos a la acera.

La ciudad seguía siendo mi casa, sin importar lo que pasara. Me di cuenta de que ella tenía razón. En el centro había un lindo espectáculo lumínico. A pesar de mis años en El Rosal, aún me sentía pleno al comprobar la sencillez con la que vivían los habitantes de La Soledad, esa vida relajada y ese aire rural de las calles.

Astrid vio una vivienda pintada con tono rosa. Una decoración navideña con luces blancas ornamentaba la fachada. Ella sonrió. Los dueños también habían arreglado la valla exterior. Un trineo pequeño estaba en el porche y una corona en la puerta recibía a los invitados. "Aquí está. Mi casa favorita", reveló.

Me fijé en los detalles y una duda llegó a mis pensamientos: ¿cuánto habían tardado en decorar la vivienda? "Es la misma decoración de cada Navidad, si mal no recuerdo", dije.

"Así es. Recuerdo que, en casa, a mamá no le gustaba que pusiéramos luces en Navidad. Decía

que papá tendría que pasar varios días de enero quitándolas", dijo Astrid con una risa. Me sentí más cerca de ella con sus recuerdos.

Ahora que veía la vivienda que tanto le gustaba, entendí cómo quería que luciera su casa y creí que estaba conociendo una parte de la personalidad de Astrid que hasta ese momento no conocía. Y también entendí que esa complicidad que había nacido entre nosotros había surgido incluso antes de que hiciéramos el amor. Es una sensación que experimentas solo con una persona con la que creciste en una ciudad pequeña, aunque en el caso de Astrid, había algo aún más especial que esa sensación. Los recuerdos llegaron a mi mente, y evoqué esa imagen de ella y su hermano mientras le suplicaban a su madre que les permitiera decorar la entrada de su casa.

Debía hablarle sobre mis deseos. De ese modo estaría siendo sincero, algo que tenía que hacer en mis dos semanas en La Soledad. Lo haría porque ya deseaba conocer todo lo que no había visto hasta entonces. Ya no quería simular que nada pasaba ni decir frases indirectas para hablar de mis sentimientos por ella.

"Astrid, siempre quise hablar contigo después de regresar a El Rosal", confesé.

Su mirada me reveló que quería contarme algo que la sacudía, una verdad que tal vez no quería contar para que quizás no discutiera con ella, pero me animé a pedirle perdón. Me hacía falta. Giró mientras abría su boca. Esperaba su respuesta, pero volvió a unir sus lindos labios. Impidió que sus palabras llegaran a mis oídos. Entendí su dolor, aunque no lo expresaba.

Abrió sus ojos ampliamente y me vio. ¿Qué pasaba por su mente? ¿Por su corazón? No lo sabía. Solo sabía que sentía mucho miedo. Al ver esa expresión en su rostro, entendí que había hecho lo mejor al hablarle con honestidad. "Actué como un tonto, Astrid. Lo sé, pero me gustaría que me perdonaras. No he dejado de pensar en ti desde que me fui", dije con sinceridad.

"Por eso solo quiero estar contigo mientras esté en La Soledad. Admito que no me gusta para nada lo que está pasando. Que nos escondamos de tus padres y Mauricio me hace sentir mal", confesé. Me acerqué a ella. Quería tenerla a un paso. "Creo que llegó la hora de reconocer mis sentimientos por ti, Astrid", dije.

Retrocedió y me pareció que necesitaba aire, espacio o silencio. Quizás las tres. Sin embargo, me mantuve donde estaba, y sus senos acariciaron levemente mi pecho. "No digas nada más", dijo. Movié su cara a los lados.

Debía demostrarle que podía confiar en mí, que podía mostrarme incluso sus mayores debilidades y eso le permitiría sentirse mejor. "¿Qué es lo que no quieres que diga?", pregunté. Con mi mano tomé su mejilla y subí un poco su cara. Nuestras miradas se cruzaron y su tristeza alcanzó mi alma.

Su rostro quedó lejos de mi mano, aunque ella se quedó frente a mí, lo que me hizo entender que deseaba quedarse conmigo. "Algo más. Sabes que esto no funcionaría, Simón", dijo, y volvió a negar con su cara.

El aroma de su perfume de flores alcanzó mi nariz al acercarme. Rodeé su cuerpo con mis manos. Besé su frente con ternura e inhalé.

El tiempo pasó. Fueron minutos, pero sentí que un siglo había transcurrido. "Solo déjame mostrarte que sí", dije cerca de su cara. La halé levemente y nuestros cuerpos se aproximaron. Ella no dijo nada. Tampoco lo hice.

"Oh. Nuestros chocolates", recordó Astrid después. El recuerdo de las bebidas acabó con nuestro abrazo. Al reaccionar, empecé a reír y junté mis manos.

"Creo que estoy fracasando como hombre romántico", dije, entre quejas.

"Para nada. Todo ha sido lindo y romántico", respondió, en voz baja, y mi pecho se llenó de felicidad. Dio otro paso atrás y se soltó de mí. Vi su mirada almibarada combinada con el reflejo de la luna y su cara sonriente.

Esperaba mimarla todo el tiempo que pasara en La Soledad. Ahora complacerla era una prioridad. Había pasado muchos días y noches recordando las cosas que más le gustaban.

En esos días también me pregunté qué le pasaba, pero también quise saber qué sucedía conmigo. Creí que no necesitaba estar tanto con una chica, o eso creí. Incluso había creído que las fantasías e ilusiones que había recreado en mi mente eran solo eso: fantasías. Sin embargo, al tenerla frente a mí y contemplar la miel de su mirada, entendí que me había equivocado. Mi sentimiento era muy poderoso. Ahora tenía una certeza: estaba profundamente enamorado de Astrid Gómez.

"Puedo llevarte a tu casa, si quieres", sugerí, aunque lo que quería era llevarla a la mía.

Tal vez no quería iniciar una relación. Lo pensé mientras notaba que su belleza se hacía más notable al acercarme a ella. Cada curva de su cuerpo me parecía tan sensual y suave. El deseo de entrar en su interior era cada vez más intenso. Pero me preocupaba ir muy lejos en poco tiempo, alejarla de mí en lugar de atraerla.

Puse mi mano en su cintura y regresamos al restaurante. "De acuerdo", contestó. La frustración latía en su cara. "Está haciéndose tarde. Debo ver a Sam", contó después.

Noté el rubor en su cara. "Entiendo. ¿Qué te parece si terminamos esta charla después?", pregunté.

Entendí que podía persuadirla, pero para lograrlo debía dejarle claro que hablaba con sinceridad y seriedad. "Creo que ya terminamos esta charla", dijo, y me regaló una sonrisa.

"¿Es usted el señor Suárez?", preguntó el encargado del estacionamiento al leer mi tarjeta.

"Sí", respondí, y asentí.

"Un momento, por favor", me pidió. Luego asintió mientras sonreía. Habló con otro empleado más joven al fondo. Este se levantó con prisa y fue rápidamente a mi camioneta.

Astrid bajó su cara para que no viera que sonreía. "¿Cuántos días más tendremos el honor de tenerte aquí?", me preguntó.

"Lo sabes bien, preciosa. Estaré un par de semanas, como siempre".

"Lo preguntaba para verificar. Aunque hemos cenado hoy, supongo que pudiste llegar antes a cortar el césped de la casa de tus padres", dijo, y rió. También reí y decidí ser sincero nuevamente.

"Permítame decirle, señorita Gómez, que fui a verla tras bajar del avión", dije.

"¡Mentira!", gritó.

"Eres la primera persona en mi lista, Astrid", dije. "¡Por eso estoy diciéndote la verdad! Dejé mis maletas en la camioneta y fui a verte incluso antes de ir a casa de mis padres", le conté. Le mostré

una amplia sonrisa y noté que se ruborizaba de nuevo. Me acerqué otra vez a su cara.

Al verme de nuevo, me pareció que quería pedirme algo, pero no se atrevía. Su aliento chocó con el mío en el aire. Dejé de reír y ella también lo hizo. La calma sofocó nuestras sonrisas. Entendí que había sido sincero.

"¡Señor Suárez, su camioneta!", dijo el aparcacoches con alegría. Su interrupción acabó con la emoción. Di un paso atrás con lentitud. Astrid hizo lo mismo poco después. Abrí su puerta y esperé que entrara para cerrarla.

"Me gustaría que me dieras tu celular un momento", dijo Astrid una vez que subí.

"Toma", le dije. Se lo entregué y me pregunté qué quería.

"Gracias. Ahora puedes conducir. Supongo que no tengo que decirte dónde vio", comentó con tono atrevido. Sabía que estaba pendiente de ella.

Encendí la camioneta. "Vaya que eres atrevida, Astrid Gómez", dije, y negué con mi cara.

Con miedo en mis entrañas me adentré en las calles. ¿Qué mensajes leería? ¿Qué red social revisaría? Sin embargo, cuando la música pop de mi colección para hacer ejercicios comenzó a sonar, me relajé.

Noté que revisaba mi celular como una chiquilla curiosa. "¿Escuchas esto mientras te ejercitas?", dijo con una risa.

Mi personalidad relajada y alejada del dramatismo se parecía a la suya. El espíritu de Astrid era tan libre que podía navegar entre mi información más privada y mi música favorita.

Escuché el sonido de una llamada y vi su cara. Intentaba regresar a la música con sus manos, pero el nerviosismo se lo impedía.

Aunque Astrid no sabía que lo había hecho, había activado la llamada y conectado el celular a los altavoces. "Buenas noches, Simón", dijo alguien al otro lado. La voz se oyó por los parlantes de la camioneta.

Se trataba del director de la firma de la que era socio. No era su costumbre llamarme, especialmente en la noche. "Buenas noches, Osvaldo", dije. Giré para ver a Astrid y llevé mi índice a mi boca para pedirle que no dijera ni una palabra.

"Quería conversar contigo. Comprendo que quieres continuar compartiendo estas fechas con tus padres en La Soledad. Por eso seré breve. Estamos muy complacidos por el trabajo que desarrollaste con nuestros clientes de Calicanto. Nos convencimos de que debes ser el líder del equipo a partir del año que entra. Serás el jefe de la división regional y buscarás nuevos socios en todos los estados del oeste", dijo con frialdad. Su tono crudo era el habitual en los jefes de las firmas grandes de abogados del país.

Había supuesto que me llamaba para comentarme otra cosa más desagradable, pues era poco usual que me contactara. "Qué sorpresa. La verdad es que esto es muy inesperado", reconocí.

"Pronto voy a enviarte los detalles a tu correo electrónico. Cuando regreses podremos conversarlo", dijo. "Y entiendo tu reacción. Debes saber que pocos tienen las habilidades que tú tienes. Además, tu trabajo te ha hecho merecedor de este tiempo. De todos modos, usa estos días de descanso para analizarlo", sugirió.

La casa de Astrid estaba en las afueras. Era una vivienda rural. "Estupendo, creo que...", dije, pero no pude continuar. La llamada terminó y llegamos.

Astrid retiró su cinturón y estacioné la camioneta. "Te agradezco la cena", comentó

La información de mi jefe me hacía sentir abrumado, pero no quería cerrar la velada con Astrid de un modo tan abrupto. "Un momento, por favor. Te acompañaré hasta la entrada", dije.

Abrió su puerta y salió rápidamente. "No hace falta, Además, debo ir rápido a recoger a mi hijo. Mis padres están cuidándolo. Muchas gracias. Luego hablaremos con calma", comentó.

Capítulo siete: ASTRID

"Tal vez debas hacer un esfuerzo adicional, hija. Piensa en ti", dijo con súplicas mamá la mañana siguiente. Se refería a mi soltería, o mejor dicho, a mi prolongada soltería.

Ví los documentos que se acumulaban frente a mí en la oficina del spa. Pronto comenzaría a revisarlos y ella saldría. Mamá iría a comprar algunas cosas, como de costumbre. Yo, mientras tanto, tendría que empezar a leer cada uno de esos papeles. "Debo cuidar a Sam y dirigir el hotel. ¿Cómo podría tener tiempo para salir con alguien?", le pregunté.

"Debes salir más, cariño. Te quedarás soltera por el resto de tu vida si no lo haces. ¡En unos años solo los gatos van a hacerte compañía!", exclamó, y luego comenzó a reír.

"No es una idea tan mala", dije, abriendo mis ojos de par en par al descubrir lo insólito de mi respuesta.

"Hija, no es un chiste. Sabes que tu hijo necesita una figura paterna. Has visto que es complicado cuidar y criar a un niño. Créeme cuando te digo que tu hijo en algún momento debe tener un padre", dijo.

Estar todo el tiempo con mis padres en el hotel y en casa me abrumaba. ¿Cómo podía ser considerada una compañera de trabajo si tu colega era tu padre? ¿Cómo podía conciliar ambos aspectos si horas antes mamá me había pedido que sacara la basura para que el camión la recogiera en la acera? Suspiré mientras entendía que lo decía mamá no era un chiste, y que estaba comenzando a darme el sermón que me daba cada semana tras el nacimiento de Sam, e incluso antes de que llegara a este mundo. Esas frases repetitivas me habían convencido de irme a vivir sola. De hecho, me lo había planteado antes de saber que esperaba un bebé.

Comprendía el argumento de mamá. Sam debía tener un padre, aunque sentía que mis manos estaban atadas. Aunque honestamente, pensar en vivir con Simón por el resto de mi vida fue algo que hice en una ocasión. Quizás dos. O tres. O algunas más. Y ahora, tras la cena, la posibilidad volvía con fuerza a mis pensamientos.

No había tenido una cita como esa en mucho tiempo. Aunque me pareció un poco rara al final, me di cuenta de que Simón veía esas salidas como algo común y corriente.

Sam estaría feliz. Simón sería un estupendo padre, pues siempre se había mostrado como un hombre muy atento y protector con Mariana. Esa alegría de mis pensamientos se convirtió en una sonrisa cuando me imaginé a Sam criando a Simón. Seguramente le gustaría que viviéramos en una de las casas antiguas del centro o el oeste. Además, la decoraríamos para la Navidad.

Podría hacer comida suculenta para comer en Navidad y Año Nuevo. Haría pasteles y cualquier otra cosa que se me ocurriera. Simón prepararía la carne y nuestras familias esperarían en nuestro comedor. Luego todos brindaríamos y sonreiríamos, tal como pasa en cada familia en esas fechas.

Dejé de pensar en mi ilusión cuando mamá comenzó a hablar. "¿Oíste lo que te dije?", preguntó.

Suspiré y abrí ampliamente mis ojos. "Te escuché. Y comprendo lo que dices", dije.

"Astrid, recuerda que cada uno de nosotros también tiene obligaciones. Es lo que quiero que comprendas. Soy feliz cuando cuido a mi nieto, pero debes darte cuenta de que está creciendo. En unos años habrá crecido y estarás sola con él en tu casita", me recordó. Su voz se oía melancólica.

Era habitual que lo usara al hablar de mi casa en las afueras desde que decidí mudarme a ella.

En ese momento sentí que no podía más. Lo hice porque todos querían saber quién era el papá de mi hijo.

Como me di cuenta de que seguramente habría más preguntas una vez que Sam naciera, decidí rentar una casa pequeña en un suburbio de La Soledad. Era sencilla y sentía que por fin estaba en mi propio espacio. Mamá, sin embargo, no quería que fuese independiente.

Pero sus argumentos eran lógicos. Lo que me dijo hizo que recordara los momentos que había pasado con Simón.

Era cierto que cada miembro de mi familia tenía cosas que hacer, una vida establecida. Lo mismo sucedía con Simón. Como todo había salido perfecto en la cena, pensé en pedirle que fuese a mi casa.

Mi objetivo era mantener la verdad bajo llave, pero cuando Simón quiso avanzar conmigo, me di cuenta de que no se acercaba a mí solo para tener sexo una vez más. ¿Peor realmente sentía algo por mí? Si lo hacía, ¿qué era? Cuando me contó que fui la primera persona que vio en la ciudad, me pareció que sí estaba sintiendo algo. Algo fuerte. Esa seguridad que tuve en mi mente me hizo darme cuenta que también estaba surgiendo un sentimiento en su corazón, tal como sucedía con el mío. Incluso estaba pensando cómo decirle lo que sucedía. La historia de nuestro hijo.

Pero la noticia de su jefe lo había alegrado, y yo no me permitiría a mí misma opacar su triunfo. Alguien de la firma lo llamó y acabó con la magia. Eso me hizo preguntarme si era correcto atravesar mi verdad en el camino de su éxito. De contarle sobre el hijo que tenía, seguramente querría abandonar su trabajo. Eso solo me causaría un profundo remordimiento. Quería asumir sola las consecuencias de mis actos. No necesitaba obstaculizar una carrera que Simón merecía tras tantos años de esfuerzo.

"Iré al hotel. Debo hablar con Álvaro. Y, por favor, no te excedas trabajando en esos expedientes, Astrid", dijo mamá con tono serio. Salió y quedé sola. Asentí y sonreí tibiamente. Mis pensamientos, sin embargo, ya estaban en otro lado.

Tal vez no había espacio para mí en su vida. Tal vez no había espacio para nadie más. ¿Qué más sucedía con Simón en El Rosal? ¿De qué cosas no estaba al tanto?

Tomé mi teléfono y me dejé llevar por mi curiosidad. Inicé una búsqueda en redes sociales. La mayoría de sus publicaciones se referían al Derecho, por los que pasé por ellos rápidamente. Sin embargo, cuando vi otras fotografías más personales, descubrí facetas tuyas que hasta ese momento eran desconocidas para mí.

Parecía que todos querían oír lo que tenía que decir. Simón había sido popular desde la secundaria. Aparentemente eso se había incrementado en El Rosal. Había decenas de fotos en las que él aparecía en el centro. En todas sonreía ampliamente mientras levantaba una copa. Las miradas caían sobre él.

Si bien no era un conquistador, tenía claro que las chicas se derretían por él. Lo supe después, cuando vi otras imágenes que no me gustaron mucho. En ellas Simón aparecía con mujeres. Con muchas. Mientras Sam estaba aún en mi vientre, siempre me pregunté si él estaba comprometido con una mujer en esa ciudad. Sin embargo, esos pensamientos tortuosos salían rápidamente de mi

mente. No había forma de que tuviera una relación. No le gustaba tener ese tipo de compromiso.

En este punto de mi vida sentía que ya no tenía nada que mostrarle. Saber eso y recordar sus palabras me causó un fuerte impacto. Podía buscar a cualquier chica en esa gran ciudad, pero parecía que solo quería estar conmigo. Y yo no entendía por qué. Me parecía muy extraño. Era un abogado exitoso en El Rosal.

Entonces me llamó a mi celular. Su cara se mostró frente a mí y sentí que estaba leyendo mis pensamientos. Contuve el aliento al pensar que posiblemente se había dado cuenta de que estaba revisando sus perfiles sociales en internet.

"Simón, ¿cómo estás?", dije para saludar, con tono casual para fingir que me sentía tranquila.

"¡Bien, Astrid! ¿Qué haces?", me preguntó.

"Estaba a punto de revisar unos archivos y cerrar el spa. Nada más", dije.

"Me alegra escucharlo. ¿Qué te parece si caminamos?", me preguntó.

Sentí curiosidad por su invitación. "¿Caminar?", le pregunté, y sonreí.

"Así es. Me encanta pasear cuando vengo a La Soledad. ¿Qué dices?", me preguntó una vez más. Ahora se oía más inquieto.

Tal vez los archivos y las cuentas por pagar podrían esperar un día. "De acuerdo", dije, y suspiré. Mauricio estaría con Sam hasta la mañana siguiente.

"Perfecto. Nos vemos en media hora", me informó, y terminó la llamada. Fui al baño y sonreí.

Me puse una ropa más casual y dejé mi uniforme en un casillero. La blusa y los pantalones que elegí mostraban seductoramente las líneas de mi cuerpo. Aunque no había planificado vestirme de ese modo ni salir con Simón, parecía que al menos la primera cosa estaba resultando perfecta hasta el momento. Me vi en el espejo y decidí peinar mi cabellera uniformemente. Los rizos caían sobre mis hombros y algunos más quedaron sobre mi espalda. Apliqué lápiz labial en mi boca y algo de maquillaje en mis mejillas.

"Salir" fue un verbo que mi mente empleó para recordarme las cosas que había visto en sus redes sociales antes de la invitación que me hizo. Estaba establecido en otra ciudad. No podía olvidarlo. Había venido a La Soledad solo para pasar la Navidad. Pronto volaría de nuevo a su verdadero hogar. Y yo estaría sola en La Soledad, como de costumbre. Sí: sola en La Soledad.

Pero quería disfrutar los días navideños que pasaría conmigo. Cuando terminara diciembre, regresaría a su hogar y yo volvería al mío. Yo estaba pasándola bien sin salir de mi ciudad. Asentí al recordármelo y vi mi boca en el espejo. Al pensar una vez más en lo que estaba sucediendo, me percaté de que todo era perfecto para mí. Mi soltería me permitía pasar ratos agradables con Simón, algo que difícilmente podría hacer con otra persona de mi ciudad.

Me sentía cómoda al pensar que saldríamos unas veces más. Era una especie de escape de la monotonía de mi vida. Existía la posibilidad de que mi madre me hubiera dicho la verdad. Debía relajarme un poco para no quedarme soltera el resto de mi vida. Disfrutaría las ocurrencias y la alegría de Simón.

Le envié un mensaje a Mauricio. Quería saber de mi hijo. Me respondió que ya dormía y seguramente ya soñaba con los obsequios navideños.

Como era consciente de que tendría trabajo extra al día siguiente, esperaba ubicar todo para encontrarlo fácilmente, pues posiblemente no podría volver al spa más tarde. Tomé una decena de carpetas, apagué las luces y cerré el spa con llave.

Trataba de enfocarme en notas sobre el gimnasio que no eran urgentes. Lo hacía solo para que el tiempo transcurriera y él llegara. La verdad era que no quería volver. Quería pasar tiempo con Simón. En nuestras citas, todos los relojes parecían detenerse. Me sentía como una jovencita en espera de su primer novio.

Al llegar a la entrada, me percaté de que habían decorado tal como se los había pedido. Tomé mi abrigo y me lo puse. Luego fui por el sombrero y cerré la puerta del hotel.

Aunque muchos vieran la tarea de dirigir ese espacio como algo pesado y obligatorio, me encantaba hacerlo. Alegraba mi alma. Un par de inmensas coronas rojas y verdes daban la bienvenida a los huéspedes. Amplias cintas aterciopeladas adornaban los bordes y la llegada. Me sentí feliz al ver la imagen que mostraba la empresa que mis padres habían abierto.

Me gustaba mucho tener ilusiones, pero la realidad que vivía con mi hijo era lo mejor que me podía pasar. Sabía que estaba dirigiendo un hotel que luego podría recibir como herencia. A pesar de las experiencias dolorosas por las que pasé en algunos momentos, la verdad era que estaba feliz por estar en La Soledad y poder llevar el estilo de vida que estaba teniendo.

Era una especie de segundo hogar para mí. Me concentré en la sensación que experimentaba en mi pecho: sabía que, aunque Simón regresara, todo saldría bien. Escuché la camioneta de Simón mientras se acercaba. Aunque supe que pronto subiría a ese auto y la pasaría bien con él, me concentré en la fachada de mi hotel por unos momentos.

Recordé que pronto retomaría mi rutina en La Soledad y él la suya en El Rosal. Lo que teníamos solo duraría unos días. Por ello debía mantener la verdad en secreto. Entonces todo volvería a la normalidad.

Capítulo ocho: SIMÓN

Esperé que la luz cambiara a verde y pasé mis ojos a los lados. Un par de ancianos caminaban de la mano. Recordé a mis padres al ver la imagen. ¿Cuántas de estas personas mayores habían pasado cada día de sus vidas en La Soledad? Yo comprendí que debía salir de allí mientras me convertía en adolescente. Sin embargo, una vez que me hice adulto, la calma de mi pequeña ciudad era algo que siempre añoraba.

Estaba feliz con la firma y El Rosal, aunque en La Soledad había algo que no tenía en esa ciudad.

En el silencio de cada atardecer entre las montañas, me di cuenta de que mi destino no estaba en un sitio diminuto como mi hogar. La sencillez de La Soledad permitía que todos los que vivían allí dieran todo por sentado. Eso cambiaba al irse a una ciudad tan poblada como El Rosal.

Recordar cómo se vivía en La Soledad me impactó durante mis primeras vacaciones navideñas. En mi nuevo hogar muchas tiendas y clubes permanecen abiertos hasta la madrugada. Las personas se quedan en las calles hasta el amanecer para conversar o divertirse. En La Soledad, en cambio, todo cerraba temprano y la gente estaba en casa a las nueve en punto.

Allí podía meditar con calma, algo que no podía hacer en El Rosal, donde las imprecaciones de la gente apurada o los cláxones de los autos me impedían incluso concentrarme. Mamá sonrió al verme viendo hacia la llanura y las montañas al fondo. Recordó cuánto me gustaba observar las puestas de sol en ese mismo lugar cuando era un adolescente. Había tanta calma y silencio allí que en ocasiones me sentía aturdido.

Le pedí a Astrid que saliera conmigo para verla, aunque realmente había estado pensando en ella a lo largo de la mañana. Y la tarde. La vi y contuve el aliento. Había dejado abierto su abrigo, por lo que pude deleitarme con su blusa apretada y sus pantalones que también se ceñían mágicamente a su trasero. La mayor parte de su cabellera rodaba sobre su espalda. Además, un sombrero navideño yacía sobre su cabeza.

Apuntó a la camioneta y caminó para saludarme. "Tu auto se oye, aunque estés muy lejos", dijo con una sonrisa.

"Hola", le dije, recordando que no me había saludado.

Giró para ver el hotel y me sentí intrigado. ¿Alguien de su familia aún estaba trabajando allí? "Hola, Simón", dijo, y volvió a sonreír.

"Vamos", le pedí. Caminé a su lado y abrí su puerta lentamente.

Sonrió una vez más y frotó las palmas de sus manos. Encendí el motor "Aunque creas que perdí la razón, estoy segura de que caerá nieve aquí pronto", dijo.

Encogí mis hombros. "Pero la temperatura no es tan baja", dije.

Parecía que la imagen se encendía en su mente. "Eso no importa. ¡Espero que sí lo sea en Navidad!", exclamó.

La Navidad era la época del año que más la alegraba. Actuaba como una chiquilla, lo que me hizo recordar algo importante: sería la primera Navidad que pasaría con su hijo.

La realidad estaba armándose en mi cabeza. "¿Son las primeras celebraciones navideñas para tu

hijo?", le pregunté mientras asentía.

"Así es. Aunque sé que no va a recordarlo, espero que igualmente la disfrute", respondió.

Los destellos de amor en su mirada me demostraban el inmenso amor que sentía por la criatura.

El papá del niño no se había responsabilizado, lo que me irritaba, aunque entendía que mi opinión no valía. Además, no debía permitir que el asunto opacara mis días a su lado en La Soledad. También debía recordar que aparentemente incluso evitó decirle a Mauricio algo al respecto. Lo más importante era que se sentía cómoda siendo madre. Eso no me impactó, pues entendía que ella era hábil en muchas cosas. Lo que sí me había asombrado era que hubiera tenido al bebé y que yo no me hubiera enterado. De todos modos, entendí que seguramente lo había hecho porque le parecía lo más apropiado.

Sonrió ampliamente una vez más. "Ahora quiero que me digas adónde vamos", dijo, y giró para verme.

Retrocedí el auto y salimos del estacionamiento. "Iremos al lugar que me gustaba visitar cuando tenía insomnio", le respondí.

"Hace años que no vas. Tal vez olvidaste la ruta", aseguró a modo de broma.

En La Soledad me consideraban un visitante más, y eso no dejaba de causarme algo de extrañeza, pues realmente me sentía como un extranjero en mi propia tierra. Cada habitante bromeaba conmigo diciendo que mi mente no lograba recordar las cosas que había aprendido allí tras mi partida a El Rosal. Solo lo hacían para burlarse de mí.

"En ese caso, ambos vamos a extraviarnos", le comenté, y su cara se ruborizó.

Ahora esa expresión estaba otra vez allí, y mi mirada se sostenía sobre su rostro. Comencé a reír mientras recordaba que hacía años también se había ruborizado del mismo modo. Ese semblante en su cara cuando lo hacía me indicaba algo, pero yo no había sido capaz de descifrar lo que ella sentía.

Había crecido conmigo y sido testigo de mis sueños, y también había visto cómo me había convertido en un abogado exitoso y que se había asociado en un importante escritorio jurídico de una gran ciudad. Había conocido a muchas chicas con las cuales había pasado muchas noches de placer, pero Astrid no se parecía en nada a ninguna de ellas. Era muy diferente. Sabía muchas cosas sobre mí. Incluso me atrevería a decir que me conocía más de lo que yo lo hacía.

Asentí y entré a la vía principal de La Soledad. Pronto tomaríamos rumbo a una ciudad cercana.

"Extraviarnos. Se oye... interesante", comentó tras callar por unos segundos.

Iríamos a un espacio al que escapaba mientras terminaba mis estudios en la secundaria. Si me sentía estresado por alguna fiesta importante o un juego de mi equipo, tomaba el auto para llegar hasta allí y calmar mis pensamientos y mi cuerpo.

Pulsé los dedos de los controles del auto. Bajé unos grados la temperatura del aire acondicionado. Luego activé la calefacción de nuestros asientos. Astrid no creía lo que veía. Luego bajé mi ventana y contemplé el shock de su rostro.

"¡Vas a hacer que me congele!", dijo.

Lucía cada vez más atractiva. "Eso no va a pasar. Tu sombrero va a protegerte. No te sucederá nada", dije, para burlarme.

"Vas a tener que cuidarme si me resfrío", dijo con tono serio. Aceleré mientras asentía.

Me encantaba iniciar ese sistema que siempre había usado mientras manejaba en mi juventud: dejé mi codo sobre la ventana y el viento apacible y fresco acarició mis dedos. La ráfaga levantó la cabellera de Astrid. La imagen me parecía un hermoso paisaje. Como la calefacción ya había subido, los asientos estaban un tanto calientes.

Me encantó ver su cara mientras veía la carretera. "Ahora sí me siento mejor", me dijo tras una pausa.

En esa zona solo había pequeñas poblaciones separados entre sí por kilómetros. Cada vivienda estaba lejos de la siguiente. El césped se veía amarillo. Seguro tenía la esperanza de que pronto el invierno lo bañara.

Me sentía extraño al pensar que debía volver a la ciudad de mi pasado para sentirme más cómodo, pero estar con Astrid y recorrer esos parajes me daban esa tranquilidad que en otros ambientes no tenía. Ya se había esfumado la tensión de mi cuerpo. Esas vías me recordaban la persona que era realmente.

Era el fin de mi camino e iba a girar la camioneta cuando ella comenzó a indicar con su mano. "¡Vaya! ¡Las Copas Azules!", gritó Astrid al ver un bar a unos metros.

"¿'Las... Copas Azules'?", pregunté, usando sus palabras. "No entiendo. ¿Venden copas de ese color allí?", le pregunté.

Se notaba que deseaba conocerlo. "No. Es un bar. Un huésped le habló a Mauricio sobre él. Quería saber si mi hermano había estado allí. En internet hay buenos comentarios sobre ese lugar", dijo, con falsa indiferencia.

"¿Quieres ir?", le pregunté, e imaginé que diría que sí.

Lucía muy hermosa. Y sensual. No necesitaba esforzarse para calentarme. "No es necesario. No te preocupes", dijo. Sus mejillas se llenaron de un intenso rojo y mi pene también se llenó... de sangre.

"¿Sabes qué? ¡Iremos!", dije.

Comenzó a reír. Yo lo hice después, mientras ella sonreía cálidamente y su mirada se llenaba de luz. Aceleré y emprendí de nuevo el camino por la autopista. Escuché el sonido de los neumáticos quemando el asfalto mientras ponía ambas manos en el volante. Astrid tocó su frente con ambas manos mientras gritaba efusivamente.

Ella fue con prisa y alegría a la puerta y yo me apuré para abrir la puerta y que entrara. Había mucha más gente en Las Copas Azules de las que creí. Tuvimos recorrer el estacionamiento, bastante pequeño, en un par de ocasiones antes de entrar, hasta que encontramos un espacio disponible.

En la barra se podía charlar tranquilamente, pues tenía un tamaño adecuado para las parejas. Además, era discreta. Me percaté de que todos volteaban al escuchar la puerta abrirse, como sucedía en esos bares pequeños de esas ciudades retiradas. Al ver nuestras caras y atuendos, las

personas retomaron sus charlas, y pude comenzar a hablar con ella.

"Tomemos algo", le dije, y fuimos hacia la barra.

Tomamos asiento frente a la barra en unas sillas de madera. "Tomaré solamente una cerveza. Mañana debo cuidar a Sam. De acuerdo a lo que sé, hay unas galletas y un aderezo que son espectaculares", dijo cerca de mi oído.

¿Podríamos ordenar galletas y aderezos en un bar como ese? La apariencia me indicaba que no. "¿Galletas?", le pregunté, y observé el sitio. ¿Se podía pedir una cena en ese lugar?

Encogió sus hombros. "Sí, comprendo lo que dices. Son los comentarios que he oído", me explicó.

Un hombre con muchos años auestas apareció frente a nosotros. Tenía una toalla en su mano. Hablaba con un tono propio de la zona. Entendí que no era de La Soledad. Y lucía contento por atendernos. "Buenas noches. ¿Qué desean?", nos preguntó.

"Me gustaría que nos trajera un par de cervezas, galletas y aderezo", le dije.

Rió sonoramente. Parecía que yo no había pedido la orden completa. "¡Si quieres galletitas debes pedir alitas de pollo!", dijo.

Astrid me vio y me mostró una sonrisa al ver lo que le decía al anciano. "De acuerdo. Trae también las alitas", dije con prisa.

"Esto tardará un poco. ¿Por qué no vas a jugar billar?", me preguntó Astrid.

"Les tengo las bebidas", dijo el caballero poco después, y sentí que estaba apurado. Era normal que usara diminutivos. Era una costumbre en la zona.

"Vaya. No me esperaba su rapidez. Ni esas palabras", le dije a Astrid, y toqué su hombro.

"¿Y cómo comprendiste lo que dijo? ¡Creí que ibas a empezar a reír al escucharlo! 'Bebidas'".

Empecé a reír y la atraje hacia mi cuerpo. "¡Creí que tú lo harías!", respondí.

Vio la mesa. No había nadie jugando. "¿Jugaremos billar entonces?", me preguntó.

"Debo confesar algo. Espero que no te burles de mí", dijo, y vio mi cara. Subió sus manos. "No sé jugar".

"¿De verdad?", dije, impresionado.

"Sí. Entiendo por qué reaccionas así", dijo. No obstante, tomé su mano y fuimos a la mesa. No pudo quejarse más.

Tomé un par de palos y le di uno. "Es el momento de tu primera lección", le dije.

Le dije lo que debía hacer para golpear las bolas, aunque era yo quien quería chocar mis bolas con su cuerpo. Le conté las normas a seguir, algunas de las cuales ya conocía. Ahora solo debíamos jugar.

Noté que su cuerpo estaba más robusto, y tuve una erección inmediata al recrear cómo sería ahora, después de su embarazo. Acercó su pecho a la mesa y las imágenes de nuestro encuentro sexual volvieron a mi mente. Tantas veces me imaginé poseyéndola otra vez que podía tomarla durante diez noches continuas sin cansarme.

Saltó y corrió para acercarse a mi lugar. "¡Listo! ¡Lo logré! ¡Ahí está la bola!", dijo.

No había notado su movimiento. "¿Cuál bola golpeaste?", le pregunté.

"¡La negra!", dijo con evidente alegría.

Reí sin parar y ella frunció su ceño. "¿Por qué te ríes? ¿No debería golpearla? ¿Es la que no hay que golpear?", me preguntó ella. Su sonrisa desapareció.

Sentí de inmediato que era un gusto estar a su lado, y ya estaba dispuesto a demostrarle que esperaba que disfrutara más y más conmigo. "Cariño, de verdad lo lamento", dije, y recordé que "cariño" era una palabra que estaba usando por primera vez con una chica. Solo me había animado a hacerlo con ella. Estaba a gusto con su compañía. Esperaba cuidarla, que se sintiera cómoda, que no tuviera ni una sola preocupación.

Calló por unos segundos y entendí que comprendía lo que había pasado, así como lo que yo quería. Avancé y ella no dio un paso atrás, algo que creí que haría. Al contrario, dio un paso hacia mí, y sentí que mi piel comenzó a llamar a la suya. Extendí mi brazo y quise tomar su cintura, pero el grito del anciano que nos atendía me interrumpió.

"¡Ya está listo su pollito!", nos informó.

Capítulo nueve: ASTRID

Ajusté mi cinturón y vi a Simón. "Me encantaría que me acompañaras a visitar a mis padres", dijo. "¿Quieres decir ahora?", le pregunté.

Apoyó su cabeza en el asiento. Sentí que estaba soñando, pero sabía que todo era real.

"Sí. Mamá me preguntó si podía llevarte. No sé si deseas ir", respondió.

Simón estiró su brazo y sus dedos se posaron sobre los míos. Los tomó y sus labios besaron el dorso de mi mano. ¿Podría haber algo más romántico que eso?, me pregunté. "De acuerdo. Llévame", dije cuando pude hablar. Estaba teniendo dificultades para respirar.

Esperaba sentir sus labios sobre los míos o tener la osadía de ser yo quien me atreviera a besar su boca. Esas intensas sensaciones que habían llenado mi pecho regresaron rápidamente.

Su cuerpo me parecía muy atractivo. Su pecho, sus manos. No había sentido tanto deseo de acercarme a alguien como él, algo que se había acentuado tras el nacimiento de mi hijo. Y sin embargo, después de tanto tiempo sin haber hecho el amor del modo tan fuerte en el que él lo había hecho, sentí algo de temor.

Afuera brillaba la luna llena. Adentro, el sonido de la calefacción de los asientos se mezclaba con el aliento de la brisa que llegaba desde la autopista e inquietaba mi cabellera. Dejó su mano sobre la mía y tomamos la vía. No dije nada. Él tampoco lo hizo.

Pronto llegamos a la casa de sus padres. Ahora, al volver a verla, la imagen del lugar volvía a dejarme boquiabierto. La fachada era prácticamente similar a la que había visto muchos años antes, aunque no había pasado por ese lugar durante mucho tiempo. Cuando era una adolescente, estaba convencida de que, a pesar de ser una casa rural, era muy hermosa. E inmensa.

Creí que, al vivir en un lugar como ese, la personalidad de Simón se había vuelto arriesgada y libre en poco tiempo. El césped rodeaba la entrada. Al fondo, miles de árboles refrescaban el ambiente. La propiedad tenía unas treinta hectáreas. Había zonas para sembrar, caminos para recorrer el bosque circundante y un estanque en el extremo izquierdo. Me hacía sentir que era un hogar perfecto para cualquier familiar.

La madre de Simón también era hermosa. Su sonrisa cálida y sus ojos bondadosos se mostraron ante mí. Vi su cabellera rizada que colgaba sobre sus hombros. Un par de hoyos aparecieron en sus mejillas por su amplia sonrisa. "¡Cielos! ¡Creí que no vendría!", dijo al salir a saludarnos.

Quise saludarla, pero ya Simón la había introducido en la casa. "Mamá, ¿por qué sales descalza? ¡La temperatura es muy baja!", le dijo Simón.

El aroma del perfume de frutas de su piel me recordó las esencias que usaba mamá. Pasé y pude abrazarla. Sus brazos me rodearon con fuerza por un rato.

"Buenas noches, corazón ¡Qué linda estás!", dijo alegremente. Luego me dio un segundo abrazo.

Estaba segura de que Lucía quería seguir siendo amiga de mi madre, pero al parecer ella la rechazó una y otra vez. Sabía que tenía una vieja amistad con mamá. Eran grandes amigas incluso antes de mi nacimiento. Algo, sin embargo, las había alejado. Todo había ocurrido un año después de la muerte de mi hermano menor. Mamá decidió distanciarse de todos.

La consideraba una especie de familiar lejano al que le encantaba reencontrarse conmigo. Además, sus charlas siempre me parecían encantadoras. No pasé ninguna vacación en casa de los Suárez, pero eso no impedía que Lucía me tratara con sumo cariño cada vez que nos veíamos.

Lucía comenzó a sonreír. "Supe que quieren expandirse. Cecilia López estuvo en tu spa para recibir un masaje en sus hombros, y aún no ha parado de elogiar el lugar. Dice que el spa ahora es un lugar espectacular. Se veía muy feliz", me comentó.

Tomamos asiento en una sala de estar al fondo. Era pequeña pero acogedora. Solían adaptar el espacio en verano para que los niños jugaran allí. Cuando el clima era más suave, encendían la chimenea y contaban historias.

Simón no paraba de moverse de un lado a otro. Regresaba para comprobar que todo estuviera bien. Sabía que Lucía desbordaba a cualquiera con sus atenciones. No paraba de hablar ni sonreír. Apenas tomaba aire y luego continuaba con sus relatos o preguntas.

Aunque conversaba conmigo, no dejaba de ver a su hijo. "Imagino que tu madre está feliz por el bebé", me comentó luego al ver que Simón regresaba.

"Así es. Siempre está contenta. Es su nieto adorado", le dije. Tomé mi celular para enseñarle una foto de toda mi familia que había tomado en el hotel. En ella tenía a Sam en mis brazos. Había nacido una semana antes. Toda mi familia lucía feliz mientras veía la cámara.

"Te ves tan hermosa y natural en esta foto, Astrid. De verdad", comentó después, y volvió a ver a Simón.

"Por favor, mamá, ¡ya basta!", dijo él subiendo las manos. Comenzamos a reír.

"¡Claro que sí!, Estoy segura. ¿Cómo te sentías cuando te enteraste que estabas embarazada? Yo estaba muy asustada, aunque sé que tú seguramente no te sentiste así. ¡Eres muy hábil para todo!", dijo con una gran sonrisa, y recordé la mirada de mamá.

El recuerdo de mamá al sostener a su nieto cuando nació, sus lágrimas de alegría y el cambio notable en su actitud llegaron a mi mente. "¡Exactamente!", dije, y volví a reír.

"Tienes una madre estupenda, Astrid. No sé si te lo contó, pero estuvo con nosotros cuando Mariana nació", dijo mientras asentía. Sabía que estaba evocando todo en su mente.

Recordé cuántas veces me había abrazado tiernamente la hermana menor de Simón. Había tenido una profunda amistad con Samuel antes de su muerte. Además, también había sido una pequeña amiga para mí antes de la discusión de nuestros padres y los suyos. "Por cierto, ¿y Mariana?", le pregunté.

Simón se levantó de su silla una vez más para recorrer la casa de nuevo. "¡Está muy bien! ¡El próximo año obtendrá su título en la Universidad de Ingeniería!", me contó entusiasmadamente.

"Supongo que te alegra que esté pasando su Navidad aquí", le dije con una sonrisa.

"¡Estoy tan feliz que no puedo creerlo! Lo único que debo hacer ahora es traerlo de vuelta de esa ciudad ajetreada en la que vive", dijo en voz baja luego de acercarse a mí.

"Es una meta complicada", dije, riendo.

"No tanto", dijo. Su risa posterior fue tan alta que creí que Simón la había oído. "¡Astrid!, ¿por

qué no vienes a la fiesta de Nochebuena que haremos?", me preguntó, con una alegría mayor.

Sabía que, si aceptaba, mamá podría enojarse. "¿Harán una fiesta?", le pregunté, y sentí que las palabras se ahogaban en mi garganta.

Puso su mano sobre la mía, sobre la mesa para el café. "Será maravillosa, como todas las que hemos hecho. Además, Mariana va a venir. ¡Le encantará verte! Entonces, ¿aceptas? ¡Hazlo, por favor!", dijo con tono suplicante.

Solo pensé en aceptar. "Oh, claro. Estaré encantada de venir. Espero que mamá o Mauricio puedan cuidar a mi hijo ese día", respondí.

En ese momento solo quería disfrutar otra noche con Simón. Luego organizaría mis asuntos con calma.

Lucía siguió hablando y preguntándome por mi hijo.

"Mamá, debemos volver", dijo Simón al regresar a la sala de estar.

"Claro, hijo. Astrid, me encantó poder conversar contigo nuevamente. Dales mis saludos a todos. Recuérdales que los queremos, por favor", dijo, y recordé que siempre me pedía que lo hiciera.

En mi época de adolescente, siempre le dije a mamá lo que había comentado Lucía. Creía que, si le recordaba el aprecio que sentía por ella y la amistad que las había unido, su vínculo renacería.

El dolor que sentía la había alejado de su mejor amiga. No obstante, yo esperaba que el tiempo hiciera que se reencontraran. Simplemente había que darle espacio. Entonces me costaba entender cómo mamá se negaba rotundamente a hablar con ella. Una vez que crecí, lo entendí todo. Lo hice al tener a Sam. Me parecía que, si le ocurría algo, todo mi mundo se derrumbaría. Era justo lo que había pasado con mamá.

"¡Simón, no pierdas la vista de la carretera!", gritó Lucía al vernos entrar al auto.

"Tienes una madre preciosa", dije, con una gran sonrisa. Simón asintió y ajustó su cinturón.

"Necesito tu celular otra vez", dije.

Sentía que cada uno de mis músculos lo llamaba con una terrible necesidad. Me mostró una linda sonrisa. Revisó en su bolsillo y me cedió su teléfono. La tensión flotaba en el ambiente, y aunque por momentos se aligeraba, en ningún momento se iba del todo. Sostenía su mirada sobre la mía y encendía el fuego en mi cuerpo.

Comencé a revisar su colección. "¿Canciones de películas románticas?", pregunté, frunciendo mi ceño.

Me extrañó que estuviera en su lista. "Son tus canciones favoritas", dije, subiendo mi mano.

"Tengo que verlo", me pidió. Tomó el celular, bajó por la lista con sus dedos y puso su mano sobre la mía. Luego presionó otra melodía.

Era el fin de una velada estupenda. Me sentí relajada como nunca. Estaba contenta de haber pasado un rato fuera de la oficina. Le sonreí mientras el sonido de una banda de rock llegaba a mis oídos y sus dedos se entrelazaban con los míos. Estábamos saliendo del estacionamiento del hogar de sus padres.

"Agradezco todo lo que has hecho por mí hoy. Disfruté bastante", le dije. Salí de la camioneta con la ayuda de su mano y sonreí. "Puedo ir sola a la puerta. Si me acompañas, tendrías que pasar", le dije con tono serio. Era consciente de que mi hermano le pediría entrar.

"Sí, lo lamento. Sé que es tarde. Debes disculpar a mi madre", dijo, y subí mi mano para despedirlo.

"No es necesario. Estoy bromeando contigo", respondí.

Se acercó a mí y la tensión se incrementó una vez más.

El deseo ardía dentro de mí, aun cuando sabía que no podía estar con él. Esa tensión acumulada, mis músculos comprimidos, la necesidad gritando en mi pecho...

No dejaba de asombrarme al verlo. Tenía un cuerpo tan espectacular y una mirada tan profunda que sentía que ningún hombre se parecía a él.

La necesidad inmensa de unir mi piel a la suya volvió a mi ser. "Astrid, quiero...", dijo, pero se detuvo. No tenía que decir nada más. Entendía lo que quería expresar. Su necesidad era tan poderosa como la mía.

Acercó su boca y su respiración se mezcló con la mía. Fue el anticipo de sus besos. "Sé lo que quieres", dije, susurrando. El aliento de mi pecho se unía a sus palabras.

Y mis suspiros se unieron a sus labios.

Rápidamente apretó mi piel, y quedé entre su pecho y la camioneta. Bajó por mi cuerpo y sus dedos se afincaron en mi trasero. Los hincó en ellos y sentí su pene erecto. Introdujo su lengua en mi garganta y recordé lo codicioso que era.

Creí que iba a quitarme la ropa, lo que, sin duda, le habría permitido hacer. Pero se alejó de mí y tomó aire por largo rato, como si regresara a la superficie tras minutos de nado. Nunca había tenido un beso tan caluroso como ese en un lugar público.

Él mordió su labio inferior por mi osadía y luego jadeó. Recliné mi cara mientras mis sentidos seguían convulsionados. Su piel seguía cerca de la mía. Puse mis muslos un poco más adelante y pude palpar de nuevo su tronco levantado.

Volvió a besarme, y sentí que en cualquier momento estallaría de placer. Luego negó con su cara y acercó sus labios a mi cuello. "Nena, por favor...", dijo después. Sus labios besaron mi sien cálidamente. "Nena, por favor...", repitió.

Aunque no dijera nada, era capaz de descifrar mis pensamientos. Entendí lo que quería hacer y lo mucho que yo quería que lo hiciera.

"No pares", le dije, rogando que siguiera, aunque sabía que no lo haría.

"Pasa", respondió, y apagó mi deseo.

Su orden me había dejado en shock. "¿Cómo?", le pregunté.

"Pasa a buscar a Sam", dijo, y sus dedos alcanzaron mis caderas. Luego subió su cara para verme. "Si te quedas aquí, luego no podrás salir", aseguró.

Me hundí de nuevo en el mar de sus intensos ojos. Contuve mi respiración y luego asentí.

Comprendí que decía la verdad. Estábamos cerca de la casa de Mauricio. Allí no podríamos continuar lo que habíamos iniciado. Sin embargo, Simón abarcaba todos mis pensamientos, por lo que no podía ordenar mi mente. Bajé del auto y giré para verlo. Estaba ahí, en su asiento, contemplando mi cara, que lo llamaba.

Capítulo diez: SIMÓN

Un año antes...

"Te deseo", dijo con lentitud, y sentí que su revelación había hipnotizado mis sentidos.

Quería estar con Astrid otra noche. Estaba con la chica que había colmado mis pensamientos por meses. Una que satisfacía todos mis deseos y expectativas. Una chica atractiva, con talento y determinación. Le pedí a la aerolínea buscar otro asiento para mí en el vuelo que saldría al día siguiente. Tuve que pagar cargos adicionales, aunque no me importó.

Una chica que, además, era delicada y gentil. Reaccionaba con gemidos a sus caricias. Y mi pene se levantaba más y más.

Esperaba ser ambicioso y llevar a cabo todas las fantasías que había tenido. Apoderarme de todo su cuerpo. Astrid lograba calentarme fácilmente tras su regreso a La Soledad. Ya era una mujer. Lo supe cuando la vi al volver por su receso universitario. Mis dedos tocaban su piel ardiente horas antes de mi regreso a El Rosal.

Comprendí que era una mujer de iniciativa, aunque se dejó dominar por mí. Sentí que ofendaba su piel. Me pedía cerca de mi oreja que la poseyera, que la hiciera suya cuanto antes. Pero no debía hacerlo. Estaba claro.

Mauricio podría vernos. Al ver la puerta, me recordé que no debía hacerlo, al menos allí. Debía actuar correctamente y buscar un hotel en el que pudiéramos pasar la noche. También debía buscar rosas, lencería costosa y perfumes delicados. Debía controlar cada aspecto de nuestro encuentro.

Se sentó sobre mí y no pude hacer nada. Comenzó a quitarme el cinturón con prisa. "Te lo ruego", suplicó en voz baja. Haló mis cabellos y llegué a su cama. Parecía inevitable. Su impulso era irresistible.

¿Cómo podía estar tan caliente? Al descubrir que sentía el mismo deseo que yo tras tantos años de fantasía, mi reacción fue una sonora risa. "Ve con calma", le dije entre carcajadas.

Empecé a sentirme como un animal salvaje tomando a su hembra. Usé sus manos para apoyarme en sus caderas y entrar en su cuerpo. Ella también usó las suyas para guiarme. Al principio fue complicado. Estaba muy cerrada. Sin embargo, pude hacerlo después. Mi gemido se enlazó con el suyo cuando la penetré. Finalmente, nuestras pieles se unían. Sabía cómo moverse. Lo hacía incluso mejor que en mis fantasías, lo que me encantó. Paré por unos momentos, retiré mi pene y volví a introducirlo. Gemí con fuerza.

Sus dedos arañaban mi piel mientras subía sus caderas y me balanceaba para penetrarla nuevamente. "¡Simón, por Dios!", dijo Astrid con sensualidad.

Deseaba que su cuerpo explotara y satisfacerme con esa mágica reacción. Tres penetraciones más me bastaron para alcanzar su punto G. Abrió su boca y no pudo cerrarla. El momento sirvió para que soltara sus miedos y sus deseos más reprimidos. Cerró sus ojos mientras su mandíbula se tensaba. Comprimí mi pecho en busca de calma. No quería acabar aún. Esperaba que ella lo hiciera antes que yo.

Ni siquiera mi mejor fantasía me preparó para la maravilla que vi después. Tomé con más fuerza sus caderas para penetrarla con más potencia. Saqué la mitad de mi órgano y luego atraje su

cuerpo hacia mí. Quería que se uniera al compás de mis movimientos. Entonces arqueó su espalda, lo que me indicó que su orgasmo se aproximaba.

La penetré una vez más, con mayor fuerza, y moví mis caderas intensamente. Ella intentaba recuperar el aliento y yo afincaba mis dedos en su culo. Sus ojos brillaron con un par de lágrimas y sus mejillas se ruborizaron. Dijo mi nombre en voz baja, en varias ocasiones, y el clímax la atravesó. Las dos lágrimas abandonaron sus ojos y cayeron por su cara.

Mi pene continuaba trabajando en su interior. Aún quería más. "Cielos", murmuró. Llevé mis caderas una vez más hacia sus muslos.

Cualquiera podía escucharme, pero eso no me detuvo. Por ella haría cualquier cosa y asumiría las consecuencias. Cuando reaccioné, ya había flexionado su cuerpo. Subió su trasero y lo llené con mi liberación. Luego entré en su cuerpo una vez más y escuché sus intrépidos gemidos.

Aunque mi cuerpo ansiaba encontrar una manera de satisfacerse, no encontraba alguna. Suspiré cuando me levanté. Mi pene estaba erecto mientras recordaba esa experiencia con Astrid. Me había ocurrido muchas veces. Ya no podía recordar cuántas.

El recuerdo del final abrupto de la cita aturdió mis pensamientos. Supongo que fue porque la besé, me dije mentalmente.

La deseaba, y ya sentía que debía hacer cualquier cosa que hiciera falta para tenerla. Me resultaba difícil controlarme al estar con Astrid.

Sin embargo, una acción tan descabellada como esa era absurda en una ciudad como La Soledad. Habíamos estado a unos metros del hogar de Mauricio.

Moví mi cara a los lados y suspiré. Decidí darme una ducha. Activé el grifo y un río de agua cayó sobre mis hombros. Estaba casi helada. Tenía que relajar mi cuerpo, aunque sentía que la temperatura gélida era insuficiente para apagar mi deseo.

Los senos de Astrid llegaron a mi mente. Me imaginé tomando sus pezones y llevé mi pulgar a mi glándula. Subí unos grados la temperatura del agua y puse el resto de mis dedos en mi tronco. Lo presioné y comencé a gemir agudamente.

Creí que mis bolas iban a liberarse velozmente. "Mierda", exclamé.

Vi el rostro de Astrid en mi mente y me dejé llevar. Impulsé mis caderas y sentí que estaba entrando de nuevo en su vagina cerrada. El vapor me hacía sentir que estaba cerca de su cuerpo caliente. El deseo se hizo tan fuerte que no pude manejarlo más.

Jadeé y presioné mi tronco. Los líquidos chocaron contra las paredes. Apreté mi mentón y luego lo solté. Sentía el dolor en mis bolas tras el momento liberador que había tenido.

Aún bastaba pensar en ella para hacer que tuviera un orgasmo. La noche de mi encuentro con Astrid seguía en mi mente. El recuerdo de su frase, "te deseo", continuaba impulsado mi deseo.

"Nena, por favor", le había dicho.

Tomé aire mientras me aseaba y me preguntaba algo. ¿Estaba dejándome llevar excesivamente por mis fantasías? También recordé que la palabra "nena" le había molestado mucho. Sabía que le

traía los recuerdos de nuestra noche juntos.

Los días estaban pasando y debía regresar a El Rosal. Ella estaba viviendo en La Soledad, como siempre. Yo creía que no había forma de regresar a vivir allí. Me parecía que estábamos haciendo que eventualmente nos causaría dolor. Pero mi lujuria ya era incontrolable. Astrid estaba cada vez más cerca de mí y el deseo era cada vez más intenso. Debía hacer algo. Pronto.

"¡Hijo querido! ¡Ya hice el desayuno!", dijo mamá en la cocina.

Comer sus platos me encantaba. Terminé de limpiarme y bajé rápidamente. Había cocinado muchas cosas: galletas recién horneadas, mermelada de arándanos del jardín que había cultivado, emparedados, tocino, ensalada de frutas, jugo de naranja y café con leche y crema. Una vez más, mamá se había esmerado en la cocina.

Supuse que todo el personal de una empresa iría a desayunar conmigo. "¿Hiciste todo esto para mí?", le pregunté.

Sonrió mientras sus manos alcanzaban sus caderas. "Es un gusto cocinar para mi hijo, y no puedo hacerlo todos los días", respondió.

Como hacía cada año, trataba de superarse cada vez más. Tras ver cada dormitorio, entendí que lo había logrado nuevamente. Además, tenía una blusa larga con motivos navideños. Sentí que la Navidad ya había llenado su espíritu.

El centro de la decoración eran dos pinos navideños. Mama tenía la costumbre de poner ambos. Uno pequeño se ubicaba cerca de la ventana delantera de la sala de estar para que todos pudieran verlo desde afuera. Otro, más grande, estaba en el centro de la sala de estar. Unos obsequios envueltos con coloridos diseños estaban en el pie. Pero eso no era todo. Todas las puertas tenían una corona grande con tonos turquesa y verde. Un par de guirnaldas salían de la moldura. Además, terciopelo rojo en forma de arco bordeaba la parte inferior.

Sabía que sus preguntas comenzarían. Durante cada Navidad empezaba a abordarme con sus interrogantes cargadas de culpa. "¿Por qué no vienes con más frecuencia, hijo?", me preguntó.

Tomé una toalla de papel para secar mis manos. Luego la arrojé a la basura. "Ya te lo he dicho", dije. Lavé mis manos. "Solo puedo tomar dos semanas durante Navidad o una semana y otra después durante el año", le recordé.

Puse sus brazos sobre su pecho y me vio como si quisiera desafiarme. Pero sabía que solo quería apoyarme, estar más tiempo conmigo... y convencerme de regresar. "Podrías tener un mes completo de vacaciones", me dijo.

Tomé un par de tocinos. "Bueno, debo cumplir con mis responsabilidades laborales", le dije con calma y una sonrisa.

Supuse que ya había ensayado lo que me diría. "¿Recuerdas a Teresa Márquez? Tiene un hijo que trabaja en la oficina de Educación de Santa Inés. Viene a pasar sus vacaciones aquí también. ¡Las seis que le dan durante el año!", dijo, contando con sus dedos.

Entendía que hacía un esfuerzo para convencerme de visitarla con más frecuencia. Siempre había sido ama de casa, pero Mariana había comenzado sus estudios universitarios, al igual que yo, y esos años le habían hecho sentir a mamá que estaba sola. Desde entonces no había parado de

suplicarnos que regresáramos a La Soledad. "Pero Santa Inés está a solo unos kilómetros de La Soledad, a diferencia de El Rosal", dije. Hice un esfuerzo por mostrarme serio, pero me resultó difícil.

"Sabes que Mariana volverá a La Soledad, hijo", me recordó. De cualquier modo, ya había escuchado mi respuesta a esas palabras. Se la había dicho cuando me había llamado días antes, cuando la felicidad al enterarse la había hecho llorara.

Ahogué una carcajada en mi pecho. La verdad era que Mariana me había contado unas horas antes de contactar a nuestros padres. Incluso habíamos conversado por horas sobre los planes que tenía en mente para cuando regresara a nuestra ciudad. "Así es, mamá", dije.

Tomó asiento cerca de mí, y me mantuve allí. Comprendí perfectamente lo que me plantearía. Sabía todo lo que mamá me diría, pero me había rendido. Respondía todas sus preguntas, como había hecho durante años.

Ví la miel cayendo sobre el par de panqueques que había puesto frente a mí.

"Quise que fueses a otra ciudad para que vieras todo lo que el mundo puede ofrecerte, hijo. Esa era mi intención", dijo. "Pero, eventualmente, los seres humanos solo debemos concentrarnos en nuestras familias".

Ya tenía un trozo de emparedado en mi boca. "Así es", respondí al rato, asintiendo.

Tocó mi hombro y sentí que estaba a punto de decirme algo terrible. "¿Has pensado en lo que dejarás en este mundo? ¿En cómo quieres que te recuerden todos?", me preguntó con calma.

Ya había tomado otro emparedado. "Ajá...", respondí.

"¿'Ajá'? No entiendo qué quieres decir con eso. ¡No tienes a quién dejarle una herencia, hijo! ¡Aún no me has dado un nieto!", exclamó.

Su planteamiento bordeaba el drama. Sin embargo, años de esa charla me indicaban que debía responderle sin oponerme. Tomé café. Así evité reír.

Probé los huevos. "Así es. Es solo que no encuentro a una chica ideal", dije, con indiferencia.

"Hay millones de chicas estupendas en El Rosal", aseguró.

"Lo sé. Solo son eso, estupendas", le dije. Y ella comenzó a resoplar. Luego vio a otro lado.

"La madre de Astrid ya tiene un nieto", me recordó, y esperó mi respuesta con expectativas.

Asentí y abrí mi boca. "Así es", dije. Tensé mis hombros y la vi con seriedad. No quería que notara cómo me sentía realmente por dentro.

Acercó su cara y exhaló. "Simón, ella es muy linda. Es insólito cómo ha madurado y crecido", dijo en voz baja.

No quería asegurarle lo contrario a mamá. Podría sentirse esperanzada con una relación que seguramente no ocurriría, porque era prácticamente imposible. "Debo aclararte que no ocurre nada entre nosotros", le dije, con fingida seriedad. Intentaba que mamá no se diera cuenta de las dudas que nacían en mi mente. Estaba claro, por la forma en la que se había presentado en mi mente cuando me levanté, que sentía algo por ella.

Me parecía que Astrid superaba mis expectativas en cuanto a la chica que quería para mí. ¿Cómo podía hacerme cargo de mis emociones? Entendía que había nacido algo entre ella y yo. Todo ocurrió tan rápido que no pude controlarme. Las cosas sucedían sin que me diera cuenta.

Mamá tocó mi hombro una vez más. Luego se levantó para desayunar. "Hijo, lo único que digo es que te abras a las opciones que la vida está mostrándote", aseguró.

Le regalé una sonrisa y continué comiendo, ahora a su lado. Dejó caer almíbar sobre un panqueque y noté que me veía con un semblante de satisfacción. Sabía que había instalado la idea en mi mente, y no podría sacarla mientras estuviera en La Soledad.

Volví a sonreír y vi su rostro lleno de orgullo y alegría. "Toda esta comida es muy rica", le dije.

Sabía por mi experiencia que debía dejarla ilusionarse mientras estuviera en la ciudad. Pero sabía que, al acompañarme al aeropuerto para tomar mi avión a El Rosal, su pecho se llenaría de dolor ante la realidad.

Capítulo once: ASTRID

"Esa no es la forma correcta. Debes tomar la guirnalda para extenderla por la moldura", le dije. Con mi dedo le indiqué el techo. El resto de los empleados de Servicios de Mantenimiento asintió mientras el líder comenzaba a trabajar.

Quería que todo el trabajo satisficiera mis expectativas. Estábamos arreglando el salón para fiestas durante toda la mañana.

Sería nuestra primera fiesta navideña en ese espacio. Ansiaba que el lugar se viese estupendo.

"Bien. ¿Y los platos a servir? Supongo que nos encargamos de todo, ¿no es así?", le pregunté a una de las chicas.

"En breves momentos completaré el menú, señora Gómez", dijo Alejandra con una sonrisa.

Estaba claro que mi hijo aún necesitaba muchos cuidados. Con una chica como Alejandra ella podría afrontar los planes de expansión y cualquier desafío que se presentara. La había contratado por Navidad, aunque esperaba que pudiera seguir con nosotros para que trabajara como una asistente en el gimnasio y el spa una vez culminaran las fiestas.

Al ver cómo se había transformado todo, sentí alegría, pero también mucha ansiedad. Me calmé al recordar que Alejandra ya había comenzado a trabajar como si fuese mi mano derecha. Terminaba cada cosa que yo no podía finalizar debido a mi apretada agenda. De acuerdo a los planes que yo había proyectado, nuestro hotel ya estaba organizando reuniones de empresas y fiestas por los feriados. Lo que antes era un comedor desolado y oscuro ahora se convertía en una sala de eventos con todas las comodidades y decoraciones necesarias. Ese cambio había significado que más clientes empresariales se acercaban a nosotros.

"Como saben, esta es la primera reunión corporativa que vamos a tener. Por eso espero que todo salga bien. La empresa va a organizar aquí el festejo navideño para sus empleados. Mi intención es que sea un evento alegre y acogedor. Quiero que contacten al dueño de la empresa para que nos envíe el logo. Así podremos incluirlo en la decoración", dije, y vi a Alejandra. Ella tomó apuntes y asintió.

Cada asignación era muy importante para ella. "Lo sé. Les escribí a su correo hace una hora. Más tarde voy a llamar a su oficina para saber si hay novedades", respondió.

"Me alegra saberlo. Recuerda hablar con Mauricio. Debe informarme sobre un dormitorio que tenemos que mejorar. Quiero que estés atenta a esa situación", le dije. Anotó mi petición y recordé las modificaciones que quería hacer en la suite.

Sentí que su llegada era lo mejor que me había pasado. Cuando contraté a Alejandra, sentí que parte de las preocupaciones que sentía se iban. Como Mauricio quería causar una buena impresión a la chica recién llegada, se había puesto manos a la obra desde su arribo al hotel. No quería defraudarla, porque era muy orgulloso, lo que no ocurría conmigo.

Me mostró una expresión de satisfacción. "Puede estar tranquila. Aseamos la suite. Luego la limpiamos. Una vez que las paredes estén secas, introduciremos los muebles y la cama", dijo.

Tomé aire con calma. "Te felicito", le dije.

"Se lo agradezco. ¿Qué le parece si empezamos a probar los platos?", me preguntó con una sonrisa, y su mirada pasó al frente.

Aún recordaba la cantidad de emparedados de jamón que había comido en ese lugar cuando aún era una niña. La imagen apareció en mi mente mientras llegaba la comida de prueba. No solo estábamos decorando el lugar: también haríamos los platos que se servirían. Por esa razón debía degustar los platos. Quería que fuese lo más exquisita posible. El jefe de los cocineros, Miguel Ángel, ya se encontraba cocinando los platos en la mesa de la fiesta. Me acerqué a él mientras me preguntaba cómo era posible que le hubiéramos dado un giro de ciento ochenta grados al comedor en tan poco tiempo.

El avance de las remodelaciones no dejaba de impresionarme. "Todo se ve maravilloso", dije, sin poder evitarlo.

"Señora Gómez, alguien quiere hablar con usted por teléfono", dijo alguien cerca de mi espalda.

"¡Un momento, por favor!", exclamé. No supe quién me había informado. "Por favor, que no se detengan", le dije a Alejandra, y vi la hora. "En unos quince minutos volveré para probar el menú", le indiqué.

"¿Quién está llamándome?", le pregunté a la chica, y tomé el teléfono. Se trataba de una recepcionista que habíamos contratado por Navidad. Su cara salpicada de rubor me indicó que no había preguntado quién me llamaba. Asentí y vi su cara rubia mientras sonreía.

Muchas personas llamaban al hotel tras la campaña en varios medios de comunicación que habíamos iniciado un mes antes. "Habla la señora Gómez. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?", dije con tono severo.

"Hola, señora Gómez. Le habla el señor Suárez", dijo, y relajé mi cuerpo, al punto de empezar a reír.

Una enorme vergüenza se esparció por mi cuerpo. "¡Simón! Pensé que era otra persona ¿Qué haces?", le pregunté.

"Un momento. Me gustaría conversar con Astrid. ¿Qué pasó con esa chica sería que me atendió?", me preguntó. El tono juguetón de su voz me indicó que estaba burlándose de mí.

"Este es el peor momento para chistes. Debo trabajar en este momento, algo que tú no estás haciendo", dije, también con tono jocoso.

"Lo sé. La verdad es que no sé ni siquiera qué día es", me respondió, y el eco de sus palabras erizó mi piel rápidamente.

Pensé que era normal que no pudiera pasarla tan bien tras los años que había pasado en El Rosal "Supongo que una ciudad como La Soledad no te divierte mucho, ¿verdad?", le pregunté con una risa.

"Astrid, no estoy llamándote porque me sienta aburrido", respondió, con seriedad, y mi pecho se comprimió de inmediato.

"Pues ya sabes que tienes la posibilidad de pasar por aquí y ocuparte de mí. Así sabré que realmente quieres verme", dije. ¿Cómo me había vuelto tan atrevida?, me pregunté mentalmente.

Tomé aire y el eco de su auto encendiéndose me dificultó escucharlo. "Parece que te costó decirlo,

pero no importa. Esperaba que en algún momento lo hicieras", dijo.

"¿En serio?", le pregunté.

"Sí. De hecho, al levantarme esta mañana, quise escuchar esas palabras", dijo. El sonido de sus frases me indicaba cuánto me deseaba, como la necesidad de estar conmigo lo incendiaba. La camioneta sonó otra vez y tuvo que hablar con más fuerza. "Nos vemos después", aseguró.

Me despedí, tratando de parecer lo más tranquila posible. Colgué el teléfono y recé para que la chica no notara los espasmos que me había producido la breve charla. Mis piernas desbalanceadas me llevaron de regreso al comedor. Giré para ver la carretera por la ventana, con la esperanza de ver a Simón llegando al estacionamiento.

"¡Regresaste! Miguel Ángel te espera para que empieces a degustar, pero ¿qué te parece si te enseño algunas cosas en el spa antes de hacerlo?", me preguntó Ivana con alegría, aunque no me sentía tan entusiasmada como ella.

"De acuerdo", dije y asentí con prisa.

"Un momento. Ocurre algo contigo", dijo, con dudas.

"Claro que no", dije, y vi a otro lado mientras negaba con mi cara.

Acercó su cara para verme. "Sí. Te ocurre algo, Astrid. Lo sé porque te conozco muy bien. Incluso estás ruborizada", dijo.

"Le ocurrió después de atender una llamada", dijo repentinamente la recepcionista, detrás de mí, y ambas giramos para verla. Fruncí mi ceño y la chica bajó su cara nuevamente, enfocándose en algunos documentos. Imaginé que había notado el desagrado que su revelación me había causado.

Noté la incertidumbre en los ojos de Ivana. "¿Quién te llamó?", preguntó Ivana.

Quería hablar de otra cosa, aunque Ivana no quería hacerlo. "Simón. Llamó y lo invité al hotel. Es decir, a verme", dije, con tono despreocupado. Su mirada me indicaba que quería saber más. Y que sospechaba algo. "Aclaro que no pasa nada. Solo está un poco aburrido. Lo entiendo. Ha pasado una parte de su vida en una gran ciudad como El Rosal", le dije.

"Claro, claro. Simón Suárez, un abogado famoso, el soltero más codiciado de La Soledad, el sujeto con el que todas las chicas de nuestro estado querrían pasar un rato, se aburre al llegar a su ciudad natal", dijo, con voz sarcástica. Subió sus manos y su cara, indicando que ese acertijo aparentemente no tenía solución.

"Simplemente quiere pasar un rato aquí", dije, pero era evidente que estaba mintiendo.

Era Ivana quien decía la verdad. En La Soledad, todas las chicas esperaban que las visitara. Y todos los vecinos también. Pero a Simón se le hacía muy difícil pasar unas horas en cualquiera de sus hogares. Incluso me había revelado el año anterior, un día antes de nuestro encuentro sexual, que no tenía el tiempo suficiente para visitarlos a todos durante sus quince días de vacaciones en nuestra ciudad.

La ida de compartir conmigo cada día de sus vacaciones me hacía sentir privilegiada, pero también dejaba un gran rastro de culpa en mi corazón. Compartía con sus padres, sus amigos más cercanos y antiguos conocidos. Era indudable que podía disfrutar un rato agradable con cualquiera de ellos. Ella estaba diciendo una gran verdad. Simón era todo un personaje codiciado por todos,

pero solo quería pasar sus vacaciones junto a mí.

Estábamos llegando al spa. "Ustedes dos se vieron también para compartir hace unos días. Sé que estaban fuera de la casa de Mauricio, ¿o no? Hasta donde sé, su lengua también pasó un tiempo en tu boca", dijo Ivana.

Subí mi mirada por encima de su hombro. Quería cerciorarme de que mamá no estaba cerca y nadie podía oírnos. La tomé por la cintura y fuimos a un salón privado.

Mamá estaba de acuerdo con la idea de que Mauricio continuara siendo amigo de Simón, pero si llegaba a saber que él era el papá de Sam, la historia sería muy distinta. "¿Perdiste la cabeza? ¡Si mamá se entera de lo que dices, va a enloquecer!", le dije en voz baja, aunque con severidad.

Cruzó sus brazos y supuse que esperaba mi siguiente argumento. "¡Calma! No he mencionado al sujeto en cuestión", me recordó.

"Puedes hacerlo, Ivana", le dije, con tono serio.

"¿Qué es lo que quieres que haga?", me preguntó, como si no supiera nada.

Abrí mis ojos ampliamente. "Lo que quieres hacer. Puedo verlo en tu rostro. Puedes comenzar a hablar y decirme lo que piensas", dije.

Aunque me esforzaba por fingir que no era importante, sabía que sí lo era: lo que pensara al respecto tenía una enorme relevancia para mí. Solo ella sabía lo que había hecho con Simón durante su viaje anterior. Luego le había contado que era el padre de Sam. Era también la única que estaba al tanto de ello. Eso le permitía decirme lo que pensaba. Tenía claro que ella no se guardaría su opinión.

"Sabes lo que pienso. Simplemente quiero recordártelo. Creo que tiene derecho a saber todo, Astrid. Tienes un hijo hermoso. Un pedacito del cielo en la tierra. Y tienes años conociendo a Simón. ¿No crees que desea formar parte de su vida? ¿Estar con el niño?", me planteó.

Sentí que mi pecho se derretía al recordar a mi pequeño. "¿‘Estar con el niño’? ¿Cambiar sus pañales y despertar todas las madrugadas para alimentarlo?", le pregunté. Luego comencé a reír. Quería aminorar las consecuencias de mi decisión de guardar el secreto.

"No olvides que tu hijo va a vivir su primera Navidad. Además, Simón está en La Soledad. Creo que debería disfrutar esta fecha con su bebé", dijo, en voz baja, consciente de que se refería a cosas que nadie más sabía.

Agité mi cara mientras terminaba de hablar. Quería dejarle claro que su planteamiento me parecía irracional. "Tienes razón. Ya sé lo que voy a decir. Algo como: ‘Te agradezco que vengas pasar una tarde conmigo. Oh, y había olvidado decirte. Eres el padre de Sam. Hice galletas. ¿No quieres comer una?’", dije.

"No estoy diciendo que debas confesar ahora. Solo que te tomes tu tiempo para pensarlo. Es evidente que quiere iniciar una relación contigo. Si eres sincera, se sentirá mucho mejor", explicó, susurrante.

¿Pero cómo podría yo impedirle que lograra esa meta por un capricho? ¿Cómo podía ser tan mezquina? "No desea tener una relación, y menos conmigo", dije, moviendo mi cara a los lados. Sabía que ya había establecido su vida en El Rosal. En ese lugar, un estupendo ascenso lo

esperaba.

"Debe ser una broma, Astrid. Me gustaría que dejaras de sentir lástima por ti. Por si no lo has notado, ¡es obvio que no te ve como una chica con la que simplemente tuvo sexo casual!", dijo con un tono más suave. Entendí que quería llegar a mi corazón destrozado, el que había caído en pedazos tras los días de dolor que había vivido antes de que naciera Sam y yo llorara en el regazo de Ivana.

Ella tenía claro que mi mente estaba llena de dudas sobre mis emociones por Simón. Y también tenía claro que consideraba importante que quisiera pasar otra tarde conmigo mientras aún estaba en La Soledad. Y como era el único ser humano que sabía la verdad, era la única con la que podía hablar respecto a las consecuencias de mi decisión.

Tocó mi hombro y asentimos. Sabíamos que habíamos lidiado durante meses, en silencio, a solas, con el dolor que me había dejado mi decisión de conservar el secreto sobre la paternidad de Sam. "En eso tienes razón. No soy una chica que buscó solo para tener sexo", dije, y le mostré una sonrisa.

Me tomó por la cintura y salimos del espacio privado. "Me alegra saber qué piensas lo mismo que yo, al menos en algo. Bueno, me gustaría mostrarte los productos que compré", dijo después.

"Estos días con Simón han sido maravillosos", reconocí.

"Entiendo. Estoy segura de que, si supiera todo, compartir con Sam lo haría aún más maravilloso para los tres", planteó.

Pero mi presente y el suyo cambiarían drásticamente si hacía lo que me proponía, si bien ella, una vez más, decía la verdad. Su idea acarreaba un riesgo que no quería tomar. La idea de confesarle todo a Simón me causaba un terrible nerviosismo. Todo estaba saliendo perfectamente entre él y yo. Si daba ese paso, sería el fin de la felicidad.

Capítulo doce: SIMÓN

Una segunda charla con mamá añadió presión a mi mente. Repentinamente sus palabras habían dado un giro e incluso quiso saber la fecha del fin de mi contrato de renta de mi apartamento en el centro de El Rosal. La primera hora de la mañana me había sentido aletargado, pero poder hablar con Astrid y que me invitara al hotel alegró el resto de mi día.

Quería salir de ese lugar por un momento, así que pasé por la casa de un antiguo compañero de clases de mi universidad. Me invitó a su oficina en el centro. No obstante, no podía dejar de pensar en Astrid. Él me contó que quería llevar a su esposa al spa para sorprenderla con una sesión de masajes por su aniversario desde sus planes de sorprender a su esposa con un día de spa en Navidad. Luego me contó sobre su pequeño hijo recién nacido y su cara se iluminó rápidamente.

Mi deseo por ella era cada vez mayor. Pensé en llamarla otra vez, pero me contuve de hacerlo. Sabía que estaba muy ocupada. Sus palabras rápidas al responder mi llamada durante la mañana me habían hecho pensar que no aceptaría verme, aunque pronto me di cuenta de que no me rechazaría.

Tenía que verla.

Una chica estaba en la recepción del spa. Era rubia y se notaba que parpadeaba mucho, lo que me hizo pensar que tenía algo en uno de sus ojos y quería sacarlo de allí pronto. "Un gusto atenderlo, caballero. ¿Reservó una sesión de masajes?", me preguntó.

Alcé mi mirada. Quería verla o encontrar a Mauricio. "En realidad vine por Astrid", respondí con seriedad.

Comenzó a hurgar en una montaña de páginas hasta que encontró un comunicador. "Entiendo. ¿La señora Gómez... está esperándolo? ¿Sabe que viene?", me preguntó.

"Un momento. Esto no es necesario", le dije, poniendo mi mano sobre su antebrazo. "Puedes decirme dónde puedo encontrarla. La buscaré".

Mordió su labio inferior y suspiró al ver mi pecho. "Vaya. Pues está en el salón de eventos. ¿Te acompaño?", me preguntó con una sonrisa lujuriosa.

¿Podía esa chica sentir tanta desesperación? "Gracias, pero es necesario", le dije, con una sonrisa falsa.

"Entiendo", dijo, con tono frustrado. Caminé rumbo al salón de eventos.

Un miembro del personal con un atuendo completamente negro y varias toallas limpias en su mano sonrió al verme. Noté que iba hacia el gimnasio. "¿Qué tal?", me preguntó.

Los cambios recientes en el lugar volvían a impresionarme. "Todo bien", respondí mientras asentía.

Recordé que el padre de Astrid aún usaba las mismas chaquetas casuales que solía ponerse hacía años. Su atuendo no se parecía en absoluto al uniforme elegante que usaban los empleados del hotel. Aportaba un aire diferente al espacio. Me di cuenta de que Astrid había convertido un lugar que antes era solo un sencillo hotel con un acogedor restaurante en el primer hotel de lujo de La

Soledad. Un espacio que, además, ya contaba con gimnasio y spa. Las imágenes de mis días del pasado en esos pasillos regresaron y el eco de una charla cercana llegó a mis oídos.

"Cada plato que sale de nuestra cocina debe estar perfectamente servido. Todos los invitados deben quedar encantados con la cena. Para ello, la comida debe saber tan deliciosa como se ve ahora", dijo alguien.

Nuevas lámparas iluminaban desde el techo. Además, un pino navideño adornaba la zona derecha. Era inmenso. Rozaba el techo, ahora mucho más alto que antes. Astrid era quien hablaba e interrumpía el silencio del amplio salón. El personal había pulido la madera del piso hacía poco tiempo.

Nadie despegababa su vista de ella. No había notado mi presencia porque estaba de espaldas. "De acuerdo, señora Gómez", dijeron todos los empleados simultáneamente.

Tenía su cara levantaba, recordaba a cada persona lo que debía hacer y asentía. Eso me hizo darme cuenta de que estaba contenta con el papel que ahora desempeñaba. Se había convertido en toda una lideresa. Lucía muy atractiva al dirigir a los demás. Al ver su cuerpo, una fantasía llegó a mis pensamientos.

Un sujeto llegó a la puerta. Tenía un uniforme de cocinero y hablaba con tono serio. "Señora Gómez, iniciaremos la degustación cuando usted lo indique", dijo.

Ella giró para verlo en la entrada. "De acuerdo. Vamos", respondió.

Aun cuando estábamos frente a su personal, deseé tomar su cuerpo, besar su boca con fuerza y colmar mi garganta con el sabor de sus ricos labios. Finalmente notó que yo estaba allí. Nuestras miradas se sostuvieron y me pareció que mi aliento se quedaba en mi garganta. Su mirada de miel se llenó de calor. Humedeció su boca mientras seguía viéndome. No podía fingir que no sentía nada. Caminé por el salón sin dejar de verla. Esperaba que notara que no era la única que lo sentía.

"Ya llegaste", dijo, con una sonrisa. "¿Recuerdas a Ivana?", me preguntó. La verdad era que me la había presentado hacía mucho tiempo.

Sus ojos no se detuvieron en los míos ni un segundo. "Así es. ¿Qué tal?", le pregunté. Estiré mi mano, aunque ella no me correspondió. Le dijo a Astrid que debía ir al gimnasio para resolver un problema.

"Hablaremos cuando termine de degustar los platos", respondió Astrid. Ivana, no obstante, ya iba rumbo al gimnasio.

"De acuerdo. Ya todos tienen claro lo que hay que hacer", dijo Astrid. Los vio a todos y luego les pidió que fuesen a los lugares en los que tenían que trabajar.

Solo podía pensar en Ivana. ¿Por qué se había portado de modo tan extraño? Vi a Astrid y tuve otra duda. ¿Le había contado que habíamos hecho el amor? Sabía que las chicas suelen contarse ese tipo de intimidades. Pero acaté sus órdenes, tal como hacían los empleados, y tomé una silla que me había indicado para que me sentara.

Había sido un momento tan mágico que no quería decirle a nadie ni vanagloriarme al respecto. Adicionalmente, no tenía el hábito de llevar a una chica a la cama y luego contar todo. Si bien

Astrid y yo no habíamos hecho alguna promesa sobre guardar secretos como ese, quería que se enterara de que no le había contado a nadie sobre nuestra noche juntos.

"¿Hace cuánto llegaste?", me preguntó Astrid, y dejé de pensar.

"Lo suficiente para verte actuar como toda una directora", dije, a modo de broma.

Mi piel empezó a pedirla una vez más. "No tienes que decir eso. La verdad es que ya estoy en pánico. ¡Imagina: es la primera vez que organizamos una fiesta de Navidad para una empresa!", dijo. Acercó su boca para confesar cerca de mi oreja lo que sentía y el aroma de su perfume inundó mi nariz.

Instantáneamente mi mano rozó su hombro. Estaba moviéndome por impulso. Por el deseo de acercarme más y más. "Todo saldrá perfecto, nena", dije.

"¿De verdad piensas eso?", me preguntó con tono dulce e inocente. Esa voz tan pura me hizo sentir que debía ver a otro lado, pero no lo hice. Supuse que en el fondo estaba disfrutando la inocencia de su interrogante.

Sostuve mi mirada sobre la suya y me di cuenta de que su miedo se apagaba. Luego me sonrió alegremente. Al notar que su cuerpo se relajaba, comprendí que la emoción más agradable que podía sentir era la de hacerla sentir segura. "No lo pienso. Estoy convencido", dije.

El cocinero estaba cerca de la mesa. "Preparamos una torre de vegetales con queso parmesano. También hay otros tipos de queso, carne cocida y glaseado de vino", dijo.

Puso un par de platos limpios, con detalles de oro en los bordes, frente a nosotros, y abrí mi boca, impresionado. Como ella no podía ver hacia la mesa porque seguía cautivada por mis ojos, decidí ver al cocinero. Lucía satisfecho por la comida que había cocinado.

El plato frente a mí me hacía recordar los restaurantes de El Rosal. No había otro lugar en La Soledad que tuviera vajillas tan lujosas como esa. "Guao. La comida luce apetitosa", aseguré.

Astrid le sonrió al chef. Él la veía con expresión de felicidad. "Nuestro cocinero principal trabajó en varios países. Tiene amplia experiencia como chef principal en algunos de los mejores restaurantes de Europa. Renovó todo el menú, y ahora cada plato es una fusión de sabores e ingredientes diversos", me informó.

Tomamos un par de cubiertos. Comencé a cortar un trozo de mi comida. Hundí mi cuchillo y entró con suavidad entre las múltiples capas. Las gotas del queso derretido caían lentamente sobre los vegetales. La unión de esos alimentos junto al glaseado llegó a mi boca y satisfizo mi paladar de inmediato. El sabor era delicioso. Astrid retomó su faceta de directora.

"Por todos los cielos. Esto sabe muy bien", dijo Astrid, y luego suspiró. Reclinó su cara y vi su semblante orgulloso. El cocinero Miguel Ángel comenzó a aplaudir con entusiasmo mientras su cara se ruborizaba.

"Maravilloso", dije cuando pude abrir mi boca.

"¡Me alegra que les guste! ¡Comencemos con la ensalada!", dijo luego el cocinero.

Una chica de la cocina se acercó a tomar los platos. Pude tomar el último trozo de comida y le cedí el mío. Quise hablar con el cocinero para felicitarlo, pero rápidamente salió. Quedé a solas con Astrid frente a la comida.

"Guarda espacio para el resto. Debemos probar toda la comida que hizo Miguel Ángel", me dijo Astrid con tono de advertencia.

Seguía asombrado por el sabor succulento de la comida. "¿Cómo lograste contratarlo?", le pregunté.

"Sí, es obvio que no parece ser de aquí", dijo, riendo. Sabía que esa era precisamente la posibilidad que pasaba por mi mente, aunque yo no lo dijera.

Tomé una servilleta dorada para limpiar mis labios. "¡Así es!", dije, riendo también.

"Fue una estupenda casualidad. Vino a La Soledad para dar un curso de cocina. La ciudad le encantó. Decidió comprar una casa en los suburbios. Además, quería trabajar en un lugar en el que se sintiera cómodo", dijo, y el recuerdo despertó una sonrisa en su cara. Asentí y sonreí también, contagiado por su alegría.

¿Cómo no iba a excitarme al ver la maravillosa sonrisa que se dibujaba en el rostro angelical y sus hoyos adornando sus mejillas?

Subí mis brazos mientras veía el lugar. "Y Paz en La Soledad era ideal", dije.

Acercó su cuerpo a la mesa. "¡Es la primera vez en mucho tiempo que alguien lo llama de ese modo!", dijo Astrid con una gran risa que se anticipó a una nueva sonrisa cálida.

Las imágenes de los juegos que hacíamos cuando éramos unos niños regresaban a mi mente. Íbamos por todos los rincones del hotel, riendo y jugando, y la madre de Astrid trabajaba, en tanto, en cada dormitorio, limpiando las habitaciones y ubicando a los nuevos huéspedes. "Lo sé. Era el nombre original del hotel. Lo recuerdo", le dije.

Al ser una pareja joven y dueña de una empresa, mis padres tenían que estar atentos a cada aspecto del negocio. Mamá solía estar en casa, pero ayudaba con la contabilidad de Las Torres del Sur. Además, organizaba la agenda y los archivos de papá, revisaba las facturas y hacía la declaración anual de impuestos. Era lo mismo que sucedía con los padres de Astrid. Solo así lograrían que fuese una empresa exitosa.

Feliz al ver lo que había logrado, suspiré con fuerza y dejé escapar una bocanada de alegría. Al ver el rostro de Astrid sentía que mi cuerpo se llenaba de espasmos. Evidentemente, había una tensión muy poderosa por lo que pasaba. Sin embargo, el riesgo que corríamos al estar juntos era mucho más fuerte. Me concentré en el hecho de que, ciertamente, todo había mejorado. Astrid estaba enfocada en incrementar aún más la rentabilidad del hotel, así como en consolidar lo que en el pasado había sido una estupenda idea de negocios de su padre.

Comenzamos a probar el resto del menú. Luego Miguel Ángel nos sirvió un palto de carne en salsa que acompañó con puré de patatas y hongos. Después de comerlo, quise tomar dos platos adicionales. Frutas frescas y otros aderezos llegaron a mi boca.

¿En quién se había convertido Astrid? ¿Realmente la conocía? Estaba en shock, pues parecía que no. Se concentraba en el trabajo, aunque también asomaba una sonrisa ligera al verme. Además, tomaba apuntes en una libreta rosa que tenía en su regazo. Casi todos los platos que probó le gustaron, pero no tuvo ningún problema en comentarle a Miguel Ángel que algunos alimentos podían mejorar. Le propuso otros contornos y le recomendó usar otras marcas de vino.

Tenerla en ese momento frente a mí y verla como lideresa me producía solo una profunda admiración. Ya no era simplemente una linda chica a la que amaba con todas mis fuerzas. Era toda una mujer con miles de talentos, lo que no dejaba de impresionarme. Y ahora frente a ella, notaba que ese sexo que nos había unido al principio ahora era un poderoso vínculo físico, una especie de imán que me anclaba a ella, pero que también había una conexión profunda que iba más allá del sexo.

Otra chica tomó nuestros platos. "¿Servirá postres?", le preguntó a Miguel Ángel.

"Así es", respondió, al tiempo que asentía.

"¿Será lo que estoy pensando?", preguntó Astrid. Puso su índice en su mandíbula y entrecerró sus ojos. Estaba fingiendo que pensaba largamente. "¿Pie de limón?", le preguntó.

"¡Exactamente!", dijo Miguel Ángel con una enorme sonrisa.

"¡Ya lo sospechaba! ¡Es tu plato número uno! ¡Deberías darnos esa excelente receta a todos!", dijo, acercándose a la mesa para golpearla ligeramente con su puño. Miguel Ángel lució entonces un poco nervioso.

Astrid rápidamente subió la barbilla y levantó su pecho. Luego bajó su cara para reverenciarlo. Aunque parecía increíble, lo había asustado bastante. Pero cuando hizo silencio y le mostró su respeto, me di cuenta de que era un maravilloso ser humano.

Uno con una naturaleza que me encantaba.

Capítulo trece: ASTRID

Simón volvió a saludar a Miguel Ángel con un apretón de manos. "Todo fue fenomenal", dijo.

Su asombro era evidente. Esperaba que mi satisfacción, en cambio, no lo fuese tanto. Nos había llevado mucho tiempo ampliar el restaurante, y la "construcción" de un menú que estuviese a la altura de los mejores restaurantes del país también me había tomado miles de noches en vela.

Lo que pensara Simón sobre la comida me parecía importante, si bien no le comenté nada inicialmente. Solo él podía comparar la comida con la de lugares como El Rosal, pues había cenado en miles de sitios lujosos a lo largo de esa ciudad. Pero contábamos con una ventaja que nadie tenía: Miguel Ángel. Su presencia nos hacía subir varios escalones. Con sus platos podíamos ofrecer a nuestros huéspedes y comensales un menú que nadie más podía mostrar en la Soledad.

Miguel Ángel tenía un rostro más relajado que antes. "¡Me alegra mucho que le haya gustado mi comida!", confesó.

Mi piel me exigía acercarme a él, tomar cada palmo de su cuerpo y sentir el grosor de sus brazos. Pero otros camareros tomaron el resto de los platos y volvieron a trabajar en los últimos detalles. Entonces Simón y yo quedamos a solas y sentí cómo el ambiente se tornaba íntimo repentinamente.

Mi mano rozó la suya varias veces, y el ambiente se encendió velozmente con cada uno de esos movimientos. Ocurría cada vez que estábamos juntos. Sentía que su cuerpo intentaba atraerme hacia él y no había manera de controlarme. Levanté mi silla para acercarme a él en un par de ocasiones.

Tenía claro que todo eso terminaría pronto. Sí, era evidente que había surgido algo entre nosotros, pero no duraría para siempre.

Me divertía y me sentía animada cuando nos veíamos, pero siempre estaba en mi mente el hecho de que en unos días regresaría a El Rosal. Además, no tenía espacio en mi agenda para relajarme un poco. Cuando no estaba trabajando estaba cuidando a Sam. Para mí, Simón era un huésped temporal en mi vida.

Ese fue el argumento que usé para disminuir la intensidad de las sensaciones que se aferraron a mi pecho mientras sus dedos tocaban mi rodilla y su mirada profunda se sostuvo sobre la mía en busca de respuestas. No debía dejarme llevar por mis emociones. Saldría lastimada si mi corazón tomaba el control. Sí, la pasamos bien, pero esa debía ser la frontera entre él y yo. Al no pasarla, no me haría daño. Él tampoco resultaría herido.

Me veía como si yo fuese su pupila, mientras palpaba mi pierna. "¡Me alegro mucho al ver todo lo que has hecho! ¡Es increíble cómo cambiaste la cara de este lugar!", dijo.

Tener los dedos de Simón en mi rodilla me dificultaba pensar con racionalidad. "Me tomó mucho tiempo", respondí tras unos segundos de silencio. Tuve que tomarlos para calmar.

Dejó sus ojos azules sobre los míos una vez más, y la intensidad de ese mar de su mirada apareciendo frente a mí otra vez me impedía ver a otro lado. Simón apartó sus dedos de mi pierna y se fijó en la puerta. "Igualmente te felicito. Has alcanzado un gran logro aquí", dijo, con una gran sonrisa.

Seguí el rastro de sus ojos y encontré a Mauricio en la puerta. Tenía a Sam en su asiento para autos. La cara de mi hermano me indicó que estaba apurado. Cuando vio mi cara, suspiró profundamente con alegría.

"Espero que no te molestes", dijo al entrar.

Me levanté rápidamente. Estaba preocupada. "Solo dime qué ocurre", le pedí.

Quitó el cinturón de seguridad del asiento y me entregó al bebé. "Te aseguré que iba a cuidar a Sam el resto de la tarde, pero ahora hay un inconveniente con la habitación que debemos remodelar. Necesitaré que lo cuides por una hora como máximo", me contó.

Toqué tiernamente algunos de sus rizos de Sam. "Hola, cariño. Parece que tu tío ya está haciendo la entrega de este paquete", le dije con tono juguetón.

"Eso no es cierto. No lo veo como un paquete. Es mi sobrinito y lo quiero. Regresaré por él pronto", respondió Mauricio, aunque solo veía a su sobrino. "¿Y el menú?", le preguntó a Simón. Tocó su hombro y luego se unieron en un largo abrazo.

"¡Todo estuvo espectacular!", respondió.

"¡Estoy seguro de que así fue!", dijo Mauricio. Le mostró una gran sonrisa y luego volvió hacia la puerta. "Acompáñame a tomar un trago. Debo resolver todos estos asuntos que mi hermana menor me asignó", dijo, con tono de broma.

Ese espíritu de camaradería que mostraron hizo que mi corazón se acelerara. "Tranquilo, amigo. Termina tus tareas. Otro día tomaremos ese trago", dijo Simón mientras asentía. Ambos sonrieron y Mauricio se despidió.

¿Me encantaba que estuvieran tan unidos? ¿O sentía culpa por estar en medio de esa unión tan fraternal que compartían? No pude descubrirlo, pues Simón se acercó a mi costado para tomar los dedos de la mano derecha de mi hijo.

"¿Qué tal, amiguito?", preguntó en voz baja, con un tono impresionantemente amistoso.

La alegría que veía en su rostro aceleró mis pensamientos. Sam subió su cara para ver a su padre. Le resultaba complicado hacerlo y abrazar al mismo tiempo el dedo de Simón con su mano. Sentí que mi alma se comprimía.

"¿Me permites sostener a Sam?", me preguntó. Acercó su cara para ver más de cerca al bebé. Sentí que estaba a punto de perder el control de mi cerebro.

Simón extendió suavemente sus brazos para arrullarlo. "Por... supuesto", dije en voz apenas audible tras una pausa.

En su rostro apareció una sonrisa mientras tocaba la frente de Sam. "Tranquila, Astrid. Sostuve a Mariana muchas veces cuando era pequeña. Con ella aprendí a dormir bebés", me contó. Su mirada se concentró en Sam. "Por cierto, tu cabello es idéntico al de mi hermanita cuando tenía tu edad", dijo Simón.

"Y en tus mejillas también se forman pequeños hoyos, como en su cara", reveló. Con alegría, Sam rió y abrió sus brazos. Luego se aferró al dorso de la mano de su padre.

Con ese enunciado llegando a mis oídos, me dije mentalmente que a partir de ese momento sería

imposible no ver la cara de Simón en el rostro de mi hijo. Decidí buscar alguna excusa para tomarlo. Lo hice mientras Simón seguía diciendo cosas. Creí que estaba descubriendo la verdad, aunque luego me dije que no debía dejarme llevar por la paranoia. Aunque no me había percatado de que ciertamente se parecían, ahora podía darme cuenta de que mi bebé y Mariana, cuando era pequeña, eran básicamente iguales. Además, la mirada celeste de mi hijo, así como sus mejillas cortas y su pequeña frente eran una especie de copia del rostro de Simón.

"Vaya, Simón. Tengo este asunto pendiente. Lo había olvidado. Debo atender a un cliente que viene para un masaje. Además, tengo que supervisar la renovación de la suite", dije.

Qué razones tan absurdas, pensé. Una vez que salieron de mi boca, esperé que Simón las aceptara sin quejarse.

Le pedí que me entregara a Sam. Luego podría darle una explicación más coherente o encarar otras posibles consecuencias por lo que estaba haciendo. Tomé el bolso con sus pañales y su asiento. Puse a Sam en mi pecho y giré para ver a Simón.

No dejaba de ver al bebé. "¿Tienes que irte justo ahora?", me preguntó.

Tenía que pensar con tranquilidad antes de que mi mente colapsara. "Así es. Te pido disculpas", dije. Tragué grueso. Me di cuenta de que me costaba articular las palabras con calma.

"¿Por qué no te vas ahora? Luego podré llamarte", dije, pero era mentira.

Sabía lo que estaba pasando por la mente de Simón, pues su semblante siempre lo mostraba ampliamente. Al ver que se acercaba, una certeza llegó a mi mente: estaba a punto de descubrir la verdad. Además, estaba claro que no iba a llamarlo. Tampoco iba a atender a ningún cliente. Nadie iría por un masaje en ese momento. Pero quería huir de allí para no encontrarme otra vez con esa expresión de amor con la que un padre ve a su hijo. Una expresión que ahora aparecía en la cara de Simón. Y al notarla, me di cuenta de que no podría pasarla por alto.

Usé mi otra mano para mantener a Sam sobre mi pecho. "Señora Gómez, ¿cerramos el salón de eventos?", me preguntó alguien. No supe quién era ni me detuve a responder. Alcé mi mano a manera de despedida y no dije ni una palabra.

Poco después entré al spa. Ivana llegó y se acercó a mí. Dejó de ver la lista de huéspedes del hotel por un momento y se fijó en mi cara. Mis latidos eran cada vez más rápidos. Debí sentarme para calmarme un poco. Exhalé con fuerza mientras fruncía mi ceño. El miedo afincaba sus garras en mi pecho.

"Astrid, ¿ocurrió algo?", me preguntó.

"Ya se dio cuenta de todo", dije.

Después de un rato, tomó mi mano y me guió a una zona sin clientes. Aún estaba en silencio. Su cara se convirtió en un mar de emociones. Primero, estaba confundida. Luego, no creyó lo que oía. Después subió sus manos a sus labios. Aunque no dijimos nada, la pausa que hicimos bastó para expresar lo que ambas sentíamos.

"Cuéntame", dijo en voz muy baja.

Negué con mi cara. "No hay nada que contar. Solo sé que lo descubrí", dije.

Tomó a Sam. Lo puso sobre su hombro y comencé a contarle, con tono apenas calmado. "De

acuerdo. Tomaré a Sam mientras te tranquilizas", dijo.

No había un modo exacto de contarle sobre las corazonadas que tenía. "Cuando degustamos el último plato del menú, Mauricio llevó a Sam. Entonces Simón pareció descubrir todo justo al verlo. Tal vez estoy equivocada, pero", dije, y encogí mis hombros.

Tocó varias veces la espalda de Sam, con cuidado y movió su cuerpo de lado a lado. "Pero no dijo nada, ¿o sí?", me preguntó.

Volví a mover mi cabeza a los lados. ¿Cómo había sido tan tonta como para pasar por alto las claras semejanzas familiares? "Dijo que el rostro de Sam le recordaba al de su hermana. Que sus cabellos, incluso sus hoyos, son muy parecidos", dije.

Esperaba que se retractara por su "yo tenía razón", pero parecía que no quería hacerlo. "Vaya. Bueno, Astrid. Parece que yo tenía razón", dijo, con tono indiferente. La vi con molestia y me levanté para salir de allí.

"¿Por qué me ves así? ¡Yo te lo dije varias veces! Sus hoyos y sus cabellos rubios son iguales. ¡Cielos, Astrid!", me recordó en voz baja pero intensa.

"Lo descubrió, Ivana", dije una vez más mientras el remordimiento por ocultar la verdad sacudía mi mente.

"Era obvio que eventualmente lo sabría", dijo.

Decidí tomar a mi hijo otra vez. "Jamás creí que lo haría", dije, confesando la verdad.

Con la realidad frente a mí, no había espacio para las ilusiones. Además, Simón estaba a punto de darse cuenta de todo, si es que ya no lo había hecho. Pero él seguía llegando a mi mente, lo que me hacía recordar que deseaba que Sam fuese feliz. Él era el ser humano más importante de mi vida. Al estar juntos, los tres, tendríamos una vida llena de felicidad. Pero Simón vivía en otro lugar. Un lugar que le había dado todo lo que necesitaba. Yo, en tanto, tenía que cuidar a Sam y criarlo.

"Podrían ocurrir cosas peores que esa. Pero quizás esta revelación sea positiva para Simón", explicó.

Tomé aire y bajé mi cara. Sabía que, inevitablemente, Simón se sentiría terriblemente culpable al enterarse de que su hijo había nacido sin que él lo supiera. "Eso no es cierto. No quiero acabar con la vida que construyó Simón al otro lado del país. Eres consciente de ello. Además, su madre es muy anticuada. Seguro le exigirá que renuncie y venga a encargarse de su hijo", expuse.

"Quizás eso es justo lo que Simón quiere hacer. Pero no te has detenido a pensarlo", dijo. Su planteamiento era nuevo para mí. Realmente no había pensado que Simón podría querer volver a su antigua ciudad.

Al pensar en que podríamos tener un hogar, supuse que era solo una idea ilusa que albergaba mi mente, y que en su presente no había cabida para expectativas como esa. Recordé que había pasado mucho tiempo creyendo que para Simón solo era una chica con la que había tenido sexo casual en una ocasión, pero tal vez él no me veía de ese modo.

Recordé sus besos. Un hombre que solo quisiera sexo no me besaría así. Luego llegaron a mi mente sus miradas, su forma poderosa de tocarme. Sus labios buscaban los míos con urgencia. Me demostraban que ansiaba tenerme a su lado. Siempre. La prisa de su boca me lo indicaba.

Me preguntaba si me perdonaría por los meses en los que no le conté nada. Y mientras más tiempo pasaba esa pregunta por mi cerebro, menos ganas sentía de descubrirlo. Sus besos no bastaban para dejar de lado el escenario que se aparecía ante mí: sabría que le oculté la verdad. ¿Qué sucedería entonces?

Era el peor momento para que la realidad bombardeara mi vida como estaba haciéndolo. Había una inmensa luz de felicidad iluminando nuestra relación. Habíamos compartido momentos muy agradables mientras comíamos el menú preparado por Miguel Ángel. Pero eso no sería suficiente.

Cuando la vi, noté la solidaridad en la cara de Ivana. Me di cuenta de que entendía lo que le aseguraba. Me abrazó con calidez y sostuve a Sam mientras suspiraba. ¿Qué pasaría conmigo después? Solo el destino lo sabía. "Sé que no va perdonarme. Jamás lo haría", dije con fuerza, y cerré la discusión. El enunciado encerraba el mayor de mis miedos.

Capítulo catorce: SIMÓN

Papá estaba enfocado en el diario en lugar de la computadora. "Los hombres de tu edad no tienen idea de lo que significa comprometerse realmente", aseguró papá. Se sentía frustrado. Lo vi mientras entraba a su oficina en Las Torres del Sur. Era su hábito decirme lo que pensaba cada vez que llegaba allí.

Me gustaba burlarme un poco de él, aunque no se lo demostraba. Era mi manera de mantener su ánimo. "¿Por qué lo dices?", le pregunté con falsa ingenuidad.

Su mano desató su corbata. "¿Que por qué lo digo? ¡Solo observa la tasa de separaciones y divorcios!", exclamó.

"De hecho, ahora hay menos divorcios que antes. La verdad es que los hombres como yo están evitando cometer los errores que ustedes cometieron cuando eran más jóvenes", le dije.

Quería saber si su espalda había mejorado. Subió su cara para verme. Creí que mis argumentos le resultaban convincentes una vez más. "Oye, ¿cómo van tus hombros?", le pregunté.

"Me siento mejor", dijo con prisa. Puso el diario en el escritorio y tomó el teléfono. "Delia, hoy no saldré a almorzar. De acuerdo. De acuerdo... Perfecto. Puedes ponerlo en mi agenda para el viernes. Muy bien", dijo.

"¿Y Delia?", le pregunté. Papá ya había colgado el teléfono. Había sido su secretaria desde la fundación de Las Torres del Sur. Mamá aseguraba que ella había sido vital para el crecimiento de la empresa.

Me mostró un entusiasmo cada vez mayor. "Está muy bien. Sabes que tiene la edad que yo tengo. Nuestra generación cree firmemente en la fidelidad y el servicio. La contraté porque tenía claro que no nos abandonaría por una oferta de la competencia, por muy jugosa que fuese. Estaba comprometida con nosotros. Es leal. Una vez que comenzó, me demostró que tenía razón", me recordó.

La vi por la ventana y asentí. "Entiendo. Me he dado cuenta de que le resulta difícil usar el sistema que instalaron", dije.

Mi padre continuaba dirigiendo todo desde su oficina. Era un hombre muy orgulloso y dedicado. Y ciertamente, Delia tenía sesenta y cinco años, como papá. Parpadeaba y tomaba aire. Luego pulsaba las letras del teclado y se irritaba. La compañía había crecido exitosamente. Había personal joven, aunque la mayoría de los empleados superaban los cincuenta años.

Su oficina estaba en el último piso, y desde allí vigilaba todo lo que sucedía en el edificio como si fuese un águila. Un equipo de especialistas en varias áreas tomaba decisiones importantes, pero papá solía despertar muy temprano todos los días para llegar a la compañía. Quería cerciorarse de que todo estuviera en orden.

Tocó dos veces su frente. "Delia se parece a mí. Esas computadoras no son necesarias. Ustedes, los jóvenes, los usan para todo, pero nosotros, los expertos, podemos valernos sin ellos porque ya sabemos cómo funciona el mundo", dijo.

"Lo que creo es que debes relajarte un poco", dije, y vi la entrada.

Las Torres del Sur se había convertido en la principal empresa de remolques del estado. Tenía la capacidad para recibir hasta seiscientos autos que eran retenidos por las autoridades. Y la oficina de mi padre me parecía uno de los mejores lugares del planeta. Eso pensaba en mi infancia. Desde los grandes ventanales podía ver el estacionamiento. En el lugar en el que antes había un pequeño aparcamiento en el que solo cabía un puñado de autos, ahora había centenares de hectáreas para los vehículos.

Él éxito fue tan grande que papá no pudo dirigir la empresa solo. Eso lo llevó a tomar una decisión muy inteligente. Contrató a ese grupo de especialistas al que delegó la mayor parte de las tareas, aunque él no estuviera. Tras años de prestigio, algunos entes del Estado decidieron contratar los servicios de la empresa. Eso consolidó el negocio una década antes.

Mamá y yo conversamos cada día durante el desayuno antes de que yo saliera, y eso me permitió descubrir lo que sucedía con la salud de cada uno de nuestros familiares. Me contó rápidamente sobre los dolores de espalda de papá. Vi la pequeña escalera y recordé que mi padre solía subirla cada día. La imagen de la frustración en su cara llegó a mi mente.

No era el único dolor que tenía. Mamá también me contó que las piernas de papá tenían mucho dolor. La molestia era más fuerte en las rodillas. Por esa razón, mamá quiso saber si ya había mudado su oficina a un piso inferior, en desde el que también pudiera ver a algunos de sus empleados, especialmente los encargados de los nuevos contratos.

"Eso no será necesario. Pronto dejaré de venir a esta oficina", dijo, con indiferencia.

Sabía que papá no quería que hubiera algún cambio en su vida. Mamá esperaba que el personal renovara la oficina del piso inferior y luego alguien lo convenciera de mudarse, pero para ello todo tenía que estar listo en primer lugar. "¿Delia te dijo que debes mudarte?", le pregunté una vez más.

La ilusión se asomó en su mirada azul. Cambió el tema. "Eres tú quien debe mudarse. ¿Piensas hacerlo? ¿Regresarás a La Soledad?", me preguntó.

Negué con mi cara. Me sentía ansioso por cambiar el tema de nuestra charla. "Eso no es... lo que quiero que... creo que será mejor que hablemos de otra cosa", dije.

Su índice apuntó a mi cara. "¿Te das cuenta que tengo razón? Tu generación no se compromete. Esperan buenos resultados en el futuro, pero se niegan a hacer el esfuerzo en el presente para lograrlo", dijo.

Le mostré una expresión desafiante. "Sabes que nunca me niego a trabajar. Me esfuerzo cada día para hacerlo", dije.

"Cuéntame qué estás haciendo ahora con tus colegas, esos defensores públicos", me pidió. Su voz se oía claramente frustrada.

Era obvio que no entendía mi rol en la empresa. Papá volvía a mencionar la defensa pública, aunque siempre le había explicado inútilmente que era un abogado privado. Por ello insistía en referirse a mí como si fuese un fiscal del Estado.

"De hecho, mi jefe me propuso ascenderme", le dije, con una sonrisa. Estaba contándole la novedad anticipadamente. "Esperaba decirte cuando estuvieras con mamá. Me siento muy feliz por esa oferta. Es algo importante. Estaré a cargo de todas las cuentas del estado", dije, e intenté

mostrarme calmado a pesar de la alegría que sentía.

Deseaba mostrarle que estaba haciendo todo lo posible para satisfacer sus expectativas. El adolescente que quería que su padre se sintiera orgulloso seguía en mi interior. Había exigido todo el tiempo que fuésemos independientes. Usaba el enfoque de director de su empresa para hacerlo. Ahora podía ver los resultados.

"Un estado", dijo. La repetición fría de mis palabras y la desaparición repentina del brillo de su mirada me indicó que no estaba contento.

"Así es. ¿Ocurre algo?", le pregunté.

Sabía que no le había alegrado que me convirtiera en abogado, pero eso no le había impedido que esperara que llegase a lo más alto en la firma. Intentaba levantar su humor, algo que había hecho antes. Sin embargo, al ver su cara, me di cuenta de que no podría volver a hacerlo por el momento. Estaba enfadado. Además, parecía que la noticia no le había asombrado en absoluto.

Se fijó en Delia y luego su cara volvió a mis ojos. "Nada grave, Simón", dijo. Sus manos alcanzaron su cintura y su mirada recorrió su oficina. Luego frunció su ceño y vio mi cara. Vi su semblante, muy serio. "Es solo que creí que habías venido a La Soledad por otra razón. Tu madre me dijo que querías cambiar algunas cosas en tu vida. Como bien sabes, uno de nuestros planes era que vieras lo que el mundo podía ofrecerte, conquistarlo. Ahora, sin embargo, estoy a punto de convertirme en un anciano. Pronto ni siquiera podré llegar a este piso", dijo.

"Creí que ibas a liderar mi empresa. Y luego la dejarías como un legado para tus descendientes. Tus hijos, tus nietos".

La posibilidad de ser yo quien la dirigiera, sin embargo, no pasó en ningún momento por mi mente. Por eso, sus palabras habían golpeado mi corazón. Eran totalmente inesperadas. Tenía muy claro que su deseo era dejar Las Torres del Sur en manos de nuestra familia.

"Pero...", dije. Iba a darle los mismos argumentos que le había explicado en incontables ocasiones. Que me permitiría hacer lo que considerara mejor para mí. Y que su empresa ya estaba en buenas manos.

"Esta empresa te pertenece. Me gustaría que te involucraras directamente algún día. No olvides que es la compañía de esta familia". Sus labios temblaron. Sabía de su temperamento testarudo. Que reconociera lo que esperaba que hiciera me había dejado estupefacto. "¡No tienes que decir lo que ibas a decir!", gritó.

"Entiendo, papá. No lo he olvidado", dijo.

Tomó un grupo de carpetas y me pidió que se las entregara a mi madre para que las revisara. Bajó su cara. Claramente no quería verme más. Con un pañuelo limpió su cara, pero me di cuenta de que lo que realmente quería hacer era secar un par de lágrimas que ya se deslizaban por sus mejillas.

Alcancé los documentos y empecé a caminar con prisa para salir de la oficina. "Estupendo. Se las daré al verla", dije antes de hacerlo.

"Nos vemos más tarde", dijo con tono de molestia. Asentí y recordé que cenaríamos juntos. Salí de su oficina y cerré su puerta.

Las vacaciones que había tomado para olvidar las preocupaciones de la oficina se habían convertido en un torrente de fuertes emociones. Comencé a andar hacia el estacionamiento y sentí que mis piernas y mis hombros me dolían. Fui por las calles en mi camioneta. Una brisa apacible llegaba al interior de y levantaba mis cabellos.

Giré a la izquierda y el anuncio del bar titilaba frente a mis ojos. Sentí que era una señal. Suspiré. Por una parte, me preocupaba Astrid. No sabía de ella tras su despedida repentina luego de que comiéramos los platos del chef del hotel. Y por otra, ahora papá había confesado que quería que me hiciera cargo de Las Torres del Sur. Me parecía que debía tomarme otras vacaciones para olvidar estas.

Apagué la camioneta, la estacioné y entré al lugar. Me hacía mucha falta huir, aunque fuese por unos momentos, del maratón de tensión en el que se había convertido mi vida. Era un lugar pequeño, por lo que todos giraron al notar mi entrada. Una cara familiar y alegre me mostró una sonrisa.

Mauricio subió sus brazos y ordenó un par de cervezas al camarero. "¿En serio?", me preguntó.

Mauricio me habló sobre el proyecto de construcción de un hotel adicional en la ciudad y que pensaban abrir otros después en otras ciudades. Luego seguimos charlando sobre otros temas. Miles de cosas surgieron en la conversación. Comimos un cubo de pollo y tomamos cervezas.

"Deberías ver el hotel. En un año aproximadamente estará abierto al público. Podría llevarte mañana temprano, si no tienes planes", dijo.

"De hecho, desayunaré con mamá", expliqué.

Negó con su cara. "Vaya. Le dije a Sam que iríamos al parque en la tarde", recordó.

Esa luz en su mirada borró la inhibición que tenía de hablar. ¿O eran las cervezas que ya había tomado? Vi que una amplia sonrisa apareció en su rostro. El amor de Mauricio por el bebé no se podía expresar con palabras. Le había prometido ir de paseo, aunque Sam no entendía, y quería honrar su promesa.

"¿Dónde está el padre de Sam? ¿Cómo es su relación con Astrid?", le pregunté, sacando de mi mente la pregunta que había estado aturdiéndome desde que había sabido de la existencia del niño.

"No tengo idea", dijo.

Quise que me contara más. "¿A qué te refieres?", le pregunté.

Levantó su mano y pidió dos cervezas más. "No conozco a ese idiota. Astrid no ha querido contarme detalles. Es tan reservada que asegura que solo nos presentará a un hombre cuando decida casarse con él. Tal vez no estaba enamorada de él. Tal vez él se negó a responsabilizarse de Sam. El asunto es que nadie sabe quién es el padre. Ella nunca lo dijo. Además, no forma parte de su vida. Oye, Simón, no quiero saber más sobre ese asunto. Respeto su decisión. Es su madre. Y amo a ese niño como si fuese mi propio bebé. Fin de la historia", dijo.

Nuestro camarero ya servía nuestras bebidas frente a nosotros. "¿Y Astrid?", le pregunté.

"Está bien. Realmente bien. Además, la hemos ayudado mucho desde que supimos del embarazo. Papá cuida al bebé. Yo también lo hago. Mi sobrino ya tiene las figuras paternas que necesita", dijo.

Chocamos nuestras cervezas. Luego pedimos dos más y me esforcé para ahogar el dolor que sentía por ocultarle a Mauricio mis emociones. "Entiendo", dije.

No estaba seguro de lo que me indicaban mis corazonadas. La historia del nacimiento de Astrid me parecía extraña. Siempre hablaba con él cuando estaba en aprietos. Sus consejos me resultaban muy útiles. Ahora, sin embargo, no podía contarle que sentía intensas emociones por su hermana menor. Además, esas raras sensaciones llegaban de nuevo a mi corazón.

Eran las mismas raras pero conocidas sensaciones que había experimentado al tener a Sam en mis brazos. Los delicados cabellos que caían sobre sus hombros hicieron que recordara a mi hermana menor. De inmediato, mi corazón se llenó de esa sensación, ese amor, que infló mi pecho al tener a Mariana en mi pecho por primera vez. La inocencia de las manos de Sam tomando mi dedo y la pureza de su sonrisa llegaron después a mis pensamientos. Y me permitían entender la razón por la cual Mauricio esperaba llevarlo a pasear al parque.

Esa felicidad de mi mejor amigo al compartir tiempo con su único sobrino hizo que mi padre apareciera en mi mente. Seguramente se sentiría asombrado al ver el compromiso real que mostraba por su familia, esa maravillosa mezcla de orgullo y alegría que me hacía sentir contento por contar con su amistad, pues demostraba el valor que le daba a su familia.

Repasé los días que había pasado con Astrid, tratando de encontrar el momento en el que me había equivocado, como solía ocurrirme con las mujeres. Pero luego saqué de mi mente esas conjeturas para concentrarme en Mauricio, si bien ya planeaba cómo lograr que Astrid volviera a sentirse cómoda. La había considerado como una hermana menor, inocente e infantil, la que debía cuidar. Ese siempre había sido mi instinto. Ahora, sin embargo, mis emociones eran mucho más poderosas. ¿Qué la había llevado a tratarme con tanta distancia a pesar de los maravillosos días que habíamos tenido? Me lo pregunté una y otra vez mientras tomaba otro sorbo de cerveza fría. Quería descubrir la verdad.

Capítulo quince: ASTRID

Mamá preparaba el almuerzo y lo comíamos sobre una manta. El desfile pasaba frente a nosotros. La temperatura agradable invitaba a los habitantes de La Soledad a presenciar el desfile navideño. Centenares de transeúntes caminaban animadamente por las calles. Fui al centro y traté de llenarme con la energía. Solía ir desde que era una pequeña niña.

Los ensayos del desfile y los bailes tomaban varias semanas. La ciudad tenía la tradición de mostrar ese desfile cada año. Cada comunidad preparaba su carroza. En ellas, los niños lideraban las presentaciones.

Con cada día que pasaba, la curiosidad de Sam crecía más y más. Lo subí un poco sobre mi hombro mientras aseguraba el portabebés. Vi el parque en busca de un espacio para ubicarme junto a mi bebé y sentarme sobre mi manta. Una multitud ya estaba en el lugar. Toqué ligeramente la espalda del pequeño, dibujando círculos sobre su espalda. Sam lucía muy calmado. Quería voltear para ver a los presentes.

Sabía que siempre recordaríamos momentos tan mágicos y familiares como ese. Ya su mirada celeste perseguía a las personas que llegaban al hotel. Por ello, el desfile era la ocasión perfecta para estimular sus sentidos. Jugué con uno de sus rizos y me sentí feliz.

Acerqué mi cara y contemplé su sonrisa. "¿Cómo te sientes, dulzura?", le pregunté.

Su mano comenzó a tomar algunos de los cabellos que caían sobre mi hombro. Una pareja se levantó y retiró su manta. Entendí que se iban y fui con prisa para ocupar ese espacio disponible. Sabía que, si no lo hacía, alguien más lo haría rápidamente. Caminé cuidadosamente para no pisar a nadie. Puse una mano sobre la cabeza de mi bebé para que no se moviera. Luego escuché sus balbuceos.

"¡Astrid, aquí!", exclamó alguien.

Esa persona, sin duda, quería verme. Su grito paró mis movimientos. Me congelé. No había forma de ignorar esa voz alta y conocida. Una voz que había tratado de evadir durante varios días, tras la abrupta forma en la que me había despedido de Simón al final de la degustación del menú en el hotel. Ahora estaba acercándose a mí, y me di cuenta de que caminaba con prisa.

Curioso como siempre, Sam se empujó contra mi cuerpo mientras luchaba por volverse hacia Simón, y sus gemidos evidenciaban su derrota. "Imaginé que vendrías justo a este sector del parque", dijo. Bajó su cara y sostuvo su mirada intensa sobre la mía. Luego me abrazó suavemente.

"Quería encontrar un...", dije, pero unos chicos tomaron el espacio que había visto desde la distancia.

"¡Mierda!", exclamé, cegada por la molestia.

Levanté de nuevo mis pies mientras observaba el camino para no tropezar. Sam comenzó a gritar con tanta fuerza y rapidez que todos alrededor voltearon a verlo. Con rapidez regresé a la entrada del parque. Toqué varias veces la espalda de Sam mientras intentaba calmarlo con mi voz.

Sus gritos comenzaron a apaciguarse. "Tranquilo, corazón. Estoy contigo", le recordé en voz baja

"Intenté hablar contigo por teléfono", dijo Simón detrás de mí.

No quería verlo. No quería encontrarme con la profundidad de su mirada. "Tengo mucho trabajo", dije, y me enfoqué en Sam.

Dio un paso para acercarse a mi cuerpo. "No creo que tengas tanto, Astrid", murmuró.

"Oh, créeme que sí. Incluso puedes tener tanto trabajo que podrías pasar todo un año sin hablar con una persona que conoces", respondí.

Hizo silencio y vi su cara, perturbada por el abismo que había creado con mi molestia. La contundencia de mi frase me hizo pensar que no las había dicho. Pero sí lo había hecho. Me detuve. Simón también lo hizo.

Suspiré y puse mis dedos en mi cuello. Luego vi su cara, llena de confusión. No había podido encontrar un lugar para sentarme. Además, me había encontrado a Simón. Y Sam había empezado a gritar. Esa sucesión de eventos había alterado mi calma. Entendí que tenía que hacer una pausa.

Volví a tocar, con más ansiedad, el cuerpo de Sam. Él veía a los lados y me pareció que quería girar para ver el rostro de su padre. "Disculpa. No entiendo por qué dije lo que acabo de decir. Estaba molesta porque no encontraba un lugar. No tienes la culpa. No quería que te sintieras mal", le dije.

Tomó mi mano para llevarme. Un espacio angosto entre las mantas sirvió de camino. No pude decir nada para alejarme. "Acompáñame. Hace rato encontré un espacio al fondo", me informó Simón.

El reflejo de los rayos en sus rizos le aportaba un tono rojizo y me hacía olvidar que realmente eran rubios. "¿Cómo estás, jovencito?", le pregunté a mi hijo. Toqué con calma sus mejillas. La luz del sol caí sobre su cara.

"Este es el lugar", dijo. "Y tú, supongo que estás muy bien. ¿Cierto, pequeñín?", le preguntó Simón al bajar su cara. Sam sonrió y apareció el par de hoyos en sus mejillas, lo que hizo que Simón sonriera.

El espacio era estupendo, pues se veía claramente el desfile y a solo unos pasos estaban los baños portátiles y los puestos de comida. Estaba bajo un gran cedro. Ya había puesto una gran manta de cuadros rosjos y amarillos y un par de sillas bajo la sombra del inmenso árbol. Vi a los lados y me di cuenta de que nadie más estaba en esa zona del parque.

Estaba en shock. "¿Qué hiciste para encontrar este lugar?", le pregunté.

Se fijó en su hijo. "Mamá es parte del club de lectura. Ellos consiguen estos asientos. Ella me los dio", dijo, y encogió sus hombros.

Toqué los hombros de Sam. "Ciertamente, está bien", le dije.

En su cara se notaba algo de ansiedad. "Así es. ¿Me dejas sostenerlo?", me preguntó.

Quitó con calma el sujetador del portabebés y tomó a Sam. "Simón, ¿por qué quieres quedarte aquí? Seguramente no querrás escuchar los gritos de un bebé ni estar conmigo durante todo el desfile", me quejé.

"Quizás sí quiero", dijo.

Mis oídos dejaron de escuchar el ruido exterior mientras todos aplaudían. Cerré mis ojos mientras la brisa alcanzaba mis pies. La paz del viento era muy diferente al bullicio de los asistentes y sus carcajadas alegres. Pronto arrancarían el evento. Y al estar a unos metros de la gente, un ambiente de intimidad surgió entre nosotros.

Escuché de nuevo los gritos de Sam y dejé de ver a Simón. Él rió, y luego me uní a su risa. ¿Estaba preguntándose por qué siempre teníamos interrupciones cada vez que nos acercábamos?

“Te sentaré a mi lado”, dijo. “Ven. Aquí podrás ver mejor”, le dijo en voz baja al pequeño. Luego lo sostuvo.

Tomé asiento, como había hecho ya Simón, sobre la manta, y empecé a buscar lo que había preparado para comer. Abrí mi bolso, pues ya estaba sintiendo apetito.

Estaba a dieta, ya que aún estaba amamantando a mi pequeño. Tenía algunos emparedados y una salsa que había hecho la noche anterior. Quise probar uno. Sam estaba en el regazo de Simón. Unté algo de salsa en el emparedado y luego busqué algo de lechuga para acompañarlo. Era la mezcla que más me había gustado durante toda mi vida. Además, podía comerlo.

Sam, con una sonrisa, trataba de zafarse de los brazos de Simón. “¿Quieres jugar con las hormigas? ¿Crees que ya tienes once años?”, le preguntó.

Lo sostenía y jugaba con él como si lo conociera desde siempre. Al haber cuidado a Mariana, Simón había obtenido una práctica que le facilitaba cuidar a los niños. Mostraba con naturalidad y alegría su cariño por Sam.

Volví a morder mi emparedado. “Como aún estoy alimentando a Sam con mi pecho, debo cumplir esta dieta. Este emparedado es exquisito y no me aporta calorías extra”, le dije con calma después.

Levantó a Sam y lo dejó sobre su pecho. “¿Estás en una dieta”? No creo que la necesites”, dijo.

“No es estrictamente necesaria. Es solo que ahora mi cuerpo luce más relleno después del parto”, dije, con sinceridad.

Había sido delgada siempre, pero ahora había partes de mi cuerpo que se habían engrosado. Ciertamente, el parto y el embarazo previo habían hecho que subiera algunos kilos. Seguramente nunca los perdería. Me sentía más atractiva por las curvas que ahora se trazaban sobre mi piel, pero sentía que eran desagradablemente sorprendentes para Simón.

Por un momento me pareció que me veía de forma... sexual. Que estaba recreando mi piel desnuda en su mente. “Eso no es cierto. Luce maravillosa. No tienes ni un solo kilo extra”, dijo, con profundo deseo.

Aunque sabía que era un gesto gentil, seguí sintiendo que perder algo de peso no era mala idea. Vi a un costado para que no notara el rubor en mis mejillas ni mi aliento presuroso. Era la primera vez en muchos años que un hombre me decía un cumplido por mi cuerpo. Sus palabras me habían embriagado.

“Tienes una figura maravillosa, nena”, dijo, con confianza. “Todo lo que estoy diciéndote es verdad”, continuó. Tocó mi pierna y me acerqué a su cuerpo. Subió lentamente algunos de sus dedos y gemí, aunque creí que solo estaba respirando. No obstante, sabía que él notaba mi

reacción. Mi cuerpo estaba más cerca del suyo y el sonido de mi boca llegaba a sus oídos.

Poco después comenzó el desfile. Una larga hilera de niños con trajes navideños bailando apareció frente a nosotros. Cerré mis ojos mientras mi aliento se cortaba. Una ráfaga de deseo azotó mi pecho. Se sintió contento al ver que me acercaba un poco más, y llevó su brazo derecho a mis hombros. Usó el izquierdo para sostener a Sam.

"Me gustaría probar uno de estos emparedados", dijo mientras asentía. Vio mi comida y con prisa levanté uno. Lo rocié con la salsa César y lo dejé en el aire. Él abrió su boca con alegría y empecé a reír.

Tras verme por unos segundos más comió otro trozo y volvió a sonreír. "¡Dijiste 'probar'!", le recordé con fuerza. Mi corazón se conmovió al ver que su boca me mostró una sonrisa más amplia. Vi su dentadura impecable y bien cuidada.

Acercó mi pecho. Ahora solo había milímetros de distancia entre nosotros. "Sabe estupendo", dijo luego.

"Imagino que en tu gran ciudad no comes estas cosas", le dije, con tono chistoso. En realidad, no sabía lo que comía en El Rosal. No sabía nada sobre su vida en ese lugar, aunque quería que me contara. De todos modos, no estaba segura de que pudiera llegar a comprender un estilo de vida tan diferente al que yo llevaba.

Parecía que un recuerdo no le agradaba. "Por esta época hay mucha nieve allá", dijo, y movió su cara a los lados.

"Una Navidad llena de nieve. ¿Qué más se puede pedir?", le pregunté.

"Que la limpien. Los camiones de la alcaldía van a quitarla de los caminos cuando deja de nevar, pero la dejan a los lados. Entonces se acumula y se torna marrón por semanas", dijo.

Cubrí mis oídos con mis manos. "¡Detente! Esa no es la imagen maravillosa que tengo de El Rosal en mi mente", dije.

Se notaba su sorpresa. "¿Te gustaría conocer El Rosal?", me preguntó.

Encogí mis hombros y le regalé una sonrisa.

Volvió a sonreír y se fijó en mi pequeño. En el hijo que habíamos engendrado. "Algún día voy a llevarte. ¿Qué dices?", me preguntó. Separó su mano de mi cuerpo. "Los llevaré a ambos", aseguró.

Compartir con Simón unas horas en el parque me permitía avizorar cómo podía ser en realidad la vida que había soñado tantas veces. No obstante, tenía emociones encontradas por lo que sucedía. Podría tener una familia completa, pero Simón no sabía nada de lo que había sucedido. Sabía que Sam necesitaba un padre.

Unos minutos después comenzaron los fuegos artificiales. Estábamos disfrutando como una familia. Reímos y conversamos mientras Simón se maravillaba ante cada cosa que veía en su ciudad natal. Cuando terminó el evento, decidió comprar salchichas en uno de los puestos de alimentos del estacionamiento. Luego fuimos por dulces y palomitas de maíz. Más tarde tomamos ponche de huevo mientras el sol se ocultaba.

Sam ya dormía plácidamente en una sábana que yo le había armado con varias mantas. "Me

gustaría que esperáramos el concierto", me dijo, y vio al bebé.

"Eso quería hacer, pero creo que es mejor regresar a casa ahora que Sam está dormido", exclamé.

Sentí que mi cuerpo se llenaba de calidez cuando me vio. "No es necesario. ¿Por qué no te relajas? Déjate llevar por la alegría de esta noche", me pidió.

Estaba con Simón y mi hijo. Sus compañías me convencían de que tenerlos a mi lado era la mejor dicha que la vida podía darme, y que en ningún lugar me sentiría mejor. Me sentía parte de algo. Eso no me había ocurrido en años.

Capítulo dieciséis: SIMÓN

Al ver a Sam por más tiempo, mis corazonadas se incrementaron. Era tan parecido a Sam que no había forma de que fuese una simple casualidad. Además, sus gestos y su forma de mirarme me indicaban que compartíamos un lazo consanguíneo. Había disfrutado mucho en el parque, pero esa alegría incommensurable no bastaba para sacar de mi cuerpo la tonelada de dolor que sentía.

Mauricio no me había dicho nada relevante. Tendría que hablar con Astrid si quería descubrir lo que había pasado. No obstante, hacerle una pregunta tan clara me parecía absurdo. Me parecía que tenía razón, aunque no entendía por qué nunca me había dicho la verdad.

Tenía que saber si estaba siendo víctima de la paranoia o lo que creía era cierto, pero nuestra tarde en el desfile había sido tan estupenda que no quería arruinarla de ese modo. Recordé cómo había evitado hablar conmigo tras la degustación de los platos del menú para la fiesta corporativa. Sin embargo, mis vacaciones estaban cada vez más cerca del final.

Las frases fuertes que dijo respecto al año que pasé sin buscarla habían hecho que mi pecho ardiera de culpa y dolor. Me hicieron entender que había muchas cosas que no sabía. Esperaba que Astrid me contara todo lo que yo no había podido ver después de mis vacaciones anteriores. Esperaba que me dijera de qué modo había lidiado sola con la maternidad.

Podía contar conmigo, pero no entendía por qué no lo tenía claro. ¿Cómo había podido encargarse sola de su hijo? Era una idea que me parecía insoportable. Sus padres la habían ayudado mucho, pero no había podido contar conmigo, pues yo no sabía nada. Habría estado a su lado y la habría apoyado, independientemente de que fuese el padre de Sam.

"¿Cómo supiste que esperabas un bebé, Astrid?", deslicé. Vi la ansiedad en su cara y sentí vergüenza de inmediato. Luego suspiró y sus músculos se relajaron. Parecía que estaba recordando un momento agradable.

Ella exhaló con fuerza y comenzó a contar. "No suelo celebrar fechas especiales. Nada de fiestas en San Valentín ni algo parecido. Para mí es solo un día de mucho trabajo en el hotel. Además, no he estado en una relación en ese momento del año, a decir verdad", dijo. Luego vio a Sam. El pequeño seguía durmiendo. Lucía muy cómodo en la manta.

Después retomó el relato. "En la secundaria, mientras estudiaba con Ivana, decidí que cada San Valentín estaríamos juntas. Comenzamos a hacerlo, y ahora, durante esa noche tomamos vino o champán, comemos helados o chocolates, vemos algunas películas y recordamos historias del pasado", dijo. Comenzó a reír con fuerza y luego encogió sus hombros.

Su cara se ruborizó. Sucedió cada vez que sentía vergüenza. "¿Pasas todos los días San Valentín con ella?", le pregunté, con tono jocoso.

Cubría sus labios para ocultar su risa. "Ahora que lo dices, me doy cuenta de que es justo lo que hago", reconoció.

Me contagió con su alegría. Entonces sonreí. "En realidad es muy lindo", dije.

Había decidido mantener todo en secreto. Recordé que Mauricio me había dicho que su hermana se negaba a presentar a los chicos por los que sentía atraída. Ahora, frente a ella, pude notar en primera persona cuán reservada era. Su belleza y su notable inteligencia me hacían pensar que era

imposible que no hubiera tenido alguna relación en la universidad. Sin embargo, algo la diferenciaba del resto de las chicas de La Soledad. Ella no quería presentarles a sus familiares a un posible novio como si fuese un trofeo.

Mi sentido de urgencia, la necesidad de saber todo sobre ella, me hacían sentir que la cortesía a la hora de preguntar estaba un poco fuera de lugar. "¿Quieres decir que no has tenido novios?", le pregunté. Su cara se mostró impactada otra vez.

Abrió sus ojos ampliamente. "Claro que sí. Lo que quiero que entiendas es que nunca he estado en una relación en la que reciba flores y chocolates en alguna ocasión romántica", dijo.

"Es decir, nadie te ha dado el trato que mereces", dije.

"¿De qué hablas?", me preguntó.

Ese vínculo que había nacido entre nosotros me había permitido entender sus emociones sin que tuviera necesidad de explicármelas. Su ceño se frunció mientras me veía. Después, una ola de confusión llegó a su cara. Quería descifrar lo que había en su mente. Y sin embargo, no lo lograba. Me sentía terrible al no poder descubrir lo que pensaba.

Su mirada curiosa se mantuvo sobre la mía por unos minutos. Eso despertó mi incomodidad. Una sensación que también se alimentaba con el silencio que nos abrumaba. Iba a pedirle que me dijera si alguna de mis preguntas la había lastimado, pero entonces sonrió. Entonces continuó su relato y me pareció que estaba tratando de pasar por alto mi última interrupción.

"Incluso solíamos ir al hotel a pasar la noche allí. Una vez que Ivana compró su casa, decidimos pasar las noches de San Valentín en ella. Durante el último San Valentín, vimos muchas películas románticas hasta que empezamos a llorar", dijo, con una gran carcajada.

"Las historias románticas nunca pasan de moda", dije.

Frunció su ceño y sentí que estaba recordando un aroma desagradable. "¡Lo sé! Entonces comí la cena que preparó Ivana. Unos minutos después, comencé a sentirme mal", dijo.

Encogí mis hombros. "Quizás Ivana no es muy buena para cocinar o los alimentos estaban descompuestos", dije.

"Cuando comenzaron mis vómitos, fue justo lo que creí", dijo, y negó con su cara. "Sin embargo, el malestar no era simplemente un problema de digestión. Entendí que ocurría algo más. Entonces Ivana sugirió que tal vez estaba esperando un bebé. Pensé que era cierto. Y así fue", dijo, y una sonrisa ante el recuerdo apareció en su cara.

"Supongo que te hiciste una prueba", dije.

"En realidad me hice varias", respondí, contando con su mano.

"¿Había un error en los resultados?" ¿Cómo es posible? Esas pruebas no las comprendo bien", le dije.

¿Por qué no estuve con ella en ese momento? Tuve un deseo profundo de haber podido hacerlo mientras ella guardaba un secreto que no le había contado a nadie. "¡No! ¡Solo que no podía creerlo! Es decir, ¿cómo podía ocurrirme a mí? ¿Un bebé? Era como si estuviera soñando", dijo, y exhaló.

En el fondo de su mirada yacía una verdad que yo quería descubrir. "Astrid", le dije, interrumpiéndola. Quería que se fijara en mí por un momento. Entonces giró para verme. Dejó su mirada sobre la mía. Me di cuenta de que estaba a punto de pedirle que me dijera la verdad y mi pecho se comprimió. Noté lo ansiosa que estaba, así como el pánico que ya flotaba en su interior.

"En esa fecha supiste que esperabas un bebé. Supongo que también supiste quién es el padre", dije.

Sus ojos siguieron sobre los míos, aturcidos por un dolor que la belleza de su rostro atenuaba. Sabía lo que me diría, pero preferí esperar, sin aliento, por esas palabras que mi alma ansiaba recibir. Sabía que era solo cuestión de tiempo, aunque la respuesta a mi enunciado llegó en forma de silencio. Un silencio que permaneció en el ambiente por un momento que me pareció una eternidad.

Entonces abrí mi boca una vez más, intentando que mis palabras invitaran a las suyas a salir. Astrid aún guardaba silencio. ¿De verdad creyó que esto nunca sucedería? El hecho de que no dijera nada en lugar de contar toda la verdad seguía impresionándome.

"Mauricio me contó que no quisiste contarle a nadie sobre el papá de tu hijo", dije. Hice silencio por un momento, esperando que comenzara a confesar.

Pero su boca siguió cerrada. Decidí avanzar. "Recuerdo que el primer día de este año me levanté de mi cama mientras tú dormías en ella. También recuerdo que recibir el año contigo ha sido la mejor experiencia de mi vida. No podría sacarla de mi mente, aunque quisiera. Quiero que me digas la fecha de nacimiento de Sam", le pedí.

"Nació en...", dijo. Entonces tragó grueso. Luego aclaró su garganta para buscar fuerzas y completar la información. "En septiembre. El quince de ese mes".

Ví su cara y suspiré. "¿Quieres decir que nació nueve meses después de que pasamos esa noche juntos?", le pregunté, haciendo una vez más los cálculos que había hecho en innumerables ocasiones.

"Así es", dijo, en voz muy baja.

Comencé a llorar al comprender cómo mis corazonadas estaban convirtiéndose en una fuerte realidad. Apenas escuchaba su voz, pero sabía que estaba atornillada por la tristeza y el remordimiento. Bajó su cara. Estaba evitando verme.

Yo era el padre de Sam.

Mi pecho se inundó con un caudal de emociones que había censurado antes de saber la verdad. Y ahora ese caudal estaba anegando mis pensamientos. Ya lo tenía claro. Sin embargo, esa certeza era tan compleja que no podía soportarlo. Era un bebé con el tono de mis ojos y los rizos de mi hermana menor. También se formaban hoyos en sus mejillas al sonreír, como mi mamá, y su alegría permanente era la misma que ella tenía.

Al darme cuenta de que compartía mi sangre, la dicha se volcó sobre mi alma. Tener un hijo siempre había sido uno de mis sueños. Al ver a Sam frente a mí, mis sentidos se llenaban de felicidad. Era mi hijo. Estaba creciendo sano y feliz. Su salud y su alegría me impresionaban tanto que pensaba que ningún niño podía sentirse tan pleno.

Comencé a sentir una profunda culpa en mi corazón al darme cuenta de que apenas sabía algunas cosas de mi hijo y no había estado presente durante los primeros meses de su vida. Acerqué mi cara para besar su pecho. No lo había hecho, aunque era mi deseo desde que lo conocí. Exhalé su aroma infantil y dejé que mi nariz se llenara de él por un momento.

La realidad distaba mucho de lo que había planeado para mi futuro como padre o para mi familia. La culpa estaba hincando sus dedos en mi corazón. Astrid había tenido que criar a nuestro hijo sola mientras yo había estado trabajando en El Rosal. Era papá, pero en el fondo sentía que había sido un terrible papá. Me parecía que había abandonado a Sam para retornar a mi ciudad, sin saber nada de Astrid ni de él.

"Quise contarte", susurró Astrid, pero sentí que ese par de palabras rasgaban mi pecho.

Era terrible que hubiera ocultado todo por tanto tiempo. Ella había sido bendecida con ese regalo del cielo, y yo también, pero por su decisión de dejarme afuera no había podido disfrutar la paternidad. Y aún no sabía por qué. Era padre, pero por Astrid no había podido tener a mi hijo en mis brazos hasta ahora. ¿Por qué no me había dicho la verdad?

Él continuaba durmiendo, por lo que no deseaba cortar su siesta con mi molestia. Mi cuerpo estaba a punto de colapsar por la repentina ira que sentía. Exhalé con fuerza y comencé a levantarme. Lo hice con calma para que Sam no despertara.

Su mirada se ahogó en llanto. "¿Qué haces?", me preguntó Astrid al verme.

"Debo pensar todas estas cosas. Quiero tomarme unos momentos para hacerlo. Lo que acabo de descubrir me dejó en shock", dije.

Le di esa breve información y salí del lugar. Ella siguió hablando, pero no la escuché. No tenía rumbo fijo. Solo comencé a vagar. Dejé que mis pensamientos comenzaran a procesar toda la realidad que ahora se asomaba ante mí.

Mi prioridad era mi bebé, pero no sabía de qué modo resolver todo. Mi presente había sido profundamente alterado.

¿Qué la habría convencido de separarme de mi hijo? Esa fue la pregunta que estuvo a punto de hacer colapsar mi cerebro mientras el desfile llegaba a su fin. Había decidido encargarse sola de Sam. Sus padres y Mauricio la habían ayudado. Al apartarme, me había hecho sentir como si yo fuese un irresponsable o un hombre incapaz de asumir mis deberes paternos. Mauricio seguramente me veía como un imbécil. ¿De verdad Astrid me consideraba tan idiota como para criar a un niño? También me pregunté qué era lo que realmente creía de mí.

Parecía que un tornado había sacudido mi espíritu y robado mi felicidad. Di una vuelta y llegué a los camiones de comida. Centenares de familias comían, los niños reían y los abuelos sostenían a los bebés. Aunque siempre había disfrutado la Navidad, ahora me sentía destrozado.

Entonces me di cuenta. Ahora me convertiría en su padre. También sería el compañero de Astrid, lo que hizo que mi pecho se calentara de emoción. La idea de paternidad lucía completa. Salí y llegué al centro de La Soledad. Entonces lo comprendí. Mi hijo no había robado mi felicidad. Más bien era el motivo de ella. En lugar de ser un tornado, era el arcoíris que se mostraba luego de una tormenta. Era la bendición que recibía tras la maravillosa noche de Fin de Año que había tenido con Astrid. La mejor noticia que había podido recibir.

Debía conocer toda la historia para comprender su situación. Solo ella tenía la posibilidad de explicarme qué le sucedía, cuáles eran los motivos que la habían impulsado a tomar las decisiones que había tomado.

Iba a decirle que iba a ayudarla y que formaría parte de sus vidas, porque sabía que estaba convencida de algunas cosas. Eso la había llevado a dejarme fuera del panorama. Más allá de los motivos que pudiera tener para hacer lo que hizo, más allá de su molestia, su temor o lo que fuese, tenía que decirle que era el momento de olvidar todo eso.

Regresé con prisa al espacio bajo al cedro. Tomé aire y me di cuenta de que ya no había nadie. Ella se había marchado con Sam tras mi decisión de abandonarlos nuevamente. Solo me recibió el silencio. ¿Había sido todo fruto de mi imaginación?

Tenía que expresarle lo que sentía en el fondo de mi corazón. Sam, además merecía tenerme a su lado. Sentí una mezcla de dolor y culpa sobre mi vientre. Por la ira que sentía había actuado del modo en que ella esperaba que no lo hiciera. Había huido tras enterarme de que era el padre de Sam. Debía hablar con ella cuanto antes para solucionarlo.

Vi el cierre del desfile y entendí que, aunque no supiera cómo enmendar mi error, debía hacerlo pronto. Por Astrid. Y por Sam. ¿Cómo lo lograría? No tenía idea.

Capítulo diecisiete: ASTRID

Una señora mayor me mostró una gran sonrisa y vi su traje navideño. Le correspondí con otra sonrisa, aunque el espanto seguía aturdiendo mi cuerpo. "Espero que hayas disfrutado el desfile", dijo, y asentí.

¿Por qué no sospeché que lo descubriría cuando insistió en tener a Sam por un momento en sus brazos? Simón había pedido que le dijera la verdad. Aún no podía asimilar lo que había ocurrido. Apenas había podido hablarle de las fechas. Parecía que lo había sabido desde siempre. Esas interrogantes sobre mi embarazo me lo indicaban.

Entré con calma en mi auto para no despertar a Sam. Lo dejé en su asiento para autos y le agradecí a Dios que mis movimientos no lo agitaran. Escuché el sonido del cinturón. Esperé, pero siguió durmiendo. Luego cerré la puerta con el mayor silencio posible. Me asomé por la ventana con ansiedad. Comprobé que había movido a Sam desde el parque y seguía dormido.

"¿Creíste que no sería bueno como padre?", escuché.

Puse mis manos en mi pecho. Era Simón quien me hablaba. Lo hacía de un modo tan abrupto que me asusté.

Había experimentado una marea de emociones tras levantarse de la manta. Su rostro lo dejaba claro. Su mirada nerviosa lo hacía ver más hermoso, por increíble que pareciera.

La decepción continuaba abrumando mi corazón. "¿Cómo puedes decir eso? Claro que no", dije, y negué con mi cara.

El bebé seguía dormido dentro del auto y el aire se llenó de tensión. Era cierto que no le había dicho la verdad, aunque me parecía que estaba llevando todo al límite. Se había ido sin darme mayores detalles. Esa era una de las razones por las cuales había preferido no contarle lo de Sam. Lo vi mientras se ponía frente a mí.

"¿Por qué no me contaste?", me preguntó.

Me parecía que mi respuesta estaba clara. "¿De verdad estás preguntándome eso?", le dije.

"Así es", dijo. Sus labios temblaron y noté que su cuerpo se tensaba.

"Sabía que te habías establecido en El Rosal. También imaginé que no querrías involucrarte", expliqué. Tomé aire y sentí que me quitaba un peso de encima. Estaba diciéndole toda la verdad, algo que no había hecho del todo, ni siquiera con Ivana, y me sentía tranquila al hacerlo.

"Debes estar bromeando", dijo, moviendo su cara a los lados. Era obvio que no me creía. "Ni siquiera me dijiste que era mi hijo. ¿Cómo podría ser un mal padre si ni siquiera sé que tengo un bebé? No dejaría a Sam jamás. A ti tampoco te dejaría", dijo.

"¡Es justo lo que hiciste hace un rato!", grité. Mi frase cayó como una bofetada en su mejilla.

Bajó un poco su cara y entendí que estaba tratando de apaciguar su molestia. Tomó aire y dio un paso al costado. El dolor y la ira se unían en su mirada. Peinó su cabellera con su mano y suspiró con fuerza.

Tenía que asimilar sus emociones y dejar de lado las mías, aunque eso me afectara mucho. Había

herido sus sentimientos. Lo tenía claro. Sin embargo, fue mi inesperada reacción ante sus palabras. Sabía que eventualmente me pediría la verdad. Era un hombre, un ser humano perjudicado por mis decisiones.

"Me enteré hace una hora, una hora, que tengo un hijo. No estuve presente cuando nació. Todo es tan... increíble", aseveró.

Giró para verme y su mirada pedía algo de empatía. Toqué su mano y creí que la alejaría. Sin embargo, su reacción me conmovió.

"La noche que dormimos juntos fue terrible", dijo.

Quería salir de ahí, pero no podía. Sentí un inmenso dolor en mis entrañas. Lo que tanto había temido se hacía realidad ante mí, sin que yo pudiera hacer nada. Había descubierto todo y ahora se arrepentía de lo que había sucedido. Estaba terriblemente triste, pero no podía moverme. Mantuve mis dedos sobre su brazo, en silencio. Tomé aire mientras sentía cómo mi cuerpo seguía anclado al suelo.

Subió su cara y entrelazó mis dedos con los suyos. Sentí el poder de sus músculos. "Muchas veces soñé con hacer el amor contigo, pero jamás creí que sería de ese modo", dijo después.

No estaba arrepintiéndose de todo. Solo se sentía mal por la forma en la que había ocurrido. Dejé escapar una bocanada y me pareció que renacía. Con ese aire que soltaba también se iba la presión que había acumulado.

Negó con su cara y me di cuenta de que estaba pensando en ese momento calamitoso. "Debí haberte llevado a un hotel lujoso. Tenía primero que hacer todo lo posible para conquistarte. Debí llevarte a comer, ver una película en el cine contigo, comprar flores para ti en lugar de estar contigo escondidas en la casa de Mauricio", dijo.

Decidí decir algo. Esperaba que mis palabras lo hicieran sentir un poco mejor. "Tal vez actuaste de ese modo porque el licor te convenció de hacerlo", dije.

"Así es, Ojalá no hubiéramos tomado nada tampoco", respondió.

El paso de los días impidió a mi memoria evocar esos momentos. Solo asentí suavemente. Recordé cómo me había sentido molesta conmigo misma muchas veces al no poder recordar todo lo que había sucedido esa noche en la que habíamos hecho el amor. Mi mente se había nublado.

"Todo cambió al día siguiente. Al despertar estabas a mi lado. Sentí que era lo mejor que me había pasado en la vida. Pensé en hablar contigo, pero tenía que irme. Compré las rosquillas para ti y luego fui a tomar mi avión", contó, y dejó su mirada sobre la mía.

Recordé la caja de rosquillas que tenía Mauricio cuando fui fuera de su casa en busca de Simón. Creí que mi hermano había comprado la caja para comerlas, pero luego me di cuenta de que no había sido así. Al darme cuenta de lo que quería Simón, me sentí muy contenta y le regalé una sonrisa.

Comprendí cuánto le costaba reconocer lo que había sucedido. "Iba a llamarte al llegar a El Rosal. Como no me escribiste, supuse que querías dejar nuestra experiencia en el olvido. Además, te escribí dos mensajes, pero no los contestaste. Creí que estabas arrepentida. Yo no lo estaba", dijo, y entrecerró sus ojos. Entonces abrí mi boca para hablar, sin esperar que él me lo pidiese.

Ivana no lograba comprender cómo podía sentirme satisfecha todavía después del sexo que había tenido con Simón, a pesar de las consecuencias, pero me sentía así porque estaba feliz con el hijo que tenía. Era el nuevo protagonista de mi vida y quería tenerlo a mi lado siempre. "Tampoco estoy arrepentida, al menos hasta ahora", dije. Giré para ver a Sam a través de la ventana del auto. Afortunadamente seguía dormido y no tenía ni idea de lo que sucedía a un par de metros.

Dio un paso hacia mí. "Bueno, como te dije, tampoco lo estoy", aseguró.

El azul profundo de sus ojos me hizo pensar en girar, pero no pude hacerlo. El choque de su boca con la mía impidió que pudiera mover ni un músculo. Cerré mis ojos y dejé que el mar de emociones que sentía atravesara mi pecho. Llevó su lengua al interior de mi boca y me demostró el deseo renovado que sentía.

Quería ser suya, que me liberara de tanto estrés. Y sus labios estaban enseñándome que quería execrar cuanta preocupación tuviera en mi mente. Su boca recibió mi gemido. Apreté sus dedos y puse mi otra mano en su cuello. Quería acomodarme y que me contagiara con su calor. La tensión que sentía, el miedo, todas las dudas, la timidez. Dejé que esa mezcla de sensaciones saliera de mí. Me presionó de una forma tan intensa que me apoyé en él. Quería que tomara el control, que se apoderara del momento, algo que yo estaba cansada de hacer.

"Cuántas ganas he tenido de besarte desde que llegué", contó cuando pudo soltar mi boca. "Mejor dicho, desde el año pasado", continuó diciendo.

"Me hacía mucha falta que lo hicieras", respondí. Levanté un poco mis pies y besé por un segundo su boca otra vez.

"Astrid Gómez, ¿sabías que eres la persona más testaruda que conozco?", me preguntó. Sus dedos alcanzaron mis mejillas para atraerme hacia él. Chocó nuestras narices y suspiró sobre mi boca.

Su pregunta me impresionaba. "¿Por qué lo dices?", dije entre risas.

Sus respiraciones intensas llegaban a mi boca, urgida e inflamada de deseo. "Porque es insólito que hayas ocultado todo por un año", dijo. Movié su cara a los lados y luego volvió a besar mi boca antes de rodearme suavemente con sus manos. Luego de un momento se retiró.

Mis ojos se nublaron. Unas lágrimas saldrían pronto, forzadas por la tristeza, la alegría y la emoción que se juntaban en mi pecho. "Lo hice porque sería una carga que no quería que llevaras", le conté en voz baja.

"Mi hijo nunca será una carga para mí", dijo después. "Y tú tampoco", murmuró con un tono que indicaba lo preocupado que se sentía. Luego secó mi llanto.

Aunque no hubiera estado criando a Sam, sabía que Simón era un excelente ser humano, y esperaba que Sam heredara esa cualidad. Lo deseé al escuchar la primera parte de su oración inicial. Había alegrado mi corazón. Se refería a Sam como... su hijo. Él era el padre de mi bebé, una verdad que siempre había llenado mi pecho de orgullo.

Mi hijo crecería con su padre. Simón ahora estaba frente a mí. La felicidad que transmitía su mirada me hizo sentir plena rápidamente. Sam podría contar con su papá. Habíamos arreglado las cosas, al punto de que el aire entre nosotros se llenaba de tensión sexual, pero eso era irrelevante en ese momento. Lo relevante, lo que me emocionaba, era que estaríamos juntos.

"Tendremos que contarles a tus padres", dijo.

Di unos pasos atrás cuando la idea sofocó mi mente. Ahora nos separaban tres metros de distancia. Sentía que la montaña rusa se detenía abruptamente.

Sus manos seguían abiertas. Supuse que creía que aún me tenía en sus brazos. "Imagino que no vas a esconder más la verdad", aseguró.

Nuestros padres se molestarían terriblemente al saber lo que había sucedido. Mamá entraría en cólera al enterarse de que Simón era el padre de Sam. Sabía que era amigo de Mauricio, pero bajo ninguna circunstancia pensaría que era un padre ideal, especialmente para su primer nieto. "Sabes que no...", comencé a decir, pero luego me detuve.

Pensé en mi hermano. Sabía que enterarse de la historia le causaría un profundo dolor. Su mejor amigo era el padre de su sobrino. Eso lo haría sospechar que él siempre lo supo y se lo había ocultado. Su amistad podría quedar definitivamente destruida.

"Calma, Astrid. Hallaremos un modo de hablar con ellos", dijo.

Empecé a hablar para que no dijera nada más. "No me siento preparada" dije.

Subí mis ojos para ver los suyos, y sentí que aterrizaba en una tierra desconocida para mí. Una en la que era completamente libre. Obviamente, había notado lo decidida que estaba. Hizo silencio y evitó hablar del asunto. Se acercó a mí y me abrazó, en un intento por volver a unirse a mí físicamente. Dejé caer mi cara en su hombro mientras mi aliento salía al ritmo del suyo.

Sujetó todo mi cuerpo con fuerza, lo que me permitió sentir cada tramo de su piel. "También he pensado muchas noches cómo podríamos estar juntos, sin distancias que nos separen", confesó.

"No me gustaría pensar en ti, o incluso en mí", le conté.

"No entiendo", dijo. Su ceño estaba fruncido.

"Solo quiero pensar en Sam. Él es mi principal prioridad. Tienes que ser su padre. No me gustaría impedirte que lo hagas", le dije. Asintió y me di cuenta de que comprendía mi explicación.

Sus dedos masajearon mi espalda y sentí que creía que estaba abrazando a Sam. Su movimiento hizo que me relajara y pronto mis músculos se aliviaron. "Iremos con calma", me sugirió después.

"Quiero tomarme mi tiempo para hablar con nuestros padres", le dije. "Hablares con ellos... cuando me sienta mejor", agregué.

Besó mi frente y sus manos siguieron masajeadando mi cintura y subiendo. "Ahora podremos ir despacio, cariño", dijo, reiterando su frase.

Inicialmente había huido corriendo al enterarse de todo, pero luego serenó su mente, al punto de que volvió a buscarme y logró que me relajara tras el final del desfile. Su palabra no lucía como una promesa, pero me parecía suficiente.

La diferencia de edad entre Mauricio y yo era importante para mí. Pero con Simón no podía decir lo mismo. Actuaba de modo más maduro y firme, lo que me hacía sentir que cuando estábamos juntos podía dejar que controlara la situación.

Ahora podría contar con Simón para la crianza de Sam, algo que aún no podía creer. Era una

madre primeriza, lo que me obligó a tener que mostrar iniciativa constantemente, además de encarar mis responsabilidades. Peor eso había cambiado.

Saber que Sam tendría a su lado a ambos padres estaba trayendo un sol de felicidad a mi pecho. Pero decidí que no me ilusionaría tanto. Saqué de mi mente la idea de tener un matrimonio feliz con Simón por el resto de mi vida. Le dije que no quería enfocarme en lo que teníamos, aunque esa posibilidad seguía entre mis pensamientos.

Ahora, al ver que no había tomado un avión de regreso a El Rosal al enterarse de que era padre, sentí que podríamos tener una relación. Entre ambos había nacido un vínculo poderoso después todo lo que habíamos vivido. Uno con el que mi corazón se había ilusionado por años. Simón realmente representaba todo lo que esperaba de un hombre.

¿Las cosas saldrían bien u ocurriría todo lo contrario? No lo sabía, pero la idea de andar por ese sendero con Simón me emocionaba. Sus palabras me habían convencido. Era el momento de actuar con cautela. Faltaba recorrer un largo camino, además del secreto que debíamos conservar.

Capítulo dieciocho: SIMÓN

Astrid había abierto ligeramente una puerta y el viento acariciaba nuestras caras. Aún no podía creer lo que había sucedido. La tenía en mis brazos y podía ver a Sam a través de la ventana trasera del auto. Nos movíamos suavemente, intentando hacer el mayor silencio para que no despertara.

Nuestra realidad me abrumaba. Había sabido todo lo que sucedía. Empecé a pensar cómo podría enmendar mis meses de ausencia, pero pronto comprendí que cualquier cosa sería inútil para recuperar esos días.

Noté que Astrid suspiraba con fuerza. "Cuántas cosas no pude ver", pensé en voz alta.

"Evité contarte porque creí que era lo correcto", dijo, y empezó a llorar.

"Lo lamento mucho, Astrid. No quería recordártelo. Simplemente me hubiera gustado estar contigo y Sam", dije. Me arrepentí rápidamente de lo que había dicho. Sequé su llanto y me preparé para consolarla.

Su voz se hundía en el llanto y su mirada se enrojecía. Se acercó a mi hombro para llorar y luego usó el dorso de sus manos para limpiar sus mejillas. Tomó aire y noté que intentaba calmarse otra vez. "Soy yo quien debe disculparse. Eres libre de sentir las emociones que deseas. Ahora quiero que siempre las expreses. No me importa si lo que sientes me lastima o no. Me gustaría escucharte", confesó.

Mi pecho estaba quebrado por la tristeza. "No llores. No deberías hacerlo después de lo que has vivido", le dije en voz baja.

Había dejado que siguiera en El Rosal, sin preocupaciones, lo que jamás habría ocurrido de saber lo que ocurría. Lo que sentía por ella era tan fuerte que no había modo de ocultarlo. Además, el hecho de que fuese la madre de mi hijo y se hubiera encargado por su cuenta de Sam para no alterar mi vida me parecía impresionante. Le preocupaba más la gente que sí misma.

Ahora debía enfocarme en lo que había pasado, en la parte más gentil de la historia. Me di cuenta de que no debía recordar los días de ausencia. Tenía que pensar en el esfuerzo solitario que había hecho Astrid. No estuve con ella, lo que tenía que haber hecho.

Moví mi cara a un lado y descubrí cómo sus labios comenzaban a sonreír. "Entonces supiste que esperabas un bebé. ¿Qué tal fue la experiencia de tu embarazo?", le pregunté.

"¿De verdad quieres saber?", dijo, con una sonrisa, limpiando el rastro de su llanto.

"Sí. Me gustaría que me contaras todo lo que no sé", advertí con seriedad. Luego besé su boca y sentí que su cuerpo se llenaba de calor.

"Fue una experiencia espantosa", respondió, y negó con su cara.

Mi vientre se comprimió y aguardé el resto de su historia. "Vaya", dije.

Volvió su cara afuera al recordar su historia. "Lo fue, y aun no entiendo por qué. Mamá decía que yo misma me embaracé. Fingí que no estaba embarazada. Cuando todos se enteraron, comenzó la 'novela'. Cada persona que se acercaba a mí preguntaba por el padre. No tenía esposo ni novio", dijo.

Astrid había atravesado un camino infernal sin la ayuda de nadie, en su afán de que yo pudiera seguir con mi vida, lo que me molestaba. Eso no habría pasado si me hubiera contado. "¿Y tus padres se molestaron?", le pregunté. Sentí la tensión en mis hombros.

Más gotas de llanto llegaron a sus mejillas. "Bastante. En el fondo sentía mucha vergüenza, pues yo sabía quién me había embarazado. Mamá seguramente pensaba lo contrario. Creía que tal vez había estado con muchos chicos y no podía recordar quién era el padre", recordó, con un tono sofocado por el dolor.

Ella, lamentablemente, deseaba prolongar la farsa que había mantenido con sus padres. Las ideas que la gente se había formado de Astrid era algo que no había pasado por mi mente. Creí que mucha gente supondría que no quería hablar al respecto en lugar de imaginar que no sabía quién era el padre. Eso me hizo sentir muy apenado. Y también inútil.

Teníamos que ir con calma. De algún modo debía persuadirla de hablar con ellos. Solo así se sacudiría una culpa que seguía sobre sus hombros, aunque no tenía que estar ahí. Sin embargo, le daría el espacio y el tiempo que necesitaba. Tomé aire mientras recordaba el planteamiento que yo mismo le había hecho.

Si me movía con prisa, perdería más de lo que ya había perdido. Sabía que los cambios numerosos que vendrían pronto no podían darse rápidamente. Eso solo traería problemas. Acoplarme a mi incipiente realidad también me llevaría mucho tiempo.

Tocó con calma mi mejilla al comenzar a hablar. Instintivamente me moví hacia ella y mi mejilla sucumbió ante su caricia. "Eso quedó atrás. No debemos pensar en eso", dijo.

"¿'Atrás'?", le pregunté.

"En el momento en el que Sam nació, olvidé todo", dijo, sonriendo.

Quería adentrarme en los pormenores de una historia forjada por mi obligada ausencia. "¿Olvidaste qué?", le pregunté.

"Había muchos... problemas", contó.

"Y por esa razón te mudaste con Sam", le dije.

Al enterarme de la reacción de su madre por el bebé, imaginé que Astrid se había convencido de que debía irse a otro lugar. Sin embargo, saber que estaba en otra casa me había sorprendido mucho.

"Así es", dijo.

Se había enfrentado sola a una cruda realidad, tras la reacción de una familia que la había desterrado sin decirlo expresamente. Una familia a la que yo conocía muy bien. Tomó aire e hizo una pausa. No había forma de suavizar el relato ni el pasado. Entendía qué quería saber y las razones que tenía para hacerle esas preguntas.

"¡De todos modos, ahora me siento bendecida!", dijo con prisa. "¿Cierto?", preguntó, con tono jocoso, pero forzado. "Pude disfrutar los primeros días de Sam, algo que me hacía mucha falta. Además, tuve que aprender todo sola. Mamá puede ser estricta si se lo propone. Me exigió estar siempre con mi hijo. Así me di cuenta de que debo estar muy presente en su vida. Me encantó equivocarme y que ella no estuviera presente para juzgarme", dijo.

Precisamente por esa razón me había ido a una ciudad tan lejana. Quería cometer errores y aprender, como ella. Quería encontrar piedras en mi camino a la adultez, y resolver cada problema que se presentara. Sonreí con ligereza. Me identifiqué rápidamente con su historia, aunque ella no lo supiera.

Esperaba tener a mis padres distantes para que no tuvieran nada que ver en mis decisiones. Si me quedaba en mi ciudad, eso no sucedería. Era tan pequeña que todos se conocían y pronto les contaban todo a mis padres. El estar solo, el ocupar una casa sin que allí viviera nadie más, me parecían importantes para forjar la necesaria libertad. Por ese motivo me había mudado de La Soledad.

En El Rosal pude obtener la independencia que había obtenido Astrid al mudarse a su nuevo hogar. Afortunadamente solo había cuidado a Sam por unas semanas. De ahora en adelante buscaría la manera de pagar la renta y los gastos, algo que ya estaba proyectando en mis pensamientos.

"¿Ese lugar en el que vives es rentado o lo compraste?", le pregunté.

"Lo renté", dijo, con tono serio.

Me pareció que quería tomar distancia. "¿Y cuánto pagas mensualmente?", le pregunté a continuación.

Subió sus manos en señal de desacuerdo. "Esto no es necesario, Simón. No tienes que pagar mi renta para quedar a mano conmigo y que me sienta mejor por lo que hice", dijo, y negó con su cara.

Era insoportable tenerla a mi lado y no abrazarla. "Acércate", le dije. Pasé por alto sus palabras. Solo quería aproximar su piel a la mía.

Acercó sus brazos para abrazarme. "Quiero que me prometas que olvidarás ese asunto", me pidió.

"Voy a tratar".

Nada de lo que hiciera alteraría algo de lo que había ocurrido antes. Lo que decía era cierto.

Al ver a Sam, me di cuenta de la emoción y la necesidad que sentía de incorporarlo a mi vida. El pasado era algo que no podía cambiar. Tenía que enfocar mi energía en nuestro porvenir. Decidí que era exactamente lo que haría. Había tantos asuntos en los que pensar que no tenía claro cuál sería el primero.

"Astrid, te juro que todo saldrá bien", dije en voz baja en su oído. Luego besé su frente y su aroma a rosas penetró mi nariz. "Te cuidaré. Haré lo mismo con Sam", dije, haciendo una promesa más para mí que para ella.

"Estoy segura de que lo harás", aseguró.

La certeza de que confiara en mí hizo que mi corazón se derritiera. Fue una frase muy corta, pero lo que implicaba por poco arranca un par de lágrimas de mi alma. Había creído que no me veía como un buen padre, pero entendí que estaba equivocado. Astrid envolvía mi cuerpo con calidez, lo que significaba que creía en mis palabras y en mi promesa de que cuidaría de ella y de Sam.

Sentí que mi pecho se vaciaba y quise acercarla otra vez, pero no lo hice. "Llevaré a Sam a casa. No quiero que despierte aquí", me dijo después. Su cara se alejó de mi cuerpo.

"De acuerdo, pero, por favor, actúa con más calma a partir de ahora", le pedí con tono serio.

Ahora que ya lo sabía, solo quería estar siempre con ella y Sam. Tras días sin saber de ella, la posibilidad de perder todo rastro de comunicación me parecía terrible. Esperaba saber toda la verdad cuanto antes.

Acercó su cara y me invitó con su boca a besarla. Bajé mi boca y suspiré con fuerza antes de que mi boca se hundiera sobre la suya. Comprobé cuánta falta me había hecho. "Puedes contar con eso", respondió después.

"Voy a besar a Sam para despedirme", le dije, tomando la puerta trasera.

"Sé cuidadoso", murmuró, con claro temor.

Fui con calma atrás luego de abrir la puerta trasera. Acerqué mi boca y le di un beso en su mejilla tersa. A pesar de que dormía me regaló una sonrisa. Su hoyo se asomó en su mejilla izquierda y luego su sonrisa se apagó.

"Te quiero mucho", dije en voz baja. Astrid jadeaba suavemente a mis espaldas. "¿Me informarías por favor cuando llegues a tu casa?", le pedí.

"De acuerdo", respondió.

Aunque la realidad no se parecía en nada a los planes que había tenido, me sentía mejor que nunca. Lo pensé mientras dejaba la puerta abierta y mis labios volvieron a los de Astrid. Nos despedimos de ese modo y luego fui a buscar mi camioneta.

Tenía un hijo. Era la mejor noticia del mundo. Caminé por el parque y vi a las personas que aún estaban saliendo. Sentí una profunda necesidad de subir a algún banco y contar las estupendas novedades.

"¿Oye? ¿Qué haces aquí?", me preguntó alguien. Las frases me sorprendieron. Giré para encontrar a la persona que me saludaba y me di cuenta de que era Mauricio. Estiró sus manos y di un paso para abrazarlo.

"¿Cómo estás?", le pregunté, con cierta incomodidad.

Recordé que me había dicho sobre la decisión de su hermana. Ella no quería revelar quién era el padre de su hijo. Pero lo que más me preocupaba era que odiaba al sujeto que se había "negado" a criar al bebé. Si se enteraba que era yo, que había dejado a su hermana sola con el niño sin pensar ni un segundo en ellos hizo que mi cuerpo se tensara.

Tocó mi hombro juguetonamente. "¿Por qué no tomamos esa cerveza que dejamos pendiente?", me preguntó, y luego rió.

Estaba recordando el momento en el que bebimos tantas cervezas que tuvimos que pedirle a un amigo que me llevara a mi casa. "Siempre que salimos a beber, olvido dónde vivo", dije, con una sonrisa.

"Eso ocurrió hace mucho tiempo. Ahora creo que nos merecemos una buena noche", respondió, con tono tranquilo.

Tenía claro que en algún momento debería contarle cómo había sido capaz de traicionar nuestra amistad, actuado a escondidas y ocultado la realidad por más de un año. Esa alegría habitual

abandonaría rápidamente su cara al enterarse de lo que había ocurrido entre su hermana y yo.

"Antes de irme lo haremos. Hoy no poder ser, pues debo ayudar a mamá con algunas cosas de la casa", le dije. Pero era mentira.

Mauricio abrió su boca y me sentí afortunado por lo que dijo, aunque era imposible tomar un trago con él. Ya me había enterado de la verdad. Si introducía un trago de licor en mi cuerpo, soltaría todo, aun cuando no me lo pidiera. Lo que me hacía falta era espacio para entender todo lo que ocurría.

"No te preocupes. Lo único que te pido es que cuides. Sé que antes de que regreses tomaremos esa cerveza", dijo. Tocó otra vez mi hombro, ahora con más fuerza, y entró en medio de las personas que salían del parque, con la misma rapidez con la que me había abordado.

Tal vez mamá tenía razón: yo hacía todo lo posible para enredar mi vida. Mauricio ahora formaba parte del caos en el que se había convertido mi relación con Astrid. No obstante, me parecía que habría algún modo de solucionarlo, como pensaba del resto de las cosas. Fui a la camioneta mientras me reclamaba una y otra vez por no haber reunido el valor para contarle sobre mis sentimientos. Al hacerlo, no habría tenido que pasar por tantas horas tristes ni salpicadas de vergüenza.

Capítulo diecinueve: ASTRID

Había estado en ese lugar muchas veces mientras estaba embarazada y después había vuelto, cuando Sam había cumplido un mes. Sentí de nuevo esa temperatura baja habitual en el consultorio de mi doctora. Estaba cubriendo mi cuerpo con mi ropa tras mi cita. ¿La decoración, o mejor dicho, la ausencia de ella, incidía en ese aspecto? En cualquier caso, me sentí contenta porque en unos minutos me iría.

Mi doctora tocó la puerta suavemente un par de veces y luego la abrió un poco para introducir su cara. "¿Puedo pasar?", preguntó. Era su costumbre hacerlo.

"¡Claro!", dije con fuerza, y subí el resto de mi vestido de flores.

Tomó asiento en su silla y encendió su computadora portátil. Vio mi cara y luego se fijó en el monitor. "Quiero comentarte algunas cosas", dijo.

"¿Estoy enferma?", le pregunté.

"¡Claro que no!", dijo, y negó con su cara. Luego alcanzó la palma de mi mano con la suya. "¡Estás sana! Tu cuerpo está perfecto. Simplemente quiero hacer algo de Sam. ¿Está durmiendo más en las noches?", me preguntó.

El recuerdo levantó una sonrisa en mi cara. "Generalmente sí. Suele dormir hasta seis horas, o un poco menos, sin despertar", dije.

"Estupendo", dijo mientras asentía. "Te lo pregunto porque no recordaba que hubiera apuntado eso. Me parece que en la última consulta no hablamos al respecto, aunque recuerdo que tu madre dijo que Sam dormía mucho cuando lo llevaba al club de lectura", dijo. Luego empezó a escribir en el teclado.

Siempre recordó la confidencialidad que existía entre el doctor y el paciente. Por esa y otras razones no considerábamos a la doctora como una médica más. Era una amiga cercana de mamá. Había estado a cargo de mi salud por mucho tiempo. Sin embargo, siempre había tenido un tono muy profesional. Jamás le había contado a mamá sobre algunas cosas que le dije.

Siempre me había dicho que cualquier cosa que decidiera beneficiaría a mi hijo. Y que, al poder contar con su madre, podría desarrollarse sanamente. Ella fue la primera que supo que no quería contarle a nadie quién era el padre de Sam. Le dije que deseaba tenerlo fuera del panorama, y respetó mi decisión.

Era alguien que traía aire fresco cuando yo me esforzaba por tener un hijo en medio de las críticas de mis padres. Aunque tal vez no era consciente, contar con ella había sido una especie de bendición para mí.

"Con respecto a tus relaciones sexuales...", dijo, e hizo una pausa. Sabía que no estaba acostándome con nadie.

Mi vida había cambiado, pues Sam podría contar con su papá, si bien no me sentía lista para contarle a mi médica, si bien sabía que podía contar con ella tras los años que tenía conociéndola. Por eso le había hablado con franqueza respecto a mi vida sexual. Le conté lo que ocurría cuando me di cuenta de que esperaba un bebé. Ella no sabía que Sam era hijo de Simón. Obviamente conocía a sus padres. Solo le había dicho que el padre no se había hecho cargo del niño porque yo

no quería que lo hiciera. En sucesivas consultas le expliqué que estaba esforzándome para criar sola a mi pequeño, que no quería buscar a un hombre que fungiera como padre, y que sentía que pronto me sentiría mejor.

"Recuerdo que cuando estuviste aquí por última vez te pedí que no tuvieras relaciones. Aún estabas recuperándote. Ahora creo que tu cuerpo se recuperó por completo. Si quieres hacerlo, no hay obstáculos, cariño", dijo.

No creía lo que acababa de decirme. "¿En serio? Te lo pregunto porque...", comencé a negar con mi cara.

Había dolor e inflamación en muchas partes de mi cuerpo. El parto había sido descomunalmente doloroso. Amaba a Sam más que a nada en el mundo, pero no quería vivir esa experiencia tan intensa una vez más. Incluso la doctora había dicho que no había conocido a una paciente que hubiera experimentado tanto dolor. Eso generó dudas en mi mente respecto a mi cuerpo. Pensar en tener relaciones era absurdo hasta hacía poco.

No había estado en la cama con alguien hacía mucho tiempo. Tras el nacimiento de Sam, eso ya no pasaba por mi mente.

El dolor tan intenso que había vivido en el parto desterraba de mi mente la posibilidad de hacer el amor.

Pero recordé el cuerpo atractivo de Simón, la forma en que sus músculos se movían... Estaba entrando en mi mente y haciéndome olvidar esa experiencia ante la información que me daba la doctora Medina. Pensaba cómo sería pasar otra noche a su lado y ya mi mente se atrevía a imaginar algunas fantasías.

Pero Simón había sido muy rudo conmigo cuando habíamos estado juntos el año anterior. A pesar de todo, besaba mi boca y me dejaba sin aliento. Sentía un profundo deseo que hacía vibrar todo mi cuerpo. La reacción de mis sentidos era incomprensible. Eso, sin embargo, no alejaba de mí el temor de acercarme a él para que me tomara.

"Entiendo que hace mucho no sientes deseo por un hombre. Solo quiero que sepas que, si decides hacerlo, tu cuerpo no tendrá problemas", me explicó luego la doctora Medina, y dejé de pensar.

Al ser la doctora que había atendido mi parte, podía entender mis preocupaciones. "¿Cree que sea doloroso?", le pregunté. Apreté mis puños mientras esperaba su respuesta. Ella asintió. Comprendía mis temores.

"Así es, pero recuerda que ya estás sanando. Podrás hacerlo cuando te sientas cómoda. No olvides lo fuerte que eres y el proceso de recuperación que has tenido. Claro está que debes estar atenta a las señales de tu cuerpo. Si sientes dolor, debes parar. Lo más importante es que volverás a estar con alguien una vez que te sientas preparada", dijo, con una sonrisa.

Había adelantado mucho trabajo en el hotel, por lo que repentinamente quise hacer algo que no había hecho nunca: descansar todo un día. Me despedí de ella y salí del consultorio. Me sentía más alegre que antes. Después hablé con mamá por teléfono. Quería saber si podía cuidar a Sam unas horas más.

Fui a un salón de belleza para agregar algunas extensiones a mi cabellera. Me dejé llevar por la alegría de las fiestas y pedí a la chica que me recibió que aplicara un tono rojo a las uñas de mis

manos. Otra chica comenzó a masajear mis piernas. Me parecía que estaba viviendo una experiencia totalmente nueva.

Me di cuenta de que era el momento de comprar ropa nueva. Habían pasado un par de horas cuando abandoné el lugar. Me sentía completamente renovada. Era la misma sensación que había experimentado después de decirle a Simón todo lo que había sucedido. Me sentía relajada porque ya no tenía que alejarlo de su hijo. No me importaba tanto que decidiera criarlo o no. Lo que me importaba era haber contado todo. La tranquilidad que experimentaba era mayor de la que creí que sentía. Suspiré y vi mi cuerpo en una de las vitrinas de una tienda.

Una chica estaba en la recepción. Tenía una cabellera naranja que combinaba con su ropa colorida y el tono agudo de su voz. "¡Buenos días! ¿Qué puedo hacer por ti?", me preguntó.

Centré mi atención en un estante con decenas de blusas. "Me gustaría comprar un vestido nuevo", le dije.

No había comprado algo de ropa desde hacía mucho. Me parecía que estaba excediéndome un poco: había arreglado mis uñas y mi cabellera y ahora quería adquirir ropa nueva. Pero quería hacerlo pues no me había consentido desde la Navidad anterior y ahora quería lucir bien para recibir el Año Nuevo junto a mi hijo.

"Si yo fuese tú, buscaría un vestido que resalte tus curvas", dijo. "La verdad es que luces muy linda. ¡Siento envidia de tu cuerpo! Hay mucha ropa que no puedo ponerme porque no luciría bien. Luzco como una niña entrando en su adolescencia", exclamó.

Me pareció que se vería estupenda en cualquier atuendo. "¿De qué ropa hablas?", le pregunté, y resoplé. Su cuerpo era delgado, como el de cualquier chica de las revistas.

"Acompáñame. Quiero enseñarte algo de ropa", explicó, y con su mano me invitó a seguirla. No giró ni un segundo, por lo que no pudo saber si estaba detrás de ella.

Me mostró un vestido oscuro con un escote bastante provocador. "Ponte este", dijo.

"Vaya. Este no es precisamente el tipo de ropa que uso", le indiqué.

Apuntó a un telón azul oscuro en el que estaban los probadores. "Solo pasa y pónelo", dijo.

Entendí que no iba a ceder ni un poco. Acaté su orden y deslicé el telón una vez que entré en el probador. Exhalé con fuerza y me quité el vestido de flores y retiré con calma el vestido nuevo de su percha.

"¿De qué talla es este vestido?", le pregunté.

"¡De la tuya!", exclamó mientras reía.

Reí con fuerza y dejé caer el vestido sobre mi cuerpo. La fina tela bajó hasta llegar a mis muslos. Carecía de mangas. Además, la tela que supuse que eran un par de tiras caían sobre mi pecho, por lo que mis hombros quedaban expuestos. Supuse que era la forma correcta de usarlo, pero no pude ver mi reflejo pues no había espejo en el lugar. Abrí el telón y apoyé mis manos en mis caderas para que la chica me viera.

Comencé a reír con alegría al ver su cara de felicidad. "No entiendo cómo puedo ser tan buena en esto. ¡Nunca dejo de sorprenderme!", dijo la chica mientras subía un puño al aire. Vi su amplia sonrisa mientras recorría mi cuerpo con sus ojos.

Me llevó a la izquierda, donde estaba un espejo de grandes dimensiones. "Quiero que te veas", dijo.

Di una vuelta para comprobar que no era un sueño. Dejé de reír y me vi detenidamente en el espejo. Era consciente del atractivo que había tenido siempre, aunque me parecía que carecía de ese ingrediente sexual que presumía el resto de las chicas que conocía. Parpadeé un par de veces al darme cuenta de que realmente era muy sexy.

Apuntó a mi vestido de flores. "Parece que no sabías lo bien que podías verte, ¿cierto?", preguntó, con una sonrisa.

El volumen sensual de mi cuerpo no dejaba de impresionarme. "Es que no he...", dije, pero el shock me impidió continuar. Toqué las curvas de mis caderas.

Escuché el timbre de la entrada y una señora rubia entró. La chica y yo volteamos para verla.

"Guao. Parece que hay un esposo muy afortunado", dijo la señora, y guiñó su ojo. Luego entró al sector de ropa interior.

Me daba cuenta de que el vestido tenía un matiz muy atrevido, pero con un corte modesto. Era una combinación perfecta. Tras ver las reacciones de ambas, me sentí decidida a comprarlo. De hecho, no quise quitármelo. Mi cabellera caía sobre mi espalda, por lo que podía presumir más el escote. Mis senos aparecían rebeldes entre el escote delgado y mis rodillas también se mostraban bajo el final de la tela.

"Luces fenomenal", declaró la señora al verme una vez más en el espejo.

"Agradezco sus palabras", dije, con mi piel ruborizada. "Voy a llevármelo puesto", le informé luego a la vendedora.

"¡Es el vestido el que te lleva a ti!", exclamó ella.

Reímos simultáneamente. Entré de nuevo al probador en busca del vestido que estaba usando antes. La chica introdujo su cabeza y me vio. "Oh, no. debes olvidarte de ese vestido", dijo.

Me sorprendió su declaración. "¿De qué hablas?", le pregunté.

"¿Cuál es tu nombre?", me preguntó.

"Me llamo Astrid", dije.

"Muy bien, Astrid. Ese vestido es de tu antigua imagen", dijo, y luego apuntó a mi nuevo atuendo, "y este representa la nueva versión de ti".

Asentí en silencio. Comprendía perfectamente sus palabras. Había ocultado mi figura en la ropa que usaba. No sabía cómo me vería luego del parto. En el fondo, sabía que había algo más fuerte que escondía y me atemorizaba mucho más: el secreto que había conservado dentro de mí por más de un año. Un secreto que me abrumaba.

Pero era el momento de mostrarme tal como era. Sin ocultarme detrás de vestidos grandes ni trabajar durante horas y horas en el hotel, de modo de no tener que enfrentar mi realidad. Ya le había confesado todo a Simón. Eso permitía que la libertad fluyera.

Una vez que mimé mi figura en el salón de belleza y la tienda de ropa, mi pecho se llenó de una satisfacción que no había sentido durante mucho tiempo. Mi prioridad había sido Sam. Cuidarlo y

convertirlo en un niño feliz. Eso, sin embargo, había hecho que descuidara mi aspecto, cosa que no debía hacer. Estar pendiente de mi hijo no quería decir que automáticamente debía abandonar mi imagen.

Sam merecía estar con una nueva Astrid. Una que fuese mejor que la anterior. Las palabras de la doctora Medina y las recomendaciones de la vendedora llegaron a mi mente. Tenía que olvidar esa versión antigua de mí.

"Es cierto", razoné.

Tomó mi vestido de flores y luego salió. Quedé sola. "Siempre digo la verdad. Espérame en la recepción. En unos segundos te diré lo que debes hacer con tu fenomenal vestido", dijo, con una sonrisa, antes de partir.

Ahora quería que todos vieran mis cambios. Vi mi reflejo una vez más. Estaba más decidida que antes. Un espíritu de libertad se adueñó de mí. Era la hora de conquistar el mundo. Había pasado demasiado tiempo antes de que renovara mi aspecto. Eso ya no importaba. Lo había hecho finalmente.

La chica comenzó a reír, y yo me ruboricé antes de hacerlo también. "¡Ya deja de verte en ese espejo, Astrid!", exclamó.

Capítulo veinte: SIMÓN

"Pide que los traigan esta misma tarde", dijo Mauricio al vendedor, sentado en una silla frente a su escritorio.

Observarlo mientras se encargaba de la cadena de suministro me impresionaba. Siempre había sido mi amigo, así que era la primera vez que veía su faceta de empresario. Lo había acompañado mientras hablaba con cuatro proveedores del hotel. Rastreaba los pedidos y emitía nuevas solicitudes.

Había cambiado cuando su padre le pidió que lo ayudara en el hotel, y tuvo que encargarse de una parte del negocio. Lo consideraba un sujeto calmado y muy sencillo, que siempre trataba de relajar a los demás. Nunca se molestaba por nada, ni siquiera por sus propios errores. Pero ahora era diferente.

"En una hora podrán traer lo que solicitamos", dijo el vendedor.

"¡Estupenda noticia!", exclamó Mauricio, y chocó sus manos con alegría. Luego vi cómo sus cuerpos temblaban. El vendedor le entregó después una hoja.

Acerqué mi cara al hombro de Mauricio. Quería leer lo que decía. "Debería poner esto en la recepción. El proveedor debe verlo. Es una evidencia de que ya pagamos", le informó.

Mauricio asintió. Dobló el papel y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta. "Entiendo. Luego hablaremos del pedido del que te comenté la semana pasada", le dijo.

"Ya empezamos a trabajar en él", respondió el vendedor. Habíamos iniciado nuestro camino para salir de la oficina. Mauricio giró y asintió una vez más para indicarle que había oído su respuesta.

Salimos del pequeño almacén y Mauricio sacó su celular para llamar a alguien. Había visto tantos cambios desde mi partida de mi ciudad natal. A veces sentía que mis allegados se habían convertido en personas completamente diferentes. La prueba más viva de ello era él. Su madurez, sin embargo, me causaba una gran satisfacción.

"Seré breve", me dijo en voz baja. "¿Luis? Te habla Mauricio Gómez...", indicó.

Repentinamente sentí que no podía definirme solo por mi trabajo. Caminé unos metros para que pudiera hablar en privado. Una pregunta apareció en mi mente. ¿Estaba actuando del mismo modo que Astrid y Mauricio? Tenían sus metas muy claras. También sabían en quiénes se habían convertido. Aunque yo me había mudado a El Rosal y era socio de una de las firmas más importantes del país, me parecía que mi vida no estaba completa.

Trabajaba doce horas durante seis días a la semana para atender a todos los clientes que ya habían iniciado litigios. Y debía aceptar un ascenso que representaría más trabajo. Solo así podría justificar el gran sueldo que ganaría. Pero asumir una mayor carga laboral lucía cuesta arriba.

Nuestras vidas giraban en torno a una sola cosa: dinero y más dinero. Usaba mi escaso tiempo de ocio para hablar con nuevos clientes potenciales, tipos ricos que buscaban nuestros servicios o nos ponían en contacto con quienes los necesitaran.

De hecho, me había sentido tan agotado a finales de noviembre que había empezado a contar los días para volver a mi pequeña ciudad. Las vacaciones que pasaba en La Soledad servían para que

me hiciera muchas preguntas, sobre todo la más reciente. ¿Qué era el éxito? ¿Tendría que trabajar más para mejorar mi estilo de vida? Eso no era lo que quería hacer.

Necesitaba olvidar por unos días la tensión del trabajo, así como salir de una ciudad en la que me sentía como un animal atrapado. Ya no era un hogar para mí. El único momento en el que podía descansar era Navidad. Quería ansiosamente ver a Astrid, pero había otra razón más poderosa que me impulsaba a ir a La Soledad.

Me alegré al saber que los niños del presente se maravillaban tanto con los pinos, tal como me había sucedido en el pasado. Pasé mis ojos por el centro de mi ciudad natal mientras tomaba aire. Esa hilera de árboles colmados de verde se mostraba ante mí. Recordé que mamá aseguraba que los árboles de La Soledad trataban de mantenerse verdes el mayor tiempo posible, a diferencia de la vegetación de otras ciudades. Había pasado mucho tiempo en El Rosal y me pareció que tenía razón.

La sonrisa de Mauricio antecedió a una palmada en mi pecho. "De acuerdo, continuemos", me pidió Mauricio, y corté mis pensamientos. "Visitaremos a otro par de clientes. Después tomaremos esas cervezas", dijo.

"Admito que me impresiona lo que haces", dije, y asentí, tal como lo hace un padre feliz por los logros de su hijo.

"¿Creíste que solo tenía talento para el baile y las fiestas?", me preguntó, y comenzamos a reír con fuerza.

Su personalidad estaba ahí, pero había abandonado algunos de esos rasgos que le habían causado problemas en el pasado. Él sabía que era conocido por sus largas noches en las discotecas. Solía tomar cada vez que tenía tiempo libre mientras estaba en la universidad. Muchas veces se desmayó en la entrada de su casa mientras se desvestía.

"Cada vez que digo un cumplido, empiezas a ofenderme", le dije, con una sonrisa. Noté que su cara se ruborizaba ante mis palabras.

"Realmente agradezco tus palabras. Son muy importantes para mí", confesó después. Un brillo en su mirada y una sonrisa aparecieron frente a mí. "Hola preciosa", le dijo a una chica a mis espaldas.

Estaba en shock por lo que veía. Incluso me costó abrir mi boca al voltear para ver a la chica. Vi las curvas infinitas ceñidas por el vestido negro que llevaba. Subí mi cara y el par de ojos color miel que se anclaban a mi mente resplandecieron ante mí.

"Lo repetiré: ¡hola, preciosa! ¿Nos dirías a dónde te diriges?", preguntó Mauricio con tono suave.

Astrid puso una mano en su cintura. "A limpiar el desastre que seguramente hicieron", respondió.

Me asombraba que se viera tan sensual, pues solo había visto sus hombros y una parte de sus piernas. Su cuerpo lucía precioso. Se veía más linda de lo habitual. Había dejado caer su cabellera en rizados largos y el sol que se reflejaba en ellos lo hacía ver más brillante. Caminé con calma y contemplé la piel de sus hombros desnudos.

Mauricio tenía un semblante de satisfacción. Lo vi cuando subió su cara. "Nada de desastre. Ya conversé con el dueño de la floristería, el servicio de comida y el jefe de la mueblería. Una vez

que hable con los agentes de seguridad y los encargados de la limpieza, habré terminado", aseguró, tras leer sus apuntes.

"Me sorprendes", dijo con un tono jocoso. Luego se fijó en mí.

Me miró y sentí que controlaba todo a su paso, y que su cuerpo ardía de lujuria. No dejé de verla ni un instante. Quería observar todo lo que hacía. Creí que ahora se mostraba muy distinta desde que habíamos presenciado el desfile en el parque. Lucía una estatura mayor y un rostro más firme. Ya no había rastro de timidez en la miel de su mirada.

El ambiente estaba sexualmente tenso, por lo que tuve que tomar aire con fuerza para calmarme. Mi corazón comenzó a latir con fuerza. No pude ver otra cosa que no fuese su piel. Su rostro era tan esbelto que se me dificultaba incluso mover una mano. Su lengua tocó seductoramente su labio inferior, lo que me hizo pensar que seguramente Mauricio descubriría que ocurría algo entre su hermana y yo.

"Parece que vas a un baile de graduación esta noche, ¿no es así?", le preguntó Mauricio con tono de burla. Dejó su boca abierta y me pareció que tampoco creía lo que veía.

"No, y aunque hubiera uno, tendrías que ir solo", respondió ella, y comencé a reír.

Siempre recordábamos lo que había sucedido en el baile de graduación de la secundaria. Mauricio había salido por un tiempo con una chica, pero ella desapareció justo esa noche. Era un chico tan conocido en la secundaria que pudo haber ido con cualquier chica que quisiera, pero se decidió por una que se resfrió precisamente durante la noche de la fiesta que preparó nuestra escuela para celebrar el fin de nuestros estudios.

"¿Sabes que eso me duele!", dijo.

Astrid encogió sus hombros. "Entonces no hables de mi ropa", respondió ella.

"Pero...", dijo Mauricio. Una llamada lo interrumpió. Tomó su celular para atender. "Habla Mauricio Gómez... Vaya. Bueno, está bien. Sí, lo haré. No te preocupes. Luego te llamo", dijo.

"¿Con quién hablabas?", preguntó Astrid cuando Mauricio terminó su llamada.

"Debo regresar. Me esperan en el hotel. Dejaré a Simón contigo. Oye, disculpa. Luego iremos por nuestras cervezas", me dijo Mauricio. Luego me abrazó. Corrió con suma prisa hacia su auto. Cuando entró en él, giré para ver a Astrid.

"Luces impresionante", dije.

"Vaya. ¿Y ahora me lo dices?", me preguntó con una sonrisa.

Su cambio aún me impactaba. "No podía hablar cuando te vi", dije, y negué con mi cara.

Encogió sus hombros con calma. "Quise mimarme al menos una vez", dijo.

Sonreí y me acerqué a ella. "Pues creo que lo lograste", le dije.

"¿Ya pensaste en... lo que conversamos?", me preguntó con tono ansioso.

Di otro paso y mis dedos alcanzaron su cadera. "¿Hablas de mi hijo?", le pregunté, y subí mis cejas. Era una pregunta retórica. "Solo he pensado en Sam", dije, evitando que hablara.

Quería distraerme un poco. Había pasado todo el día anterior para asimilar todo lo que me había

contado Astrid. Mauricio me había invitado temprano a pasar una tarde con él, y acepté de inmediato.

"La verdad es que también he estado pensando en él", dijo después, y sostuvo su mirada en la mía.

"Te ves muy linda, Astrid", declaré.

Ver esa renovada apariencia me permitía comprender todo lo que ocurría: la nueva imagen de su figura, por qué había comprado una nueva casa y hasta por qué quería actuar con más cautela. Esas palabras que dije fueron las únicas que se me ocurrieron al ver su cara. Encontrar ese rostro esbelto en la calle me permitía descubrir un aspecto de su personalidad que no conocía.

Esos cambios me convencían de que lograría cualquier meta que se propusiera. Había madurado en el último año.

Retrocedió un poco y vi su cara ruborizada. "Agradezco tus palabras", dijo.

Quería expresarle tantas cosas, besar su cuerpo desnudo, demostrarle con mis caricias lo que sentía por ella. Mi piel ardía de deseo. Un profundo deseo de estar a solas con Astrid.

"Quiero que tengamos una cita", dije, sin pensar.

¿Cita?", preguntó.

"Así es", dije.

La inocencia de sus rasgos apareció de nuevo en la sonrisa que me mostró. "¿Cuándo la tendremos?", preguntó.

"En este preciso momento", solté.

La expresión de su cara ante mi frase me hizo darme cuenta rápidamente de lo que sería. Me amaba tanto como yo a ella. Se había hecho cargo de todo sola. Había asumido el rol de padre y el de madre. Esperaba tomar parte de esa carga para que sintiera mejor, y que con el tiempo supiera que podía contar conmigo en todo momento.

¿Adónde me llevarás?", me preguntó.

"No lo diré todavía. ¿Y tú auto?", le pregunté mientras estiraba mi brazo. Estaba esperando que me diera las llaves. Se mostró agradecida y sonrió. Tomó el juego de llaves y las puso en la palma de mi mano.

"¿Adminstras un condominio en tu tiempo libre?", le pregunté, para burlarme de ella, mientras veía la gran cantidad de llaves. Ella rió y tomó las llaves nuevamente.

"Cada llave tiene una función. Una abre mi auto, otra mi casa, otra el gimnasio, también está la del gimnasio y el spa, la de mi oficina y otras de habitaciones del hotel. Además, tengo la llave de la casa de Mauricio, en caso de que él la pierda", dijo.

Astrid dejó las llaves en su mano para contarme cuál era la utilidad de cada una. Asentí mientras escuchaba con mucha atención. Esperaba que luego comenzara a abrir las puertas de su corazón para mí. Fuimos por la zona más antigua de la ciudad. En algunos momentos uno de sus dedos tocó el mío. Mi hombro también acarició el suyo.

Repentinamente, quise ser el único que pudiera entrar en su corazón. Esperaba que fuese

igualmente sencillo tener en mi mano esas llaves para llegar allí. Sabía que solo un puñado de personas podía acceder a sus secretos más privados.

Su camino había sido complicado, y en ningún momento alguien le había dado una muestra de agradecimiento ni un cumplido por lo que había hecho por mí. Sí, no me había concebido a mí mismo como un hombre que pudiera establecerse con alguna chica con la que había salido. Pero eso había cambiado con Astrid. La realidad era tan impactante que aún estaba tratando de comprender todo. Sabía cosas de mí y comprendía mis reacciones de un modo que ninguna otra persona podía hacer. Además, era la mamá de Sam, algo que percibía como un privilegio que albergaba en mi alma con alegría.

Dejé la puerta de su auto abierta para que entrara. La vi entrar lentamente, y me dije mentalmente que iba a agradecerle antes de regresar a casa.

Capítulo veintiuno: ASTRID

Simón encendió el auto y reclinó su asiento para apoyarse en el respaldo. "¿De verdad no quieres saber dónde te llevaré?", me preguntó.

"No. Como mamá está cuidando a Sam, estaré desocupada por unas horas", dije, con una sonrisa.

Vio mi cara y llegamos a una de las vías principales. "¿Qué sueles hacer cuando no estás trabajando?", me preguntó.

Fruncí mi ceño mientras pensaba en los lugares, y entonces se me ocurrió una respuesta, aunque me había sorprendido su pregunta. Realmente no solía tener tiempo libre. Cuando no cuidaba a Sam, estaba trabajando en el hotel o el spa. Por eso no sabía adónde planeaba llevarme.

Mordí mi labio inferior. "No me tomo días libres repentinamente", dije, con algo de vergüenza.

No había punto de comparación entre una pequeña localidad del sur y la ciudad más poblada del país. Simón vivía en esa gran ciudad. Seguramente eso lo convertía en alguien que solía ir a muchas fiestas y eventos. Al pensar en cómo sería su día a día en El Rosal, siempre creí que iba a restaurantes lujosos y cines majestuosos. Giré para ver la ciudad, y esperé que no se sintiera frustrado al ver que en La Soledad no encontraría tanta diversión. En La Soledad había eso: soledad, silencio y poca gente. En El Rosal había rosas, multitudes y diversión.

Apoyó sus poderosos dedos en mi muslo y la palpó por unos segundos, lo que atrajo mi mirada hacia él. "De acuerdo. Haremos lo que se me ocurra, ¿te parece?", me preguntó.

Empujé sus dedos y una onda expansiva de calor penetró mi cuerpo. "¡Siento cosquillas!", dije para quejarme.

"Lo que se me ocurra", dijo una vez más, con su mirada nublada por el deseo.

Estaba empezando a sentir escalofríos. "Lo que se te ocurra", dije, con una voz que expresaba la lujuria inclemente que sentía.

¿Me desearía tanto como yo lo deseaba? No lo sabía. Además, no me sentía preparada aún para dejarme llevar por el deseo. Ese pensamiento agitó mis músculos. Puse mi cabeza sobre el respaldo de mi silla mientras una larga fila de casas de madera aparecía frente a nosotros. Las vi todas mientras me preguntaba qué estaba pasando por su mente.

Algunas imágenes estaban estacionadas en mi mente. El gemido desesperado que se desprendió de su boca un segundo antes de alcanzar su orgasmo y mi piel llamando la suya con fuerza mientras me quedaba sin aire. La doctora me había dicho que podía tener relaciones, pero era mi cuerpo, y yo lo conocía perfectamente. Había pasado todas las noches desde la partida de Simón recreando ese encuentro apasionado que habíamos tenido.

Sentí la rigidez de mi pecho cuando recordé el paso de sus dedos por mis senos, cómo los apretó con fuerza mientras su pene se impulsaba dentro de mí hasta que empezó a penetrarme rabiosamente. Recordé cómo Simón se había aferrado a mi cuerpo. Sus dedos halaban mi piel para que yo no escapara, cosa que no planeaba hacer. De hecho, lo que más quería era permanecer allí. Y comprobar el hambre con que me tomaba.

Ahora, al poner sus dedos otra vez en mi cuerpo, me di cuenta de que no era el momento adecuado

para volver a estar con él. Solo en esa ocasión me había dejado llevar por el deseo. Cerré mis ojos y olvidé el resto del mundo, lo que incluía a las personas que disfrutaban la fiesta en casa de mi hermano. Simón me había hecho sentir muy especial por su manera tan excitante de hacerme suya. Me dio tanto placer que pude esperar un año por él.

Recordé que a Simón no le gustaba recibir órdenes. Eso me excitó bastante. Pero tal vez no podría tener un orgasmo.

Había sentido mucha agitación en cada célula de mi cuerpo. Ahora no sabía si volver a excitar a alguien. Alguien como Simón. Sin embargo, mi vida había cambiado mucho después de dar a luz a Sam.

"¿Qué ocurre?", me preguntó. Me sacó de mi mente, aunque lo que estaba causándome fuertes espasmos era el movimiento de sus dedos sobre mi pierna.

Tuve que girar y suspirar para controlarme. Subí mi cara y me di cuenta de lo que podría suceder. Si seguía tocándome, rápidamente cedería a mis impulsos. Vi la expresión en su rostro y comencé a pensar en sus manos arrancándome mi ropa interior.

Vi un gran anuncio cerca. Era el aviso del cine a cielo abierto. Estaba informando las películas que presentaría.

Los niños entraban sonrientes, acompañados de sus padres. Una serie de carpas rojas adornadas con árboles de Navidad y coloridos juegos de luces daban la bienvenida.

Al ver mi cara feliz en los ojos azules de Simón, sentí que me derretía. "¿Qué te parece si vemos una película?", pregunté. Estaba asombrada. Habían pasado muchos años desde la última vez que estuve en un cine.

Apagó el auto y se quitó su cinturón. También me quité el mío. Luego tomé mi bolso y comencé a caminar a su lado. "Estupendo. Hoy presentan 'Cuentos navideños'", me dijo.

"¿Tendremos que sentarnos en algo? Este vestido es nuevo y no me gustaría estropearlo. Tal vez tenga una manta en el asiento trasero", dije.

Tomó mi mano y dejó sus dedos sobre los míos. "Bien", dijo, con una sonrisa.

Sentí que estaba tratándome como una niña. Quería cuidarme, protegerme en cada paso que diera. Mantuve mis ojos sobre él cuando vio a los lados.

"¡Buenas tardes! ¿Cómo puedo ayudarlos?", dijo un señor de aspecto mayor al vernos llegar.

"Quiero un par de boletos", respondió Simón.

Indicó una mesa en la que había varias mantas dobladas. "Muy bien. ¿Agregarán una manta a su compra?", le preguntó.

Sabía que los precios estaban inflados, pues era lo habitual en los eventos navideños. "No es necesario", dije, con una sonrisa.

"Creo que nos llevaremos la grande", dijo Simón, y su dedo apuntó a una manta que costaba trescientos pesos.

No creía lo que estaba pasando. "¿Cómo?", le pregunté.

Pero no pude evitar que la comprara. En unos segundos tomó cuatro billetes de cien y se los entregó al anciano. Luego tomó otro de cincuenta para dárselo como propina. Le dijo que se lo merecía. Tomó la cesta en la que estaba la manta y su otra mano alcanzó la mía.

Fuimos a la entrada del parque. "Sé que tengo una manta. No era necesario", dije.

Pasamos al fondo del parque, que ya estaba casi lleno. "Cálmate, cariño", murmuró antes de besar mi mejilla.

En La Soledad los árboles habían conservado su tono verde hasta el final del año, pero las flores no habían llegado tan lejos. Había verde por todos lados, pero ninguna flor, lo que le daba un aire sencillo y cálido al ambiente, tal como ocurría durante la primavera.

Llegamos a un pequeño montículo de césped cubierto por un gran drago. Un par de arbustos rodeaba el espacio, lo que nos daba la privacidad que necesitábamos y convertía al lugar en un espacio ideal para la manta. "¿Te gusta aquí?", me preguntó, y asentí.

A Simón le gustaba gastar, tal como ocurría con papá y Mauricio, quienes adquirirían productos impulsivamente en lugar de fijarse en lo que realmente necesitaban. "Quiero ver lo que compraste", dije, moviendo mi cabeza a los lados mientras lo veía.

Había una grande y una de lino de menor tamaño. También había una de tamaño mediano, un paquete gigantesco de palomitas de maíz, un par de gaseosas, chocolates, cacahuates y un paquete de malvaviscos dulces.

Reí por la compra que había hecho. Entre ambos pusimos la manta en el césped y luego nos acomodamos.

Dejó caer sus hombros sobre el árbol. Luego alcanzó mis hombros con su mano y acercó mi pecho hacia su cuerpo. Su abdomen acogió mi espalda.

Me indicó con su mano una sencilla tarima ubicada cerca de la pantalla en la que veríamos la película. "Oye, allí está Papá Noel", dijo. Luego rió con fuerza.

Su loción con olor a bosque se unía con su sudor y su crema de afeitar. Había tanta paz alrededor que me costaba creerlo. Parecía que siempre habíamos estado acurrucados de ese modo. Los latidos de mi corazón eran tan rápidos que creí que pronto perdería el conocimiento. Además, ese aroma viril inundaba mi nariz.

"¿Cómo te sientes? Parece que ya iniciará la función", dijo, y recibí la calidez de su respiración en mi sien.

Sus dedos tomaron mi cadera y luego cayeron en mi pelvis, donde se quedaron. "Bien", dije, y sentí que no podía decir nada más.

Algunas niñas exploradoras pasaban por las mantas para vender ponche y jugo de manzana recién preparado. Una gran carpa blanca protegía la pantalla. La función empezó y los presentes hicieron silencio. Las caras felices de la gente indicaban lo felices que se sentían al ver esa obra clásica. Ví niños, ancianos, adultos y grupos de adolescentes. Cada uno estaba absorbido por la Navidad.

"¿Palomitas?", le pregunté, y dejé una en mi mano.

Acercó su boca y tomó la palomita con sus labios, aunque mantuvo la vista en la pantalla. Tras comer otros asintió y decidí empezar a comerlas.

Aunque tenía miles de fantasías con Simón, estaba portándose de modo muy gentil. Reí y cubrí mi boca para que nadie me oyera. Había visto esa película muchas veces en casa, con mis hermanos y mis padres. Cada vez que la veíamos me sentía feliz. Sonreí ligeramente.

"Me encanta este invierno sin nieve", confesó cerca de mi boca.

Alejé mi cara. Mi piel ya se había erizado por su aliento. "¿Cómo dices?", le pregunté.

"¿Lo olvidaste?", me preguntó. Puso suavemente su mano en mi vientre. Su movimiento rápido me invitaba a acercarme más. Obedecí y esperé sus siguientes palabras. Relajé mi cuerpo y su mano recorrió mi cintura. "Dijiste que te encantaban las navidades con nieve. Si hubiera nevado aquí, no habríamos podido venir a ver este clásico", recordó, con una gran sonrisa.

Me sentí contenta al ver cómo la alegría se aparecía en su semblante. "Bueno, siempre es una experiencia venir a ver una película en el parque", dije mientras asentía.

Era tan guapo con una mirada profunda, su mandíbula tensa por el pensamiento. Pero nada era más atractivo que ver sus ojos brillar con emoción cada vez que algo le interesaba.

Sus ojos se pusieron más azules que nunca. "Deberíamos traer a Sam aquí", resplandecía con orgullo.

"Así es", dije sin pensar, y suspiré.

Teníamos que pasar tiempo con Sam, especialmente ahora, que la Navidad estaba más cerca. Ya Simón no solo era el hombre más sensual del mundo. Ahora estaba asumiendo su rol de padre de la manera más considerada posible. Quería mostrarle el mayor cariño posible a Sam. Era una de mis mayores ilusiones. El panorama lucía completo, pero me di cuenta de que algo faltaba.

El deseo era tan fuerte que ya no podía contenerlo. "Así será, pero antes estaremos tú y yo... solos", dijo en voz baja. La cercanía de su piel hizo que su frase chocara contra mi boca. Giré mi cara y alcancé mi cuello con ella.

Su recorrido inició en mis caderas. Sus manos acariciaron toda la piel que encontraban a su paso. Luego sentí sus pellizcos y sus apretones. Besé sus labios y sujeté su cuello, pidiéndole a su lengua que entrara en mi boca. Después subí mis manos y alcancé mi cabellera con ellas. Mis pensamientos previos me daban la razón: sus dedos conocían perfectamente cada tramo de mi piel, incluso mejor de lo que yo los conocía.

Por un momento olvidé que estábamos en el parque. "Vaya", dije, quejándome.

"Silencio, cariño", me pidió al ver los alrededores.

Incliné mi cuerpo, pero sus dedos tomaron mi vientre. "Cielos", dije, y retomé la posición que tenía cuando nos sentamos.

"Vuelve aquí", me pidió con tono serio, y mi trasero quedó sobre sus muslos.

Ví a un costado, pero todo el mundo estaba concentrado en la función. "Hay muchas familias aquí", le recordé de todos modos.

Subió sus manos como si se rindiera. "De acuerdo. No volveré a besarte", declaró.

Hicimos silencio y esperé un gesto suyo que me indicara que quería más. Sabía que yo esperaba más tras recibir ese asomo de lujuria. Pareció que descubrió lo que pensaba. Puso sus dedos en mi

cintura y acomodó mi cuerpo sobre el suyo, pasando por alto el miedo que sentía.

Extendió la manta a lo largo de mi espalda para ocultarme. "No volveré a besarte...", recordó.

"En los labios", agregó, y su cara se hundió en mis hombros antes de llegar a mi sien. Sentí el caminar de sus manos por mi cintura. Se aferraron a mi abdomen después.

Subió sus piernas y la manta se estiró como una cara. La imagen que mostrábamos era la de un par de novios iniciando una relación que se escondían para besarse en medio del parque. El deseo que sentía me colmaba. Había tanta excitación en mi cuerpo que mi vientre vibraba.

Ardientes de deseo, mis piernas se movieron hacia Simón, con lo que sentí su tronco erecto sobre mi espalda. En el interior de la manta ya sus manos alcanzaban mis senos, levantados por el calor que me producía Simón. Creí que pronto rasgarían la blusa.

Pasaba por varias partes de mi piel excitada con suma lentitud. "Silencio...", reiteró, ahora cerca de mi oreja. Estaba notando mi reacción a sus caricias. Prestaba atención a todo lo que me ocurría. Con sus labios y sus dedos me excitaba más, al tiempo que me torturaba.

Quería que no se detuviera. "Simón", murmuré. Mi piel reclamaba más movimientos.

"Calma, cariño. Todos ven la función", dijo cerca de mi oído antes de posar sus labios en mi sien.

Recliné mi cara y mi cuerpo recibió el calor de sus gruesas respiraciones. Obedecí como si estuviera hipnotizada. Me relajé con sus caricias. Escuché las risas y aplausos de los espectadores y sucumbí ante los movimientos de Simón. Estaba haciéndome suya bajo la sombra de un gran árbol, testigo silencioso de nuestro fogoso momento. Sentí un placer que jamás había experimentado con el paso de sus manos por mi piel.

Sonreí, al igual que la gente que veía la película, aunque Ya sentía que estaba en medio de una escena de amor, mi propia escena, un momento de felicidad que nada podría arruinar, al menos eso pensaba. "Creo que esta manta es la mejor inversión que he hecho", aseguró, y luego mordió el lóbulo de mi oreja izquierda mientras yo reía.

Capítulo veintidós SIMÓN

"Les agradezco que hayan venido. Ahora les deseo feliz noche. Manejen con calma para que vuelvan seguros a casa", nos pidió el sujeto disfrazado de Papá Noel.

Cedió el micrófono al cantante de la banda de nuestra ciudad. El grupo comenzó a tocar su versión de "Canción de Navidad". Los altavoces habían estropeado las palabras de despedida del anfitrión. El eco chirriante que producía el micrófono había cortado cada una de sus frases. Asentí cuando terminó.

"En la Tropa 231 de las Exploradoras estaríamos muy felices si nos dona una pequeña cantidad", dijo una pequeña con alegría.

La cabellera de la niña era del mismo tono que la de Astrid. Comenzó a mover sus manos con ansiedad. "No te vi en la función. Estaba buscándote porque quería tomar algo de jugo", respondió Astrid, susurrando. Flexionó sus piernas, por lo que quedó a la altura de la pequeña.

"No pudimos vender más. En pocos minutos ya habíamos acabado nuestra provisión. Tendremos que preparar más cuando volvamos", dijo la chica, con tono desconsolado.

Astrid bajó un poco su cara y vi la mirada reflexiva de la niña exploradora. "Eso quiere decir que hiciste suficiente. Supongo que no querrás perder jugo, ¿cierto?", le preguntó.

La niña apretó su nariz mientras recordaba lo que sucedía. "Así es. A veces no podemos vender todas nuestras galletas, y nos cuesta mucho buscar otros clientes que las quieran. Incluso he tenido que venderlas a mi propia madre. Le encantan las de vainilla. Es la única persona en La Soledad que las come. No sé por qué a nadie más le gustan", dijo la chiquilla con fuerza.

"A mí tampoco me gustaron nunca. Mis favoritas son las de coco", dijo Astrid con una sonrisa.

"¡También son mis favoritas!", exclamó la pequeña entre aplausos.

Astrid tomó un billete de veinte pesos y lo dejó sobre la palma de su mano. "Te propongo algo. Deja esto en tu caja de donativos. Cuando vuelvas a vender galletas, búscame y te compraré tus galletas de coco. ¿Qué dices?", le preguntó.

La pequeña tomó el billete y extendió su mano para apretar la de Astrid. "¡Tenemos un trato!", dijo.

Su sentido moral me impresionaba. "Vaya. ¿Estás sellando el compromiso?", le pregunté, con una sonrisa.

Astrid asintió y saludó a la chiquilla con un apretón de manos. Luego la exploradora se alejó. Lucía más segura que antes. "Tenemos un trato", dijo mientras ella se alejaba.

Mis sueños de ser padre de un niño semejante a mí se habían hecho realidad con Sam. Suspiré y vi a Astrid. Se veía muy tranquila después de lo que hizo. La luz en su cara despertó una pregunta en mi mente. ¿Querría tener una niña? ¿Una que tuviera un parecido a ella? Era lo que me ocurría con Sam. Era idéntico a mí.

"¡Cielos, Simón!", exclamó Astrid al ver su celular.

"¿Qué sucede?", le pregunté.

Dobló las mantas rápidamente. "Debo recoger a Sam. Pronto tendrá sueño. No quisiera arruinar sus planes", me dijo.

Si hubiera estado en El Rosal, habría tenido que buscar algún elemento de referencia para no extraviarme. Ahora no necesitaba ningún sistema para orientarme. Sabía que la casa de los padres de Astrid estaba a unos kilómetros del parque. Cuando comencé a conducir como si nunca me hubiera ido de La Soledad, ella comprendió que no había olvidado ninguna calle de nuestra ciudad.

"Puedes volver a casa de tus padres, si lo deseas", dijo.

"¿Quieres que lo haga?", le pregunté con evidente tristeza.

"Creí que querías...", respondió, con prisa.

"Lo que quiero es ver a Sam", confesé. Una luz roja me detuvo. Aguardé por la respuesta de Astrid y el cambio de luz.

Suspiró y apoyó su espalda en el respaldo. Luego giró para ver la ciudad mientras su respiración se calmaba. "Sería genial", dijo, con una sonrisa.

Decidí callar, en un intento por calmar el nerviosismo que sentía por mi deseo de visitar a Sam. Cuando llegamos al centro, mi mano alcanzó la suya. Estábamos más cerca de la casa.

Acaricié sus nudillos y deseé que estuviéramos juntos, a solas. Sabía que le gustaba complacer a los demás, incluso si eso significaba sacrificar sus deseos. Poder escucharla y complacer sus deseos me permitía disfrutar de su hermosa sonrisa, un gesto que ahora aparecía constantemente frente a mí. Esa recompensa me parecía suficiente. Todo lo que hacía producía un intenso rubor en sus mejillas. Era su manera de mostrar lo agradecida que se sentía.

Pronto llegamos a la casa de sus padres. Mi abdomen se sentía rígido. Tenía que buscar un modo de liberarme tras nuestros movimientos durante la función.

"Voy por Sam. No tardaré", aseguró, y apagó el auto.

"¿Segura?", le pregunté. De todos modos, no quería ver a sus padres en ese momento. Solo quería compartir con Astrid un momento más.

"Segura. Volveré enseguida", respondió mientras abría su puerta.

En el parque habíamos tenido un anticipo de lo que sucedería. Ahora deseaba seguir. Pero alguien abrió la puerta. Era la madre de Astrid. Su semblante me hizo dudar. ¿Realmente deseaba ocultarme de ellos? Me lo pregunté mientras ella entraba con prisa. ¿Sentía tantas ganas de regresar a su casa? ¿Ese deseo era tan potente como el mío?

La señora Gómez no había impedido que fuese amigo de Mauricio, lo que, sin embargo, no implicaba que aceptara la relación que tenía con su hija. Por momentos olvidaba la situación compleja que estábamos atravesando. Pero recordé que tenía la fortuna de ser al menos aceptado por ella. Además, Astrid también me había recibido siempre con los brazos abiertos, aun cuando nuestros padres habían terminado su amistad.

Astrid había lidiado sola con todo. Aunque no había sabido nada, con una llamada lo habría descubierto. Habría sabido que tenía a mi hijo en su vientre, y habría hecho todo lo posible para ayudarla para que superara el panorama incertidumbre que se posaba sobre ella. Todo lo que

estaba viendo me hacía sentir cada vez más culpable.

Dejé de pensar al verla caminar desde la puerta al auto. Puso a Sam entre sus brazos y caminó como si tuviera una gema en su pecho. Con prisa salí del auto, abrí una de las puertas traseras y vi todo lo que hacía cuidadosamente para acomodar al bebé en su asiento para bebés.

El ceceste de sus ojos se reflejaba en los míos. "Despertó hace un momento", me contó al girar. Lucía muy calmado y se fijaba en mí, tal como de costumbre.

Subí mis cejas y sonreí. "¿Aún quieres dormir, campeón?", le pregunté.

Escuché los gritos de Sam mientras juntaba sus manos para intentar aplaudir.

"Papá quiere despertarte. No se lo permitas", dijo Astrid entre risas. Su comentario fue sorprendente. Era la primera vez que hablaba de mí como padre del niño.

Astrid se fijó en mi cara y su expresión me indicó que sabía lo que estaba sintiendo en lo profundo de mi corazón.

"¿Por qué no lo llevamos a casa? ¿Te gustaría venir?", me preguntó.

"Seguro", le dije.

Respondí con prisa, por lo que entendió la emoción que sentía. Como su hogar estaba cerca, me sentí contento al saber que llegaríamos pronto. Fuimos a su casa en el auto mientras mi corazón se aceleraba.

Nos detuvimos cerca de su entrada. "Debes saber algo antes de que entremos", dijo Astrid mientras subía sus brazos.

Tomé el asiento para bebés de Sam. Lo balanceé de lado a lado. Era increíble. No sentía ningún peso. Hice un esfuerzo para no reír y pasé el asiento de una mano a la otra.

Tomó sus llaves y vio mi rostro. "Tengo poco tiempo en esta casa. Es un espacio que compré para Sam y para mí. No planeo vivir aquí el resto de mi vida. Tampoco planeaba recibir huéspedes esta noche", explicó, buscando argumentos, aunque eran débiles.

"¿Ya podemos pasar?", le pregunté, y una tímida sonrisa se asomó en mi cara.

Abrió su puerta. "Claro", dijo, sonriendo también.

En el centro estaba la sala de estar. Una chimenea grande se ubicaba en el centro de una pared. A su lado había un sofá y en otro extremo vi un mueble reclinable. Avanzó y seguí sus pasos hasta que llegamos a la cocina. En ella había una taza con frutas frescas y un florero con una docena de rosas amarillas. Su casa era la típica vivienda rural.

Me dije mentalmente que a partir de ese momento iba a comprar rosas para ella, y así se ahorraría ese dinero. "Suelo ir a la floristería dos veces al mes. Es mi manera de consentirme", me contó Astrid mientras cerraba sus ojos. Inhaló para que el olor de las rosas impregnara sus pulmones. Luego me vio, y supe que sabía una vez más lo que pasaba por mis pensamientos. La vi mientras asentía. Le mostré otra sonrisa y dio una vuelta con la intención de enseñarme el resto de su casa.

Había una nota que indicaba los alimentos que debía comprar. También tazas antiguas para el café y algunas imágenes con mensajes positivos aparecían en las paredes. Todo el espacio de la cocina me pareció acogedor. En él había solo una persona. Me di cuenta de lo organizado que estaba todo

allí.

Puse el asiento del niño sobre mi pecho para resguardarlo. "¿Sueles cocinarle a Sam?", le pregunté.

Di unos pasos por la cocina y tomé un cajón que llamó mi atención. Dentro de él había una nota que explicaba que la comida preparada para bebés tenía muchos químicos que perjudicaban el estómago de los pequeños.

"En realidad él no come alimentos sólidos aún. Solo se alimenta con mi pecho. Solo busco información. No me gustaría que coma ese tipo de productos. Tengo tiempo para investigar antes de que empiece a comer otras cosas", dijo, y me vio de reojo.

"Ambos lo tenemos", respondí, para corregirla.

Se había responsabilizado de todo. Lo había hecho de un modo estupendo, pero era el momento de asumir mi parte. Lo había descubierto todo, e iba a involucrarme. Esperaba recordarle que iba a estar a su lado. Que ambos criaríamos a Sam.

Vi a Astrid con lujuria, pero Sam comenzó a llorar. Giré para ver a un costado y luego me fijé en él. Lo subí con cuidado de su asiento. Su llanto cesó rápidamente, y buscó rápidamente mi cara con sus ojos cuando lo acomodé sobre mi pecho.

. Otra emoción estaba en el fondo de su mirada, pero no pude saber cuál era. "¿Vas a darme un recorrido por el resto de la casa?", le pregunté a Astrid, enfocando mis ojos en ella. Estaba encantada con la imagen que veía: Sam estaba feliz sobre mi pecho

"Entiendo que esto no se parece en nada al lujo que ves en El Rosal, pero no olvides que esta casa no es mía. No planeo renovarla", dijo. "Así que has visto casi todo", dijo, con tono chistoso. Se levantó con calma y dio unos pasos por el pequeño espacio. Luego me condujo a través del pasillo.

En La Soledad, esa casa de estilo rural podría parecer pequeña, pero en el centro de El Rosal era un palacio. Ella siguió explicando otras cosas y luego me mostró un espacio en el que lavaba su ropa. Era obvio que no se daba cuenta del gran tamaño que tenía su casa, comparado con mi apartamento de El Rosal.

"Esta es mi habitación", dijo Astrid al abrir la puerta.

Vi una pequeña silla en un rincón, lo que me hizo pensar que en ella Astrid dormía a Sam luego de leer algún cuento. Había una cama con cuatro postes en el centro del dormitorio. Una sábana color salmón la cubría. Pasamos al baño y toqué con suavidad los hombros de mi hijo. Me asomé al interior y vi un gran jacuzzi blanco cuyas esquinas estaban ornamentadas con detalles de plata. Tres toallas blancas con bordes dorados colgaban de un tubo gris. Había un par de anaqueles, también blancos, en la pared derecha.

Tenía que demostrarle el orgullo que sentía por lo que había hecho. "Astrid, tienes un baño precioso", dije, después de ver el lugar. Bajó sus hombros y negó con su cara. Supe que iba a decir lo contrario, pero abrí mi boca para impedirselo.

Le regalé una sonrisa mientras empezaba a explicarle lo que sentía al percibir la energía de su nuevo hogar. "Es verdad. Pudiste quedarte en casa de tus padres. Tienen una casa enorme. Pero en

vez de eso, decidiste mudarte a tu propio espacio. Un espacio que es... idéntico a ti", dije.

El remordimiento regresó, pero la satisfacción que se volcaba en mi corazón era más poderosa. Había toques de delicadeza y feminidad en cada rincón. Se notaba que ningún hombre había estado allí para opinar sobre la decoración. Se había esmerado para crear un lugar tranquilo y confortable en el que Sam pudiera crecer. Lo había hecho sola.

"Voy a acostarlo en la cama", dijo Astrid. Pasó por alto mis palabras y tomó a Sam. Caminó lentamente para que las láminas de madera del suelo no crujieran. Me di cuenta de que los habían restaurado. Me dije mentalmente que iba a darle un vistazo a las uniones para que no hicieran ruido, y así Sam no se despertaría con los movimientos.

Ya tenía una familia, la que conformaba con mis padres y Mariana, pero al ver a Astrid, sentí que estaba construyendo mi propia familia. Mi propio hogar. Astrid acunó a Sam y ese profundo sentimiento me atrajo hacia ella. Y hacia mi hijo. Era la primera vez que sentía que tenía una familia que yo había creado.

Astrid se levantó poco después, y tomé su cuerpo sin decir nada. Solo quería enseñarle lo que estaba sintiendo. Un océano de sensaciones inundó mi cuerpo. Nunca había experimentado una mezcla tan agitada como esa.

Mis músculos también se tensaron... por el deseo que sentía. Se sorprendió tanto que gritó, pero afortunadamente Sam siguió durmiendo. Su mirada me invitó a seguir. Noté cómo se tensaba y luego se calmaba. Se dejó llevar, y mi lengua alcanzó la suya. La electricidad que había surcado mi piel volvía.

Una electricidad que se producía por ella. Tenía que hacerla mía.

Capítulo veintitrés: ASTRID

"Tenemos que ir con calma", recordé. "Aguarda, por favor", dije. Toqué el abdomen de Simón. Acaricié su abdomen y busqué un aire que me resultaba esquivo.

Peinó sus cabellos con su mano y trató de controlarse. "¿Por qué?", me preguntó.

Su mirada se llenaba de luz y comenzó a respirar con más calma. Pasé mi mirada por la habitación y luego vi el resto de su cara.

Exhalé y busqué una frase que me pareciera adecuada. "Debo ser sincera contigo", le dije.

Quería que todo estuviera bien, y eso implicaba que tenía que aceptar todo lo que me había sucedido. Tenía que decir todo, porque no sabía si iba a pasar algo más serio después. Había ocultado la verdad durante un año, y ahora esperaba que nada impidiera que fuésemos felices.

Subió sus cejas. Se sentía confundido. "Parece que es algo muy serio", dijo.

"No tanto", dije. Sonreí y abrí mis ojos de par en par.

Simón comenzó a reír. Luego avanzó para tomarme con sus manos poderosas. "Fuiste tú quien me mantuvo lejos", dijo.

Alejé mi cuello para que no plantara besos en él. "Lo hice porque pierdo la razón cada vez que me besas", dije entre jadeos.

"¿Pierdes la razón?", me preguntó en una sorprendente voz baja. Sonrió de un modo en el que nunca lo había hecho. Lucía tranquilo y expectante. El azul de su mirada me demostraba lo alegre que se sentía. "Solo dilo, cariño", me pidió.

Suspiré, tratando de aplacar mis nervios. Sentí que mi pecho se comprimía ante el calor que se incrementaba en mi piel. Mis muslos se calentaban y mi mirada se volcó a su boca. Estaba ardiendo de lujuria, pero estaba asustada. Asustada por el dolor que podría sentir.

Vi a un costado. No quería ver a Simón en ese momento. "No he tenido relaciones desde... sé que me entiendes", confesé, con voz tímida.

Sus dedos tomaron mi mandíbula y me obligaron a verlo. "Entiendo. Desde que estuvimos juntos", dijo, completando el enunciado. Luego su boca chocó tiernamente contra la mía.

"Así es. Después de estar contigo, no me he acostado con otro hombre", dije, bajando más mi voz. Él esperaba mientras contemplaba mi cara. Su mirada de luz me indicaba que debía seguir. "Dar a luz a Sam fue un proceso complicado", dije.

Esperaba que notara la timidez que sentía, no que se enterara de los detalles del parto. Había confesado esa parte de la historia, algo que no había planeado hacer.

Parpadeó y la luz de su mirada desapareció. "¿Te he lastimado en algún momento?", me preguntó.

"Jamás", dije, con rapidez, y subí mis brazos. "Tú...", dije, pensando cómo continuar. "Has logrado que me emocione tanto que no recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí tan bien. Siento que quiero avanzar, pero también siento que aún no estoy preparada", continué.

Tocó su cuello con ambas manos. "Podemos ir con toda la calma que necesites", dijo.

Bajé mi cara una vez más. Quise alejarme, pero otro beso de Simón en mi boca me detuvo. "Mi intención no es burlarme de ti. Te traje a mi casa, pero aún no quiero que... sabes a lo que me refiero", dije después.

"Quiero seguir contigo. Lo que está ocurriendo entre nosotros es más importante. Lo que más anhelo es compartir mis días contigo", dijo. En su cara se esbozó una sonrisa. Plantó algunos besos en mi hombro. "Iré con calma para que pasemos esta noche juntos. ¿Qué te parece?", me preguntó. Su planteamiento me impactó.

"¿Quieres pasar esta noche con nosotros? ¿Aún quieres hacerlo?", le pregunté.

"Obvio que sí. Quiero pasar esta noche contigo y Sam. Eso jamás va a cambiar", dijo. Rió un poco y alejó sus brazos. Vi la expresión de calma en su cara y luego dio unos pasos por el dormitorio.

La necesidad latía en su mirada y se transmitía a mis profundidades. Miles de mariposas se agitaron bajo mi corazón. Era la enésima vez que me ocurría al estar cerca de él. Vio a Sam durante unos segundos. Luego se fijó en mi rostro.

"¿Nos acostamos?", me preguntó tras un largo silencio.

"Pues...", comencé a decir, y asentí.

Sonrió y dio un par de pasos. Luego se quitó su camiseta. "Regresaré en un momento", dijo al girar su cara. Luego fue al baño y cerró la puerta.

Me moví con prisa para hurgar en el cajón de mi ropa, hasta que encontré el camisón que quería ponerme. Una ola de temor llegó a mi corazón. Estaba pensando en todo lo que estaba ocurriendo. Íbamos a pasar una noche juntos. Realmente estaba sucediendo. Lo que había pasado por mi mente tantas veces, incluso antes de estar con él, se volvía realidad.

Apliqué perfume en mi muñeca y luego la froté en mi sien. Me quité el vestido que había comprado y me puse el camisón. Me sentía segura. La prenda fina cayó sobre mis caderas y exhalé con calma. Me parecía la mejor manera de terminar un día espectacular.

Me moví para verme en el espejo. Levanté un poco mis cabellos y subí un poco mis senos. Luego escuché que la ducha se abría, lo que me hizo girar para ver.

Ya me había acostado y cubierto mi cuerpo con una sábana blanca. Simón salió después. Pasó sus ojos por el lugar. Se fijó en Sam y luego se concentró en mi cara.

Mis piernas se tensaron como hacía meses que no lo hacían. Lo único que cubría su cuerpo era un calzoncillo. Lucía fenomenal. Parecía sacado de una revista. Vi las líneas que se formaban en su abdomen y luego bajé por el resto de su piel.

En ningún momento vio mi lencería. "¿Qué te parece si vemos una película?", me preguntó. Se puso a mi lado y se cubrió con la manta.

"De acuerdo", respondí. Le cedí el control de mi televisor.

Su atractivo destacaba con cada sonrisa que me mostraba cada vez que se equivocaba. Aún no sabía cómo manejar los altavoces adicionales que había instalado. Me fijé en cada átomo de su cuerpo mientras buscábamos una película. Escogimos una comedia romántica navideña. Queríamos continuar llenándonos con el espíritu de las fiestas.

Giró y me vio fijamente. Sospeché que era la primera vez que lo hacía luego de tomar la ducha. "Parece que por fin aprendí", dijo. Luego me regaló una sonrisa.

Haló mi cuerpo hacia el suyo. "Acércate", dijo.

Luego reclinó su cabeza y contempló por unos momentos mi pecho. El poder de sus antebrazos y sus músculos me hizo pensar que su cuerpo era mi refugio. Tomé aire para llenar mis pulmones con su olor. Me di cuenta de que unos segundos después vio mi lencería. Percibí la leve rigidez de sus músculos.

Su mirada paseó por mi piel y paró al llegar a mis senos. Luego observó detenidamente mis piernas. "Vayas. Luces estupenda", dijo.

Tomó mis caderas para que me apoyara cómodamente. Dejé de pensar y subí sobre su regazo. Luego me acomodé sobre sus muslos. Notaba la inquietud en sus ojos.

"¿Qué haces?", me preguntó, susurrando.

El camisón subió unos centímetros. "Enseñándote mi ropa de dormir", dije en voz baja, con la mayor inocencia posible. Tomé su mano y la llevé a mis nalgas, cubiertas levemente por la tela de mi lencería.

Sus dedos apretaron una de mis nalgas. "Es una ropa de dormir muy linda", dijo cerca de mi oreja.

Juntamos nuestros labios, y quedaron tan cerca que no hizo falta hablar para expresar lo que sentíamos. Balanceé mi cuerpo para presionar sus caderas. Estaba actuando por impulso. Ya quería llevarlo a mi interior. Sus dedos palparon con fuerza mis caderas.

Mis vaivenes se acoplaron a los suyos. Sus manos llegaron a mis senos mientras el aire se llenaba de electricidad. Comenzó a dibujar círculos lentamente sobre mis pechos. Noté que su erección se incrementaba. La humedad de mi interior llegó a su pene, al tiempo que su piel chocaba con la suya.

Tenía que hacer algo para corresponder lo que había hecho por mí durante la proyección de la película. Entonces se había apoderado de mis sentidos, lo que esperaba que hiciera una vez más. "Te deseo", dije entre gemidos.

Reí suavemente al recordar uno de los motivos de mis temores. "No lo olvides, cariño. Con calma", dijo Simón, acordándose de lo que le había pedido.

Me deslicé por su piel con prisa, y escuché las leves quejas que salían de sus labios cuando me acerqué mis labios a su pene erecto. Sí, mi temor era real. Estaba atemorizada de recibir su gran tronco en mi interior, que apenas terminaba de sanar. Sin embargo, estaba frente a él, y mi boca se hizo agua rápidamente. No había vivido nada parecido a eso.

Subió sus muslos y retiré su ropa interior. "Detente, cariño", me pidió, aunque no hizo ningún movimiento para frenarme.

Deslicé el calzoncillo unos centímetros, y su pene grueso apareció frente a mí. Mi boca acarició la base de su tronco, y sentí el palpar de su pene.

Lamí su tronco de abajo hacia arriba. "Mierda", dijo, cono tono salvaje, lo que incrementó rápidamente mi deseo. Vi su pecho y luego me concentré en su pene.

Comprimió su pecho mientras sus muslos se tornaban cada vez más rígidos. El sabor delicioso de su pene alcanzó mi garganta. Mi boca quería más. Usé mi dentadura para apoyarme suavemente y llevé su glande hasta el final de mi boca. Masajeé el órgano y suspiré para tomar aire.

Me dije mentalmente que quería torturarlo un poco más, por lo que debía esperar una liberación muy intensa. Liberé su pene por unos momentos. Mis labios lamieron el tronco una vez más, y escuché el poderoso ruido de sus exhalaciones. Sabía que pronto acabaría por mi embestida.

Me impulsaba rítmicamente para satisfacerlo y lo lamí con fuerza una y otra vez. "Carajo", soltó con fuerza. Introdujo su glande hasta el final de mi boca. Con mis manos acaricié sus testículos. Moví su pene hacia ambos lados de mi boca.

Dejé escapar una exhalación calurosa, contagiada por su excitación desbocada. "Delicioso", dije en voz baja sobre su tronco.

Llevó sus dedos a mi cabellera. Comprendí que estaba invitándome a seguir tomando su cuerpo. "Ahí, nena", dijo en voz baja. Su vientre se calmó lentamente.

Subió sus piernas suavemente. Era evidente que quería liberar sus líquidos. "Delicioso", reiteré entre gemidos.

Saqué su pene y moví mi lengua alrededor de su tronco. Tomé sus dos pelotas durante unos segundos y las llevé al fondo. Escuché sus inhalaciones tortuosas, el sonido animal que escapaba de su pecho mientras mis manos apretaban sus testículos. Lamí su tronco de nuevo e introduje su pene en mi boca otra vez.

Chupé cada parte de su pene y empecé a sentir dolor en mi garganta, pero no me importó. "Astrid", dijo, con tono suplicante. Tomó mi cabellera con más fuerza. Su erección era cada vez más intensa. Vibraba mientras mi lengua jugaba con su tronco.

Escuché cómo gruñía. "Cariño, tienes que...", exclamó. Quería rogarme que parara, pero no podía. Todos sus músculos colapsaron. "Sí no...", dijo, con su pecho rígido. Gimió y sus testículos se relajaron.

La excitación sacudió mi pecho unos segundos antes de que el sabor salado de su virilidad, de su liberación, inundaba mi boca. Su pene latía en mi lengua.

"Astrid...", me llamó, entre gemidos, mientras su semen caía sobre mi garganta como una fuente. Luego pude dormir plácidamente, por primera vez desde el nacimiento de Sam.

Capítulo veinticuatro: SIMÓN

Tomé a Sam una vez que los primeros rayos solares aparecieron por la ventana y me levantaron. En su casa contaba con todo lo que se requería para cocinar un desayuno, como sospeché. Ese lugar tenía un tamaño menor al habitual de las casas de La Soledad, pero era ideal para criar a un niño.

Decidí que Sam estaría toda la mañana con su padre, una palabra que inflamaba mi corazón y alegraba permanentemente mi alma. Comenzó a despertar con toda la calma del mundo. Lo acuné sobre mi pecho y contemplé su pequeña y hermosa nariz abotonada.

Me convencí de que no permitiría que nada le impidiera ser feliz. Vi su cara y me di cuenta de que me impresionaba el modo en el que una persona podía amar a otra a pesar de haber sabido de su existencia poco antes. Mi amor por él era inmenso. Había nacido un agradable vínculo entre ambos. Lo descubría cada vez que su mirada inocente y azul se posaba sobre la mía.

Su rostro me recordaba mucho al de Mariana. Sam frunció su ceño unos minutos después. Unos leves quejidos me informaron que se sentía cansado. Ya había pasado un tiempo buscando semejanzas entre su cara y la de mi hermana.

"¿Quieres que te mueva, campeón?", le pregunté, susurrando. Luego me levanté. Me parecía que era una de las mejores posiciones para un bebé: sostenerlo en el aire. Así podría ver todos los alrededores. La corta edad de Sam me convenció de que debía tomar su cuello suavemente con mis dedos. Mariana solía relajarse cuando era una bebé y lo hacía con ella. Al ser tan joven, muchos recuerdos de su niñez llegaban aún a mi mente.

Ya no era solamente un padre. Mariana era tía. Mis padres se habían convertido en abuelos. Recordar esas experiencias estaba permitiéndome obtener un nuevo enfoque de todo lo que ya sabía.

Las imágenes de nuestras cenas juntos llegaron a mi mente, lo que me hizo convencerme de que mamá estaría muy contenta cuando conociera a su nieto. Sabía que Astrid tenía mucho temor por la posible reacción de sus familiares. Yo, sin embargo, estaba seguro de que todos en la mía estarían muy felices cuando supieran lo que había pasado. Hasta donde podía recordar, el problema entre nuestras familias se había sostenido en el tiempo por decisión de los Gómez. Era obvio que la madre de Astrid tuviera reservas, aunque mamá seguía sintiendo cariño por ella y su esposo.

Avancé con calma por el dormitorio y fui al comedor. Podía ver a Astrid desde la cocina, porque el espacio era pequeño. Ella seguía durmiendo. Me dije que podría cocinar sin tener que despertar a Astrid. Además, podría cuidar a Sam mientras lo hacía.

Podría cocinar sin problemas. Vi una tela oscura colgando de un perchero. Recordé que Astrid solía sostener a Sam sobre su pecho. Supuse que era el portabebés que ponía para sacarlo. Tras unos minutos de práctica, pude poner a Sam sobre mi pecho y usar mis manos.

El par de hoyos de Sam adornaba sus mejillas y los dedos de sus manos se convertían en puños. Lucía muy contento. Comenzó a mover sus pies. Los deditos tocaban mi vientre y me hacían cosquillas. Acaricié su espalda y sonreí mientras veía su mirada animada.

"Papa preparará el desayuno para mamá. Para ello, debes hacer silencio", dije, y puse mi índice

sobre mi boca. Mi gesto lo emocionó más y más.

Puse el último panqueque sobre la sartén mientras oía los jadeos de Astrid al fondo. Despertó y noté el temor en su mirada. Me acerqué para calmarla rápidamente.

Sonrió con calidez y vio mis ojos. A pesar de que acababa de despertar, su cara lucía perfecta. Hubo un brillo en sus ojos al ver que sostenía a Sam.

"Tu madre me escribió. Me aseguró que no tienes que trabajar hoy", le conté, y su rostro se calmó inmediatamente.

Acomodó la tela de su lencería. Lucía muy sensual. La noche había arrugado su camisón, y ahora podía ver casi todos sus senos. Recordé que había dejado que durmiera hasta las nueve de la mañana para que descansara. Era consciente de las obligaciones que tenía. Abrió más sus ojos y comprobé cómo su sonrisa se ampliaba.

Se levantó de la cama y besó mis labios. "Buenos días", dijo, con una sonrisa.

"Buenos días", dije, y besé su boca de nuevo.

Tomó con alegría a Sam. "¿Ya lo alimentaste?", me preguntó.

Me sentía nervioso. No sabía nada al respecto. "¿Tenía que hacerlo?", le pregunté.

Rió con fuerza. "Debiste decirle a papá que querías comer", dijo, y luego besó su frente. Fue con él hacia la nevera. Besó las mejillas de Sam y me regaló otra sonrisa. Los hoyos de las mejillas del pequeño aparecían y desaparecían.

"Me alegra que hayas podido resolver esto solo. No dormía tanto desde...", comenzó a decir. Luego tomó una botella de lecha y lo movió de un lado a otro. Caminó por la cocina lentamente. Su mano sostuvo a Sam y la otra movió el biberón. "Unos meses antes de que Sam naciera", dijo.

"Vaya", dije.

Se acercó para besar la frente del pequeño. "Lo sé. Como Sam era pesado, mi vientre estaba bastante inflado. Me costaba mucho conciliar el sueño", contó, mientras abría sus ampliamente al recordar esa experiencia.

Evité mencionar otra vez todo lo que había pasado mientras no estaba. "Me alegra que hoy hayas podido hacerlo. El desayuno está listo", le informé.

Aunque deseaba que me dijera todo lo que había sucedido mientras Sam aún estaba en su vientre, tenía que tener en mente que debía moverme con cautela, y que el paso de los días me permitiría sentirme más tranquilo. Esos días previos a mi llegada llegaban a mi mente rápidamente, pero tenía claro que no podía modificar ni un átomo de ese pasado.

Tomó asiento en una silla. Sam seguía sobre su pecho y comenzó a alimentarse con la botella. "Increíble. No sabía que cocinabas", dijo, con una sonrisa.

"¿No vas a amamantarlo?", le pregunté, hablando con mucha tranquilidad.

Ví su sonrisa antes de que besara su frente. "Ahora no. Suelo hacerlo casi siempre, aunque en ocasiones me cuesta mucho", dijo.

"Déjame sostenerlo", le pedí. Tomé a Sam rápidamente. Astrid no pudo negarse. Aunque deseaba

continuar alimentándolo, me entregó al niño. Besó sus mejillas nuevamente y lo tomé con delicadeza. Luego tomé el biberón. "Toma. Parece que tienes mucha hambre, campeón", dije.

Astrid veía la escena a unos pasos. Untó sus panqueques con jarabe de maple y luego sacó su lengua para limpiar sus labios. Su mirada se mantuvo sobre la mía. Sam tomó toda su botella.

"Esperaba ver un pino navideño en tu casa", confesé.

Obviamente aún no había buscado la manera de crear sus costumbres. Tenía una personalidad muy alegre. Sabía que le encantaba participar en la decoración de la casa de sus padres. También dirigía al personal que arreglaba el hotel para las fiestas. Era raro que no hubiera decorado su hogar ni puesto ningún árbol. Era su primera Navidad fuera de su antigua casa.

"Acá estoy sola con mi hijo", dijo, con tono de indiferencia. Luego tomó otro trozo de panqueque y vio hacia los lados. "En cualquier caso, supuse que olvidaría hacerlo", explicó.

Me alegraba poder ayudar a Astrid y que Sam se llenara con ese espíritu festivo, aunque ella hablaba con voz agotada. Su declaración me parecía desoladora. Tal vez quiso hacerlo, pero no había tenido tiempo. Me encantaba vivir en El Rosal, pero las fiestas navideñas en La Soledad me hacían feliz como pocas cosas.

"Iremos por un árbol. Y lo haremos hoy mismo", dije, hablando para mis adentros y también para que ella me oyera.

Probó el tocino luego de reír. Dejó el trozo de comida sobre su mano y luego tomó el resto. "No nos hace falta", dijo.

Estiré mi brazo y robé uno de las láminas de tocino que se había servido. "Así es, pero todos suelen comprarlo. Será nuestra tradición y la comenzaremos durante esta Navidad. Podremos ir a cortarlo tal como hacíamos durante nuestra infancia. He estado muchas veces en esa granja", respondí.

Su mirada y su silencio me indicaban que quería rechazar la propuesta. Sin embargo, suspiró y una expresión de aparente aceptación e incluso gratitud apareció en la miel de sus ojos.

Asintió con calma y tomó otro panqueque. "De acuerdo. Es una buena idea. Así podré tomar fotografías y enseñárselas a Sam en unos años", dijo.

"Tomaremos las fotos y se las mostraremos", dije, corrigiendo su oración.

Estaría a su lado siempre para darle una mano, aunque no estaba seguro de que el orgullo que formaba parte de su personalidad le impidiera hablar conmigo y pedirme que la ayudara en algún momento. Se había habituado a estar sola. Sabía que tomaría tiempo para que se diera cuenta de que podía contar con alguien.

Un pino navideño sería un recordatorio de mi presencia en su hogar. Serviría para que mantuviera mi imagen en su mente hasta mi regreso. Me quedaba una semana en La Soledad. Me encantaba estar con ella. La pasábamos bien. Sin embargo, tenía que garantizarle que seguiría apoyándola, aunque mi receso laboral llegara a su fin.

Al ver a Astrid, me di cuenta de que estaba impresionada. Cuando acabó su desayuno, Sam movió su cabeza. Quería sacar la botella de su boca. Lo subí y empecé a golpear suavemente su espalda. Quería que eructara.

Tomó el resto de su comida. "Es increíble que sepas cómo alimentar a un bebé", aseguró.

Sam eructó varias veces. "Bueno, cuidé tanto a Mariana que fui como un segundo padre para ella", le dije, a modo de broma. Levanté mi pecho y comenzamos a reír.

Astrid sonrió y caminó por la cocina. "Te agradezco mucho este rico desayuno", dijo.

Su piel rozó la mía y rápidamente el deseo de regresar con ella al dormitorio absorbió mis sentidos. Sam comenzó a reír mientras tomaba mi mano con sus dedos y dejé de pensar en mis deseos. Se lo entregué a Astrid. Ella comenzó a hablarle con ternura, lo que conmovió mi corazón. El amor que sentía por Sam saltaba a la vista.

No sabía si tendríamos tiempo suficiente para ir a la granja y regresar antes de mediodía. "¿Cuánto tiempo necesitas para prepararte?", le pregunté.

Giró para ver la hora en el reloj de pared del centro de su sala de estar. "¿Lo del pino es en serio?", me preguntó, con una sonrisa.

Ya mi cerebro estaba haciendo el cálculo del tiempo que nos tomaría el trayecto. "Así es. Llegaremos a tiempo si nos vamos en menos de una hora", dije.

Besó mi mejilla y luego fue de vuelta a su habitación, acompañada de Sam. "De acuerdo. Limpiaré a Sam. Luego nos iremos", dijo con alegría en el pasillo.

Al acompañar a Astrid y Sam, estaba empezando a sentir que pertenecía a un hogar, a un lugar del que no quería irme jamás. Lo percibí cuando Sam jugó y gritó alegremente mientras Astrid jugaba con él. Pude verme en el gran espejo de la pared izquierda de la habitación. Me veía muy calmado. Además, la sonrisa que dibujaban mis labios me hizo reaccionar con grata sorpresa.

Noté los tonos rosa y blanco que prevalecían en su casa, así como los cojines azules en su sofá en su sencilla sala. Tomé una ducha rápida y busqué la ropa que había estado usando. No había otras prendas que pudiera ponerme. Caminé por la sala de estar y esperé que terminara de bañar y vestir a Sam.

Me encantaba estar con Astrid, pero la casa que había rentado no me parecía tan cálida.

¿Sería posible que nuestros estilos de vida congeniaran? ¿O serían tan distintos como los colores de nuestros hogares? Me lo pregunté al recordar los tonos grises y negros con los que había pintado mi apartamento en El Rosal.

Esperaba involucrarme en la vida de mi pequeño, por lo que debía buscar formas de mostrar mi compromiso, algo que lucía complicado por los kilómetros que nos separaban y nuestros antecedentes. Sabía que, con nuestro bebé, un lazo perenne había surgido entre ella y yo. Me correspondía buscar un modo de adaptarme al mundo que ya ella había dispuesto para él.

Había una vieja rencilla entre nuestros padres. Si se enteraban de que estábamos juntos, se desataría una ráfaga de ira. Me parecía que no era el momento para encarar una situación como esa.

Quería vivir el presente, disfrutar cada momento y recordarlos después. Estaba con Astrid y Sam. Solo quería ser feliz con ellos mientras fuese posible. Dejé de pensar en todo lo demás cuando Astrid salió de la habitación. Se había puesto un vestido largo con tonos claros. Tenía a Sam en sus brazos. Él lucía un atuendo azul que hacía resaltar su mirada. Me di cuenta de que no debía

pensar en nada más. No había forma de anticipar el futuro.

Capítulo veinticinco: ASTRID

Una señora de avanzada edad se acercó para saludarnos. Vi su atuendo navideño mientras pasamos la granja, decorada enteramente con motivos de Navidad. "¡Bienvenidos a la Granja Los Pinos!", dijo

El brillo que aparecía en la cara de Simón mientras recordaba esos viajes de su niño me convenció de que valía la pena volver a la granja. Sin embargo, que quisiera compartir momentos tan tradicionales como ese con Sam superaba mis expectativas. Había manejado por cuarenta minutos para llevarnos a la granja en la que sus padres compraban los pinos navideños hacía muchos años.

Eso me hacía preguntarme algo. ¿Sería posible tener una relación con él? ¿Existía una posibilidad, por muy pequeña que fuese, de que pudiéramos ser felices juntos, a pesar de nuestras familias? Estaba actuando de un modo mejor del que había creído. Los atributos que lo convertían en un lindo ser humano, como su espíritu protector, hacían que fuese un padre excelente.

"¿De verdad te sientes cómodo?", le pregunté una vez más mientras bajaba mi cara para darle un beso a Sam.

Me había convencido de sostenerlo, pero decidí quedarme a su lado. Me resultaba difícil aceptar que otra persona que no fuese integrante de mi familia lo sostuviera. También me resultaba difícil ceder rápidamente ante los caprichos y las insistencias de Simón.

Esa conexión tan hermosa que había surgido entre ellos, sin embargo, me dijo que tenía que dejarme llevar. Me limité a asentir, feliz de que pudieran estar juntos una tarde más. "Ambos lo estamos. ¿No es así, campeón?", le preguntó Simón a Sam. Él subió su mirada, y vi cómo brillaban mientras veía a su amado papá. Había planificado pasar todo el día durmiendo con Sam, pues no tenía que trabajar.

Tenía que vivir el presente y disfrutar cada segundo de que se marchara. Estaba construyendo recuerdos con su hijo, y yo quería ser parte de ellos también. No había olvidado que en unos días Simón regresaría a su ciudad. Recordé que en muchas ocasiones había tenido que posponer o cancelar algo. De hecho, había pasado un año entero repasando nuestro encuentro, y lamentando no haberme atrevido más ni confesado mis sentimientos de hacia él. Ahora estaba segura de que no debía permitirme otro error como ese.

"¿Simón?", preguntó una voz casi silenciosa desde un rincón. Se trataba de un hombre. Subió sus manos para saludarlo.

Cinco familias que buscaban sus árboles navideños giraron para vernos. Luego se fijaron en el abrazo de Sam y el sujeto en el medio de la sala.

Tomé asiento en un sofá de cuero. Había muchos de ellos en la recepción de la granja. Leí un folleto de una pequeña mesa cercana que aportaba información referente a los tipos de pino que podía comprar allí.

"¡Buenas tardes, dulzura! ¿Te gustaría tomar chocolate o sidra?", escuché.

Subí mi cara y me encontré con una señora de unos ochenta años. Su rostro mostraba la sonrisa de mayor felicidad que se hubiera aparecido frente a mí. Tenía una pequeña libreta en la que anotaba

las peticiones. Lucía un delantal en el que se veía un oso navideño.

Sentí que tenía veinte años otra vez. "Me gustaría algo de sidra, si no es molestia", le dije en voz baja.

"Y chocolate para mí, Fabiana", dijo Simón después. La frase inesperada asombró a la anciana. Abrazó a Simón y le regaló esa gran sonrisa de su boca. Luego apuntó las órdenes y con suma calma caminó por los pasillos de la granja.

Simón tomó asiento cerca de mí. "¡Me encanta!", dije en voz baja.

Mi madre y la de Simón habían estado juntas durante toda la escuela. Eso significaba que una amiga de mi madre también era amiga de la suya, lo que había cambiado hacía unos años. "Lo sé. Esta granja es maravillosa. Mamá cursó su primaria con los propietarios... Quiero decir, tu mamá y la mía", se corrigió Simón.

Sentía envidia de los momentos mágicos que había vivido Simón en la granja durante su infancia. "¿Puedes creer que ella no nos trajo ni una sola vez a este lugar?", le dije, con algo de molestia.

Había varias salas de estar en la que cada familia podía esperar mientras aguardaban su compra. El lugar era tan mágico que me parecía increíble que realmente existiera. Había miles de pinos. Eran tantos que no alcanzaba verlos a todos. La parte interna de la casa tenía techos de unos quince metros. Algunas vigas hechas con pinos servían para acentuar el tamaño. Con las chimeneas ubicadas en cada rincón, todos los compradores podían calentarse.

La piel de Sam se sentía fría, por lo que busqué la manta que había guardado en su bolso de bebé. "¡Hola, cariño!", dije al bajar mi cara para ver a mi pequeño. Él subió su cara al oír mi voz.

Simón acercó su cara para ver a Sam con calma. Luego abrió ampliamente sus cejas. "¿Crees que tiene frío?", me preguntó.

Toqué suavemente la nariz de Sam con mi índice. "Tiene la nariz roja. Tengo que ponerle la manta para que su temperatura no baje", le dije, con una sonrisa.

"Su nariz es idéntica a la mía, como puedes ver", dijo, y sonrió.

Todas mis debilidades llegaron a mi pecho, al tiempo que irónicamente experimentaba una sensación de fortaleza. "Así es", dije, asintiendo. Subí mi cara y lo vi.

Tal vez no estaba enamorada, pues parecía que el sentimiento era incluso más fuerte. Peor entendía que sentíamos algo poderoso. Tan poderoso que podíamos hacer lo que nos propusiéramos. Eso me producía un profundo temor. Estaba atemorizada de sentir algo tan fuerte por una persona. Y aunque no sabía exactamente lo que sentía por él, si me daba cuenta de lo intenso que era.

Simón dejó de verme y sentí que se rompía el hechizo, pero luego puso sus dedos sobre los míos, y la magia regresó. "¡Iremos a dar un recorrido!", dijo el mismo hombre que lo había saludado previamente. Simón lo vio y se levantó con desinterés. Entonces acabó la magia.

"¿Ya tienes nuestro pino?", le preguntó Simón.

El sujeto vio la hora en un reloj de pared. "Estará listo en diez minutos", contó.

"¡Estupendo! Te lo agradezco mucho", dijo Simón.

Retiró un cabello que caía sobre mi cara. "Iremos por nuestro pino. Después ellos lo llevarán a tu casa", me explicó.

No me bastaba con lo que hacía. Esperaba que siguiera tocándome, acariciándome. "Qué bueno", dije, acercando mi cara para sentir sus dedos.

"Sus bebidas", escuché.

Una camarera con mejillas rubias nos traía galletas. Luego puso nuestras tazas en la mesa. "Aquí tienes galletas de coco. También traje unas de avellana", dijo, y luego se fue.

Mordí mi labio inferior. "Estoy rompiendo la dieta gracias a ti", declaré.

"Astrid, tienes que creerme cuando te digo que tienes un cuerpo espectacular", dijo Simón con tono firme. Luego tomó mis mejillas con sus manos y me enfoqué en su mirada.

Recordé todo lo que había sucedido antes, en mi apartamento, cuando su mar de líquidos llegó a mi garganta y me costaba controlarme, al tiempo que sus manos tomaban mi cabellera y me exigían seguir dándole placer. Y ahora el fuego de su mirada me indicaba que estaba seguro de lo que decía

Jadeé en busca de aliento mientras sus palabras calientes continuaban llegando a mis recuerdos. Luego uní mis piernas cuando Simón tocó mi rodilla. Apreté con fuerza después, cuando su mano subió por mi muslo.

Su boca atrapó el lóbulo de mi oreja. Después volvió a su posición. "Puedo darme cuenta de lo mucho que me deseas", dijo Simón cerca de mi oído. Su mano se movió sobre mi ingle, y luego acarició la entrada de mi vagina.

Había un magnetismo adictivo entre nosotros. Parecía que le encantaba tanto como a mí. Actuó con mucha naturalidad mientras tomaba una galleta de avellana. Luego la hundió en su chocolate y la probó. Pude suspirar y recuperar la estabilidad, intermitente desde nuestro encuentro la noche anterior. Probé mi sidra y tomé una galleta también. Acerqué mi piel para presionar el pecho de Simón.

"¿Ustedes son los Suárez?", preguntó un sujeto ataviado con ropa navideña desde el otro lado de la mesa donde estaban nuestros cafés.

Simón se levantó para saludar al sujeto y no tuve tiempo de corregirlo. "¡Así es!", dijo.

Ví a un costado, pues no quería que nadie viera la alegría que aparecía en mi rostro. Observé la escena mientras mi mente seguía impactada. Estaba asimilando la idea de que, si vivía con él, muchos se referirían a mí como la señora Suárez. Aunque al principio creí que no se me emocionaría, luego me di cuenta de que estaba contenta.

"Salgamos de aquí", me pidió Simón y estiró su brazo. Asentí y su mano me guió afuera, donde un tractor ya nos esperaba.

El sujeto nos dijo que se llamaba Adrián y nos invitó a sentarnos en la parte trasera del vehículo. Un par de fardos de heno fungían como butacas. Un par de pequeños escalones me condujo arriba. Luego extendí mi mano para ayudar a Simón.

Soltó una risa y buscó la manera de sentarse a mi lado. "Sube con cuidado", Hileras infinitas de árboles aparecían frente a nosotros. Cada uno era más brillante que el anterior. Deseé poder

llevarme el aroma silvestre en una botella. El camino era complicado, pero pronto bajamos del tractor. Adrián nos daría las indicaciones. Había trabajado como guía turístico en la granja hacía mucho tiempo. Nos habló sobre los inicios de la granja mientras nos adentrábamos en los bosques.

Sam estaba dormido. Obviamente, el paisaje no le importaba. Su cabeza estaba sobre el hombro de su padre. "Vaya. Esto sí que es una tradición navideña", le dije a Simón. Avanzamos por un camino angosto cercado por los pinos. Puso su mano una vez más sobre mis hombros para atraerme hacia su cuerpo.

"Tranquilo, campeón. Lo disfrutarás más la próxima Navidad", murmuró Simón cerca de los oídos de Sam.

Sabía que podrían surgir miles de problemas, que no había ninguna certeza sobre el futuro, pero la imagen de Sam con su padre despertó un ímpetu dentro de mí que no sabía que podía tener. Esa ilusión, esa posible realidad, valían la pena. La mezcla de emociones impactaba mi pecho. Simón ya incluía a Sam en sus planes para el próximo año. Quería llevarlo una vez más a la granja. Parecía que mi sueño de estar con él por el resto de nuestras vidas podría concretarse. Había creído durante meses que sería soltera para siempre, pues no podría estar con el hombre que se había adueñado de mi corazón.

Simón vio a un pino pequeño, pero frondoso. "¡Este me gusta!", dijo alegremente.

Desabroché el portabebés de Sam y lo tomé en mis brazos. Quería ver la magia que estaba a punto de ocurrir. Reí al imaginar el árbol en la sala de estar de mi casa. Encajaría perfectamente. Asentí y sonreí.

Adrián y Simón tomaron una sierra. Rítmicamente comenzaron a cortar nuestro pino. Usé una mano para intentar aplaudir mientras el pino caía un costado. Simón aplaudió y saltó con entusiasmo. Luego me uní a su celebración.

Subimos al tractor para regresar a la cabaña de la granja. Simón pagó el pino y el envió a casa, que se haría más tarde, lo que nos daba tiempo suficiente para comer y buscar la decoración para el pino en una tienda.

La señora que nos había recibido al llegar a la granja levantó su cámara para fotos instantáneas. "¡Les tomaré una foto!", dijo.

Giré a Sam para que su cara apareciera en la imagen. Con alegría posé al lado de Simón.

El brazo de Simón siguió reposando en mi hombro. La señora desapareció rápidamente.

"¿Lo disfrutaste?", me preguntó con expectativa, aunque mi respuesta estaba clara.

"Muchísimo", dije.

Me acerqué para besar su boca luego de ver cómo su mirada se llenaba de luz. Su dulzura infinita estaba cautivando mis sentidos. Solo quería que volviera a casa conmigo. Solo eso. La señora volvió con nuestra fotografía, ya enmarcada, y sentí que estaba en shock.

En la foto se veía una expresión de tranquilidad que hacía años no tenía, lo que la convirtió automáticamente en una de mis favoritas. La sonrisa perfecta de Simón relucía en la imagen. Se veía su brazo tomándonos delicadamente. La mirada de Sam y la de su padre resplandecían y mis mejillas estaban ruborizadas.

Ya ansiaba tener una tarde tan especial como esa en Navidad. Y en cualquier otra ocasión. Simón puso unos billetes en un tarro de propinas y entró a la oficina para despedirse. Después volvimos a casa. Quería vivir otro día de tradiciones como ese con él. No solo uno: un millón más.

Capítulo veintiséis: SIMÓN

Subí las luces un poco más para llegar a la cima del pino. "¿Dónde las pongo?", le pregunté.

Nunca había decorado un árbol solo. Usualmente mi padre me ayudaba. Habíamos ido a la tienda a comprar la decoración para el pino. Astrid había comprado todo lo que pudo.

Siempre pasaba Navidad con mis padres, en su casa, aun cuando me había mudado hacía muchos años. Por esa razón, no había comprado un árbol navideño para ponerlo en mi apartamento ni en ningún otro lugar en los que había vivido. Estaba enfocado en los días que estaba viviendo con Sam y Astrid, pero realmente era mi primera vez en muchas cosas.

"¡Justo ahí!", gritó Astrid animadamente, apuntando con sus dedos. Luego llevó un par de vasos con ponche a la cocina.

Aún me asombraba que pudiera asumir varias tareas simultáneamente, como darle su biberón mientras ordenaba su habitación. "Quédate aquí. Yo los llevaré", le dije, y le indiqué su sofá. Había estado bañando a Sam y arreglado su cama. Me pareció buena idea que descansara unos momentos.

Me di cuenta de lo contenta que lucía Astrid cuando tomó otro sorbo de ponche. Luego rió y apuntó con sus dedos para orientarme en la sala de estar, de modo que la decoración se viera perfecta. Ahora la casa lucía más alegre.

Se acomodó sobre unas almohadas. "Tuvimos un día maravilloso", dijo en voz baja.

Ví la guirnalda que acababa de subir, en un intento por apagar mi ansiedad. Subió su pecho y recordé cómo tomó mi pene con sus manos, deseosa, mientras pedía más y más con sus gemidos. Giré para sacar esa imagen de mis pensamientos.

Tomé asiento y encendí todas las luces. "¿Qué opinas?", le pregunté

El pino parecía estar vivo. El sonido de un villancico comenzó a oírse. Los múltiples colores de las luces se activaron.

"¡Estupendo!", dijo Astrid con una sonrisa, y puso su cara sobre mi hombro.

"Estoy feliz de que te guste", dije, y besé su mejilla. Recliné mi cuerpo para acercar el suyo, y toqué su pierna con mi mano.

"¿Pasarás esta noche conmigo también?", me preguntó, con un dejo de ilusión.

"Si me dejas hacerlo, sí", dije, con una sonrisa, mientras veía el rubor de su cara. Luego suspiré relajadamente. No quería estar lejos de ella ni de mi hijo.

"Te dejaría, pero mañana tengo que ir a trabajar", dijo, con tono serio.

Pero yo quería seducirla una vez más. "Puedo solucionar eso", dije, riendo.

El ambiente en la casa finalmente me parecía más cálido. Mi opinión sobre ella cambió por completo. Astrid se esforzaba por convertir a su hogar en un lugar cálido. Estaba convencido de que Sam podría crecer allí sin inconvenientes. Sin embargo, ya pensaba que seguramente desearía estar en una casa más grande después de un tiempo.

Me percaté de que en mi futuro ya contemplaba la posibilidad de vivir con ella. "¿En qué tipo de

casa te gustaría que Sam crezca? ¿Una como la de la granja?", le pregunté.

Las miradas eran más intensas y provocadoras. En un segundo, Astrid subió a mi cuerpo. Hizo silencio. Parecía que había comprendido lo que implicaban mis preguntas. Nos vimos profundamente una vez más, sin decir nada, y el tiempo transcurrió nuevamente sin que nos diéramos cuenta. Ahora todo era distinto.

Puso sus muslos cerca de mi regazo y dejó caer sus dedos delicadamente en mi abdomen. Se apoyó en mis rodillas y gimió. Llevé rápidamente mis dedos a su culo. Pasé por sus caderas con ellos y me esforcé para no moverme.

Sus caderas se balancearon y sus muslos sintieron el crecimiento de mi pene. "¿De qué hablas?", me preguntó.

Comencé a acoplarme a sus balanceos. "Deberíamos detenernos", dije, con tono serio. Trataba de ser racional, pero ya mis extremidades se movían sin que yo se los ordenara.

Acercó su boca a mi oreja. "¿Hay alguna razón para hacerlo?", me preguntó en voz baja.

La sensación era una tortura, pero agradable, pues estaba disfrutando todo lo que estaba haciendo para provocarme. Pronto empecé a sentir dolor. Nuestras pieles se movían al unísono mientras escuchaba otros gemidos de su boca. Luego guardó silencio mientras me apretaba.

"Recuerda que debemos ir despacio", contesté. Tomé sus caderas intensamente, en un intento por parar sus balanceos.

"Es justo lo que estoy haciendo", dijo.

La excitación era tan intensa que creí que pronto tendría un orgasmo. Se impulsó hacia abajo para sentir de nuevo mi erección. Sus caderas se afincaron en mis muslos y sintieron el latir de mi tronco. Sostuvo su mirada sobre la mía.

"Si vas a quedarte esta noche, necesitaré sentirte en mi interior", declaró en voz baja. Su sinceridad me sorprendió tanto que empecé a tomar aire ansiosamente.

Apoyé mis caderas en sus muslos. Nuestros ritmos se acompañaron. Estaba tratando de emular los movimientos que haría al momento de penetrarla. Se mostraba muy reservada frente a la gente, por lo que me parecía increíble que se atreviera tanto al estar a solas conmigo.

"Solo debes ser cuidadoso, Simón", dijo, con tanta lujuria que sentí que estaba excitándose al mencionar mi nombre.

"Lo haré", le aseguré.

Astrid estaba torturándose más. Controlaba todo lo que sucedía, y era consciente de ello. Su ruego me calentó. Ya anhelaba escuchar sus gemidos mientras mencionaba mi nombre una vez más. Con mi tronco llevando la tela de mi ropa al límite, comencé a sentir un fuerte dolor.

"Vamos a tu habitación, cariño", dije.

Subió sus dedos sobre mi sien y su cara alcanzó mi boca. Mi deseo había bastado para que se moviera. Cuando le quité un par de rizos que caían en sus ojos, entendí que la necesidad ya sofocaba su cuerpo. Su mirada me lo indicaba. Se sintió segura y esperó que yo manejara la situación.

Su pecho alcanzó el mío en unos segundos, lo que me hizo querer hacerle el amor en ese mismo lugar. Subí del sofá lentamente. No tuve que tomarla, pues llevó sus piernas detrás de mi espalda. Dejé mis dedos sobre sus caderas y llevé mi lengua al interior de su boca. Escuché nuevos gemidos de placer de su garganta.

Mantuve la imagen de su delicadeza en mente. Esperaba disfrutar cada segundo y ser paciente, a diferencia de nuestro encuentro del año anterior, cuando había sido tan descontrolado que le quité toda su ropa salvajemente. Entonces recordé que me había pedido ser cuidadoso. Decidí hacerlo, pues lo que más quería en ese momento era darme prisa y hacerle el amor con la mayor rapidez y furia posibles. Me dije que debía actuar con mucha calma y controlar mi deseo de moverme rápidamente y penetrarla con fuerza y velocidad.

Mantuve mis labios sobre los suyos mientras posaba su cuerpo en la cama. Le quité sus vaqueros y su ropa interior. Al separar nuestras bocas, haló mi cuerpo hacia el suyo con fuerza. Sus uñas arañaron mi piel. Chupó mi sien y luego mordió otro tramo de él. Estaba emulando los movimientos de la noche anterior. Nuevos gemidos apasionados salieron de su boca a la mía.

"Vaya", dije, con tono salvaje, mientras mis sentidos esperaban que siguiera. "Ve con calma, cariño", le pedí.

Subí con calma su blusa y luego chupé uno de sus pezones. Entonces comenzó a gritar. Tomé sus caderas para que se mantuviera acostada. Su piel se erizó mientras acariciaba su cintura. Sabía que me pertenecía. Esperaba que no lo olvidara.

Arqueó su espalda para invitarme a continuar. "Acércate", le ordené. La atraje hacia mi pecho y vi su cara excitada.

Sus senos se levantaron y sus pezones se endurecieron al paso de mi lengua deseosa. Dibujé círculos con ella mientras veía el resto de su piel. La presión que ejercían sus muslos me indicaba que ya quería recibirme, que su cuerpo ansiaba que lo poseyera. Masajeé sus muslos y ella extendió sus piernas. Introduje un par de dedos en su interior.

Su reacción me sorprendió: "¡Mierda!", gritó ante mi movimiento.

"¿Ocurre algo, nena?", le pregunté.

"Es solo que esa zona aún está muy sensible", dijo, con una sonrisa.

Yo también me sentía necesitado de ella. Quería ansiosamente penetrarla, pero el recuerdo del tiempo que había pasado sin mí me obligó a actuar con calma para avivar su deseo. "Y muy empapada", murmuré, con mis muslos empujándose y obedeciendo a mis instintos.

Después de meses de espera, había llegado el momento de agradecerle. ¿Cómo era posible que hubiera estado esperando por mí un año? Pudo haber tenido sexo con otro hombre, pero su compromiso era tan firme que no había querido hacerlo. Deseaba que lo nuestro funcionara.

Llevé mis dedos más adentro y alcancé su punto G. Al tiempo, deslicé mis labios por sus senos y luego llegué a su vientre, aun levemente abultado. Luego me acerqué al centro de su placer. Como me había asegurado, aún estaba sensible. Movié sus caderas una y otra vez y sus gemidos deliciosos llegaron a mis oídos.

Sus músculos excitados se retorcían. "¡Simón!", exclamó con fuerza.

Entonces enterré mis labios en su clítoris. Lo lamí varias veces, con calma, y sus músculos se tensaron más. "Quiero saborearte", declaré en voz baja.

Incliné mi cara hacia la derecha para llevar mi lengua al interior de su vagina. Fui al fondo y dejé mis dientes sobre su clítoris. Ella afincó sus uñas en mi cabellera y haló mi cara hacia adelante. Los líquidos orgásmicos cayeron como un alud sobre mi boca mientras decía mi nombre una y otra vez, sin control.

Besé suavemente su vientre y su pecho para burlarme un poco más de ella. "Simón, detente", me rogó.

Puse mis rodillas sobre el colchón, me quité la ropa con prisa y busqué un preservativo. "Ahora sí puedes recibirme", dije, con una sonrisa.

Bajé mi cara y vi la humedad caliente de su boca, indicativo de lo excitada que estaba. Tomé mi tronco con mi mano mientras ella pasaba sus manos a lo largo de su cuerpo. Lo hacía provocadoramente. Su recorrido inició en sus senos. Luego jadeó. Mordió su labio inferior y guardó silencio mientras sostenía sus ojos sobre los míos.

Toda su piel se sentía delicada bajo mis dedos. Con mi rodilla extendí sus piernas. Subió sus muslos para aferrarse a mí. Fui hacia su pecho. Necesitaba sentir de cerca su excitación. La sensación era tan fenomenal que superaba mis recuerdos.

Nunca antes había experimentado un éxtasis tan poderoso. Llevé mi cara a su cabellera. Quería llenarme con el aroma encantador de su fragancia. Todo lo que pude oler y ver me cautivó. Lucía incluso más sexy que antes. Comencé a mover mis caderas lentamente. Subí mis brazos y luego los bajé.

"Astrid... Astrid", dije su nombre en incontables ocasiones, y sentí que mi vocabulario se reducía a esa palabra.

Tenía que demostrarle lo mucho que valía para mí. Y Astrid parecía sentirse ya en el cielo. Uní mi piel a la suya mientras hundía sus uñas en mis hombros, deseando que me llevara con ella. Era la chica con la que siempre había soñado estar.

Comenzó a gritar con más fuerza, al tiempo que su pecho presionó el mío intensamente, y empecé a empujar con mayor intensidad, con más rapidez, dejando mi pecho flexionado mientras trataba de demorar mi clímax. Mi cara se empapó mientras Astrid subía sus muslos una vez más. Tomó mi cuerpo con ahínco y sus caderas se ajustaron pronto a mis movimientos. Dijo mi nombre entre gemidos y alaridos.

"¡Vente, Astrid!", le exigí con fuerza cuando vi que era inevitable.

Hincó sus dientes en su labio inferior y su vagina comenzó a comprimir desesperadamente mi tronco. Cerró sus ojos mientras sus rizos desordenados ocultaban su rostro. Su cara era un desastre por la excitación que sentía.

"¿Quieres sacar todo de mí, cariño?", le pregunté antes de gemir, y bajé el ritmo de mis movimientos.

"Sí. Y también sentirte", susurró. Después de su segundo orgasmo estaba recuperando la calma.

"Yo también quiero hacerlo, porque te sientes fenomenal", dije, con fuerza mientras tomaba las

líneas de sus caderas con mis manos.

Peinó mis cabellos con sus dedos. "Quiero satisfacerte", dijo en mi oreja.

Esperaba enseñarle que no quería guardarme nada. Vi detenidamente su cara. Me apoyé con fuerza en sus caderas y empujé con la mayor intensidad posible en su interior. Estaba haciendo mi mayor esfuerzo.

Apoyé mis codos en la cama, subí mi cuerpo y lo incliné, al tiempo que me aferraba a sus caderas, embistiendo con fuerza su punto G. Era la persona más especial de mi vida. No quería expresárselo con palabras, sino con hechos.

Estaba haciéndole el amor de un modo que seguramente jamás creyó que se lo haría. Pronto noté la tensión de su cuerpo, lo que me hizo darme cuenta de que estaba disfrutando. Se dejó llevar con mis movimientos.

Estaba recibíendome con todo el éxtasis posible. Como me había pedido, había sido cuidadoso inicialmente, pero su excitación ahora era gigantesca.

"¡Simón! ¡Mierda! ¡Ahí!", gritó cuando su cuerpo se fusionó con el suyo y el choque de nuestras pieles retumbaba en las paredes.

"¡Carajo! ¡Astrid!", grité, sintiendo que ya perdía el control.

Sus piernas seguían atadas a mis caderas mientras sucumbíamos ante el placer. El deseo de vaciarme era cada vez más fuerte. Me abalancé con más fuerza y los instintos más primitivos aparecieron en mi cuerpo. Astrid gemía cerca de mi oreja y sentí que íbamos a otro planeta.

"¡Ya, Astrid! ¡A la mierda! ¡Acaba! ¡Hazlo ya!", le exigí al sentir que no podría contenerme más.

Comenzó a gritar mi nombre, al tiempo que flexionaba sus caderas. Su vagina comprimió mi tronco para tomar todos mis líquidos. Me empujé varias veces más, y unos momentos después mi cuerpo bajó el ritmo mientras mi aliento se convertía en incesantes jadeos.

Bajé sobre el hermoso pecho de Astrid y me acosté a su lado. En un segundo se acercó a mi pecho y la halé hacia mi abdomen. Masajeé su hombro y tomé aire para recuperar la calma.

Nunca había experimentado esa emoción: la de estar seguro de que estaba con la persona con la que había soñado toda mi vida. Cuando me sentí más calmado, decidí cerrar mis ojos. Era increíble lo dichoso que me sentía.

Como había dicho Astrid, nuestro día había sido maravilloso.

Capítulo veintisiete: ASTRID

Mis senos subían y bajaban con calma y comencé a recordar todo lo que había sucedido. Me había acostado desnuda y ninguna preocupación pasaba por mi mente. No lo había hecho desde que me había enterado de mi embarazo. Ya no había temores ni dudas en mis pensamientos. Solo una descomunal euforia que se mezclaba con una inmensa felicidad.

Me parecía que acaba de vivir una experiencia no solo física, sino espiritual, en la que nuestras almas habían alcanzado un nuevo nivel de felicidad al convertirse en una sola momentáneamente. Mis músculos se sentían cansados después de lo que había hecho Simón conmigo, pero no me importó. Me detuve a ver el techo y creí que había estado soñando.

Aunque le pertenecía, se había preocupado por mí. Anhelaba excitarme, que alcanzara un orgasmo, no sin antes burlarse un poco de mí y acariciarme. Había tenido parte de su cuerpo en mi interior. Luego solo pensé en satisfacer sus necesidades.

Su clímax, que me desbordó, pues me hizo saber que estaba enloqueciendo con mi cuerpo. Sus gemidos acalorados también me habían llevado al borde de la lujuria, tanto como lo habían hecho sus penetraciones.

La expresión de su rostro era de genuino interés. "¿Qué te hizo evitar tener relaciones en un año?", me preguntó Simón. Sus palabras tajantes hicieron que me levantara para verlo.

"¿Exactamente qué quieres saber?", le pregunté, esperando que me aclarara y me respondiera con sinceridad.

Me mostró una gran sonrisa antes de acercarme con su brazo e invitarme a sentarme. Tomé unas almohadas para apoyarme y apoyé mi cabeza en el respaldo. Él hizo lo mismo después.

"¿Estabas esperándome?", me preguntó con osadía.

Me había sentido bien con mi soledad, por lo que no había intentado iniciar un noviazgo a lo largo del año. No sentía deseos de estar con otro hombre tras la noche que había pasado con él en vísperas de año nuevo.

No sabía si podría tener algo con Simón, pero estaba más segura de que no deseaba tener nada con alguien más. Una vez que supe de mi embarazo, mis convicciones se hicieron más fuertes.

"Creo que... sí", confesé.

Simón era virtualmente la razón por la que había estado sola por doce meses. Sentía que vivía una realidad mágica al estar con él. Sin embargo, no dejaba de pensar con extrema racionalidad. Había muchas cosas que nos separaban. Todas impedían que pudiéramos tener algo duradero. Pero había decidido aguardar por él. Eso me abrió la puerta para una posible relación, una que ya estaba lista para comenzar.

"Lo sospeché...", dijo, y paró para verme. Luego continuó. "Y creo que esperar valió la pena".

Sus dedos caminaron por mi vientre y mis mejillas se ruborizaron. "Entiendo que ahora hay más relleno", dije mientras movía mi cara a los lados. Estaba hablándole de los kilos que había ganado en su año de ausencia.

"Lo que te hace ver más linda", dijo, con una sonrisa, antes de besar mi mejilla.

"No tienes que mentir", dije.

Su creciente pene llegó a mi cadera. "Es la pura verdad", dijo, con seriedad.

"¿Te das cuenta del efecto que causas en mí? Te acaricio un poco y ya tengo una gran erección", soltó, y acercó más su tronco a mi cuerpo.

Moví mi cuerpo para acercarme y él hizo lo mismo. Provocativamente deslizó su piel sobre la mía nuevamente, una y otra vez, y luego retiré mi pecho, para que volviéramos a nuestra posición previa. Su confesión había despertado algo que no había experimentado jamás. Me sentía sensual. Creía que solo quería tenerme a mí.

Teníamos claro que habría muchos cambios, aunque él parecía menos alegre al momento de conversar sobre ese tema también, por lo que no me dijo nada al respecto. Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras veía la habitación. Pensé pedirle que me hablara sobre el apartamento que tenía en El Rosal, pero no lo hice. Mis preguntas sobre esa ciudad aparentemente lo entristecían.

"Este lugar me agrada. Todo luce genial", comentó tras su silencio.

Si algo tenía en mente era que seguramente ya se había habituado a las mansiones lujosas de su ciudad, muy distintas a mi casa de estilo rural. "Comprendo que no puede compararse con nada en El Rosal", respondí entonces.

"Te digo la verdad, Astrid. Me alegra mucho lo que has hecho. Te felicito", dijo, viendo mis ojos.

Veía el rostro de Simón y su pecho desnudo, y me sentí más que afortunada por la decisión que había tomado. El hogar de mis padres era tan grande y hermoso que pude haberme quedado allí, pero estaba convencida de que tenía que buscar mi espacio. Así podría estar con mi hijo y criarlo por mi cuenta.

"¿Qué te parece si nos bañamos?", me preguntó.

"¿Quieres decir en este momento?", pregunté, y asintió. "De acuerdo", dije, y creí que el rubor llenaba mi cara.

Fuimos al baño, donde le enseñé los aceites y sales de baño que tenía. Encendí el jacuzzi y pronto un mar de burbujas se formó frente a nosotros. Entramos pronto, pues aún no nos habíamos vestido tras la ardiente escena de sexo que habíamos tenido. Me acomodé sobre su cuerpo y exhalé con fuerza mientras sus manos me tomaban. Cerca de él, me sentía cada vez más segura.

"Me gusta esto", murmuró sobre mi oreja. Luego sus labios se posaron sobre mi cuello.

Tomé una toalla de la mesa cercana, lo humedecí con el agua, aún tibia, y luego puse el jabón sobre ella. "A mí también", dije, con una sonrisa en mi boca.

Me dejé llevar por sus caricias. "Ojalá este día no acabara nunca", dijo, con tono suave, y asentí.

Sin decir ni una palabra, disfrutando de nuestras compañías, refrescamos nuestros cuerpos. Luego empezó a hacerme las clásicas preguntas que hacen las personas cuando salen por primera vez.

Las gotas de agua tibia rodaban sobre mi hombro y bajaban hasta llegar a mi cintura. Simón usó sus manos para masajear mi cuello. "¿Qué color te gusta más?", me preguntó, y llevó la toalla sobre mi espalda.

"El rosa", dije rápidamente.

"Debí suponerlo", contestó, riendo.

"A mamá sigue pareciéndole insólito que haya pintado mi casa de rosa y blanco", confesé, mientras recordaba cuántas veces habíamos discutido por ello.

Mamá insistía tediosamente en que debía buscar a un hombre que me ayudara con la crianza de mi hijo. Había sido uno de los motivos de mi mudanza. Cuando pinté mi casa de rosa y blanco, ella aseguró que solo lo hacía para alejar a los hombres. Que mi casa era excesivamente femenina y ningún hombre querría vivir allí, algo que sostenía.

Acarició mi espalda con su boca. "Me parece estupendo para Sam. Y para ti", dijo. "¿Qué apariencia te gustaría que tuviera la casa?", me preguntó.

La posibilidad de un futuro juntos desataba una y otra vez el vuelo de las mariposas en mi vientre. E imaginar mi vida a su lado, que viera a Sam crecer, hacía que mi garganta se llenara de nudos. "¿A cuál te refieres?", le pregunté, con fingido desconocimiento.

"A la nuestra", dijo, con la mayor simpleza posible.

Entendí lo que trataba de explicar, pero trataba de no ilusionarme con algo que resultaría imposible. Guardé silencio.

Sus dedos continuaron relajando mi espalda. Luego enjabonó mis brazos mientras aguardaba en silencio por mis palabras.

"Me gustaría que tuviera un porche grande", dije, unos segundos después, comenzando a hablar del hogar que había estado en mis sueños desde que era una niña.

"Esos porches son estupendos", dijo, y continuó tocando mis hombros. "¿Qué otras cosas quisieras tener?", me preguntó.

Me sentí contenta de que me invitara a participar en el juego. "Me gustaría un baño grande también. Que esté en nuestra habitación y tenga un jacuzzi grande. Oh, y una ducha con puertas de cristal en el que haya un pequeño banco", dije, moviendo mi mano de lado a lado.

Sus dedos tomaron mis senos abultados. "¿Y de cuántos dormitorios estaríamos hablando?", me preguntó.

"Podrían ser... cuatro", dije.

"Es una excelente cantidad", dijo, y asintió.

Sonreí y giré para verlo. Quería ver cómo reaccionaba a la pregunta que iba a hacerle. "¿Y a ti qué te gustaría?", le pregunté.

"Que estés conmigo", dijo.

Ese magnetismo que nos unía era tan poderoso que no podíamos ignorarlo ni pelear contra él. Y si eso fuese posible, igualmente no querría resistirme a estar con él y complacerlo. La ansiedad y el hambre de su mirada me hicieron darme cuenta de que pronto estaríamos juntos otra vez.

Quería saber sobre la casa de sus sueños. "Pero debes tener alguna idea sobre tu hogar ideal", insistí.

Me vio y encogió sus hombros. "Mi única idea es que seas feliz, Astrid. Sé que podrás escoger la

casa más hermosa del mundo", aseguró.

Salimos del jacuzzi y pensé que Simón querría tocarme, lo que rápidamente hizo. Observé nuestros cuerpos en el espejo. Nada nos cubría. Me llevó al banco de mi tocador y tomó algunos de mis cabellos. Levantó mi cabeza y mordió su labio inferior.

Ya anticipaba lo que haría después. "Parece que ya nos refrescamos", dijo, con fuerza.

Cuando su pene alcanzó la entrada de mi vagina, me di cuenta de que estaba tan empapada que ya mis líquidos bajaban por mis muslos. Sabía que había pasado un año sin tener relaciones. Tenía que ser cautelosa, pero ya me sentía preparada para retomar la acción. Deseaba tener a Simón dentro de mí una vez más.

Tomó un preservativo del bolsillo derecho de su pantalón y lo puso sobre su tronco. "Fresca y lista para recibirme", dijo entre gemidos. Impulsó su cuerpo y me pareció que creía que ya estaba penetrándome.

Ví su reflejo en el espejo. Gemí suavemente y cerré mis ojos. Su glande estaba tomando mi clítoris. Aún estaba caliente por los orgasmos que había tenido, y pronto mis sentidos reclamaron a Simón.

Cerré una vez más mis ojos y la excitación me desbordó. Entró completamente en mis profundidades y extendí mis piernas para recibirlo.

Entró a lo más profundo de mi ser, algo que nadie había hecho, y desató un océano de placer mientras se apoderaba de mi piel. Su pene extendía aún más mi entrada. Separé lentamente mis muslos para recibir cómodamente su erección.

Subí mi pecho y presioné el suyo para que se saciara con mi calor y entrara aún más allá, comprobando frente a mí como disfrutaba tanto como yo. Oí sus gemidos potentes. Unos sonidos que derribaban las paredes que había puesto sobre mis sentimientos. Mi único deseo en esos segundos de placer era satisfacerlo al máximo, tal como él estaba haciendo conmigo. Me balanceé y me estiré todo lo que pude, esperanzada con la idea de lograrlo. Ví en el espejo cómo reaccionaba.

Tuve tantos orgasmos que perdí la cuenta. Luego tuve sueño. Conversé con él y lo abracé, mientras hablábamos de los hogares que queríamos tener y le preguntaba cualquier cosa que llegaba a mi mente. Empezaba a formar parte de mi presente, y yo anhelaba hacerle saber que estaba dispuesta a aceptarlo y abrirle también las puertas de mi futuro.

Capítulo veintiocho: SIMÓN

Vi a Astrid por horas mientras recordaba todo lo que habíamos vivido. Era la segunda vez que los rayos solares de la mañana interrumpían mi sueño. Ella aún dormía en mi regazo. Su boca lucía enrojecida tras las horas fogosas que habíamos tenido. Aunque dormía, lucía preciosa y radiante.

Me di cuenta de que estaba ahí por ella. Solo me interesaba estar en La Soledad para hacerla feliz. Sentí una vibración cerca de la cama y dejé de pensar. Era mi celular.

El recordatorio de que tendríamos que hablar con mis padres y amigos sobre lo nuestro se posaba como una tormenta sobre el radiante sol de nuestra felicidad. Mamá me había escrito. Me recordó que nos veríamos para desayunar, como de costumbre. Comencé a sentirme muy preocupado.

No quería fingir que no tenía un hijo porque me sentía orgulloso de él. Y aunque quisiera quedarme en el refugio de su hogar para no tener que encarar las revelaciones que tarde o temprano tendría que dar, estaba claro que tendría que dar la cara y hacer lo que tenía que hacer. Mamá tenía el derecho de enterarse de todo.

Sabía que no les gustaría que hubiéramos tenido un hijo sin habernos casado, aunque me sentía contento de que ella fuese la madre de Sam. La conocían y sabían que era una excelente persona. Aun así, ¿cómo se los diría? Pensé en la respuesta a esa pregunta una y otra vez, pero me sentí reconfortado al recordar que mis padres querían profundamente a Astrid.

Esperaba que tanto Mariana como mi madre pudieran evocar todos los momentos que habían vivido juntas antes de alejarse. Papá no me preocupaba. Sabía que lo que me alegrara a mí también lo alegraba a él. Todo habría sido muy distinto si la madre de mi hijo fuese una chica de El Rosal. En La Soledad me sentía como en casa. Además, Astrid era considerada parte de mi familia.

Quería mostrar al mundo mis sentimientos por Astrid. Era la persona más especial que había podido encontrar. Los sentimientos que había despertado en mí me ilusionaban. La fuente de mis mayores temores estaba del otro lado. Del lado de los padres de Astrid. Esa era una de las razones por las que quería que solucionáramos el asunto cuanto antes. Postergarlo solo complicaría todo.

Pero estaba enamorado de ella.

Ahora me daba cuenta de que no tenía por qué seguir fingiendo. La certeza llegó a mi mente mientras veía su rostro delicado. Había ocultado todo lo que sentía por años, avergonzado, intentando simular que no pasaba nada en mi corazón.

Quería pasar el resto de mi existencia mostrándole a Astrid mi infinito agradecimiento. Los tres ya conformábamos una familia. Una en la que siempre soñé que ella estuviera. Había traído a mi mundo el ser más especial que una persona puede recibir: un hijo. Era la primera vez en mi vida que sentía que le debería eternamente algo a una chica.

Abrió sus ojos lentamente. "¿Estás viéndome mientras duermo?", me preguntó con voz apagada.

Abrazó mi pecho mientras despertaba. Besó mi mejilla y luego se puso de pie. El sol que se filtraba por la ventana hacía que su cuerpo se viese más espectacular de lo que ya era. Suspiró al llegar a la puerta de su habitación y alcanzó una túnica suave de un perchero. Cubrió su cuerpo

con ella y las flores de la tela bordearon su cuerpo.

Vio todo el dormitorio mientras bostezaba. Con prisa abandonó la habitación y exhalé. Fue por el pasillo para llegar al comedor, y luego llegó a su sala de estar. Después de un rato, regresó a la habitación con Sam sobre su pecho. Estaba despertando y abriendo lentamente sus ojos, como ella.

Les invité a acercarse a la cama y los abracé. Tal vez era solo mi imaginación, pero creí que la mirada de Sam se había llenado de luz al verme. Tomaba el pecho de Astrid y sonrió.

La unión que se había forjado entre nosotros sería indestructible, y la consideraba más especial de lo que ella pudiera llegar a creer. Teníamos un largo camino que recorrer para ser “felices por el resto de nuestras vidas”, pero me sentía muy feliz con Astrid. Y esa no era la única razón de mi felicidad. Me sentía feliz por prestarle atención y por todo lo que ya habíamos logrado.

Alimentó a Sam y después hizo que eructara. "Voy a arreglarme. Debo ir al hotel en treinta minutos", dijo luego.

"De acuerdo. Dámelo", dije, y tomé a Sam. Lo levanté con ambas manos y luego lo puse sobre mi pecho.

"Buenos días, jovencito", le dije, y acerqué mi índice para que jugara. Me mostró una gran sonrisa mientras tomaba mi dedo con todas sus manos. Comenzó a mover animadamente sus piernas y me levanté para ir detrás de Astrid.

Vi mi reflejo en el espejo y comencé a hacer muecas divertidas para que Sam sonriera. Ella, en tanto, empezó a bañarse. "Seré breve", dijo al entrar a la ducha. Sus constantes recordatorios y explicaciones, que acompañaba con palabras de agradecimiento, me hacían darme cuenta de que aún no se adaptaba a la idea de que alguien la ayudara.

Fue hacia el tocador y tomó asiento en la misma silla en la que habíamos hecho el amor después de cerrar el grifo y salir de la ducha, llena de vapor. Su cabellera rizada y oscura se deslizaba sobre sus senos, tal como el marco de un cuadro. Inconsciente de lo atractiva que se veía, comenzó a peinar sus cabellos y a llevarlos detrás de sus hombros.

"Astrid, te amo", dije.

El fuego que sentía en mi vientre me obligaba a decírselo de inmediato. Había planeado confesar mis sentimientos en otro lugar más romántico y en una ocasión más especial, pero no podía esperar más.

"Astrid, te amo", dije una vez más, y abrió ampliamente su boca. Contuvo su aliento y me vio fijamente. Recogía su cabello con una trenza, o al menos intentaba hacerlo.

"También... te amo, Simón", dijo, titubeante, y pareció que le costaba decir mi nombre.

"Lo sé, cariño,", dije, y sonreí. Me acerqué y besé su mejilla. Luego salí para que terminara de vestirse. Hice más caras divertidas para entretener a Sam en el dormitorio contiguo. Quería disfrutar los segundos que pasábamos juntos y luego llevaría a Astrid al hotel.

Astrid me habló sobre lo que planeaba hacer, y su rostro se llenó de alegría. Luego de diez minutos, con su ayuda puse a Sam en su silla para autos y luego emprendimos el camino al hotel. Encabezaría una junta en la que se tratarían varias reservaciones importantes.

Había hecho realidad su visión del hotel. Cuando nos acercamos al estacionamiento, la luz de sus ojos me indicó la alegría que sentía. Y que no planeaba dejar la dirección de esa empresa jamás. A mí, en tanto, me alegraba encontrarme con otra faceta de su vida. Disfrutaba al estar en nuestro espacio íntimo, cuando nadie podía vernos, pero también me encantaba descubrir su perfil de empresaria.

Me dije mentalmente que los planes futuros no podrían comprender la mudanza de Astrid, pues ella, tal como sucedía con mis padres, tenía que seguir viviendo en La Soledad. Apagué el auto luego de estacionarlo.

"Lo llevaré", dijo Astrid. Sin embargo, ante mi insistencia dejó que tomara el asiento de Sam y lo llevé al spa. Luego esperé que nadie me viera y abracé a mi hijo con fuerza.

Salí del spa y vi que Mauricio estaba llegando al hotel. Tenía varias cajas sobre su pecho, por lo que decidí darle una mano. Ubicamos las cajas en un extremo del pasillo.

"Te lo agradezco", dijo. Ya habíamos puesto todas las cajas en la mesa.

"De nada. ¿Qué hay dentro?", le pregunté mientras veía las cajas.

"Otros artículos para decorar. Astrid los pidió", dijo.

Astrid. Ese nombre hizo que mi corazón se acelerara. Y me hizo darme cuenta de que debía contarle todo a Mauricio. Se lo debía por nuestros años de amistad. Además, deseaba que todos se enteraran.

Anhelaba contarle todo cuanto antes, pero aún no era el mejor momento. Debía esperar que Astrid hablara con sus padres. Tampoco deseaba actuar con premura ni que ella se sintiera presionada para contar unas noticias que sabía que causarían un gran impacto. Decidí guardar silencio al respecto. Escuché lo que me dijo sobre lo que haría en el hotel durante la tarde mientras mi pecho ardía de dolor.

Desde mi punto de vista, la mejor decisión que podía tomar era mantener todo en secreto al menos un tiempo más. Astrid había sido muy cuidadosa y se había encargado de todo durante mi ausencia. Y había vivido muy relajado mientras ella criaba a nuestro hijo.

"Deberíamos vernos pronto. Aún tenemos que ir al bar por esas cervezas", le recordé mientras pensaba en su posible reacción ante las novedades.

Desde la óptica de Mauricio, ningún hombre era adecuado para Astrid. Era muy exigente, lo que hizo que me preguntara algo: ¿ni siquiera yo podría cumplir con su larga lista de requisitos? Había protegido toda su vida a Astrid. Lo hacía porque era su hermano mayor.

Sabía que tenía que decírselo, pero la convicción de que era Astrid la persona indicada para tomar las decisiones respecto a ese tema volvió a mi mente. Entonces recordé la opinión que tenía sobre el padre de su sobrino. Pensé en lo molesto que se pondría al enterarse de que era yo.

El plan de Astrid era justo lo que íbamos a llevar a cabo. Debía ser paciente y esperar que ella hiciera lo que le pareciera más adecuado. Ella quería dar un paso a la vez.

"¡Genial!", dijo, con una sonrisa, y estrechamos nuestras manos.

"Señor Gómez, debe ir al depósito", dijo un empleado al fondo. Mauricio giró de inmediato.

"¡Nos vemos luego!", gritó al verme por encima de su hombro.

Fui al estacionamiento mientras una interrogante llegaba a mi mente. ¿De qué manera contaría lo que sucedía? ¿Podría ser tan cauteloso como planeaba? Aunque lo fuese, los padres de Astrid y su hermano igualmente se molestarían muchísimo. Sin embargo, igualmente me sentí contento.

No había forma de que me sintiera arrepentido o culpable por mi linda realidad. No había razón para esconder mis sentimientos, genuinos y puros. No sentía pena ni remordimientos por lo que sentía. Estaba enamorado de Astrid, así como ella lo estaba de mí. El deseo que sentíamos había dado paso a una noche de placer y luego a un niño maravilloso.

Caminé por La Soledad y me di cuenta de que la ciudad seguía igual, pero yo no. Todo lo que había sucedido en apenas unos días me hizo darme cuenta de que ahora era más... adulto. Llegué al final de una calle del centro, cerca de casa, y mi celular sonó, haciendo que dejara de pensar.

Tenía que justificar los millones de pesos que la firma me daba como salario. Para ello, era necesario conocer a mi nuevo personal. Era la primera vez en días que alguien de la firma me llamaba. Debíamos conversar sobre los gerentes y jefes que estarían bajo mis órdenes.

Tomé aire y aclaré mi voz. Me detuve y respondí. Quería disfrutar mi tiempo en La Soledad, pero estaba a punto de ser ascendido en la firma. Si quería ser socio completo, debía concentrarme.

"Buenas tardes. Habla Simón", dije con seriedad y un tono que supuse era de confianza. Un silencio al otro lado anticipó una respuesta.

"¿Suárez? ¿Eres Suárez?", preguntó mi jefe.

Entré a mi casa para que el viento no me impidiera escuchar. "Así es. ¿Cómo se encuentra?", le pregunté.

"Bien. Te llamaba para hablarte sobre tus nuevas responsabilidades y el paquete salarial que te ofreceremos. Está claro que ya lo has pensado. Me gustaría saber si mi oferta te agrada", dijo, con una voz convincente.

"Lo escucho", respondí, y pasé a la sala de estar de mi casa.

Capítulo veintinueve: ASTRID

Había pasado dos noches consecutivas con Simón, pero me sentía rara cuando me vi cuenta de que estaba sola en mi habitación. Consideré que tenía que compartir con sus padres y su hermana tras ese par de días conmigo. Aunque no estuvo de acuerdo, no quería que sus padres empezaran a darse cuenta de lo que sucedía si pasaba más días en mi casa.

Ahora que Simón había llegado, todos podrían descubrir lo que sucedía. Eso no era posible. Había pasado un año entero sin que alguien se diera cuenta, y esperaba que nadie lo supiera todavía.

Hablaría con mis padres solo cuando me sintiera preparada. Cuando les conté que esperaba un hijo, les había causado un impresionante shock, pero eso no se comparaba con lo que les produciría cuando les contara sobre la identidad del padre de Sam. Iba a contarles a todos. Les diría lo que había pasado y Simón y yo podríamos ser felices, sin ocultarnos. Pero necesitaba unos días más. Así podría descubrir un modo adecuado de contar nuestra historia. Aunque Simón no me avergonzaba, quería ir a mi ritmo y hacer todo de la mejor manera posible.

Como Simón no estaba conmigo para desvelarme, me desperté temprano, como de costumbre, y vi a Sam. Era lo que más gustaba hacer cada día. Estiré mis extremidades y luego me puse de pie. Me acerqué a la cuna de Sam. Él continuaba durmiendo. Bajé mi cara y besé su mejilla. Después tomé una bata para cubrirme y fui a la sala de estar.

Tanto trabajo y placer con Simón me habían quitado tiempo para ordenar la sala de estar. Caminé y tomé todos los juguetes dispersos en el suelo. Luego tomé las carpetas que había ojeado y las agrupé en mi escritorio. Una hora después ya había ordenado todo. La paz y el orden que transmitía mi acogedora casa regresaban poco a poco.

Evoqué la charla que habíamos tenido sobre mi hogar ideal, y noté que mi vientre volvía a llenarse de mariposas. Su presencia en casa había puesto en evidencia el tamaño pequeño de mi hogar. Se había sentado en mi sofá y me parecía que ocupaba todo el espacio.

La luz de sus ojos me convencía de que sus ilusiones estaban fusionándose con las mías. Me recordaba que había un lado romántico en Simón que no tenía ningún hombre que conocía. Me había preguntado cosas que no habían pasado nunca por mi mente. Sus interrogantes hicieron que empezara a imaginar mi vida de un modo diferente. A su lado nada lucía imposible.

Ordené mi sala de estar y llegué al comedor. Descargué mi lavavajillas y luego introduje platos sucios en él. Una fila de biberones sucios de Sam colmaba el mostrador. Los tomé todos para introducirlos en el lavaplatos y luego tomé los limpios para llenarlos.

¿Pasaría mucho tiempo antes de que nos viéramos otra vez? Me lo pregunté al abrir la nevera y me encontré con el pollo que había comprado para preparar en la cena. Pensé en invitar a Simón. Me había dicho que luego nos veríamos. Cerré mi refrigerador y di algunos pasos ansiosos por el pasillo.

Caminé lentamente en la habitación y tomé la ropa sucia para lavarla. Agité mi cara varias veces. No era posible que ya quisiera verlo de nuevo y pensara en la cena que haría.

Su cara de ligera molestia al ver cosas de mi casa que no le gustaban llegó a mi mente. Sin

embargo, no se quejó. En lugar de hacerlo, decidió hacerme varias preguntas sobre mi casa ideal. Reí y encendí la lavadora.

Su decisión de centrarse en las cosas buenas era la contraparte que me hacía falta para dejar de pensar tanto en la realidad. Su enfoque animado y positivo me entusiasmaba. Esperaba que lo usáramos en cada plan que hiciéramos.

Una vez que completé mis quehaceres, mi hogar quedó maravillosamente limpio. Vi que Sam aún dormía y fui a la ducha con prisa para asearme antes de que abriera sus ojos. Dejé la puerta del baño para escucharlo en caso de que despertara.

Lo acompañaba siempre con la intención de que no se asustara, aunque mamá decía que eso le haría daño, y yo no entendía por qué. Con mi presencia como única compañía, Sam ya se había acostumbrado a verme al levantarse.

Sentí que lo que había decidido era lo mejor: tomar una ducha me ayudaría a sacar de mi cuerpo todo el estrés que había acumulado. El vapor del agua refrescó mis hombros.

Sin embargo, sabía mientras más tiempo pasara con Simón, mayores riesgos corríamos. Y peores serían las repercusiones. Me sentía en la cúspide de la montaña rusa tras mis noches apasionadas con él. Pero tenía claro que pronto bajaría y el paseo terminaría. Mis padres no sabían nada todavía.

Incluso mamá me había preguntado en varias ocasiones por Simón cuando me había llevado al hotel. No me gustaba esconderla la verdad. Ni a ella ni a nadie. Aunque había ocultado muchas cosas, me sentía distinta cuando alguien me preguntaba, pues siempre sentía el deseo de responder con la verdad.

Simón me tocaba y causaba un efecto tan poderoso, algo que nunca imaginé que podría hacerme un hombre. Incluso creía que conocía mi figura más que yo, pues se movía por ella con una exactitud impresionante. Las gotas cayeron sobre mi piel y pensé que él estaba recorriendo mi piel con sus manos en lugar de ser las mías las que lo hacían. Emulé su paseo por mi cuerpo y recordé cómo avivó mis sentidos.

Apliqué champú sobre mi cabello y sentí la vibración de mi celular sobre la mesa de noche. El ruido era más poderoso que el del sonido, por lo que cerré el grifo con prisa para que Sam no despertara con la llamada.

Tomé una toalla en el perchero del baño y arrojé mi cuerpo con ella. Luego atendí la llamada.

"¿Sí?", dije.

"Buenos días, preciosa", dijo mamá. Susurró algo a otra persona y luego siguió hablando conmigo. "Te llamo para que vengas a una junta. Quieren hacer una reservación", me contó, y me pareció que estaba leyendo.

"¿Una reservación?", pregunté, repitiendo su escueta frase.

"Así es. Parece que quieren reunirse contigo porque planear organizar un evento en el salón. No puedo quedarme con Sam. Tenemos que atender a varios clientes en el spa", dijo, con tono preocupado.

Mamá convertía lo fácil en algo muy complejo. Solía complicar todo en el hotel.

"¿En serio tengo que ir?", le pregunté.

Me gustaba contar con mis padres, pero había cada vez más fiestas y potenciales clientes, era necesario que estuviera más tiempo en el hotel para atenderlos a todos.

"Mauricio fue quien habló con ellos. Dame un momento para saber si puede hablar contigo", me contó, y luego se alejó del celular. Habló en voz baja. Trataba de ser discreta. "¡Habla con ella! No va a molestarte, te lo aseguro", dijo.

A él le gustaba estar detrás de escena, pues no le gustaba reunirse con potenciales clientes ni asumir el rol de director. Cedió el teléfono y me di cuenta de que estaba cerca de él, como casi siempre ocurría.

Parecía que cada quien asumía las funciones con las que se sentía más cómodo. Estaba feliz de encabezar las reuniones y liderar al personal del hotel para los eventos. Mamá me había alentado para que dirigiera esas juntas y tratara con todos los clientes corporativos que nos contactaban. Me encantaba conversar con todos ellos.

"Sí, Astrid", dijo Mauricio luego de unos segundos.

Cerré mis ojos y traté de hablar con un tono moderado para no mostrar lo frustrada que me sentía. "Cuéntame", le pedí.

"Un grupo de mujeres jubiladas envió a su representante. Pasan por La Soledad una vez cada dos años. Ahora planean quedarse aquí por una semana", me explicó con prisa Mauricio.

Todos teníamos muy claro el impacto que una estancia de una semana podía causar en nuestro hotel.

"Entiendo. Hablaré con la niñera de Sam para saber si está disponible. Llegaré pronto", respondí, y luego terminé la llamada.

Mauricio se daba cuenta de la dimensión del asunto. Me vestí con prisa para llegar a la junta y me sentí dichosa por todo lo que habíamos logrado en el hotel. Durante los inicios, era una estudiante de secundaria que ayudaba a mis padres en mis ratos libres. Solo había un cafetín en el hotel. Y ningún empleado.

Papá solía decir con alegría que el hotel era su pasatiempo hasta que mi toque lo transformó en una empresa próspera. Éramos uno de los hoteles más importantes del estado, y habíamos hecho que miles de personas recorrieran centenares de kilómetros para conocer la ciudad y hospedarse en el majestuoso hotel boutique que habíamos dispuesto para ellos.

Me puse un vestido recatado que cubría toda mi piel bajo mis muslos y parte de mis rodillas. Vi mi reflejo en el espejo y traté de subir mi cremallera, pero una nueva llamada me lo impidió. Supuse que sin intención había activado el modo de sonido, pues se oyó con tanta fuerza que despertó a Sam. Comenzó a gritar con todos sus pulmones.

Fui con prisa por el dormitorio. El vestido cayó, y mis pasos torpes hicieron que tropezara con uno de los postes de la cama cuando tomé mi celular.

"¿Sí?", pregunté.

"¿Astrid? Sabes que no quiero que una desconocida cuide a Sam", dijo mamá anticipando un largo sermón que no quería oír.

"¿En serio? Nos vemos en unos minutos, mamá", le dije. Tomé aire, colgué y fui a la cuna de Sam.

Su cara se había inflamado por los gritos que había soltado. Subió sus brazos mientras sus piernas aleteaban. Sentía una gran tristeza con cada uno de sus gritos, pero mamá siempre decía que en algún momento iba a acostumbrarme.

Lo levanté y vi mis piernas, aún presionadas por la tela atrapada en el borde de la cama. "Calma, corazón", le pedí con voz tranquilizadora.

Mi celular sonó una vez más, y me percaté de que aún estaba en mi brazo. Era Simón quien me llamaba. Me sentí aliviada por primera vez en varios minutos.

Activé la llamada, pero Sam no paraba de gritar, aunque su cara ya retomaba su color habitual. "¿Sí?", dije, con desbordada preocupación.

"¿Te sientes bien?", me preguntó.

Papá me había enseñado que yo debía ser más fuerte que mis problemas. Había tomado ese principio como parte de mi vida. Solía simular que estaba bien, aunque me sintiera terrible, y no pedir algo de ayuda. Tanto él como mamá se habían esforzado para lograr que yo fuese independiente y soportar incluso las peores circunstancias.

Pero ya no tenía que fingir que todo estaba bien ni hacer todo sola. Simón me había demostrado que pedir ayuda no estaba mal. Había pasado meses y meses mostrando lo fuerte que podía ser, y ahora podía contar con un hombre estupendo que se sentía preparado para asumir su rol de padre.

"Conversé por teléfono con Mamá hace poco. Tengo que ir a una junta en el hotel, pero la niñera de Sam no puede cuidarlo. Dicho sea de paso, no puedo subir la cremallera de mi vestido. Quizás estoy más gorda de lo que creí", dije. Estaba convencida de que ya podía reconocer que necesitaba ayuda y dejar de luchar contra todas las circunstancias.

Tal vez Simón no se había dado cuenta de la gran cantidad de responsabilidades que tenía. Lo pensé cuando la realidad de mis frases se escuchó con soberbia en mis oídos. Simón hizo una pausa y creí que era demasiado para él. Claramente, la situación podía resultar complicada para cualquiera. Seguramente había salido con muchas chicas que no tenían compromisos, pero yo era la lideresa de una empresa, un hijo que cuidar y unos padres estrictos. Cada día que pasábamos juntos le permitía a Simón descubrir nuevas partes de mi vida.

"Calma, cariño", dijo Simón, y pareció que Sam también lo oyó, pues se calmó por completo. "No tienes que buscar una niñera. Iré a tu casa. Cuidaré a Sam y así podrás ir a esa junta", dijo.

Era su forma de demostrar lo que sentía por mí. Me amaba. Ese gesto me indicaba lo que ya me había dicho con palabras.

Capítulo treinta: SIMÓN

"Dijiste que comeríamos juntos", recordó mamá, con visible frustración, luego de dejar de ver el diario.

Guardé silencio mientras buscaba alguna solución con la que estuviéramos contentos, pero no la encontré. El almuerzo que habíamos acordado había salido por completo de mi mente.

"Podremos hacerlo después", dijo, con una sonrisa amplia y una expresión de falsa alegría.

Solía mostrar que nada le molestaba y que le restaba importancia a esos asuntos, pero yo era consciente de que no era cierto.

"Debo pasar por la casa de Astrid. No tardaré", dije, explicando lo que sucedía para aliviar el remordimiento que sentía.

"¿Vas a casa de Astrid?", me preguntó, y me mostró otra sonrisa que supe que era genuina.

Se acercó a mí y tomó mis sus rodillas mientras me veía fijamente. Me sentí feliz al darme cuenta de que ambos teníamos la misma reacción de felicidad cuando escuchábamos su nombre.

"Me gustaría preguntarte, hijo, ¿ella vendrá a nuestra fiesta de Fin de Año? Se lo mencioné la noche que estuvo aquí, pero no sería mala idea que le preguntaras tú también", dijo.

Mamá gastaba mucho dinero en decoraciones e invitaba a todas las familias que conocíamos. Nuestros familiares de otras ciudades también llegaban para la fiesta. La fiesta de Fin de Año era un evento que aguardaba impacientemente desde enero.

Hice silencio por unos segundos, y asentí. "Hablaré con ella", dije luego.

Astrid me había hecho mucho énfasis en que no deseaba contar a mis padres sobre lo nuestro. Eso sería muy complicado si acudía a la fiesta. Mi relación con ella iba de lo mejor, pero no quería invitarla a una fiesta familiar. Eso seguramente la haría sentir presionada.

"Deberías decirle que no lo tome como una cita", dijo después, como si supiera lo que pasaba por mi mente.

Besé suavemente su mejilla. "Sí, mamá, comprendo. De todos modos, se lo diré. Volveré para el almuerzo", le aseguré.

Me mostró una sonrisa era aún más grande que la anterior. "Voy a esperarte", dijo.

Los latidos de mi corazón se ralentizaron. Conduje con prisa para llegar a casa de Astrid. Sentía un enorme deseo de llegar a su casa cuanto antes. La luz roja de un semáforo me detuvo. Mis manos apretaban ansiosamente el volante. Una pareja pasó frente a mí. Sus dedos estaban entrelazados mientras caminaban. Su pequeña hija corría cerca de ambos. Era justo lo que yo anhelaba vivir.

MI jefe esperaba que le dijera si aceptaba el ascenso del que me había hablado, pero yo estaba teniendo serias dudas sobre si tomarlo o no. Astrid vivía en La Soledad. Eso hacía imposible que estuviéramos juntos y criar a Sam, pues yo debía regresar a El Rosal.

Mi sueño se había vuelto realidad. Cuando inicié mis estudios universitarios, había soñado con la idea de vivir en El Rosal, litigar en grandes juicios y ser al abogado de las empresas más grandes

del país, ganar una reputación y crecer en una firma importante.

Me había convertido en una persona importante.

Alguien que no había conseguido nada gracias al apellido de mi padre ni porque mamá hubiera usado algún contacto para que me contrataran. Alguien que había construido un prestigio gracias a su trabajo, no por el de su padre, como me sucedía en La Soledad.

La sensación de éxito laboral no podía equipararse con nada que pudiera obtener en una pequeña ciudad como La Soledad. Mi dinero, mis pertenencias, todo era el resultado de mi trabajo.

Escuché el sonido del claxon del chofer detrás de mí. Me sobresalté y me di cuenta de que ya la luz verde estaba frente a nosotros. Me disculpé con él varias veces y luego crucé para tomar la avenida que me llevaría a la casa de Astrid.

Vivía en la zona menos poblada de La Soledad, un sector que mostraba completamente la personalidad de nuestra ciudad.

Cada jardín era limpio y perfecto. Me sentí feliz al imaginar a Sam pasando su niñez en un vecindario cómodo y silencioso como ese. Cuando vi que Astrid abrió su puerta, dejé de imaginar cómo sería el futuro de mi pequeño.

"Sigue muy inquieto", me contó. La expresión de su cara me demostró lo cansada que se sentía. Intentaba mantener a Sam sobre su pecho. "No ha parado de quejarse desde que despertó. Quizás...", comenzó a decir, pero Sam calló. La reacción impresionó a Astrid.

"¿Qué ocurre, campeón?", le pregunté. Puse mis manos en su abdomen y luego lo llevé a mi hombro. "¿No te sientes bien?", le pregunté.

"Esto debe ser una broma", dijo.

Sus ojos impactados precedieron a una sonrisa fugaz. Relajó su cuerpo y luego exhaló con todas sus fuerzas. Luego dio un paso para tomar mi rostro con sus manos. Entonces besó mi boca.

Aún no creía lo que sucedía. Me vio con desdén. "Qué excelente padre eres", dijo, negando con su cara.

"Te... lo agradezco", dije, aún con dudas por la forma en la que me había recibido.

"Grita y grita sin parar desde temprano", dijo, y exhaló con fuerza al recordarlo.

"Solo quería estar en el jardín. ¿Cierto, campeón?", le pregunté mientras lo subía un poco y encontrarme con su mirada.

Astrid sonrió ligeramente y luego tocó la nariz de Sam. "En realidad quería ver a su padre", dijo.

¿En algún momento me acostumbraría a oír esa frase? No lo sabía, pero dentro de mí deseé que me sintiera feliz por el resto de mi vida al oírla. "Su padre". Escuchar esas palabras cargadas de amor alegraba cada vez más mi corazón.

"Puedes irte. Me encargaré de él", dije, y besé el pecho de Sam. Ella besó sus hombros y vio al pequeño, con una luz de amor encendiendo su mirada. Se detuvo allí por unos segundos y luego asintió. Luego regresó a su habitación.

Ví su mirada celeste y me di cuenta de que dependía de mí. Era el único responsable momentáneo

de su bienestar. Antes veía ese tipo de compromisos como una molestia, pero ahora lo consideraba un gran honor. Me quedé a solas con él y mis nervios se dispararon de inmediato. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado solo con un bebé, pero luego me calmé.

Se trataba de mi hijo. Debía estar pendiente de él junto a Astrid. Sam empezó a moverse inquietamente, y luego apretó su nariz. Esa era su forma de mostrar que estaba molesto.

Me puse de pie de prisa. Esperaba que al moverlo un poco se sintiera mejor. "Calma, pequeño", murmuré.

Froté su espalda y comencé a mostrarle las fotografías cercanas a la chimenea. Sam se calló enseguida y me sentí rápidamente aliviado. Pasé por el resto la sala de estar mientras lo levantaba juguetonamente.

Una de las paredes acogía una imagen de toda la familia. Recordé el periodo en el que la habían tomado. Había sido en casa de Mauricio. La madre de Astrid también tenía una copia de esa imagen en su casa. Supuse que quería enseñarla a todo el mundo. Pero luego, todo cambió.

La señora estaba en el centro del sofá. Sus brazos abiertos servían para tocar los hombros de los niños y protegerlos. Todos estaban en el sofá grande, sentados tranquilamente. Un pino navideño de gran tamaño se veía al fondo. El padre de Astrid era el único que estaba de pie. Veía a sus hijos con una expresión de gran orgullo.

En el piso, bajo el mueble, se encontraba Samuel. Astrid estaba sentada. El parecido de sus caras era impresionante. Hermosas y joviales, como todas las chicas de La Soledad. Del lado izquierdo estaba Mauricio. Subía su pecho orgullosamente, como cualquier joven inmaduro y arrogante haría.

En esa foto Samuel ya estaba entrando en la adolescencia, justo como lo había recordado siempre. El fotógrafo tomó la imagen un par de meses antes del fallecimiento de Samuel. Su inocencia y su alegría eran tan reales que incluso se reflejaron fielmente en la fotografía. A pesar de que era solo un pequeño, hacía mucho ruido y estaba siempre detrás de Mauricio y de mí, intentando hacernos compañía.

Su humor era tan alegre que no lograba recordar si en algún momento se había molestado. Siempre había sido el mejor amigo de mi hermana menor. Solía ir a casa a jugar con ella. Cada recuerdo de Samuel que llegaba a mi mente estaba salpicado por su sonrisa. Y su sonora carcajada.

El día de su partida, así como el momento en el que mamá llamó para contarme, llegaron a mis recuerdos al ver otra foto cerca de la chimenea. En ella estaba Samuel solo. Lucía muy elegante, con un traje y una corbata negra. Luego me di cuenta de que había una invitación a los servicios funerarios de Samuel. Al ver la tarjeta, sentí unas horribles náuseas.

Ese día estaba reunido con uno de mis profesores y mi celular comenzó a sonar. El ruido fue tan persistente que me di cuenta de que tenía que atender. Pensé que mi mamá estaba actuando con instinto sobreprotector otra vez, como de costumbre, y llamando solo para saber si ya había desayunado.

"¡Mamá, interrumpiste mi reunión!", le dije con algo de molestia al contestar. Me sentía muy frustrado.

"¡Murió!", dijo mamá, llorando. Su tono era el más doloroso que había usado alguna vez.

"¿De qué hablas, mamá? ¿Quién murió?", le pregunté.

"Samuel", gritó.

Vi a Mauricio romper en llanto. Nunca lo había visto de ese modo. Estaba terriblemente triste por la muerte de su hermano menor, y yo seguía sin creerlo. Era increíble. Mis padres me contaron los detalles después. Samuel había muerto porque un conductor en estado de ebriedad lo había atropellado. Y sin embargo, seguía sin poder creerlo.

Solo comprendí que Samuel había muerto cuando su homicida recibió una condena de un año en prisión y servicios comunitarios. Fui a su sepelio y me parecía que estaba en una pesadilla. Con el paso de los años, mi memoria había borrado parte de ese día.

Alguien la había arrancado del mundo y me había quedado la idea de que nada volvería a ser normal. Y que nuestros corazones nunca sanarían. La sensación de impotencia que experimenté fue espantosa. Ya no podríamos ver a Samuel.

Decidí que no le preguntaría a mamá qué había sucedido. Se veía muy confundida por lo que había sucedido con los Gómez, tal como pasaba con todos en La Soledad. Eso me llevó a pensar que nada volvería a ser igual. Que toda la felicidad que había vivido en La Soledad ya era parte del pasado. La muerte de Samuel había alterado absolutamente todo. En realidad, mamá estaba bastante deprimida. Luego ocurrió lo mismo con Mariana. Luego de un año, mamá me informó que los Gómez no irían a nuestra celebración navideña. Algo indicaba que la vieja amistad de nuestros padres había llegado a un abrupto fin. Aunque seguía siendo amigo de Mauricio y conversando con él por teléfono, las charlas de su madre y la mía acabaron.

La partida de Samuel nos unió más. Fue una tragedia que nos acercó. Inicialmente, cada visita a mi casa era más rara que la anterior. Recordaba la alegría de Samuel, sus constantes risas. El cambio fue tan desolador que en muchas ocasiones pensé en no volver a La Soledad ni siquiera para Navidad. Sin embargo, me di cuenta de que, si lo hacía, mis padres tendrían que enfrentarse a la pérdida del hijo de sus antiguos amigos y también a la ausencia eterna de su hijo. Con el tiempo nos adaptamos a nuestra nueva realidad, algo que seguramente nadie creyó que sucedería.

Astrid regresó volví a mi presente. Giré y vi que había recogido decidido usar una blusa y una falda rosa. Había recogido su cabellera con un moño. El atractivo de su cara, que a veces se ocultaba por sus rizos, ahora se mostraba por completo. "¿Qué tal me veo?", me preguntó.

Mi corazón ya bombeaba con fuerza hacia mi pene. "Luces maravillosa", dije, exhalando.

La imagen de Samuel me había hecho evocar un pasado que quería mantener en el olvido. Me concentré en el rubor de las mejillas de Astrid. Rió mientras subía su falda. Había un notable cambio en su personalidad. ¿Era el responsable de ello? No estaba seguro, pero me gustaba creer que sí. Exhalé con fuerza y me percaté de que mis cambios también se debían a ella.

"Puedes llamarme si necesitas algo, pero esto no tomará mucho tiempo. Dejé el asiento de Sam aquí en caso de que decidas pasear con él. También tengo una base adicional en la cocina", dijo, e indicó con su dedo el comedor. Vi la base del asiento en una esquina. "Guardé todas las cosas que necesita en su maleta. También dejé biberones en la parte baja del refrigerador", agregó.

"Solo cálmate, cariño. Enfócate en el trabajo. Me encargaré de él", respondí, y me acerqué para

besar su mejilla. Bajé mi cara para que no viera mi sonrisa. Luego la vi caminar.

Tuve una erección mientras ya imaginaba cómo la tomaría luego de que regresara. "Te amo", dijo con una mirada sedienta... de sexo. Me di cuenta de que ya quería volver a estar conmigo.

Astrid besó la frente de Sam, y él sonrió. "Yo te amo más", respondí después, con una suave sonrisa, y besé su boca rápidamente.

Aún no creía que fuera el padre de un niño. Uno que era muy parecido a mí. Lo pensé poco después, cuando Astrid se marchó. Tomé asiento en el sofá. Sam estaba a mi lado. Lo vi, una vez más, con emoción y sorpresa.

De repente quise tomar su maleta y subirlo en su asiento a mi camioneta. Si salíamos, podría hacer dos cosas a la vez. Me vería con mi madre para almorzar y cuidaría a Sam. Llamé a mamá para planteárselo, y ella, con gran alegría, estuvo de acuerdo de inmediato. Así que volví a su casa mientras Sam no dejaba de reír.

Capítulo treinta y uno: ASTRID

Iba rumbo al spa con mamá. "Puedo cerrar el hotel. Ya puedes regresar por Sam", dijo.

Como sabía que Simón aguardaba por mí, quería volver lo más pronto posible a mi casa. Los resultados de la junta habían sido fenomenales. Habíamos logrado hacer la reservación más grande en la historia del hotel. Todo estaba saliendo estupendamente.

"De acuerdo. Puedes llamarme si necesitas algo", le dije, aunque esperaba que no tuviera que hacerlo.

"Astrid", dijo, con voz preocupada. Paré mis pasos y giré. Comprobé lo angustiada que se sentía. "Mauricio y Álvaro ya están encargándose de la decoración del evento, ¿no es así?", me preguntó.

Exhalé con fuerza y dejé salir la ansiedad que estaba empezando a sentir. "Así es. Tendrán todo listo antes de que el evento comience", le dije, con una sonrisa.

"Entiendo. ¿Entonces quién está cuidando a Sam?", me preguntó, haciendo que la ansiedad volviera filosamente a mi pecho.

"Bueno, pues, está...", dije, tosiendo. Me pareció que mi garganta se quedaba sin saliva. "Con Simón. Dijo que podría cuidarlo", confesé.

Ella hizo una pausa mientras mi corazón se aceleraba. Vi a la izquierda, pero me di cuenta de la forma en la que me miraba. Comencé a mover unas toallas, aunque ya estaban organizadas. Tras confesarles a mis padres y a Mauricio que estaba en estado, había enterrado el resto del asunto en mi mente. Ahora parecía que mamá sabía todo. ¿O quizás era solo paranoia?

Me pareció que no estaba muy contenta al recordar al padre de mi hijo. "Creo que deberías pensar lo que estás haciendo. Astrid. Mauricio y Simón son viejos amigos. Creo que es todo lo que debería ser", aseguró.

Sus palabras confirmaban mis sospechas: no estarían contentos de recibirlo como parte de mi familia. Mi pecho navegó entre dos aguas. Deseaba abogar por Simón, pero sabía que corría el riesgo de que mamá me descubriera.

Subió autoritariamente sus cejas. Sabía que solo estaba tratando de evitar que pasara más tiempo fuera. Un tiempo muy sospechoso. "¿Qué te parece si lo hablamos en casa? No olvides que nos reuniremos para cenar", dijo.

"No lo he olvidado. Voy a ir", dije, hablando con una seguridad que no sentía. Luego le pedí disculpas por irme y salí del spa.

Cerré mis ojos mientras trataba de calmarme y abrí la puerta de mi auto. Con prisa entré y me senté frente al volante.

Tenía que buscar una manera de calmarme, aunque solo fuese por un momento. El peligro estaba acechando cada vez más.

Pronto estaría de nuevo junto a Simón. Recordarlo calmó mis músculos rápidamente. Marqué su número. Esperé que respondiera mientras millones de mariposas aleteaban en mi vientre. Pensé en oír su voz una vez más y me sentí mejor.

"Cariño, ¿cómo estás?", me preguntó. Noté cierto cambio en su voz.

Sentí una ráfaga de temor al pensar en Sam. Era una responsabilidad muy grande para él. De inmediato comencé a reclamarme mentalmente. "Bien, ¿y ustedes?", le pregunté con prisa.

"Estamos muy bien. Ya tomó un biberón. Ahora está dormido", dijo rápidamente. Me sentía calmada una vez. Encendí el auto mientras suspiraba. Era el momento de regresar a mi hogar.

"Estupendo. En un rato llegaré a casa", le informé, a punto de colgar.

"De hecho...", dijo, nuevamente con tono pesado, "vinimos a la casa de mis padres".

No tuve que esperar que terminara de hablar para entender lo que sucedía. Aceleré el auto para llegar pronto y tratar de evitar que ocurriera. Pero ya tenía claro que había sucedido. No tenía que escuchar ni una sola palabra más. Su madre me abrazó con mucha fuerza y me aseguró que era la mejor mujer que Simón podía tener a su lado, pero ya yo sabía lo que sucedía. El padre de Simón vio por la ventana para que no viera que estaba llorando ante la felicidad que sentía por saber que tenía un nieto, pero yo ya sabía lo que sucedía.

La llamada me había permitido darme cuenta que había ocurrido algo. Nos quedamos a solas en algún momento, en la cocina, y no tuvo más opción que decirme. Sus padres se encargaron de Sam, aunque él estaba dormido en el dormitorio de Simón. Lo vi fijamente y comencé a hablar.

"Tiene que ser una broma", le dije con fuerza mientras caminaba en círculos.

"Astrid, te juro que mamá lo sabía. Simplemente... lo sabía", dijo, con una expresión de evidente culpa.

Suspiré con fuerza mientras trataba de entender todo lo que estaba ocurriendo. Di un paso hacia él, pero retrocedió. Bajó su cara y apretó su nariz. Sentía que estaba viendo a mi hijo, pero que tenía treinta años más.

Ansié que a Sam nunca se le ocurriera ocultarme la verdad, pues sabía que pronto lo descubriría. La madre de Simón lo conocía del mismo modo en el que yo conocía a mi bebé. Eso impedía que me molestara con él.

Además, lo que había ocurrido me había hecho recordar lo que había sucedido con mamá en el spa, minutos antes.

En solo días todos en La Soledad se enterarían. ¿Ella había comenzado a armar el rompecabezas? Sería lo mismo que haría todo el mundo.

Simón lucía confundido por mis respuestas. "¿Te molestaste?", me preguntó.

"En realidad no", dije, y negué con mi cara.

Inclinó su cara para ver mi rostro. "En ese caso, quiero que me digas lo que piensas", dijo.

"Mamá va a saber esto pronto", dije.

"Eso no va a pasar. Mamá me aseguró que está de acuerdo con mantener el secreto", respondió, pero yo no estuve de acuerdo.

"Simón, no olvides que estamos en La Soledad. Y ya no sé qué haré. No puedo ocultar esto por el resto de mi vida", dije, repitiendo las mismas interrogantes que no había querido responderme a lo

largo del año.

Era cierto. Ya no era posible mantener el secreto. Al hacerlo, estaba dejando fuera de la crianza de mi hijo a Simón, algo que yo ya no quería que ocurriera. Me abrazó con fuerza y quedé en silencio. La fuerza de sus brazos me acurrucó.

Tocó suavemente mis hombros. "Realmente tenía miedo de la reacción de mamá, como tú. Pero solo mira cómo se siente", dijo.

Los Suárez aparentemente aún estimaban a mis padres, pero mamá continuaba enfadada con la mamá de Simón por esa vieja rencilla. No pude armarme de valor para contarle lo que había dicho mamá. Tampoco le comenté que no quería hablar sobre la suya o su padre.

Relajé mi pecho y me distancié de Simón, sintiendo que ya no estaba protegida. "Quiero que acabemos de una vez por todas con este asunto", confesé.

"Te acompañaré", dijo, y se acercó a mí.

"Debo ir sola", indiqué. "No vas a acompañarme", dije después, y retrocedí. No quería que su hermosa y cautivante mirada me convenciera.

Lo que sucedió después apareció desdibujado en mi memoria. Recordé que salí de la casa de los padres de Simón y me pareció que estaba cometiendo un error. Su madre me confesó en voz baja que se sentía muy feliz. Álvaro me abrazó con mucha calidez. Simón puso a nuestro hijo en su asiento para autos y luego se despidió de mí.

La imagen que veía era una postal de unos momentos que no podría vivir nuevamente. Llegué a casa de mis padres normalmente. Puse a Sam en la cocina, abracé a mis padres y los vi fijamente.

Cada uno abrazó a Sam, algo que siempre hacían. Le dieron el amor y la calidez que le obsequiaban desde el día de su llegada al mundo. Aunque no había hablado, era consciente de que todo iba a ser muy distinto a partir de entonces. Estaba a punto de alterar la felicidad que habíamos experimentado.

El hecho de que aceptaran que no quería revelar quién era el padre de Sam me parecía impresionante, al verlo en perspectiva. Se habían enfocado en el amor y habían olvidado lo que querían, las metas que se habían propuesto. Lo habían hecho sin interés. Solo por el afán de ayudarme. Sus acciones me parecían incomprensibles después de todo lo que yo les había hecho. Sabía que habían pasado por la parte más difícil. No sabían toda la historia, pero igualmente decidí obligarlos a ayudarme con la crianza de mi hijo.

"Acércate, corazón", dijo Mauricio mientras tomaba la silla de Sam, como de costumbre.

Sam, alegre por ser el centro de las miradas, comenzó a moverse animadamente y a gritar. Sus alaridos se hacían más intensos con las miradas de mis padres. Tomó el asiento y lo puso sobre la mesa. Mis padres se pusieron a su lado para verlo. Lucían muy felices.

"¡Guao! Parece que quieres contarme muchas cosas", aseguró mamá, con una gran sonrisa, tratando de apartar a mi padre y a Mauricio. Ambos se hicieron a un lado y ella tomó a Sam de su asiento.

Mi hermano subió su cara para verme, aunque mamá y papá siguieron concentrados en mi hijo, e ignoraron mis palabras. "De hecho, yo sí debo contarles muchas cosas", comenté en voz mucho

más baja de la que deseaba.

"Dije que debo contarles muchas cosas", exclamé.

Los tres subieron sus rostros. Comprendí que mi tono había sido bastante fuerte. Sam también pareció impresionado por el repentino silencio. Cuando me di cuenta de que todos me veían fijamente, tomé aire y tragué grueso para comenzar a contar mi historia.

Parecía que mi garganta perdía toda la saliva, pero luego recuperé un poco. "Antes que nada, debo darles las gracias. No me había percatado de lo mucho que han hecho por mí desde que supieron que estaba embarazada. Luego, también comenzaron a ayudarme con Sam. Han hecho más por nosotros de lo que en algún momento creí que una familia haría por un bebé", dije, y paré por un momento.

Creí que me contemplarían con bondad, que me sentiría mejor con sus caras comprensivas, pero eso no ocurrió. Solo había incomprensión. El silencio y las miradas fijas continuaron. Incluso Sam me observaba con curiosidad. Vi su rostro y luego el de mis padres.

Mamá aún tenía a Sam en sus manos. Parecía que quería mantenerlo a salvo. ¿Ya lo había descubierto? No lo sabía, pero sí me quedaba claro que tenía muchas sospechas. El semblante de Mauricio me indicaba que tenía más dudas que mis padres. Subió sus cejas y me vio más de cerca. Papá lucía un poco menos confundido o avergonzado. Solo esperaba mis siguientes palabras.

"Me doy cuenta de que no pensé en ustedes al decidir sobre mi vida. No pensé en cómo se sentirían al no saber muchas cosas. Lo hice porque estaba segura de que era lo mejor que podía hacer. Por mí. Y por Sam", dije.

Mauricio y papá seguían notablemente confundidos. Cuando dije el nombre de su nieto, mamá comenzó a jadear. Puso su mano derecha sobre sus labios.

Hice una pausa y tragué grueso una vez más. "No les dije sobre el padre de Sam para evitar problemas. Ahora, sin embargo, creo que es hora de decirles la verdad", dije.

Estaba empezando a contar la noticia más importante de mi vida. Una que había guardado por más de un año. "El padre de Sam... es Simón", dije.

Papá parecía tranquilo. Tomó una silla del comedor y se sentó sobre ella con suma lentitud. Vi cómo la confusión abandonaba la cara de Mauricio. Ahora solo había una intensa ira. Apretó sus puños y comenzó a caminar hacia mí. Mamá actuó con más cautela. Puso con delicadeza a Sam en su asiento y luego me vio fijamente.

Mauricio me vio y avanzó hacia la entrada. Tomé su antebrazo para detenerlo, pues ya tenía claro cuál sería su destino. "Eres una chica valiente. Supongo que ya lo sabes, Astrid", dijo mamá. Yo, no obstante, no pude escucharla atentamente.

"¡Por favor, detente!", le dije, con tono de súplica.

"Debo arreglar este asunto con él", exclamó, y retiró mi mano antes de salir.

Vi a Mauricio salir con prisa por el porche. Luego encendió su camioneta y tomó la calle principal de La Soledad. "Astrid, ¡no puedo creer que hayas hecho algo así!", dijo mi madre antes de romper en llanto. Sus lágrimas azotaron mis sentidos.

Capítulo treinta y dos: SIMÓN

El reloj seguía su curso y mis sospechas parecían ser ciertas. Tal vez toda su familia había decidido apoyarla. Me senté en el sofá de la sala de estar. Una sensación de soledad me abrumaba. No sabía qué había pasado con Astrid. Quise darle el espacio que necesitaba, pero mi nerviosismo era cada vez peor. Caminé con ansiedad por el pasillo.

Astrid se sentía muy asustada por lo que podría decirle su madre. Yo, sin embargo, estaba seguro de que reaccionaría calmadamente. Todas las mujeres aman a los bebés. Además, nuestras madres sentían un amor especial por los pequeños. Mamá comenzó a hablarme de que quería tener nietos cuando terminé mis estudios universitarios. Mauricio me aseguraba que su madre también le decía exactamente las mismas frases.

La señora Gómez seguramente se sentiría muy contenta al enterarse que la otra familia de Sam estaba conformada por excelentes personas. Apoyaba a sus hijos en cada decisión que tomaban. Era así desde que nos habíamos conocido. Mauricio había decidido abandonar su equipo de béisbol en medio de la temporada, y ella estuvo de acuerdo de inmediato. El señor Gómez, en cambio, no ocultó lo molesto que se sentía.

Ellos serían parte de mi porvenir, por lo que la posibilidad de que la señora Gómez se negara a aceptarme me parecía muy pequeña. Me costaba creer que no respaldara las decisiones que su hija había tomado. E incluso si eso sucedía, me resultaba difícil pensar que hubiera algo que rompiera el vínculo que había crecido entre ella y yo. De hecho, había pasado mis últimas noches pensando en mi futuro. Un futuro en el que aparecían Astrid y Sam. Uno en el que ellos formaban parte de cada uno de mis sueños y proyectos.

Tenía claro que yo actuaba correctamente, que tenía valores y había recibido una excelente educación, virtudes que querría que tuviera su yerno. Me conocía desde que era un niño. Me había ganado su corazón. Ella estaba detrás de mi vieja amistad con Mauricio. Era responsable de ese vínculo, pues todo el tiempo lo convencía de que saliéramos. Estaba segura de que yo podía influir adecuadamente en él.

Debía sentirse contenta por la elección que había hecho Astrid. Era el mejor hombre que ella había podido buscar. Había surgido una gran distancia entre mi madre y ella, pero eso no impidió que siempre me recibiera cálidamente y me abrazara. Fui a todas las veladas familiares a las que me invitó. Y siempre me abrazó con fuerza y me demostró el aprecio que sentía por mí.

Oí el ruido de un auto afuera y su llegada. Luego el poderoso crujido de los frenos hizo que me asustara. Vi por la ventana y me pareció que Mauricio estaba llegando en su camioneta. El humo que se acumulaba me impedía ver, por lo que salí a ver qué sucedía. Además, había tantas cosas pasando por mi mente que apenas podía detenerme en alguno de ellas.

Abrí mi puerta y di unos pasos para acercarme al vehículo. Sin embargo, abruptamente Mauricio se abalanzó sobre mí. No anticipé su salida de la camioneta. Me derrumbó y tomó mi camisa. Luego trató de poner sus dedos en mi garganta.

Comenzó a golpearme. Con rapidez levanté mi pecho y solté mis piernas. Hice que Mauricio quedara de rodillas. Sus quejidos y la flexión de sus brazos me indicaron que iba a lastimarlo. Decidí moverme. Así podría ponerlo en una posición más calmada. Pero no lo logré.

Mi cuerpo empezó a moverse con fuerza para repeler el ataque. Pude evitar que volviera a golpearme. Escuché sus gruñidos mientras peleaba contra mí. Puso mi brazo sobre el piso y luego alcanzó mi ojo derecho. Toda mi cara me dolió terriblemente. Comencé a jadear.

Luego tomé su pecho con ambos brazos. Tuve que emplearme a fondo para girarlo. "¡Eres un mentiroso! ¡Bastardo!", gritó.

Mauricio volvió a someterme y se puso encima de mi pecho. "¡Siempre te he dicho la verdad!", le dije.

Su puño cayó nuevamente sobre mi cara, ahora sobre mi mentón, causándome un dolor más leve. "¡No sobre Astrid! ¡Tiene que ser una broma!", gritó.

Mi traición había pasado la frontera de lo permitido. Lo reconocí en mi mente. Sin embargo, sus puñetazos me impedían pensar más. Quería pelear, pero solo podía defenderme. Habíamos sido los mejores amigos por años, pero había sido desleal con él.

Puse mis manos sobre mi rostro para protegerme de los golpes, pero algunos de ellos alcanzaron mis mejillas, haciendo que mis orejas zumbaran terriblemente. "¡Mauricio! ¡Sabes que no la lastimaría!", le dije, pero claramente no quería escucharme.

Seguía tratando de golpear los puntos de mi cara que podía alcanzar. "¿Entonces por qué la abandonaste?", me gritó. Sentía que su molestia brotaba por las heridas que tenía su corazón.

Esperé que soltara toda su ira y escondí mi rostro con mis brazos. Comenzó a cansarse y su garganta quedó sin aire. Luego dejó de golpearme. Sería inútil tratar de que pensara racionalmente. Sus emociones se lo impedían.

Su reacción había sido peor de lo que creí, pero me parecía que era justa, a pesar de todo. Era justo la causa de mis miedos desde que conocí a Sam. Que se enterara y reaccionara de ese modo. Sam obviamente era mi hijo. Eso me indicaba que eventualmente tendría que darle explicaciones a Mauricio, algo que estaba ocurriendo... parcialmente.

Abrí mis manos y en medio de los golpes pude ver que mamá se acercaba a Mauricio, con sus manos levantadas como si tratara de pedir clemencia. "¡Basta! ¡Basta!", gritó entre sollozos. Sus alaridos de pánico me sacaron de mis pensamientos.

Intenté recuperarme mientras parpadeaba una y otra vez. Mauricio la vio por unos segundos y aproveché para girarlo. Fui tan rápido que no pudo comprender lo que sucedía. Me levanté y dejé mis manos sobre mi cara, por si quería volver a golpearme. Me resultaba difícil mantener el equilibrio.

Mi mirada suplicante le pedía que me creyera. "Mauricio, óyeme por favor. No sabía que Astrid esperaba un hijo mío", dije con prisa.

Su mirada de sospecha se cernía sobre mí. "Y por eso me dijiste toda esa basura cuando hablamos. Creías que eras el padre de Sam", argumentó.

"Eso no es cierto", dije, negando con mi cara. Bajé mis brazos y seguí hablando. "Te lo juro, Mauricio. Solo lo supe cuando lo conocí. Aunque cuando lo hice, me di cuenta de que era su padre", dije.

Ya no me importaba que Mauricio me rechazara, o que su madre también lo hiciera. Estaban

obligados a aceptarme como el papá de Sam. Sonreí sin poder evitarlo. La alegría aparecía en mi cara, lo que me sucedía siempre que hablaba de Sam. Sus recuerdos iluminaban mi corazón y hacían que me enfocaran en lo positivo de todo lo que sucedía.

"Pasé un año creyendo que se había acostado con un idiota que la había abandonado y había rechazado a Sam o no quería seguir con Astrid. Ahora resulta que eras tú", dijo. Lo vi fijamente y su semblante me indicó que se había calmado. Agitó su cara. Estaba tratando de asimilar lo que había sucedido.

Creía que tenía que defender a Astrid, que debía defender su honor. La tristeza se adueñó de su cara. Había acumulado meses de molestia por lo que había sucedido con ella.

Por un momento había olvidado su calmada y silenciosa presencia de mamá. "Mauricio, estás equivocado. Simón la ama. Todos la amamos", dijo ella.

"Mamá, por favor, déjame a solas con él", le pedí. Vi que asentía y se excusaba.

"Lo lamento mucho, señora Gómez", dijo Mauricio mientras ella se marchaba. Me di cuenta de que seguiríamos siendo amigos.

"No te preocupes. No olvides que ustedes son prácticamente hermanos", aseveró, con fuerza, y luego volvió a la casa. Escuché que la puerta se cerraba.

Mauricio agitó sus hombros y frotó sus manos. "Exactamente. Es lo que me duele. Eras como un hermano para mí", dijo con ironía.

Lo vi fijamente. "Mauricio, sigues siendo mi hermano. Ambos lo sabemos", dije.

No había motivos para disculparme por lo que sentía por ella. Estábamos a unos pasos y la sensación de traición flotaba sobre nosotros. Ninguna palabra sería suficiente para arrepentirme por mis acciones. Además, solo deseaba que Mauricio entendiera que yo no deseaba hacerlo. Astrid era la mujer que amaba.

"Mauricio, amo a Astrid", dije.

Se enfocó en el piso una vez más. Negó de nuevo con su cara. Caminó por el porche y pateó una y otra vez, negándose a verme. Un momento después subió su cara y me vio, pero el paso de sus ojos por los míos fue breve.

Recordé la charla que habíamos tenido hacía una semana, el momento en el cual había pedido que me contara sobre el padre de Sam. "Es la verdad, Mauricio. No habría regresado a El Rosal de haberme enterado de lo que sucedía. Yo tampoco sabía nada. Había dado a luz, pero yo no sabía", dije.

Aguardaba que me perdonara, que dejara todo atrás y comenzáramos una nueva historia. Hizo una pausa y mantuvo su mirada sobre el piso. El silencio se mantuvo por un largo rato. Intenté decir alguna frase que pudiera sonar adecuada, pero me di cuenta de que era inútil. Solo tenía que esperar por su comprensión.

"Simón, estuviste ausente mucho tiempo", dijo.

Las palabras que salían de su boca tras su silencio me parecían muy confusas. Las dije varias veces en mis pensamientos hasta que pude encontrar una respuesta que me pareció correcta.

"Así es. Pero tú sí estuviste", dije después.

"La abandonaste a su suerte. Sabes que no lo merece", aseguró. Subió su cara y su mirada se sostuvo sobre la mía. Me vio de tal modo que me di cuenta de que quería que lo viera fijamente. "Todo lo que hiciste, o mejor dicho, lo que no hiciste, fue una gran cagada, independientemente de lo que hayas sabido o no. Astrid estuvo embarazada. Su parto fue complicado. Y atravesó ese proceso sola, como si fuese una amante en estado", dijo.

Me sentí dichoso al tenerlo como cuñado. La personalidad angelical de Astrid se había forjado en parte gracias a la protección de su hermano. Sus frases estaban cargadas de una seriedad que no le había visto a Mauricio nunca en la vida. Había sido protector con Astrid desde siempre, aunque yo no había estado nunca entre su camino y el de ella. El curso de los eventos me había demostrado que haría lo que fuese para mantenerla a salvo.

Seguí viéndolo fijamente. "No me habría ido nunca si me hubiera enterado. Sé que merece lo mejor. Ahora quiero dárselo. Y también a mi hijo", respondí con firmeza.

Volvió a agitar su cara. "Siento que estoy en un episodio de una serie de ciencia ficción", dijo, exhalando con fuerza.

Traté de reír, pero el dolor me hizo soltar un quejido. "Es lo mismo que siento", dije.

"Oh. Lo lamento", dijo, en voz baja.

Me apoyé en su camioneta y me senté. "Es lo que merecía", dije después, y encogí mis hombros.

"Astrid llegó a casa y me di cuenta de que algo sucedía. No se veía como siempre. Vi su cara y lo noté, aunque no sabía de qué se trataba", dijo. Abrió las puertas de su camioneta y escuché sus respiraciones pesadas.

"Estuvo aquí antes de ir. Vine con Sam para que mi mamá lo conociera. Habíamos planeado ocultar el secreto. Astrid no se sentía preparada, pero quería saber si mi madre estaría tan contenta como yo", recordé. La decisión que había tomado improvisadamente llegó a mis pensamientos. "No tuve que contarle nada. Ya había comenzado a llorar", le conté. Él me oía con atención. Luego comenzó a sonreír.

Mauricio comenzó a reír y sacudió su cara. "¿Te das cuenta de lo absurdo que es? Y ahora que me enteré de todo, no dejo de pensar en él. Su cara su parece mucho a la de Mariana", dijo.

"Creí que era el único que lo creía. ¡Es absurdo!", dije, sonriendo.

Él seguía impresionado. "Lo sé. Es todo tan... insólito", respondió.

"Así es. Todos nos sentimos igual", dije. "¿Tu madre cómo lo tomó?", le pregunté. Era la mayor inquietud que sentía.

Vio a un costado y supe que nuevamente estaba evitando verme. "Hasta donde sé, no de la mejor manera. Vine rápidamente y no pude ver lo que sucedió después. De todos modos, está claro que esto será muy complicado", reconoció.

Tomé aire y una sensación de derrota llegó a mi pecho. "Es lo que sospechaba", dije.

Mi único deseo era que la avalancha de reacciones no hiciera que Astrid olvidara el amor que sentíamos. Pero las palabras de Mauricio asomaban las sorpresas que me aguardaban con los

padres de Astrid. Supuse que él y yo ya estábamos bien, pero si él, que había sido mi mejor amigo durante toda mi vida, no se había sentido contento inicialmente con las revelaciones más recientes, nadie más podía estarlo.

"De todos modos, sigues siendo mi hermano", recordó Mauricio tras un prolongado silencio.

"Es lo que más me alegra, amigo. Ahora solo necesitamos tiempo. Vas a darte cuenta que tengo razón", dije.

Capítulo treinta y tres: ASTRID

"¿No pudiste elegir a ningún otro hombre del planeta?", me preguntó con tono de molestia mamá mientras llevaba sus manos a su cara.

"Mamá, ya pasé por esto al evitar contarte sobre la identidad del padre de Sam. No tienes que ser tan extrema", le dije.

Tras muchas semanas ocultándolo, tuve que decirles a mis padres que esperaba un bebé. Incluso mis vaqueros más grandes resultaron inútiles para cubrir mi enorme vientre. Mamá sintió una mezcla de emociones positivas y negativas. Estaba soltera, lo que alejaba de mis oídos el repicar de las campanas de la iglesia durante mi boda.

Un niño sin padre no formaba parte del plan que mi madre tenía en su mente para mi vida. En mi ciudad y el resto de mi estado, era inconcebible que una mujer tuviera un hijo antes de casarse por la iglesia. Las cosas debían suceder en el momento correcto.

Por eso lucía desolada.

No quería que mis actos la decepcionaran. La partida repentina de mi hermano había endurecido su postura. Sentía que tenía menos opciones de tener un nieto. Por ello, me había protegido más.

Pero cuando le dije que estaba embarazada de Sam, su presencia y sus constantes quejas se hicieron tan molestas que decidí rentar una casa. Así no tendría que soportar sus ojos punzantes ni sus frases recriminatorias. Estaba comportándose de un modo con el que trataba de convencerme que mi hijo había sido una gran equivocación y siempre tendría la carga del arrepentimiento por haberme embarazado sobre mis hombros.

En las últimas semanas, no obstante, nuestra relación se había consolidado, al punto de que ya extrañaba vivir con ella. Había mejorado cuando Sam nació. Al verlo por primera vez, su corazón se derritió. Su mirada celeste enterneció sus sentidos. Esa noche volvió a tratarme como su hija amada. Volvimos a tener la mágica relación que habíamos vivido. Pero sabía que no me trataría de esa manera siempre. Lo que había sucedido aparecía constantemente en mi mente, y no deseaba pasar por esa experiencia una vez más.

Estaba tomándose unos segundos para hablar. "Parece que aún no lo has comprendido", dijo cuidadosamente.

Sonreí al recordar a Simón sosteniendo entusiasmadamente a Sam "Ya lo hice, mamá. Amo a Simón. Realmente lo amo. Es el hombre que soñé como esposo y como padre de mi hijo. Es un papá estupendo. ¡Espera a verlo con Sam!", dije.

Quería que Sam tuviera todo lo que necesitara para ser feliz. Y yo iba a dárselo. Sabía que la luz de la mirada de Sam solo aparecía al ver a Simón. Él tenía ese privilegio. Ya se había enterado, y decidí que no permitiría que mi hijo estuviese lejos de su padre por más tiempo. Tenía que estar con él, como todo niño con su padre.

Mamá cerró sus ojos y sacudió su cara. "Esto va mucho más allá", dijo.

"Verónica, ya Astrid habló", dijo papá en la puerta. No solía involucrarse en las discusiones que tenía con mamá. Mamá lucía impresionada, tanto o más que yo, por la frase de papá. Giró para verlo y puso su mano en su pecho, absorbida por la incredulidad.

"Lo ama. Acéptalo", dijo papá.

Escuché el sonido de la puerta principal y me sentí aliviada. No tendría que pasar por esa pausa silenciosa e incómoda. Giramos rápidamente y vimos a Mauricio entrar a la sala de estar. Su camisa y sus pantalones estaban manchados con tierra.

Me acerqué con prisa. "¿Qué pasó?", le pregunté.

"Hablé con él. Me contó todo", dijo, y parecía que acababa de enterarse de todo. "Todo está bien. Ya somos como hermanos otra vez", dijo.

Lo abracé con fuerza y un par de lágrimas salieron de mis ojos. Puse mis manos sobre su espalda.

Vio a mis padres y creí que quería quedarse a solas conmigo. "No sé por qué se lo ocultaste, Astrid. Él no se hubiera molestado", dijo en voz baja.

El miedo que solía sentir un año antes volvió a mis pensamientos. Entonces no encontré un modo de hablar con mis padres, Simón o Mauricio. Tomé aire y cerré mis ojos.

"Creí que te decepcionaría", confesé, y más lágrimas salieron de mis ojos.

Volví a sus brazos y lloré hasta calmarme. "Astrid", dijo, e inclinó su cara para ver mi rostro. "Eso jamás sucederá", dijo, con una mirada suplicante.

"¿Qué ocurrió? ¿Cómo está Simón?", pude preguntarle después, aunque trataba de recuperar el aliento tras mi infinito llanto.

Caminamos hasta el comedor. Nuestros padres aguardaban en silencio por nosotros. "Está muy bien", dijo con una gran risa.

Recordé que estaba muy molesto cuando se había ido en su camioneta. "¿Le hiciste algo?", le pregunté, con tono serio.

Negó con su cara mientras recordaba lo que había sucedido. "La verdad es que no quiso pelear", dijo.

Ví todo su cuerpo mientras mi respiración se hacía pesada. Había césped en su cabello y una raspadura en su mano. "¿Pero tú sí lo golpeaste?", le pregunté.

Suavizó su mirada y entramos en la cocina. "Varias veces... No fue nada grave, Astrid", dijo.

Sentí la distancia que tomaba mamá, como si no quisiera decirme ni una sola palabra. La encimera de mármol me separaba de ella. Su mirada fría me dejaba claro lo que sentía.

Subió su brazo y lo agitó. "Quiero que sepan que estoy feliz por ustedes. Que hayan podido ponerse de acuerdo me parece bien, pero no esperen que les dé la razón", dije.

Exhalé con toda la fuerza que pude mientras bajaba mi cara. Supuse que tendríamos una larga discusión mientras un implacable nudo se ató en mi garganta. En mi vientre comenzaba a acumularse la tensión. Esperaba no llegar al punto de dar explicaciones, pero mi madre me impulsaba a hacerlo. Sin embargo, Mauricio se adelantó.

"Mamá, todos estaremos muy bien, especialmente tu nieto. No necesitas decir nada más. Ella no tenía el deseo de decir nada. Y Simón no sabía que era el padre de Sam. Pero ahora están enamorados, y él quiere involucrarse en la crianza del niño. Esto significa que no hay nada que

podamos hacer. Simón es el papá. Le alegró mucho la noticia. Estaremos bien”, aseguró, y subió su mano como si estuviera despidiéndose de alguien.

Simón era el papá de mi hijo. Eso no iba a cambiar jamás. Me sentí contenta abruptamente al recordarlo. Mi vientre se relajó ante la idea de que ciertamente todo podría salir bien. Además, Mauricio había dicho algo muy cierto: no había nada que pudiéramos hacer. Era inútil comenzar una discusión estéril al respecto.

Pero una expresión de lástima en la cara de mamá y una sonrisa irónica floreciendo en su boca acabaron con mi felicidad. Mi alegría se apagó rápidamente ante la carcajada que soltó después. El silencio colmó la cocina y solo se rompía con el sonido de sus risas. Mauricio, papá y yo intercambiábamos miradas de confusión.

"No tienes ni idea", aseguró, y volvió a reír.

Ahora solo Mauricio y yo intercambiábamos esas miradas de sorpresa. "Verónica, debes parar", dijo papá.

"Nos esforzamos por cuidarlos desde que nacieron, ¡y este es el resultado!", exclamó mamá con todas sus fuerzas, con un tono de voz tan alto que me impactó.

"Verónica, ya te dije que debes detenerte", dijo papá. No se había intimidado. Al contrario: se acercó a ella y la vio con una mirada penetrante. Frunció su ceño y su cara se tensó.

Mamá vio a mi padre como si quisiera desafiarla y luego me observó detenidamente. El tono suave de su voz me indicaba que dentro de él ardía una inmensa furia que estaba tratando de apagar. Yo no podía moverme.

"Voy a contarte quién es realmente el padre de tu hijo", me dijo.

Papá cerró sus ojos y luego movió suavemente su cara hacia los lados. Me asusté al pensar en lo que pudiera hacer después ante el arrebato de ira que parecía estremecerlo. Pero lo que hizo después me sorprendió. Dio la vuelta sin decir nada, y abandonó la cocina sin volver a abrir la boca. Me percaté de que tenía claro que sucedería algo y no quería presenciarlo.

Vio a mi padre salir y yo vi los ojos de mi hermano. ¿Ignoraba lo que mi madre diría? ¿O ya lo sabía? "Mamá, ¿por qué no te calmas?", le preguntó Mauricio.

Dio unos pasos y se interpuso entre mi hermano y yo. "Estoy calmada. Además, me gustaría que también te quedaras. Me gustaría que sepas lo que quiero contarte sobre los padres de tu 'hermano' Simón", comentó con ironía.

"Siempre han querido saber qué hizo que me distanciara de Lucía. No se los conté porque creía que estaba haciéndoles un favor. Mi intención era respetar las ideas que tenían sobre ellos. Rayos. ¿Cómo contarles si eran un par de niños?", dijo, y resopló mientras veía el techo.

"¿Qué intentas decir?", le preguntó Mauricio.

Los ojos de Mauricio cayeron sobre los míos. "¿Aún recuerdas lo que pasó con Samuel?", le preguntó.

"Claro", dijimos simultáneamente.

Claramente, recordábamos ese accidente que nos había trastocado a todos. No podríamos

desterrar esa tragedia de nuestras mentes. Ese evento había cambiado todas nuestras vidas y hecho que nada volviera a sentirse igual.

"Como también recordarán, su padre y yo les pedimos que no fuesen a las audiencias en la corte. Eran terribles. Monótonas y desoladoras", dijo. Sus palabras se ahogaron en llanto. Me acerqué a ella y masajee su espalda. Le dije cerca de su oído que todo saldría bien. Teníamos que oír todos los días cada detalle de lo que sucedió. Sentía que Samuel estaba muriendo una y otra vez", continuó diciendo.

"Como queríamos detener ese dolor, decidimos hacer audiencias privadas, solo con el personal estrictamente necesario", dijo. Tomó aire para proseguir. "Ese chofer borracho que asesinó a Samuel dijo que era una buena persona, que había perdido su trabajo unos días antes, y que trabajaba en Las Torres del Sur", dijo, y subió su cara al mencionar el nombre de la compañía para ver el impacto que nos había causado.

Mauricio retrocedió. Su mirada se nubló. "¿Trabajaba para los Suárez? No lo sabía", dijo.

"Ni yo", confesé, con un tono de voz apagado por la conmoción.

"Entiendo. Lucía incluso dio un lindo testimonio a favor de él. Mencionó que era una excelente persona y un gran trabajador, y que por ella no debía ir a prisión", contó mamá, y encogió sus hombros. La tristeza que sentía se tradujo en una nueva ola de llanto.

"¿Que hizo qué?", pregunté, en voz baja.

Me vio en silencio. "Lo que escuchaste. Tu suegra es la culpable de que el hombre que mató a Samuel esté en la calle", dijo después.

Su revelación abrió una grieta de dudas sobre lo que habían hecho los padres de Simón en un momento tan doloroso para toda mi familia. Me pareció que en cualquier momento iba a caer. Punzadas de dolor atravesaron mi pecho. Me faltaba el aliento. Veía a mamá y luego a Mauricio, sin poder creer lo que sucedía. No había sabido por qué mamá se había alejado de la familia Suárez. Pero ahora lo entendía.

Capítulo treinta y cuatro: SIMÓN

Corrí alrededor de la casa, al tiempo que mi mente ya esbozaba futuros en los que ella no aparecía. Había pasado mucho tiempo, lo que me hizo darme cuenta de que las cosas no iban como esperaba. Astrid no me había llamado ni escrito. Estaba solo en casa de mamá y mi corazón estaba ansioso. Creí que había sucedido lo que más temía. Después de cansarme de correr, comencé a ejercitarme en la sala de estar.

Ella podría abandonar todo. Sería una jugada maligna del destino: enseñarme mi sueño máspreciado y luego quitármelo antes de que pudiera extenderlo. Astrid podría renunciar a lo nuestro, pero me costaba creer que lo hiciera.

Sentí la rigidez de mis músculos y comencé a dar vueltas con más prisa. Activé la música de mi celular. Estaba empezando a arruinar el césped, por lo que fui al corral, el espacio en el que mamá había cuidado a algunos caballos. Cuando pasaron algunos años, sintió que ya no tenía fuerza para hacerlo, por lo que los regaló, aunque conservó el lugar y lo mantuvo limpio. Si lo deseaba, podía buscar otro caballo y cuidarlo. Supuse que eventualmente lo haría y el granero renacería, pues ella amaba los caballos y seguramente en poco tiempo querría tener uno nuevamente.

Se había ocupado de nosotros y renunciado a esa pasión, aunque deseaba que enseñara a Sam cómo montar caballos. Lo había hecho con Mariana y conmigo. Sam era su primer nieto. Cuando vi el horizonte, la sensación de culpa regresó. Me di cuenta de que Sam había tenido solo días de caos.

Aunque tenía algunos defectos, consideraba que era una persona tan agradable como para que una chica quisiera permanecer a mi lado. Peor había estado lejos de mi hijo durante nueve meses, y luego también, durante sus primeras semanas de vida. Y ahora, aparentemente todo se derrumbaba mientras la verdad salía a la luz.

Mauricio aseguraba que yo era un hombre responsable. Eso me hacía preguntarme: ¿qué había sucedido en casa de los padres de Astrid? ¿Qué pudo haber pasado como para que ella se negara a hablar conmigo?

Tenía que dejar de postergar todo en lugar de esforzarme más para enfrentar la realidad. Di otra vuelta y regresé adentro. Era el momento de hacer las cosas en lugar aplazarlas y seguir actuando con timidez.

Inhalé y saqué todo el aire mientras caminaba rápidamente y el césped sucumbía ante la fuerza de mis pasos. Aún estaba en La Soledad. Astrid podría necesitar espacio, pero tendría que hacer más que dejar de llamarme para sacarme de su vida.

Mamá me vio con curiosidad. "¿Volverás a tiempo para que cenemos?", me preguntó. Estaba entrando con mi camiseta empapada.

Me acerqué y besé su mejilla, aunque estaba lleno de sudor. "No lo creo. Debo salir", dije.

"¿Irás por ella?", me preguntó. Caminé hacia la ducha y la escuché.

Le guiñé un ojo y sonreí. Dejé de moverme. Una luz en su mirada me dejó claro que se sentía orgullosa. "Así es", dije, y encogí mis hombros.

El rostro de Astrid llegaba a mi mente. Ella se había ido de mi casa y luego no había sabido más

de ella. Estaba asustada por lo que dirían sus padres. Fue un error permitirle ir sola para contarles. La ducha era supremamente necesaria después de todo lo que había pasado en el día. ¿Realmente había pasado todo en solo unas pocas horas? Me resultaba difícil creerlo. Masajeé mi cabello con champú y luego enjaboné mi cuerpo.

Tenía que asumir mi parte y colaborar con ella aun cuando ella no llegara al punto de reconocer que le hacía falta algo de ayuda. Sin embargo, me agité ante la sola idea de lo que yo había hecho. Ella solía ser fuerte con toda su familia. Había mostrado su coraje y encarado cada reto que le presentaba la vida, solo para que el resto de la gente se sintiera tranquila.

Pero la había abandonado y ella tuvo que encargarse sola de Sam. Lo había hecho estupidamente, pero no tenía que haber estado sola durante todo ese tiempo. Cada vez que lo recordaba, mi admiración por ella crecía.

Nunca me recriminó nada ni me recordó que se había encargado sola de nuestro hijo, al tiempo que yo estaba en El Rosal, disfrutando de mi éxito, ignorante de su esfuerzo. Nunca había expresado una queja ni alguna molestia. Ni siquiera después de contarme todo.

Era mi chica deseada. Y también el manjar que no debía probar. Solo cuando bajé mis dedos y toqué mi tronco erecto me percaté de que ya estaba pensando en su cuerpo. Su piel o su cara llegaban a mi mente y de inmediato el calor subía en mi pecho.

Paré los movimientos de mis dedos. Decidí que reservaría mi lujuria para ella. Ella estaba a solo unos kilómetros, pero la sentía cada vez más distante. Esa paradoja me torturaba.

Era imposible que se alejara de mí sin decir nada. Ya lo había hecho un año antes y no quería que eso sucediera otra vez. Salí del baño y revisé mi celular. Lo hice varias veces. Solo silencio. Le escribí una vez más. Quería saber si tenía ganas de verme, pero no respondió.

Al suspirar, pensé en todo lo que le diría al verla. Con agilidad me puse un traje oscuro y salí con prisa al pequeño estacionamiento para encender mi camioneta.

Iba a decirle que tenía dinero en el banco, suficiente para comprar una casa en La Soledad en la que nuestro hijo pudiera crecer. Sabía que todas las mujeres deseaban escuchar un plan. Que les dijeras que querías comprometerte con ellas y que te tomabas seriamente lo de lograr las cosas. Por eso hablaría con ella.

No habría nada que nos impidiera ser felices, o eso creía mientras subía las escaleras de la entrada de su casa. Entonces una pregunta apareció en mi mente. ¿Ella deseaba mudarse a El Rosal? No lo sabía, aunque mi mayor deseo era que estuviera contenta. Tenía que contarle. Decirle que se había convertido en la mujer más importante para mí. Que me sentía preparado para demostrarle lo que sentía por ella.

Tomé aire mientras tocaba su timbre.

Los movimientos que percibí me hicieron darme cuenta que había alguien. Además, todas las luces estaban encendidas en el interior.

Ella abrió su puerta y noté rápidamente su mirada enrojecida e inflamada. Claramente había llorado, aunque su silencio me indicaba que la había interrumpido. Su boca estaba rojiza también.

"Hola", dijo en voz baja, y vio al piso.

Le dije que se moviera con calma hacia mí. Sin embargo, dio un paso atrás, y mantuvo su mirada en el suelo. "¿Crees que podríamos conversar?", le pregunté luego.

Negó con su cara. "No crea que sea el mejor momento", dijo.

"Astrid, te lo suplico. Solo quiero que me dejes pasar. Entenderé si no quieres decirme nada, pero al menos permíteme entrar y ayudarte", rogué, mientras mentalmente rezaba para que aceptara.

La tristeza que sentía era evidente, pero la causa no. La idea de seguir en la penumbra de la ignorancia y no descubrir lo que le sucedía me parecía insoportable. Hice silencio mientras aguardaba por su respuesta. Luego subió su cara y sus ojos se anclaron en los míos.

"De acuerdo, pero quiero espacio", murmuró.

Asentí en silencio. Aguardé con calma que se apartara y me invitara a pasar. Di pasos suaves hasta que llegué a su sala de estar. La cuna estaba en el dormitorio. Sam estaba dentro, durmiendo tranquilamente.

"Iremos a mi habitación. Así no lo despertaremos", me pidió, cerca de la puerta.

La vi detenidamente. Caminó por la sala de estar y luego fuimos a su habitación. Había arreglado estupendamente su cama. Unas quince almohadas decoraban el respaldo. Se sentó en su silla de la esquina, aunque pronto fue a su cama. Quería estar lo más alejada de mí.

Esperaba recordara lo que sentíamos, de modo que pudiera volver a llegar a su corazón y me contara por qué sentía tanto dolor. "Cariño", dije. No podía decir nada más. Ansiaba que esa solitaria palabra le hiciera amarme nuevamente.

"No puedo ni siquiera verte", dijo, y giró.

Intentaba comprender todo, pero no podía. "Solo dime qué pasó", le pedí.

Me vio y noté una expresión de ira y frustración en su rostro. "Ya lo sabes", dijo.

Realmente no quería hierirla de algún modo. "¿Qué es lo que sé, Astrid? Te aseguro que no he hecho nada para lastimarte. Esa nunca ha sido mi intención", le dije.

"¡Mamá nos dijo todo sobre el juicio, Simón!", gritó.

Me veía con una ira tan fuerte que solo podía preguntarme qué rayos había hecho, qué error la llevaba a decirme esas cosas, aunque no lograba recordarlo. Era la primera vez en mi vida que veía una reacción tan airada por parte de Astrid.

Hubo mayor confusión en mis entrañas. "¿Cuál juicio?", le pregunté.

Se calmó apresuradamente. Seguramente no quería que Sam despertara. "El de Samuel. Tu madre dio un testimonio favorable para el asesino de mi hermano. Así pudo salir libre", explicó.

Parecía que hablaba en una lengua desconocida para mí, así que decidí repetir sus palabras, en un intento por comprender todo. Entendía lo que trataba de decirme, pero no comprendía qué tenía que ver en ese asunto.

"¿Samuel?", pregunté, levantando un poco mi voz.

Su mirada me informaba que estaba alterándose otra vez. "Qué bueno que recuerdes su nombre", respondió con ironía. "El homicida de mi lindo e inocente hermano trabajó en la empresa de tus

padres. Ellos testificaron para que redujeran su condena lo máximo posible", dijo.

No pude moverme mientras intentaba procesar cada una de sus palabras. La revelación revolvió mis entrañas. Comencé a atar los cabos mentalmente. Me daba asco lo que me decía.

Giró para verme. "Te pediré que me digas una sola cosa", dijo después de una prolongada pausa. "¿Tú... lo sabías? Es lo único que quiero que me digas, Simón. ¿Sabías esto?", me preguntó.

Reuní el máximo valor posible y volteé para verla. Traté de mantener mi autocontrol. "Cuando estuve aquí por última vez, estuve viendo las fotos de tu sala de estar mucho tiempo. Recordé el día de la muerte de Samuel", dije, y paré. Moví mi cara a los lados y el eco de mis tristes frases quedó en el aire.

"Ese aún es uno de los días más dolorosos de mi vida, Astrid. Mi vida, y la de toda mi familia, cambió para siempre a partir de ese momento. Mariana, mi madre, Mauricio. Todos actuaban de una forma muy distinta. No sabía que el homicida de Samuel había salido en libertad de ese modo. Y tampoco sabía que mis padres habían hecho algo así. Es increíble", dije.

Astrid estaba cerca, aunque yo me sentía muy lejos, algo que estaba pasando con frecuencia entre nosotros durante los últimos días. Respiró con calma y me acerqué un poco. Sentía una poderosa necesidad de acabar con esa distancia que nos separaba.

"Consideraba a Samuel como otro hermano. No habría colaborado para que ese hijo de...", comencé a decir con fuerza, pero ella silenció mis palabras con un beso sobre mis labios.

Con mi mirada fija en sus ojos le supliqué que me creyera. "Astrid", dije, entre suspiros. "Debes saberlo. Yo no sabía", dije.

Haló mi cuello y mi lengua se envolvió con la suya. Los besos lujuriosos y cálidos regresaban. Con él quería mostrarle una vez más cuánto la deseaba y los sueños que proyectaba para nuestro futuro. "Sí, Simón, lo sé. Estoy segura de que lo que me dices es verdad", murmuró después.

Mis dedos se deslizaron por su blusa y alcanzaron sus botones. Ella comenzó a gemir mientras sus muslos presionaban mi erección.

Me alejé un poco de ella y jadeé. "No olvides cuánto te amo", le pedí.

"Tampoco olvides que yo también te amo, Simón", dijo.

Capítulo treinta y cinco: ASTRID

Nuestras pieles se fusionaron y mi blusa cayó a un lado mientras sus manos luchaban para quitar el resto de mi ropa. Cuando se deshizo de mi sujetador, mis senos cayeron en sus manos, y sentí que las caricias que me daba me proporcionaban la calma que necesitaba. Había pasado por tantos problemas durante el día que ya me sentía preparada para derrumbarme, con la única intención de que Simón me levantara.

Llevé mi pecho adelante, obligándome a entrar más en su garganta. "Pensé que me dejarías", susurró después. Luego llevó uno de mis pezones a su boca. Gemí con fuerza mientras reclinaba mi cara.

Con sus dedos extendió mis piernas y buscó mi clítoris, ya inflamado. Me demostraba su deseo del mismo modo salvaje en el que lo había hecho cuando habíamos estado juntos por primera vez. No dejó de acariciarme, comenzando por mis mejillas y aterrizando en la colina de mi placer.

Separé mis muslos y permití que me tocara suavemente. "Te necesito", soltó bruscamente.

Me sentí deseada, y me encantó. Llevé mi cuerpo un poco más adelante. Introduje un par de sus dedos en mi interior, lo que arrancó un profundo gruñido de su garganta. Quedé sin aliento cuando su lengua comenzó a moverse en mi entrada. El deseo se agitaba en mis profundidades.

"Jamás voy a dejarte", dije en voz baja antes de besar su cuello.

Dudaba que sus padres o él hubieran estado involucrados de algún modo con la muerte de Samuel. El deseo impetuoso me impulsaba a ser tan codiciosa como él. Lo había extrañado y había pensado que luego de escuchar a mamá no seguiríamos juntos. Si él hubiera sabido algunas de las cosas extrañas que mamá me había contado, lo nuestro no podría continuar. Pero cuando negó todo, me di cuenta de que debía dejar eso atrás.

Mis muslos flaquearon y tomé aire con fuerza. "Cielos. Cuántas ganas tengo de probarte", dijo. Se puso de rodillas en el piso frente a mí. Un segundo después tomó mi clítoris con sus labios.

Empujé mis caderas adelante para sentir la presión que ejercían sus labios sobre mi piel. "¡Simón!", exclamé, mientras tomaba parte de su cabellera.

La expresión lujuriosa de su mirada celeste me atravesó. La presión se incrementó poco después. Su lengua masajeaba mi clítoris y dibujaba círculos alrededor de él. La agilidad de su boca incrementó el éxtasis que sentía. Era todo un experto, a diferencia de mí, lo que me dejaba sin más opción que sumergirme en el placer. Estaba seguro de que se daba cuenta de ello. Bajé mi cara y noté que me veía.

Mis piernas estaban a punto de ceder. "Creo que voy a...", comencé a decir.

Asintió suavemente y subió. Luego levantó mi pierna derecha y la dejó sobre su espalda para que la apoyara allí. Estaba a su merced. Mi cuerpo se suspendía en el aire mientras sus labios alcanzaban mi vagina.

Su mano masajéo los dedos del pie que tenía sobre su espalda y prolongaron mi placer. Sus dientes superiores acariciaron mi clítoris y no pude más. Simón enroscó un par de sus dedos de su otra mano en la parte superior, tomando la zona en la que el placer se concentraba.

El clímax se volcaba sobre mi cuerpo. Parecía que todas mis células estaban recibiendo intensas descargas eléctricas. El flujo era tan potente que azotó cada átomo de mi cuerpo inclementemente. "Cielo santo", susurré. Abrí mis ojos ampliamente mientras reclinaba mi cabeza.

Vio mi figura expuesta frente a su cara. El deseo brotaba en su mirada. Su cuerpo latía por sus ganas de mostrarme cuánto ansiaba poseerme. Mis pies temblaron y Simón me puso sobre su pecho. Luego me puso cuidadosamente sobre mi cama. Mis hombros tocaron el respaldo mientras se ponía sobre mi pecho. Separó mis piernas con una de sus rodillas. Se puso de rodillas y tomó un preservativo para enfundar su gran tronco en él.

Mi cuerpo se extendió rápidamente para tomarlo. "Penétrame", le pedí, y luego bajó para hacerlo. Pude recibirlo con mayor comodidad.

Estiró mi piel con calma. Su erección se deslizó ágilmente dentro de mí. Mis gemidos poderosos alertaron mis sentidos. Podrían despertar a Sam. Sin embargo, no me preocupé. Era la primera vez en mucho tiempo que no lo estaba. Solo quería liberarme, reencontrarme con Simón y mostrarle mi desesperada necesidad de tenerlo dentro de mí una vez más.

Moví mis caderas con rapidez también. Esperaba llegar al punto culminante de nuestro encuentro junto a él. Mamá había contado esa historia y no pude hablar más Simón luego de escucharla. Ahora estaba ansiosa por saber si la conexión continuaba. Si quería seguir a mi lado. Y supe que sí cuando comenzó a penetrarme con más poder mientras su pecho se calentaba.

"¡Astrid!", gritó.

Era su musa y la persona que lo motivaba también. Y eso me hacía sentir que tenía un poder sobre él. Entonces, al escuchar mi nombre salir de su boca con tanto placer, no pude soportarlo por más tiempo. Yo encendía su cuerpo, su corazón y sus instintos, y me encantaba saberlo.

Sentía que estaba de punto de caer al pozo más profundo de mi agonía. "¡Simón! ¡No puedo más!", dije con un gemido.

Puso su pecho más cerca y sentí la fuerza de sus penetraciones finales en mi interior. "¡Espera un segundo!", dijo con tono salvaje. Sus caderas chocaron con las mías una vez más.

El grito de su nombre se unía con el suyo, así como mis alaridos se encontraban con los suyos. Construíamos una especie de balada para que nuestros oídos se deleitaran con ella. Mi piel se empapó. La suya también. Los líquidos de nuestros esfuerzos y el choque de nuestras pieles presagiaban lo que sucedería pronto.

El placer era tan contundente que no soporté más y entré en ese tornado de calor que me devoraba. "Te amo", confesé una vez más. El orgasmo ya estremecía mi cuerpo.

Dije su nombre con toda la fuerza de mis pulmones mientras tomaba su espalda para que su cuerpo me protegiera. El placer se extendió desde mis pies hasta mi cabellera. Simón me amaba y estaba demostrándomelo. La emoción me convenció de ahogarme con esa certeza.

Su instinto era tomarme animalmente, devorarme con toda la sensualidad posible para soltar sus líquidos viriles en mi interior y saciar su hambre de mí. Su abrazo poderoso me hizo creer que pronto perdería la razón. Perdí el aliento mientras el clímax continuaba golpeándome. Él seguía jadeando y repitiendo mi nombre mientras me tomaba una y otra vez, con un ritmo intenso y acelerado.

Extendí más mis piernas para recibirlo. Su pene se empujó una vez más en mis profundidades y Simón dijo mi nombre una vez más, un grito que precedió el empuje de sus caderas. Y el siguiente. Y el último. Luego se paralizó. Su pene se movió con tanta fuerza que pude sentir sus movimientos. Después comprobé cómo sus músculos se entumecían.

Puse mis extremidades alrededor de su pecho. Me apoyé con fuerza sobre él y hundí ligeramente mis dedos en su espalda. Nos movimos suavemente mientras él se liberaba. Un huracán de emociones aturdió mi piel. Me vi forzada a relajarme lentamente para recuperarme.

Besé su boca y pronto mi lengua entró en su garganta. Con calma se retiró de mí y comencé a respirar suavemente para recobrar la tranquilidad. Él cayó a mi lado y peinó su cabellera. Jadeaba con fuerza mientras su cuerpo continuaba sudando. Respiramos al mismo ritmo y luego uní mi mano a la suya. Nuestros dedos se juntaron antes de que besara cada uno de ellos. Después besó la palma de mi mano y sus labios chocaron con mi mejilla. Las bocanadas de su respiración me regalaban mi propio aroma.

"Vas a hacer que te tomé otra vez", dijo, a modo de advertencia, y pude sentir su pene, aún erecto, tocando mi pierna derecha.

Mordió mi sien y me pidió que no lo torturara más. Su tronco se sentía tan grueso que quise hacerlo una vez más, con el mismo instinto animal de antes. La mejor sensación del mundo era la de poder expandir mi cuerpo para recibirlo. Me acerqué a él para besarlo. Lo hice varias veces hasta que retiró su cara.

"Debiste llamarme", me dijo unos segundos después.

Abruptamente me sentí muy cansada, y esa sensación de tristeza que aparece tras horas de lágrimas se hincó sobre mis sentidos. Sentí que su frase me llenaba de lecciones, al tiempo que sentía que me regresaba al presente tortuoso que vivíamos. Lo que teníamos no era el fin de un día lleno de romance. Era el cierre de una jornada que había dejado mis ojos llenos de llanto.

"No sabía qué decirte", le dije, confesando la duda que me agotaba.

Mi maravilloso romance con él se proyectaba frente a mí, al tiempo que buscaba enmendar un error que tal vez ni siquiera había cometido. Pensé en los momentos en los que había estado en casa de mis padres. Entonces no había motivos para llamarlo ni responder sus mensajes o llamadas. Ciertamente no sabía qué decirle. Tenía miedo de la respuesta que me diría.

Era consciente de lo mucho que quería estar con él, aun cuando no conocía su versión de los hechos. Mis pensamientos me hicieron recordar que estaba enamorada de Simón, pero era más poderoso de lo que había creído. Me resultaba impensable que pudiéramos terminar.

No habría forma de que fuese la versión de mí misma que era antes de confesarle mis sentimientos. Me sentía muy vulnerable por todo lo que sucedía. Eso me sucedía por el amor que sentía por él. Me parecía que era dependiente, algo que nunca había experimentado. Él podría volver a El Rosal y retomar su vida habitual, pero yo no podría hacer lo mismo.

Su presencia me daba fuerzas, aunque también me ponía al margen de la debilidad. Esa revelación había hecho que todo cambiara. Ahora era una Astrid diferente. En mi nueva realidad, ya no podía vivir sin Simón.

"Solo quería que me dijeras que aún estabas enamorada de mí", dijo con inocencia y humildad,

calidades que siempre recordaba cuando llegaba a mi mente.

Besé su boca una vez más. "Es cierto", reconocí en voz baja.

"Lo sé. Digo la verdad todo el tiempo", dijo con tono burlón antes de besarme también. "¿Ya elegiste el vestido que te pondrás para la fiesta que tendremos mañana?", me preguntó.

Su cuerpo se acercó a mí y me di cuenta de que quería más acción.

"¿Fiesta?", le pregunté, aunque también estaba preguntándomelo a mí misma.

Bajó su boca para rozar mi cuello. Sus dientes se clavaron suavemente sobre mi pecho. "Intenta recordar", me dijo cerca de la oreja.

"Oh. Esa fiesta, la de Fin de Año", dije.

"Creo que sería mejor que nos quedemos en la cama", dije. Subí mis piernas y mi clítoris se acercó a su glande. Realmente no había recordado la fiesta ni la invitación de su madre. Las experiencias por las que había atravesado me habían hecho convencerme de que debía pasar un día en casa.

Impulsó sus caderas y rozó mi clítoris. "Podremos quedarnos en tu cama durante la noche", dijo.

Su piel rozaba la mía una y otra vez. "¡Es un buen plan! Un plan que ya empiezo a disfrutar," dije entre risas.

Tanto estrés y problemas me hacían querer entrar en esa burbuja que habíamos construido para alejarnos del mundo. Quería pasar unas horas con Simón. Solo esperaba pasar un día a su lado, abrazarlo y jugar con Sam mientras me sentía protegida.

"Pero antes, quiero que vayamos allí y decirle a toda mi familia que eres la mujer que amo", dijo suavemente, derritiendo mi pecho mientras volvía a penetrarme, llegando mucho más lejos de lo que había llegado antes.

Nuestros movimientos se ensamblaban de un modo bastante natural. Tomé aire con fuerza mientras ponía mis piernas a los costados. Ajusté mis muslos para recibirlo. Balanceé sus caderas a su ritmo sin tener que esforzarme demasiado.

Sus músculos estaban más rígidos por el placer. "Cielos. Qué rico te sientes", dijo entre jadeos.

Levanté mis piernas y extendí mis muslos un poco más para que su pene encajara. "Quiero sentirte", le rogué.

Se impulsó un poco más y su pene alcanzó todos mis puntos sensibles. "¿Iremos a la fiesta?", me preguntó.

Era mi dueño, y podía hacer con mi cuerpo lo que quisiera. "Cielos, Simón", susurré. Estaba a punto de alcanzar un nuevo orgasmo.

Sus dedos alcanzaron mi sien y sentí que perdía el control de mis sentidos. La unión de nuestros cuerpos despertó escalofríos en mi espalda. "Sé cuánto te gusta esto, cariño", soltó con rudeza, y mordió el lóbulo de mi oreja.

"¡Oh, sí! ¡Cielo santo! ¡Justo ahí!", grité mientras el ritmo se aceleraba.

Haló mi cabellera y el deseo que sentía se acentuó. "Quiero que me acompañes, cariño. Dime que

vas a ir", soltó entre jadeos.

Un nuevo clímax robaba los restos de mi vigor. Ni siquiera pude pensar en lo que dirían mis padres. "¡Iré!", grité.

Solamente podía pensar en la presión de su pene en mi interior. Tenía muchos asuntos pendientes con mi familia. La compañía de Simón, además, me hacía sentir que era una especie de doble agente. Sin embargo, podría pensar en ello después. Podría encontrar una manera de resolverlo.

"¡Astrid! ¡Cariño!", gruñó mientras levantaba sus caderas.

Todas las palabras que le habían dicho eran en serio, así como las que estaba a punto de decirle. Lo supe mientras todos mis músculos se entumecían al recordar el poderoso vínculo que nos unía. "¡Iré! ¡Iré! ¡Lo que sea! Haré lo que sea por ti, Simón", juré entre gritos.

Capítulo treinta y seis: SIMÓN

Pensé en invitar a Astrid a una cita más íntima. Algo como una cena o una película. Pero por los momentos, me vi preparándome para ir a la fiesta de Fin de Año de mi familia. Pasaría por ella y luego iría a casa de mis padres. Comencé a pensar en el resto de los eventos y sentí que se armaba un laberinto en mi mente. La gran cantidad de sucesos por los que había atravesado me hacían pensar que era una persona distinta, aunque el espejo me devolvía la misma imagen del sujeto que había vuelto a La Soledad sin problemas en su mente menos de quince días atrás.

Sabía que todo iba a cambiar pronto. Y no solo para nosotros. Pero deseaba ir con calma. En el presente, sabía que sentía un profundo amor. Uno que no podía esconder. Habíamos pasado por altibajos emocionales, aunque eso no me impedía pensar en encontrar alguna manera de controlar todo antes de que fuese imposible.

Todos mis familiares estaban alegres. Sabían que Astrid iría a la fiesta, y estaban ansiosos por conocerla, así como a Sam. Pero él era solo un bebé. Además, sería la primera vez que la presentaría como mi novia formal. Por eso decidimos que fuese sin nuestro hijo. Adicionalmente, mamá no permitía que nadie llevara niños. En las bebidas siempre había licor y los comentarios solían estar subidos de tono.

Cuando era niño intentaba colarme con Mariana a las fiestas. Veía desde la escalera mientras me preguntaba por qué toda esa gente adulta reía tanto. Siempre bebían hasta la madrugada y les exigían a los niños que se durmieran, pues si no lo hacían Papá Noel no les llevaría obsequios al año siguiente.

Me acomodé en un rincón mientras pensaba en las tradiciones que iniciaríamos y las cenas especiales que tendríamos mientras le entregaba mis más profundos sentimientos. Me parecía increíble que ahora iría a una fiesta con una chica que estaría a mi lado hasta el fin de mis días. Mi pecho se llenaba de orgullo al saber que ella sería la única que presentaría a mis familiares.

Escuché el constante sonido de mi celular. Era tedioso. Lo tomé y vi la alegría de siempre en la cara de Astrid. Había tomado esa fotografía en el parque, cuando llevamos a Sam. La sonrisa de ese día era la más hermosa que le había visto jamás.

Ajusté mi corbata frente al espejo. "¿Sí?", pregunté.

"Llamo para saber si vas a venir por mí", dijo entre risas.

Iba a pasar por ella en quince minutos, pero como no quería estar mucho tiempo en su casa, decidí cronometrar mis movimientos. No iba a poder controlar mi deseo si pasaba varios minutos allí.

Tomé mi billetera y las llaves de mi camioneta rentada. "Jamás podría plantarte, cariño", dije, con una suave risa.

El tono suave y animado de su voz me parecía una suave brisa que relajaba mis músculos tras la abrumadora jornada que habíamos tenido. "¿Aún estás en tu casa?", me preguntó.

Me dijo que estaba moviéndose frente al armario pues no sabía qué vestido ponerse. Era agradable saber que estaba volviendo a ser la linda e inocente persona que conocí. Pasé casi toda la noche haciendo que recordara lo maravilloso de nuestra relación. Luego tomé una larga siesta. Ella fue al hotel para trabajar, aunque constantemente me contactaba, con mensajes o llamadas. No

dejaba de sentirse ansiosa.

Bajé la escalera y me detuve para ver la entrada de mi casa. "Sí, pero ya estoy cerrando la puerta", aseguré.

"¡Debes estar bromeando!", dijo Astrid.

"Es la verdad. Estoy en la entrada de mi casa, mirando la mayor decoración navideña que alguna vez haya visto", dije, riendo.

"¡Te escuché!", dijo mamá en la sala de estar.

Esta vez había hecho un esfuerzo mayor. Compró guirnaldas de todos los tamaños y los puso por todos lados. Además, como solía hacer, contrató a varios empleados para que trabajaran en la fiesta como camareros. Cada uno debía usar esmoquin y llevar bandejas con bebidas o comidas para nuestros invitados. En la cocina, varios chefs se encargaban de la cena. Así, ella podía estar más calmada y compartir con los invitados y disfrutar el evento que había organizado. Papá había comenzado esa tradición mientras estudiaban en la secundaria, una vez que mamá comenzó a enloquecer al planear cómo sería su siguiente fiesta.

Tenía que ayudar a los demás, aunque ellos no lo pidieran, pues algunas personas probablemente nunca lo pedirían. Papá me lo había enseñado. Dijo varias veces que algunas personas solían gastar más dinero del que debían. Aseguró que mamá tenía una personalidad muy fuerte, y que no podía dejar que ella se encargara de todo sola, algo que haría sin pensarlo. Su experiencia me había dejado esa enseñanza.

"¡Vaya! ¡Qué guapo te ves!", dijo mamá al verme. Me acerqué para despedirme de ella.

"Iré por Astrid", le dije. Aún estaba conversando con ella por celular.

"Así que no me mentiste", dijo Astrid en voz baja.

Besé su mejilla y salí con prisa para que no dijera nada más. "Nos vemos más tarde, mamá", le dije antes de irme.

Astrid tomó aire y me enfoqué solo en nuestra conversación. "Deberías disculparte conmigo", dije.

"Voy a compensarte. Es una promesa. Voy a esperarte", dijo, y suspiró. El tono de su voz me invitaba a tomarla otra vez.

"No olvides cuánto te amo", dije.

Habíamos pasado por experiencias increíbles y extremas, lo que me había hecho pensar que en algún momento podría quedarme solo, por lo que quería decirle que la amaba con mucha frecuencia. Me sentía relajado al poder recordarle mi amor cada vez que podía. Se sentía natural, expresarle en cada oportunidad que la amaba con todas mis fuerzas.

"No lo he olvidado. Yo también te amo, Simón. Maneja con precaución, por favor", me pidió.

Encendí mi camioneta mientras mi necesidad de ver a Astrid crecía. Colgué y salí del estacionamiento. Los empleados retocaban la entrada mientras adentro ya se sentía el ambiente festivo. La imagen era maravillosa

Sabía que algunos niños solo querían estar con sus amigos y luego enfocarse en sus tradiciones,

pero yo solo quería regresar a La Soledad para compartir las Navidades con mis padres en vez de pasar mi tiempo con mis viejas amistades. Pensé en ello cuando un suave aliento del aire llegó a mis hombros. El invierno ya se sentía en el ambiente. Ese periodo de descanso en casa me encantaba. Quería disfrutar la mayor cantidad de días posible con mis familiares.

Miles de luces iluminaban la calle en la que vivía Astrid. Muchas de las casas aledañas lucían hermosas decoraciones navideñas. En una de ellas podía verse incluso una decoración con el nacimiento de Jesús.

Levanté mi mano para tocar el timbre, pero Astrid abrió la puerta y comenzó a reír con timidez, al tiempo que posaba para que la viera. Tenía un vestido largo, carente de tirantes, con el que su atractivo se desbordaba. Había recogido su cabellera, por lo que la impresionante belleza de su cara ahora lucía más impactante. El vestido abrazaba todas sus curvas. Tuve que apretar mis puños para controlar la necesidad que sentía de alcanzar su tela con mis manos.

Ví su cuerpo de pies a cabeza. "Solo puedo decir... ¡Guao!", dije, con total asombro.

Besó intensamente mi boca. "También luces... guao", dijo después.

Mi pene ya se levantaba. "Calma, mi amor. Trato de contenerme para no olvidar este asunto y llevarte a tu habitación", dije, a modo de advertencia.

"¡Eso no va a pasar! No es posible", dijo, aunque se acercó a mí con deseo. "Sam está con mis padres. Quiero pasar esta noche en esa fiesta", aseguró. Reí mientras cerraba su puerta. Luego bajamos los escalones de su entrada. Me adelanté a ella para abrir su puerta y la ayudé a subir.

"Me alegra que tu madre esté cuidando a Sam", dije, y me senté a su lado.

"A mí también. Tal vez siente algo de culpa, pero no estoy segura", dijo antes de suspirar. Yo también sentí algo de culpa, por sacar el tema a relucir.

"Podemos hablar de otro asunto", dije.

"No pasa nada. De hecho, quería saber si conversaste con tu mamá", dijo.

"No lo he hecho", contesté. "Pensé en hacerlo, pero creí que lo único que lograría sería reabrir heridas muy antiguas", añadí.

"Bueno...", susurró.

"¿Dices que tal vez no sea cierto?", le pregunté.

Cuando me di cuenta de lo mucho que creía en mi palabra, me sentí una vez más como una persona muy importante en su vida. Le había dicho que ignoraba todo el asunto de mis padres lo que había y me dio su perdón. Un perdón que valía oro para mí. Por eso, era la primera vez que me atrevía a hacerle esa pregunta. Siempre había pensado que en lugar de creer en mí solo consideraría real lo que su familia le asegurara.

Giró para verme y estiró su brazo para tocar mis dedos y unirlos a los suyos. "Claro que creo en lo que me dices. Estoy segura de que no sabías nada", dijo.

Creí que al llegar a casa de mis padres incluso se pondría mejor. Nuestros invitados estaban llegando y la atmósfera rebosaba alegría. Mi mano se unió a la suya y avanzamos sin decir nada. Las luces mágicas de la ciudad nos iluminaban. Todos estaban contentos por la Navidad. Y yo

tenía el privilegio de estar con la chica más especial que había conocido para que me acompañara. Todo lo que estaba sucediendo me emocionaba.

"¿Lista?", le pregunté mientras apagaba el auto.

Besó mi boca suavemente. "Sí... creo", dijo, con una sonrisa.

Me asombró la extraordinaria y meticulosa decoración que había puesto mamá. Fuimos a la entrada tomados de la mano. Saludamos a los invitados que ya habían llegado. Había un pinchadiscos al final de la sala, tocando una selección de música navideña, animando a los presentes. El grupo de camareros ya servía diversas comidas.

"¡Astrid! ¡Cielos!", gritó Mariana desde la parte superior de la casa.

Astrid sonrió y reclinó un poco su cabeza para ver a mi hermana. Ella bajó los escalones apresuradamente, aún sin zapatos, para abrazar con fuerza a Astrid. Se unieron en un largo abrazo que me hizo pensar que lloraban, pero mi hermana subió su rostro y vi que reía alegremente.

"¿Cuál es la broma?", les pregunté.

Mariana sonrió ampliamente. "No hay ninguna broma. Estoy feliz de ver a Astrid, mi nueva hermana mayor", dijo.

"Eso se oye extraño", le dije con seriedad. Le hablaba con tono de advertencia, algo que hacía habitualmente para evitar que se comportara inmaduramente.

"Claro que no. ¡Astrid sí me entiende! He querido que sea parte de mi familia hace millones de años", dijo Mariana alegremente. Luego volvió a unirse en un abrazo con Astrid. "Debes venir con Sam. Mamá repite una y otra vez que su cara es idéntica a la mía", dijo.

Giró y vi la emoción en su mirada. Sentí que mis latidos se ralentizaban al ver su sonrisa de amor. "¡Es verdad!", dijo Astrid, riendo. "Y solo me di cuenta cuando Mauricio me lo dijo", comentó.

"¿Vas a traerlo? ¿Lo prometes?", rogó mi hermana.

Mariana había elegido un vestido rosa. Estaba creciendo cada día más. Recordé las ocasiones en las que se había disfrazado, algo que ya no hacía. "¡Sí!", aseguró Astrid, y sonrió antes de abrazar una vez más a mi hermana menor.

Fuimos a saludar a mis primos. A ellos, tal como había hecho con todos los invitados, les habían asombrado mis anécdotas sobre Sam. También les aseguré que los llevaría a la próxima celebración familiar que tuviéramos. "Es espectacular", dijo Astrid sobre mi oreja, en voz baja, cuando nos ubicamos en una esquina.

Mis manos tomaron su cintura y la atraje hacia mí. "¿Te gustaría que vengamos cada año a esta fiesta? Podría ser nuestra tradición", le sugerí.

"Puede ser... Se oye complicado, pero supongo que alguien tiene que ensuciarse las manos", dijo, con una carcajada. Las líneas de sus labios felices me hicieron sentir relajado rápidamente. "Pero tu mamá debe saber que no quiero cocinar para tanta gente", dijo.

Besé su mejilla derecha y noté que mamá levantaba su mano desde el fondo de la cocina. "¿Te das cuenta de que eres perfecta?", le pregunté.

"Sí, pero parece que tu madre quiere hablar contigo. Ve a hablar con ella. Debo ir al baño", dijo.

Vio a mamá y asintió.

"De acuerdo", respondí. Esperé que entrara al baño y caminé para encontrarme con mamá.

Los camareros estaban organizando la distribución del champán. Llenaban velozmente las copas y luego las ponían sobre sus bandejas. Más invitados llegaban. El ambiente era cada vez más animado con el pasar de las horas.

Mamá me abrazó. "¿Listo? Me gustaría que brindáramos", dijo después.

Rodeé su espalda con mis manos y sentí su perfume. Recordé que era el mismo que usaba para que fuésemos a las misas dominicales. "Lo estoy. Y debo decir que esta fiesta es genial, mamá", le dije.

No dijo nada sobre mi halago.

"¿Y Astrid?", me preguntó.

Volteé para que no descubriera que escondía algo. "Fue al baño", respondí.

Ví que Astrid salía del sanitario. Ví el baño femenino y me esforcé para no ver la cara de mamá. Pero fue inútil. Mi movimiento hizo que se percatara de que estaba tratando de no contarle algo.

Astrid cubría su oreja con su mano mientras trataba de oír con la otra a alguien que la llamaba a su celular. Aunque no podía escuchar la conversación, noté que se sentía molesta y necesitaba ayuda. Su expresión me hizo darme cuenta de que algo no estaba bien.

Quería que Astrid terminara su charla, pero seguía hablando. "Mamá, debo irme", dije.

"¿De qué hablas, Simón? ¿Qué ocurre?", me preguntó.

Me percaté de los temblores de su cuerpo. Continuó conversando con su celular. Sin poder responderle a mamá, fui con prisa hacia Astrid y la envolví con un abrazo para que se sintiera protegida.

Su autocontrol me impresionó. Lucía más relajada. "De acuerdo. Pronto pasaré por Sam", dijo con rapidez.

Ví sus ojos para detectar alguna señal. "¿Qué sucede? ¿Te encuentras bien?", le pregunté.

Empezó a verse cada vez más molesta. "Solo llévame a casa de mis padres", dijo con frialdad. Luego se retiró de la fiesta en silencio.

"Simón, dime qué ocurre", preguntó mamá una vez más. Solo cuando la escuché pude notar que estaba a mi lado. La molestia que sentí ante su insistencia y la decepción que sentía al suponer que todo se debía a otra escena causada por la madre de Astrid, comencé a contar la verdad.

"Verónica habló con Astrid. Le contó que papá y tú liberaron al homicida de Samuel. Y ahora está molesta porque se enteró que Sam es mi hijo", dije.

No fue necesario que le contara nada más. Las muecas de dolor aparecieron rápidamente en la cara de mamá.

Sabía que mi madre opinaba que los hijos no merecían castigos por las decisiones de sus padres.

Con prisa fui detrás de sus pasos, mientras mi madre gritaba algunas frases que no pude oír. "Mamá, te pido disculpas, pero debo salir de aquí", dije rápidamente. Astrid ya abría la puerta

para salir.

Capítulo treinta y siete: ASTRID

"¿Busca su auto, señora?", me preguntó uno de los sujetos encargados de estacionar los vehículos.

"En realidad me iré con Simón. Debo volver a mi casa", dije, aunque me sentía confundida.

No le había dicho a mamá dónde iría, pues no estaría de acuerdo con mi presencia en casa de mis suegros. La conversación con ella había hecho que me sintiera realmente mal. Estaba teniendo náuseas y sentía un profundo deseo de execrar todo lo que había en mi cuerpo. Sabía que era la culpable de todo.

De todos modos, había imaginado que mamá descubriría adónde iría. Vivíamos en un pueblo pequeño. Además, yo no tenía que ir al hotel. Como apenas tenía amigos que me invitaran a salir, mis pensamientos ilusionados me hacían creer que aceptaría finalmente a Simón. Su actitud y su voz, sin embargo, me habían hecho darme cuenta de lo contrario.

Sentí una nueva vibración de mi celular. Mamá estaba llamándome otra vez. Su cara sonriente en la pantalla me lo informaba. Cerré mis ojos y respondí.

"Pronto estaré allí. En cuanto llegue el auto me iré", dije con prisa.

"Astrid, tienes que aceptar que Mauricio y tú están actuando despreciablemente. Todo esto es muy absurdo. Es increíble que hayas pensado que cooperaría contigo para que pases tiempo con nuestros mayores enemigos", exclamó.

La frustración crecía en mi pecho. Me sentí como una doble agente una vez más. Sonreí forzosamente a los aparcacoches y di unos pasos para alejarme de ellos.

"En unos minutos iré por Sam, mamá", le dije.

Comenzó a hablar con fuerza. Sus gritos poderosos me hicieron pensar que todos alrededor habían escuchado. "Astrid, no se trata solo de venir por él. ¡Debes impedir que sea parte de la vida de mi nieto!", exclamó.

Estaba en el límite de mi paciencia. Mi mano presionó con fuerza el celular mientras mi cuerpo se tensaba. Abrí mi boca para gritarle algunas cosas a mamá, pero Simón apareció repentinamente. Me rodeó con sus manos, me dio un abrazo cálido y tomó mi celular. Vio de quién se trataba y se puso el celular sobre su oído. Comenzó a hablar, con un tono bastante prudente.

"Señora Gómez, lamento la tardanza. Justo en este momento saldremos a su casa", le contó. Había ido al grano. Luego tocó la pantalla para terminar la conversación.

Fuimos de la mano hacia su camioneta. Puso mi celular sobre un reposa vasos. Luego encendió el auto, comenzó a manejar y tomó mi mano.

El ánimo que se necesitaba ya no estaba en nuestras almas. En silencio crucé mis dedos con los suyos. Recorrimos la ciudad sin decir nada, aunque el aire estaba cargado de tensión. Una tensión bastante filosa. Podría decirle muchas palabras. Él también podría hacerlo. Pero no podíamos.

Sentía que estaba en una eterna obra teatral trágica que había dejado mi energía por el suelo. Había pasado por dos semanas realmente agotadoras. Simón había llegado al spa y todo mi mundo se había puesto de cabeza. Tener una relación, aun cuando hubiera amor, era complicado. Además, había un niño. Un niño que había mantenido en secreto. Apenas lo había soportado. Y para colmo

de males, había problemas entre mis padres y los suyos.

Aceleré luego de girar, y negué con mi cara. Confiaba en haber hecho lo correcto escondiendo todo durante el máximo tiempo para evitar lo que ahora estaba ocurriendo. Suspiré. Quería volver el tiempo y regresar a esos momentos felices en los que estaba en estado. Cuando la gente sabía solo algunas de las cosas que ocurrían. Pasamos por el centro de La Soledad y la pregunta que me había hecho Mauricio en la casa de mis padres retornó a mi mente. Quería saber por qué no le había dicho a Simón que tenía un hijo.

Llegamos a casa de mis padres. Apenas una luz estaba encendida, algo muy distinto al resto de las viviendas de mis calles, adornadas todas con hermosos motivos navideños. Mis padres, como de costumbre, querían ser diferentes.

No deseaba tener otro conflicto, pero mamá tenía la intención de molestarme, algo que ya no quería permitir. Bajé de la camioneta, aunque mis pies se sentían cada vez más rígidos. Fuimos hacia la entrada, aunque no quería estar allí.

Como no tenía ganas de esperar ni un segundo más, no toqué su timbre. Entré sin anunciarme. Sabía que mamá no cerraba su puerta con llave, algo muy habitual en La Soledad. ¿Qué esperaba que yo hiciera? No lo sabía. Solo había visto sus insólitos y repentinos cambios de humor.

Sus frases, cada vez más comprensibles, comenzaron a caer como cuchillos sobre mi pecho. Sus gritos se acentuaron. Aunque no podía entender lo que decía porque estaba lejos de mí, sus gritos eran tan poderosos que no podía ignorarlos. Simón se puso a su lado y puso su mano sobre la mía. Fui al jardín y vi su rostro.

"Ahora cree que puede ir con él a todos lados como si él fuese el mejor hombre del mundo. ¡Qué valiente es!", gritó.

Papá notó nuestras presencias. "¡Mi amor!", dijo.

Simón y yo aún teníamos la ropa que nos habíamos puesto para la fiesta. Papá, en cambio, tenía ropa de dormir, al igual que mamá. Ella giró y su rostro perdió su tono habitual. Parecía que se había topado con un cadáver. Me vio y luego se fijó en Simón. Nunca en mi vida me había sentido tan incómoda. Nadie decía una palabra.

"Vinimos por Sam. Por mi hijo", dijo Simón. Sentí que su frase caía como una bomba.

Mamá subió sus cejas ampliamente. No creía lo que sucedía. Puso su mano sobre su pecho, simulando una sorpresa que no sentía, antes de comenzar a hablar. O mejor dicho, embestir a Simón. Cerré mis ojos y aguardé el estallido. Sabía que se molestaría ante la "osadía" de su yerno, que en realidad era un recordatorio. Y entonces lo hizo.

El veneno de su mirada me indicaba que estaba expresando el dolor que sentía. "¡Ahora es que te conviertes en padre, Simón! ¡Yo crié a tu bebé! ¡Ahora te sientes orgulloso, aunque solo lo conoces hace quince días!", dijo con rudeza.

Mamá había simulado durante años que no sentía nada en su afán de mostrarse como una persona valiente y fuerte.

Toqué ligeramente los dedos de Simón. Con mi gesto quería decirle lo que mi boca no podía. Sentía la necesidad de demostrarle mis emociones en silencio. El paso de los años había

enterrado su dolor profundamente. Sin embargo, ahora que estaba expresándose sin miedo, no había nada que la censurara.

"¡No sabes nada, Simón!", gritó, con un tono ahogado por el llanto.

Papá estaba cerca del comedor. A pesar de su gran tamaño, el momento me hacía olvidar su presencia. "Será mejor que vayamos a la cama, mi amor" sugirió.

Su índice tembloroso apuntó a Simón. "¡Claro que no! ¡Ya me cansé! ¡Él no sabe nada sobre sus padres!", gritó.

No sabía que había detrás de las emociones de mamá, pero estaba causándole mucha tristeza y teníamos que permitirle vomitar ese dolor. Estaba cada vez más exaltada. La pasión era una virtud que siempre había admirado de ella. Ahora esa pasión estaba aflorando para expresar lo que sentía. Sentí el deseo de acercarme y abrazarla, pero decidí que era mejor que liberara sus emociones, tal como mi padre había decidido también.

Mamá tenía sus ojos llorosos y subió sus manos. "¡Lucía dio ese testimonio! ¡Por su culpa nos alejamos! ¡Por culpa de tu ese asesino está libre!", dijo.

"No es verdad", dijo Simón, con tono sosegado. "Además, quiero que sepa que me gustaría formar parte de la vida de mi hijo, señora Gómez. Todo lo que he hecho ha sido para demostrar que quiero a Astrid. De hecho, siento un profundo amor por ella. Le pido que nos permita vivir este amor", rogó, con un tono que clamaba por la aprobación de mi madre.

Amaba tanto a mamá que no podría dejarla a un lado, aunque jamás me había visto forzada a elegir como ella me pedía que hiciera. Simón tenía claro que era una persona muy importante para mí. Sabía que no podría dejarla fuera de mi vida.

Mamá comenzó a avanzar. "¿No es verdad? ¡Es obvio que no sabes nada!", exclamó.

Sentí la necesidad de poner a salvo a Simón. Sin embargo, me detuvo suavemente con su mano sobre mi muñeca. Papá se puso de pie. Parecía que el tiempo estaba transcurriendo con mayor lentitud.

Los gritos nos habían impedido escuchar la puerta. Estaba llegando alguien que también conocía a mamá. De hecho, la conocía tanto que sabía que no aseguraba su puerta con llave.

Lucía Suárez entraba en casa de mis padres. Tenía su traje para la fiesta. Su esposo y Mariana estaban a su lado. Era la primera vez en mucho tiempo que entraban en nuestra casa.

Hubo un atronador silencio. "¿De verdad creíste que ayudamos a ese asesino a salir en libertad? ¡Tiene que ser una broma, Verónica!", aseguró la señora Suárez calmadamente.

Mamá y la señora Suárez tenían una amistad muy antigua, pero había terminado repentinamente sin que pudieran cruzar más que unas palabras. No había habido forma de que alguien convenciera a mamá de conversar con la señora Lucía, pero ella había dado ese paso para aclarar la situación. Giramos rápidamente. Entendimos que estaba sucediendo algo realmente serio.

Elas necesitaban decirse muchas cosas. A solas. Vi el rostro de Simón y le pedí que saliéramos.

Capítulo treinta y ocho: SIMÓN

Mamá se ubicó en el centro del lugar. No había notado su llegada. Tampoco había pensado que iba a seguirme. Su presencia en ese espacio, al que no iba hacía mucho tiempo, me resultaba surrealista. Un silencio denso y misterioso se posaba sobre la casa de los padres de Astrid.

"¿Qué sucede?", nos preguntó Mauricio cuando llegó.

Astrid lo invitó con su mano. "Acércate", murmuró.

Mamá y la señora Gómez se habían quedado a solas, lo que me hizo cuestionarme si habíamos tomado la decisión correcta. Nosotros, en tanto, no teníamos la intención de explicarle a mi hermano. Solo queríamos saber lo que sucedía.

Sin embargo, al verlas juntas pensé que tal vez la causa de su enemistad era tan profunda que habían actuado apropiadamente al distanciarse. Mi deseo inicial era que mamá pudiera contar lo que creía que había pasado. Algo me hizo pensar que lo solucionarían de algún modo, pero ahora lucía complicado.

Todos jadeamos al ver que mamá levantaba su mano. Estaban solas en la sala de estar de casa de mi madre. Mamá comenzó a hablar. Verónica retrocedió y su espalda rozó la encimera.

"¿De verdad piensas que trataría de hacer algo, incluso pensarlo, para hacerle daño a Samuel, Verónica?", le preguntó.

"Este no es el mejor lugar, Lucía. Tus hijos se enterarán de todo, algo que tú no quieres", respondió la señora Gómez antes de ver a Mariana.

Quise proteger a Mariana como si fuese parte de mi familia. Había sido la amiga más cercana de Samuel. Todos lo sabíamos. Era la persona a la que teníamos que mantener a salvo. La partida de Samuel le había causado una herida más profunda que al resto de nosotros.

Mamá dio un paso más y vio nuevamente a Mariana. "Me da igual. Pueden escuchar todo", dijo con fuerza.

"Verónica piensa que ayudamos al homicida de Samuel a salir en libertad", dijo la señora Suárez. El tono de su voz se entristeció al mencionar al pequeño fallecido.

Mariana se entristeció rápidamente y tomó asiento en una silla. Astrid me vio y luego asintió. Después observó a mi hermana y volvió a verme. Su mirada me sugería que me acercara a Mariana. Le di un suave beso en su mejilla mientras recordaba lo afortunado que era por el vínculo que habíamos desarrollado. Caminé hacia Mariana. Puse mis dedos sobre su hombro y mamá abrió la boca nuevamente para proseguir.

"Verónica...", dijo mamá mientras movía su cabeza a los lados.

La muerte de Samuel había hecho añicos mi corazón, pero también había tenido que pasar por el dolor de perder a sus padres. No habíamos vuelto a viajar ni tener otra cena juntos tras esa abrupta partida. La vieja y hermosa amistad que nuestras madres tenían nos dejaba claro lo mucho que todos queríamos que solucionaran el problema que las mantenía alejadas. Ansiábamos que pudieran retomar ese lindo vínculo. Ese vínculo que se había roto, lo que había alterado el curso de nuestras vidas.

Mamá levantó sus manos. Su corazón estaba maltrecho. "No lo ayudé de ningún modo. Te lo juro por mi vida" dijo.

"Lucía, leí todas las transcripciones del juicio. Leí cada una de tus palabras. ¡Hablaste a su favor! ¡Aseguraste que era un empleado excelente! ¿Cómo pudiste decir eso si sabías lo que le había hecho a mi... Samuel?", gritó la señora Gómez, rompiendo en llanto.

Mamá exhaló con fuerza y peinó sus cabellos, lo mismo que yo hacía en momentos de frustración. "¡Verónica, no puedes estar hablando en serio!", respondió. Aún no creía lo que oía. Estaba adolorida y agitada. Comenzó a llorar al darse cuenta de lo que trataba de decir la madre de Astrid. Parecía que en su mente había una parte de la historia que no conocíamos.

El padre de Astrid se levantó. Caminó hasta donde se encontraba la señora Lucía y la abrazó con calidez. "Mi amor, ya no podemos cambiar lo que ocurrió", le dijo con calma mientras masajeaba sus hombros.

Mamá caminó un poco para acercarse a la señora Gómez. "Di mi declaración. Fui enfática en cuanto a que esperaba la sentencia más firme y larga posible, pero no hubo un final feliz, como en las películas.

Esa no fue una audiencia más, de esas que se realizan con público. Fue privada. Tenía que contestar las preguntas de los abogados. Solo podía decir sí o no, o una frase corta. Eso fue lo que hice. Ellos tomaron los archivos de la empresa para enaltecer su vida laboral. Vieron sus índices de asistencia y eficiencia. Entonces lo calificaron de inmediato como un excelente empleado.

No tuvimos más opción que decir que tenían razón. Había sido un excelente trabajador hasta que tuvimos que despedirlo por beber mientras trabajaba. Pero nunca pensamos que podría pasar todo lo que ocurrió después de su despedida.

Lo invitamos a empezar una terapia psicológica, pero no quería hacerlo. ¿Cómo podríamos haberlo ayudado si no quería recibir ayuda? ¡No pudiste leer todo! Editaron gran parte de mi declaración para dejar solo los trozos convenientes", explicó.

"Samuel era como un hijo para mí. Con su partida también se fue un trozo de mi corazón. Pero la mayor tristeza que tuve fue la que sentí cuando perdí tu amistad. Ignoraba lo que pensabas de mí. Simplemente me hiciste a un lado. De haberme enterado de lo que pensabas, me habría acercado a ti antes", continuó mamá, con un tono tan bajo que tuve que esforzarme para oírla.

La señora Gómez lució más relajada. Sentí que quería buscar motivos para olvidar todo. Y perdonar. Había tenido ese terrible peso sobre sus hombros. Era el momento de desprenderse de él. Ambas mujeres dieron sendos pasos para estar más cerca.

"Ellos eran prácticamente hermanos. Yo cuidaba a Samuel cuando estaba en casa, y luego te decía que había descubierto lo que era tener gemelos. ¡Ellos eran muy cercanos!", comentó. "No habría lastimado a tu hijo, Verónica. Aún no había salido del hospital mientras tú traías al mundo a Samuel. Mi pequeña Mariana había nacido dos días antes", dijo.

"¡Sí! Incluso le pedía a Simón que pasara tiempo con Mauricio. ¡Así podía enseñarle a comportarse mejor!", contó la señora Gómez entre risas.

La madre de Astrid exhaló y sus mejillas se anegaron de lágrimas. "Vaya, Lucía", dijo. Agitó su cara y su tono de voz sucumbía ante el llanto. "Mi pecho ha estado lleno de dolor por tanto tiempo.

¡Y todo por un malentendido! Fui una idiota. Lo he sido siempre", dijo.

La señora Gómez abrió sus ojos de par en par. El drama se acentuaba en su cara.

Mamá extendió su brazo para alcanzarla. La acercó y se abrazaron como un par de jovencitas. "Pero puedes ver cómo ha cambiado todo. Para bien", dijo. "Ahora somos familia. Tu hija salió embarazada de mi hijo", dijo con una sonrisa, y me ruboricé.

Papá se levantó y todos lo observamos. "De acuerdo", dijo.

Era consciente de que, al abrir la boca, papá quería decir algo que le parecía importante. Solía hablar poco, tal como el señor Gómez. Siempre estaba atento a sus hijos y el hotel.

"No quisiera interrumpir su charla, pero me gustaría ver a Sam", dijo, y alegró mi pecho rápidamente.

"¡Yo también quiero verlo!", dijo Mariana con tono alegre mientras subía su brazo.

Astrid asintió con una sonrisa. Con prisa abandonó la sala de estar. Pronto regresó. En sus brazos tenía el bulto que me causaba tanta felicidad. Lo había envuelto en un pequeño edredón azul. Mamá dio unos pasos y tomó a Sam. Luego, Mariana y mi padre lo abrazaron suavemente.

"¡Esa mirada!", exclamó Mariana al conocerlo.

La luz de sus ojos me hizo sentir más seguro tras las pesadillas que había vivido. Estaba seguro de que, a partir de ese momento, nada sería imposible para nosotros. "Es mi mirada", recordé, con una sonrisa.

La señora Gómez sonrió tíbamente al verme. Era un gesto tímido, pero parecía que estaba cediendo finalmente. "Confieso que cuando Astrid me lo dijo, comencé a reclamarme mentalmente por no notar eso. Simón Suárez, claramente es tu mirada", reconoció.

Giré y vi a mi hermana menor. Ella veía a Sam. No podía recordar su cara cuando era solo una recién nacida, aunque jamás podría olvidar la cara de mi bebé. "De hecho me parece que es idéntico a Mariana", confesé.

Sam tomó uno de los dedos de Mariana con toda su mano. Comenzó a reír mientras mi hermana hacía muecas graciosas con su cara. Una expresión de orgullo apareció en su semblante al ver a su sobrino. Oficialmente ya era su tía.

Todos tomaron asiento. Mamá se ubicó al lado de la señora Gómez. Sostuvo a Sam y luego se lo cedió a su vieja amiga. Luego contaron anécdotas sobre nuestra niñez. ¿Cómo habíamos podido llegar tan lejos en solo unas horas? Era impresionante. Mi pequeño logró que nuestros padres volvieran a unirse, si bien su participación había sido indirecta. Además, ese reencuentro había sido desordenado. Pero genial.

Compartimos gratamente mientras disfrutábamos nuestras compañías. Mauricio narró algunas historias de Mariana y Samuel. Recordó que siempre se metían en problemas juntos. Samuel solía mostrar su habitual algarabía y acostumbraba llevar a mi hermana a sus travesuras. En varias ocasiones Mauricio y yo tuvimos que buscarlos y colarlos en casa para que no hicieran más travesuras. Había pasado mucho tiempo desde que habíamos compartido de ese modo.

Todos ya hacíamos bromas sobre lo que había pasado. "Supongo que fuiste cómplice de esto", le dijo mamá a Mauricio.

"Sí. Les pedí dinero a cambio de mi silencio", respondió, como broma. Escuché las carcajadas de todos.

Fui a la derecha de la sala de estar. Astrid se acercó a mí. Se sentó en una silla y puso sus piernas sobre las mías. Sabía que ansiaba sentirse cerca de mí. Comencé a masajear suavemente sus rodillas.

La realidad era mejor que nuestros sueños más optimistas. Nuestros padres aceptaban nuestro amor. Además, se habían reencontrado tras años de distanciamiento. Me di cuenta de que era el momento ideal para confesarle mi amor y enseñarle mis planes para el porvenir. Y aunque ya había tomado una serie de importantes decisiones recientemente, aún no sabía de qué manera reaccionaría. Pero igualmente lo que enseñaría para nosotros.

Saber que se sentía orgullosa por su esfuerzo y que fuese capaz de pagar sus cuentas con su propio dinero inflamaba mi pecho de alegría. Y aunque todo había cambiado con prisa, eso no impedía que quisiera que mi hijo y Astrid tuvieran el mejor futuro que pudiera darles. Sabía que ella no quería pedirme nada en absoluto, pero yo quería darle el mundo.

Se había encargado de todo por su cuenta, y ahora deseaba dejarle claro que mi ausencia no se debía a mi desinterés o que no quisiera comprometerme. Había cuidado sola a nuestro hijo, y yo iba a agradecerse del mejor modo posible.

Ya sabía exactamente lo que deseaba demostrarle. Iba a enseñarle que ahora podría contar con mi compañía. No volvería a estar sola. Estaría con ella hasta el fin de mi existencia. La mantendría a salvo y amaría a Sam con todo mi ser.

Capítulo treinta y nueve: ASTRID

Tras un largo tiempo de soledad y silencio, el hogar de los Gómez renacía. Mi corazón latía alegremente al ver que la casa estaba radiante. El espíritu festivo se posaba sobre ella.

Las heridas de mamá comenzaban a sanar. Los minutos pasaban mientras el vínculo de mi madre con Lucía se recuperaba. La familia Suárez estaba cerca de mi familia otra vez, tras años y años sin verse.

La madre de Simón aclaró su garganta y se preparó para hablar. "Me gustaría anunciarles algo. Quisiera que todos tomaran una copa, por favor", dijo. Tomó una botella de champán. Dimos algunos pasos y conformamos un círculo alrededor de ella.

Mi relación con Simón se hacía más profunda. Mientras más me unía a él en mis pensamientos, mayor era mi deseo de llevar mi cuerpo cerca del suyo. ¿Querría estar a solas conmigo tanto como yo lo necesitaba? Puso su mano sobre mi cintura y un intenso fuego se inició en mis entrañas.

La señora Suárez pasó su mirada por todos nuestros rostros. "Quiero que sepan que ha pasado mucho tiempo. Han sido muchos años desde la última vez que nos reunimos así", dijo.

Recordé que durante mi infancia la consideraba más agradable que mi padre, pues solía oír atentamente a sus hijos y sonreír. Tenía el traje que se había puesto para la fiesta, pero hablaba de tal modo que me hacía pensar que tenía la misma ropa que usaban los demás. Hablaba con naturalidad, mostrando que comprendía la situación y sentía simpatía por todos.

Volteó y vio a Mariana. Luego se fijó en mamá. "La vida es más alocada de lo que creemos. Íbamos a anunciar los planes de Mariana esta noche, de los cuales se siente muy orgullosa. Pero no hablaré al respecto. Ella les contará después", dijo.

"Verónica, Es increíble que Dios nos haya permitido ser abuelas del mismo bebé. Creo que no me equivoco cuando digo que esto abre una nueva fase de nuestra amistad Eres mi mejor amiga desde que te conocí. Aun no entiendo por qué dejamos que los problemas acabaran con nuestra amistad. Me apoyaste en los momentos más difíciles de mi vida. Te agradeceré siempre la solidaridad y la compañía que me diste durante esa etapa. Ahora has regresado a mi vida y me siento muy contenta", dijo, mostrando una sonrisa. Luego alzó su copa.

Mariana caminó para acercarse a su mamá. Se notaba lo nerviosa que se sentía. Todos subimos nuestras copas después. Las sostuvimos en el aire y las chocamos antes de probar la bebida. El champán calentó mi cuerpo.

"Iba a hacer este anuncio en la fiesta. Y aunque parezca mentira, ahora que hay menos personas, me siento más asustada", contó, con sus mejillas ruborizadas.

Vi a Simón. Él también me vio, pero su cara me indicó que no sabía nada sobre el anuncio.

"Como saben, incrementé mis horas de trabajo voluntario tras la partida de Samuel. Esperaba que, al hacerlo, pudiera hacer algunas modificaciones en la legislación de nuestro estado para aumentar los años de pena a quienes conduzcan en estado de ebriedad. Ahora puedo informarles que después de mucho esfuerzo y las donaciones de muchos colaboradores, lo logramos", contó.

La comunidad había reaccionado con molestia ante la sentencia de servicio comunitario y escaso tiempo en prisión que había recibido el asesino de Samuel. Ahora nuestra algarabía se transformó

en aplausos. Mariana había logrado una victoria en la votación de la propuesta de ley que había presentado al gobernador. Su enmienda había sido aprobada. Celebramos con otro brindis. Era un triunfo y una manera de hacer justicia para Samuel.

Mariana no había dejado de hacer trabajo voluntario antes de graduarse. Aun cuando aceptó laborar más horas, tuvo las mejores calificaciones de su escuela, lo que le abrió las puertas de la universidad. La noticia había sido un duro golpe para todo, pero la modificación legislativa redimió al sistema.

"He pasado los últimos dos años de mi vida pensando en lo que me gustaría estudiar. Mi tutor en la secundaria me dijo una y otra que debía hacer algo que me apasionara. Aseguró que una vez que lo encontrara, no me importaría hacerlo sin recibir ni un centavo", dijo, y me hizo recordar que todos habíamos escuchado ese consejo mientras estudiábamos.

Subió su cara un poco y reclinó sus hombros para seguir. Me enfoqué en su rostro y me percaté que ya no se sentía nerviosa. Ahora se mostraba firme y segura de sí misma.

"Siempre he sabido qué me gustaría hacer, incluso gratuitamente. Quiero hacer todo lo que esté a mi alcance para que personas como el asesino de mi mejor amigo no regresen a las calles. ¡Así que hoy les anuncio que fundaré una organización sin fines de lucro para que la legislación nacional también sea modificada como en nuestro estado!", dijo.

Subió su brazo una vez más y sostuvo su copa en el aire. Su cara lucía orgullosa.

Me parecía que eso la había ayudado a superar la muerte de su amigo, pues era una forma de obtener una justicia que no había llegado. Brindamos nuevamente y luego tomamos otro sorbo de nuestras bebidas. No me había enterado de ese plan de Mariana hasta ese momento, si bien sabía que estaba involucrada en la modificación legislativa ocurrida tras el fallecimiento de Samuel.

Mariana quería honrar la memoria de Samuel, algo que me hacía sentir orgullosa. Además, había encontrado algo que le apasionaba, lo que me parecía motivador. Quería ayudar a la gente haciendo algo que la hacía sentir viva.

Papá hablaba con el señor Suárez, así que me pareció el momento adecuado para hablar con Mariana sobre su iniciativa y sus planes para ella. Mauricio se acercó después. Le aseguramos que ayudaríamos en todo lo que pudiéramos y le prometimos que respaldaríamos sus acciones. Bebimos el resto de nuestras copas y luego todos seguimos con otras conversaciones en pequeños grupos. Estábamos actualizándose después de años sin charlar.

Simón se interpuso entre Mariana y Mauricio y tomó mi muñeca. "Debo llevarme a mi chica", dijo, interrumpiendo nuestra charla.

Vi a Sam. Mi madre lo sostenía. "¿Sucede algo?", le pregunté.

Lo observé por unos momentos y mi corazón se calentó, aun cuando él no había comenzado a hablar. "¡Oigan, yo también quiero hacer un anuncio!", exclamó Simón.

Mi ansiedad subió al ver que todos me observaban. Vi las caras sonrientes de cada uno de ellos y suspiré.

"Siempre me planteé alcanzar mis sueños en la universidad y ahora en mi trabajo. Me he esforzado para lograr todas las metas que me he propuesto. Lo he hecho toda mi vida. Nunca me

detuve a pensar si era algo simple o no. Solo deseaba ser el primero o el más calificado. Mi objetivo era alcanzar el siguiente escalón", nos contó.

Él no solía quejarse. Jamás me expresó alguna molestia acerca del estilo de vida que llevaba en El Rosal. La información que llegaba a mis oídos era siempre la misma: tenía los hábitos de vida de los famosos, yendo a los estrenos de las películas más recientes y a fiestas privadas en los mejores clubes de esa ciudad.

"Me había esforzado por lograr lo que quería, pero no podía recordar qué era. Pasé tantos meses enfocado en mi trabajo que llegué a pensar que mi vida se basaba solamente en dinero. No lograba recordar por qué había empezado mi carrera ni por qué estaba donde estaba", contó.

Giró y sostuvo su mirada sobre la mía. Mi cuerpo se paralizó. "Ahora, los largos años que pasé trabajando tienen sentido. Al conocer a mi hijo y ver que su mirada era del mismo azul de mis ojos, entendí el propósito de mi vida. Por fin entendía qué me llevaba a ser el mejor en todo lo que me proponía ", explicó.

Comencé a asimilar lo que estaba sucediendo. Los jadeos de nuestras madres llegaron a mis oídos. Él se arrodilló frente a mí mientras tomaba mi mano. Introdujo su mano en el bolsillo de sus vaqueros y sacó una pequeña caja de terciopelo azul. Abrí ampliamente mis ojos y luego hice lo mismo con mi boca.

Abrí la caja y vi un impresionante anillo de compromiso con bordes de oro blanco. "Simón", dije, en voz baja. Aún no podía creer lo que me proponía.

Mis pies temblaban mientras él volvía a abrir su boca "Te has convertido en mi único propósito. Astrid. Deseo que estemos juntos por el resto de nuestras vidas. Sería el mayor privilegio que la vida podría darme. Trajiste a mi mundo a un bebé tan hermoso que iluminó los corazones de sus abuelas y volvió a unirlos. Te amo. Lo he hecho desde que te conocí. Astrid Gómez, ¿te gustaría convertirte en mi esposa y darme la mayor felicidad que un hombre podría tener?", me preguntó, con la sonrisa más linda que le había visto.

Me acerqué y acaricé sus mejillas antes de besar suavemente toda su cara. "¡Claro que sí! ¡Simón! ¡Claro que sí!", grité, con lágrimas en mis ojos.

Seguí llorando hasta que pude secar mis mejillas Simón puso la joya en mi dedo. Luego se levantó y besó mi boca. Todos gritaron y aplaudieron con entusiasmo. Sonreí ampliamente y vi el anillo en mi mano.

"¿Qué te parece?", me preguntó cerca de mi oreja, en voz baja.

"Que es horrible", dije con seriedad mientras giraba para verlo. Puse mi mano en mi cintura y vi su sorpresa. Comencé a sonreír. "¡Es una broma! Es hermoso".

Mamá puso su copa en el aire. "¡Brindemos por esta nueva etapa!", pidió. Tomamos nuestras copas y nos unimos al brindis.

Comenzamos a conversar en grupos nuevamente. Estábamos contentos por poder ponernos al corriente. Esperé unos momentos y cuando se presentó la ocasión, tomé a Simón para llevarlo al patio techado. La penumbra nocturna acogió nuestro beso apasionado. La algarabía había cesado.

Me resultaba difícil pensar que era posible criar a Sam sin tener dos hogares distintos.

Aunque todo lo que pasaba estaba emocionándome, aún había un camino por recorrer. Ser su esposa me haría muy feliz, pero aún no entendía cómo podría vivir conmigo si estaba en El Rosal. Mientras estudiaba en la universidad, vi cómo muchas parejas se separaban por vivir a una hora de distancia.

Parecía que era capaz de detectar cuando algo me preocupaba, y empezaba a buscar en su mente alguna solución. "¿Qué te ocurre?", preguntó mientras me abrazaba.

"No sé cómo lo lograremos, Simón", confesé, con algo de ilusión en mi pecho.

No quería que Simón se sintiera presionado. Podría verme como un peso sobre sus hombros, y no quería que eso sucediera. Deseaba que pudiéramos lograrlo. Realmente lo deseaba. Mi mayor sueño era darle a Sam un hogar lleno de amor y seguridad como el que me habían dado mis padres, pero no quería obligar a Simón a estar conmigo.

Me dije que él lo resolvería de algún modo. Ya podía confiar ciegamente en él. Vi mi anillo y me pareció que mi cuerpo empezaba a relajarse. ¿Por qué me preocupaba, si ya no había motivos para hacerlo? Me había dado su mayor muestra de compromiso. Lo recordé mientras intentaba acabar con mi ansiedad antes de que hablara.

"¿De qué hablas?", me preguntó, con un tono que evidenciaba la seguridad que sentía siempre.

Recordé cuántas noches había pasado buscando alguna manera de solucionar el asunto. "De ti. De mí. Vives en El Rosal. Yo vivo en esta ciudad. Lo que trato de hacerte entender es que no podría dirigir el hotel si me mudo", le conté.

Llegué al extremo de pensar en Ivana como ayudante. Podría estar a mi lado y colaborar conmigo temporalmente. Así podría viajar con Sam a El Rosal al menos unas semanas del año. También me mudaría a El Rosal si fuese necesario.

"Vaya. No te conté. Disculpa, pero olvidé decirte que no regresaré a El Rosal", contó, como si dijera algo poco importante. Vio a los lados, relajado. Actuaba tan tranquilo que parecía no darse cuenta de la dimensión de lo que acababa de decirme.

Me sentía tan confundida que creía que había escuchado mal. "¿No regresarás a El Rosal?", le pregunté, reiterando su frase.

Su mano me atrajo hacia él. "No. Estuve pensando que tal vez pueda mudarme a esa preciosa casa rural que tiene. Podríamos criar a Sam allí. Luego podrías escoger tu casa ideal y nos mudaríamos", dijo en voz baja cerca de mi oído.

"Simón, ¿realmente quieres hacer eso?", le pregunté con incredulidad.

"Así es", dijo.

"¿Y la firma?", pregunté.

Encogió sus hombros antes de abrir su boca. "Respecto a eso, me gustaría trabajar por mi cuenta. Creo que voy a tomar ese riesgo", respondió.

Vi a la sala de estar. El señor y la señora Suárez estaban allí, conversando. Simón los vio también. "¿Hablaste con tus padres sobre esto?", le pregunté.

"Aún no. Los torturaré unos días más", dijo.

Escuchamos nuestras risas, y luego una pregunta preocupante llegó a mis pensamientos.

Me di cuenta de que si tenía el anillo ya había planificado pedírmelo en esa velada. "¿Planeabas hacer esto en la fiesta de tus padres?", pregunté.

"Así es", respondió con una sonrisa. Su plan había sido revelado.

El horizonte había cambiado y me había hecho darme cuenta de que, si no hubiera tocado fondo, no habría podido llegar a la cima a la que me llevaba Simón con sus abrazos, esas muestras de amor que me hacían sentir apreciada y protegida. Me sentí más dichosa que nunca. Los últimos días habían sido desastrosos. Los secretos que había ocultado por meses se mostraban en medio de un intrincado tejido de verdades parciales y mentiras espantosas. El mayor de mis miedos se había hecho real, pues mis padres se habían puesto en mi contra, mostrando lo decepcionados que se sentían. Sin embargo, ahora todo había vuelto a la calma.

"En ese caso, estoy feliz por la forma en que todo ocurrió", dije, y asentí.

Sus ojos celestes y comprensivos me dijeron que entendía todo lo que pasaba por mi mente. Hizo una pausa. Creí que las imágenes de las cosas absurdas que habíamos vivido en los últimos dos días llegaban a su mente. Su mirada se fijó en la mía. El silencio bastó para mostrarle lo que sentía.

Haló mi cuerpo hacia él una vez más. "Tal vez fue necesario que viviéramos todo eso, ¿no?", me preguntó con una sonrisa.

Nuestro destino se había trazado muchas navidades atrás. Y el sentimiento que compartíamos no tenía que ser explicado. Había libertad en nuestro amor. Un amor que fluía tranquilamente, aun cuando había guardado secretos por mucho tiempo. Solo había demorado lo que tarde o temprano iba a pasar.

Aunque no había nieve en esta Navidad, había mucha felicidad y amor. El amor que crecía en La Soledad. Un lugar en el que ya ninguno de nosotros se sentía solo. Suspiré y vi que las luces del pino navideño cambiaron. Supe que, a partir de ese momento, todas las Navidades me harían recordar la magia de esta, en la que podía compartir sonrisas y recuerdos con mi familia y crear más para nuestro hijo. Nuestra nueva familia.

Fin



Gracias

¿Te gustaría compartir tu experiencia conmigo y otros lectores?

Quiero mejorar y tus comentarios son valiosos. Te agradeceré puedas tomar apenas 3 minutos de tu tiempo y dejar un **comentario de forma totalmente honesta en Amazon** sobre la novela que acabas de leer.

Muchas gracias por la confianza y espero sorprenderte en una nueva entrega.

Saluda atenta y calurosamente.